



SU NOMBRE
es *Pecado*

ADRIANA RUBENS

Su nombre es Pecado

Adriana Rubens

Título: Su nombre es Pecado
1ª Edición: enero 2024
© Beatriz Calvet Sánchez, 2024
Diseño de portada y maquetación: Bea Calvet
Corrección: Raquel Antúnez

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

*And I'm thinking about how
People fall in love in mysterious ways
Maybe just the touch of a hand*
Extracto de la canción *Thinking out loud* de Ed Sheeran

Prólogo

Noah

Dallas, Texas

Siempre me ha parecido muy erótico follar con una mujer hermosa en la parte trasera de una limusina mientras el vehículo cruza la ciudad.

Nadie sabe con certeza qué ocurre detrás de los cristales tintados.

No pueden ver cómo hago a un lado el tirante del carísimo vestido de fiesta que le he regalado a Sophie hasta descubrir su seno y luego succiono la rosada aureola sin delicadeza alguna, como sé que a ella le gusta. Ni tampoco cómo meto la mano bajo su falda para arrancarle el tanga y así tener acceso a los suaves pliegues que me aguardan humedecidos por la excitación.

Dos de mis dedos penetran en su oquedad mientras le acaricio el clítoris, y ella arquea la espalda con un gemido, dándome mejor acceso a sus pechos, cosa que aprovecho al instante para liberarle el otro seno y mordisquear su pezón.

Sonrío cuando jadea mi nombre en una plegaria y me clava las uñas en los hombros. Sigo acariciándola hasta que alcanza su primer orgasmo y cae desmadejada sobre el asiento.

No soy un amante egoísta, adoro ver cómo una mujer se deshace de placer en mis brazos. Casi tanto como enterrarme bien profundo entre sus piernas, cosa que hago en cuanto me pongo un condón.

La limusina se para, seguro que por causa de algún semáforo en rojo, y una moto se detiene a nuestro lado. Alcanzo a ver la silueta del motorista por la ventanilla justo en el momento en el que abro las piernas femeninas y embisto con fuerza.

Sophie da un gritito, y el motorista se gira hacia nosotros como si la hubiese escuchado.

Sé que no es el caso. El cubículo está tan insonorizado que ni el chófer puede oír lo que sucede en el interior. Sin embargo, el hecho de tener a ese desconocido a solo un metro de distancia intentando atisbar quién hay en el interior me excita de cierta forma algo retorcida.

A mi compañera también le pasa lo mismo porque mira hacia afuera, deja asomar una sonrisa lujuriosa y me alienta a que le siga dando más duro, cosa que hago de buen grado.

De repente, el intercomunicador se activa.

—Señor Grayson, llegaremos en diez minutos —informa el chófer entretanto la limusina vuelve a ponerse en movimiento.

Sin perder tiempo, me arrodillo en el suelo y arrastro las caderas de Sophie hasta dejarlas en el borde del asiento. A continuación, le abro más las piernas y la vuelvo a penetrar.

Mientras froto su clítoris con los dedos, martilleo una y otra vez en su interior, con golpes de cadera secos, que la hacen gimotear y farfullar palabras inconexas. Quiero que vuelva a alcanzar el clímax antes de que acabe con ella.

Sus uñas pintadas de rojo arañan la tapicería blanca de la limusina cuando el placer la desborda. Su cuerpo tiembla y se contrae a mi alrededor y, con un último impulso, yo también

me dejo llevar.

Me quito el preservativo y me abrocho el pantalón mientras ella se recoloca el vestido y se recompone el peinado y el maquillaje.

Solo le lleva un par de minutos volver a estar perfecta.

—¿Crees que terminaremos la velada igual que la hemos empezado? —inquire mientras observa su rostro en un espejito de mano que ha sacado del bolso para aplicarse el lápiz de labios.

A continuación, se sonríe a sí misma por un segundo. Es bellísima y lo sabe. Sin embargo, ese hecho no la convierte en una insufrible vanidosa, más bien la dota de una seguridad en sí misma que admiro en ella.

—¿Se te ocurre alguna manera de terminarla mejor? —repongo con una sonrisa cómplice que ella me devuelve al instante.

Sophie me gusta. Es una actriz sin un talento muy reseñable, aunque es inteligente y responsable. Tiene treinta años, es hermosa y fácil de tratar. Además, el sexo entre nosotros es estupendo. Con ella no hay malentendidos.

La limusina se detiene poco después, y el chófer nos abre la puerta. En cuanto salimos, nos recibe el centelleo de decenas de *flashes*. Los esperaba, pero, a pesar de ello, me golpean con recuerdos indeseados.

Gritos.

Dolor.

Vacío.

Miedo.

El estómago se me revuelve y un sudor frío humedece mis manos. Sin embargo, no dejo que el pánico me paralice. Nunca lo he hecho. Respiro hondo, fuerzo una sonrisa y avanzo por la alfombra roja con Sophie a mi lado mientras ella disfruta de la atención mediática, ajena a todo lo que se remueve en mi interior.

Cada paso supone un reto a mi voluntad y una amenaza a mi orgullo. Odiaría que alguien detectase la leve cojera que padezco. He luchado mucho para que desaparezca, pero ha sido una batalla perdida.

Tampoco es que eso importe demasiado después de lo que me costó ganar la guerra, sin embargo, no quiero despertar la lástima de nadie, y los medios de comunicación son expertos en abrir las heridas casi cicatrizadas para hacerlas sangrar de nuevo.

Mis padres están en el vestíbulo del hotel dando la bienvenida a los invitados. Esta es la primera de las muchas fiestas para recaudar fondos que organizan durante el año. Siempre las celebran por San Valentín. Dicen que en esa fecha las personas son más propicias a hacer donativos más generosos porque sus corazones rebosan calidez.

Al menos, esa es la teoría de mi madre. Yo opino que lo hacen por impresionar a sus parejas si están enamoradas, por algún sentimiento de culpabilidad si son infieles o solo por las deducciones fiscales que conlleva.

Y no deja de ser irónico que se celebre en San Valentín porque la recaudación se destina a la fundación que dirige mi madre para dar refugio a mujeres maltratadas.

En cuanto mis padres me ven, me reciben con un cálido abrazo que contrasta con el poco entusiasta saludo que le dan a Sophie. No tienen nada en contra de ella, salvo que saben que no la amo y que solo es una más de las muchas acompañantes que suelo llevar a los actos sociales a los que tengo que acudir.

No quieren encariñarse con una mujer de la que yo no me voy a enamorar. Es comprensible.

Además, después de lo que pasó hace dos años con Rachel, aceptan que solo me relacione con mujeres que no buscan en mí nada más que mi dinero o mi estatus.

Lo aceptan, aunque no les gusta.

Ignoro la pena que intuyo en los ojos de mi madre al mirarme y oteo a mi alrededor en busca de mi hermana. Frunzo el ceño al no verla por allí, puesto que está muy implicada en la fundación.

—¿Y Amanda? —inquiero.

—Acaba de mandarme un mensaje para decirme que no se encuentra bien y no va a venir —revela mi madre.

—¿Algún problema con el embarazo? —pregunto preocupado, pues está encinta de cinco meses.

—No creo, esta mañana la he acompañado al ginecólogo, y la doctora ha dicho que todo estaba bien con la niña.

Suspiro de alivio. Estoy muy ilusionado con la perspectiva de tener una preciosa sobrina a la que mirar.

Si el problema no es el embarazo, me imagino qué puede ser.

—¿Robert está con ella?

—Creo que se encuentra en Italia —contesta mi padre—. Ya sabes lo ocupado que está con las nuevas delegaciones que proyecta abrir por Europa.

Aprieto la mandíbula para contener un taco.

Detesto a mi cuñado; creo que debajo del encanto que muestra a todos es manipulador y taimado. Sin embargo, odio todavía más la forma en que trata a Amanda últimamente.

Al principio era muy atento con ella, sin embargo, desde que decidió expandir su empresa por Europa hace cosa de un año, casi no está en casa. Lo peor es que sé que fue Amanda la que le dio los fondos para ello y, en lugar de agradecérselo, la ningunea. Siempre está ocupado o ausente, absorbido por su trabajo. Reuniones, congresos, viajes de negocios... Desde luego, no es la pareja que yo hubiese deseado para mi hermana pequeña, aun así, ella lo ama con locura y he tenido que guardarme mi opinión al respecto.

Debo reconocer que siempre he sido muy protector con ella, sobre todo, porque tiene un corazón demasiado generoso y confiado, y la gente tiende a aprovecharse de ello.

Ha sido así desde siempre. Era una niña muy tímida e insegura, y le costaba hacer amigos..., hasta que se sabía de quién era hija. Entonces, sí, se le acercaban en busca de los privilegios que podían conseguir con su generosidad y estatus.

Recuerdo lo difícil que fue para ella el paso de la escuela elemental a la de secundaria. Su mejor amiga se mudó de estado, y Amanda se sintió perdida en el nuevo instituto.

Un día llegó a casa pletórica porque cuatro de las niñas más populares de su curso habían aceptado su invitación para hacer una fiesta de pijamas.

Amanda preparó la velada con mucho entusiasmo, incluso les hizo pulseras de cuentas a cada una como regalo.

Por aquel entonces yo tenía diecisiete años y me tomaba muy en serio mi papel de hermano mayor. Recuerdo que me asomé a ver qué tal iba todo y escuché a sus «amigas» cuchichear entre ellas mientras Amanda iba al baño.

—Esta fiesta es un muermo —protestó una niña rubia con una coleta.

—Eso es porque Amanda es una aburrida —resopló una morena—. Casi le da un patatús cuando he sacado el tabaco y eso que no ha visto la petaca que llevo en la mochila.

»No me extrañaría que ahora nos sacase muñecas para jugar —añadió con un bufido

despectivo.

—¿Y qué me decís de las pulseritas? —terció una rubia de pelo corto con sorna—. ¡Ni que tuviéramos ocho años!

—Pues a mí la pulsera me ha parecido un detalle muy bonito, y ella es muy agradable —afirmó una pelirroja.

—No finjas, Rachel, si has venido es porque tu abuelo te ha obligado para poder quedar bien con el señor Grayson —acusó la rubia de la coleta—. Aunque no entiendo la razón, porque tiene tanto dinero como él.

—No lo puedo negar, mi abuelo ha insistido en que viniera —admitió la pelirroja, que según parecía se llamaba Rachel—, pero no por interés, sino por cortesía. Ha comprado el rancho que linda con este y en cuanto terminen de reformarlo nos mudaremos allí. Pronto seremos vecinos y por eso quiere llevarse bien con los Grayson. De cualquier forma, cuanto más conozco a Amanda, más me agrada.

»¿Se puede saber por qué habéis venido vosotras? —contraatacó en tono beligerante.

Las otras tres niñas se miraron entre ellas y contestaron al unísono:

—Noah Grayson.

Me puse rígido al escuchar mi nombre en labios de aquellas tres mocosas malcriadas. Yo gustaba a muchas chicas del instituto, era consciente de ello, pero no esperaba que las niñas trataran de acercarse a mí manipulando a mi hermana.

Sin embargo, Rachel puso cara de no entender.

—¿Es que acaso estás ciega? —espetó la rubia de pelo corto.

»Es el chico más guapo del instituto.

—Y el más popular —añadió la rubia de la coleta.

—Sin contar con que es una estrella del rodeo en ciernes —terció la morena—. Mi hermano dice que es un as en la monta de toros y que los patrocinadores están empezando a llamar a su puerta, aunque, claro, es tan rico que no le hace falta el dinero.

—Si nos hacemos amigas de su hermana, nos podremos acercar a él —agregó la rubia del pelo corto.

—Yo paso de Noah Grayson —afirmó Rachel—. Amanda me cae bien y creo que podemos ser buenas amigas.

Sonreí al escuchar aquello y regresé a mi habitación sabiendo que, al menos, una de aquellas niñas tenía buenas intenciones respecto a mi hermana.

Después de aquella noche, Rachel y Amanda se hicieron mejores amigas, más todavía cuando su familia se mudó al rancho vecino, tal y como dijo. Se convirtieron en inseparables, incluso fueron a la universidad juntas.

La repentina muerte de Rachel dos años atrás había afectado mucho a mi hermana, y la indiferencia de su marido estaba hundiendo su ánimo todavía más.

Pensar en Rachel hace que un familiar sentimiento de culpa y confusión me revuelva el estómago.

Todavía hay quien me culpa de su muerte.

Todavía yo lo hago.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Sophie sacándome de mis lúgubres pensamientos.

—Perfectamente —aseguro forzando una sonrisa.

Durante media hora me relaciono con los invitados saludando y charlando; sin embargo, imaginar a mi hermana sola y deprimida en su casa me preocupa hasta el punto de que no consigo quitármela de la cabeza.

Al final, me doy por vencido y la llamo.

—Esta fiesta es un muermo sin ti —comento en cuanto contesta.

—Estando en compañía de Sophie Larson, no deberías haberte dado cuenta siquiera de mi ausencia —repite Amanda y noto su voz algo cascada. Como si estuviese afónica o como si hubiese llorado durante horas.

—¿Quieres que me pase a verte después y me cuentas qué te ocurre?

—Seguro que tienes mejores planes en San Valentín que ir a visitar a tu gorda hermana.

Aprieto tanto el móvil que es un milagro que no se parta. Por la amargura con la que ha dicho la palabra «gorda», seguro que el idiota de Robert la ha llamado así.

—No estás gorda, estás preciosa —aseguro con sinceridad. Es cierto que ha cogido peso, pero... ¡joder! Está embarazada, es lo natural y, en mi opinión, eso la hace todavía más bonita.

»Además, si tengo que elegir entre terminar la velada charlando con mi dulce hermanita o una hermosísima actriz dispuesta a complacerme en todos los aspectos, para mí la elección es clara.

—Sophie.

—Tú —contradigo.

La familia va siempre por delante de un polvo, por bueno que pueda ser.

—Cualquier hombre normal la elegiría a ella —señala Amanda.

—Nunca me he considerado un hombre normal —repongo con arrogancia.

—Nunca he pensado que lo fueras —musita Amanda con la voz llena de cariño.

»En serio, me sabe mal que estés perdiendo el tiempo hablando conmigo. Estoy bien, de verdad.

Y tal vez la hubiese creído si la voz no se le hubiese quebrado en el último momento. Es evidente que se está esforzando por no ponerse a llorar.

—Voy para allá —mascullo.

—Noah, de verdad que no hace falta. Yo... —Pierde la batalla y deja escapar un sollozo—. No..., no quiero ser una molestia —añade.

Miles de imágenes inundan mi mente.

Yo tendido en una cama de hospital, aterrado por la posibilidad de no volver a andar.

Yo enfadado con el mundo, haciendo trizas las muletas a las que estuve atado durante tanto tiempo.

Yo llorando a lágrima viva por el dolor mientras hacía los ejercicios de rehabilitación.

Y, en cada una de ellas, la voz de Amanda de fondo:

«Tú puedes, Noah».

«Lo vas a lograr».

«No estás solo».

«Pase lo que pase, siempre estaré a tu lado».

«Estoy muy orgullosa de ti, hermano».

Ella siempre estuvo a mi lado, incluso en la ocasión en la que todos dudaron de mí. Incluso mis padres.

—Llegaré en media hora —informo antes de colgar haciendo caso omiso de sus absurdas objeciones.

Después, busco a Sophie, que está desplegando su encanto con un famoso y atractivo productor de cine que la mira con lujuria mal disimulada.

—Me temo que no vamos a poder acabar la velada tal y como teníamos pensado. Me ha surgido un imprevisto y me tengo que ir —murmuro en su oído en tono de disculpa.

»Si quieres, puedo pedir a uno de los chóferes que te lleve a tu casa. Eso si no encuentras algún entretenimiento por aquí —añado con ironía mirando de reojo a su nuevo acompañante.

—Prefiero quedarme a ver qué sorpresas me depara la noche —responde Sophie mientras le dedica un guiño coqueto al hombre.

Sonrío para mis adentros, pues es justo la respuesta que esperaba.

Cero compromisos.

Cero dramas.

Cero expectativas.

Cero sentimiento de culpa por dejarla plantada en medio de la velada.

Es lo bueno que tiene contratar los servicios de una *escort*, y Sophie Larson es de las mejores.

Media hora más tarde, la limusina se detiene frente a la lujosa mansión donde reside mi hermana, regalo de mis padres por su matrimonio. Sé que ella prefería vivir en el rancho, pero Robert insistió en que era mejor hacerlo en la ciudad, y ella se plegó a sus deseos. Otra vez. Siempre.

Segundos después de llamar a la puerta, me abre Carmen, el ama de llaves y nuestra antigua niñera. La mujer, de origen mejicano, lleva trabajando con los Grayson desde que tengo uso de razón, y ahora ayuda a mi hermana a dirigir su casa.

Solo tengo que ver la cara de la mujer para saber que algo no anda bien.

—Me alegra verlo, señorito Noah —murmura la mujer y hay alivio en su voz. En otras circunstancias, hubiese hecho una mueca divertida al escucharla decir «señorito Noah», tal y como siempre me llamaba de pequeño.

—¿Dónde está Amanda? —inquiero sin rodeos.

—En la sala de estar.

Me encamino hacia allí sin pérdida de tiempo, pues conozco su casa a la perfección, y me detengo en la puerta de la estancia al verla. Está acurrucada en el sofá, rodeada de pañuelos usados y envuelta en una manta. Tiene la mirada perdida en el fuego que crepita en la chimenea y el suave resplandor anaranjado hace brillar sus mejillas todavía húmedas por el llanto.

Parece tan pequeña y frágil como cuando era una niña.

Debo de haber hecho algún ruido porque, de repente, se gira hacia mí y me mira. Hay tanto dolor en sus ojos que algo se me revuelve por dentro.

Siento deseos de matar a alguien y sé exactamente a quién: a Robert.

No, la muerte es un castigo demasiado benévolo. Mejor hacerlo sufrir tanto como él está haciendo padecer a mi hermana. Voy a arrebatarse todo lo que lo ha mantenido alejado de ella. Todo por lo que la está haciendo sufrir.

Es lo justo.

Capítulo 1

Sinclair

Valencia, España

Leo con detenimiento los detalles del Máster de Traducción Editorial que me han pasado por e-mail. Me encantaría poder hacerlo una vez obtenga el título al final del curso. Sería un buen impulso a la hora de conseguir trabajo en una gran editorial.

Solo hay un problema. O, mejor dicho, dos mil quinientos. Porque ese es justo el dinero que vale: dos mil quinientos euros.

Reviso el extracto de mi cuenta bancaria a través del móvil y me entran ganas de llorar al ver que está en números rojos. Más aun cuando todavía faltan varios días para que empiece marzo y pueda cobrar. Las pasadas Navidades y los últimos imprevistos han causado estragos en mi economía.

Miro el importe de lo que me gasté ayer en la factura de Lucas del dentista y siento que me crispo, sobre todo cuando recuerdo cómo el hombre alardeaba ante su auxiliar del Audi que se acaba de comprar. Lo raro es que no se haya comprado un Ferrari con la barbaridad que cobra por cada endodoncia.

Después, estudio el presupuesto que me ha pasado para la ortodoncia y mi indignación aumenta al recordar su voz condescendiente cuando aseguró: «Tranquila, lo podrá abonar en cómodos plazos».

Con tal importe, para que un plazo sea cómodo para mí, tendría que estar pagando hasta los cuarenta.

—¿Todo bien, cariño? Pareces disgustada.

La voz de mi abuela Catalina me saca de mis pensamientos.

—Sí, solo que me acaban de pasar el presupuesto para la ortodoncia que necesita Lucas y es más de lo que imaginaba.

—Sabes que te puedo ayudar a pagarlo —declara enseguida la anciana.

—Ya me ayudas demasiado —susurro mirándola con cariño—. Si no fuese por ti...

Si no fuese por ella, lo más probable es que hubiese acabado como mi madre.

Mi vida se fue al traste hace catorce años, cuando mi padre murió. Antes de eso, era feliz. Puede que mi entorno familiar no fuese el idílico, pero lo tenía asumido y me sentía satisfecha.

Mi padre, Luke Sinclair, era un marine estadounidense destinado en la base naval de Rota, en Cádiz. Era guapo a rabiar, encantador y provenía de una familia rica de Texas.

En cambio, mi madre, Carla Vargas Sánchez, era la hija única de un matrimonio humilde que residía en Valencia. Era díscola, egoísta y caprichosa, pero tenía una sensualidad natural y una belleza despampanante que atraía todas las miradas. Se fue de casa tan pronto como cumplió dieciocho años y sus padres le dijeron que, si no iba a estudiar, tendría que buscar un empleo. Y no la clase de empleo al que ella aspiraba: mujer florero de un hombre con dinero.

El destino hizo que se conocieran en una discoteca del Puerto de Santa María, en Cádiz, en donde mi padre había ido de escapada con unos compañeros, y mi madre, siguiendo a su último ligue con pasta.

La lujuria y el alcohol se encargaron del resto.

Nueve meses después de su primer encuentro, nació yo.

Mi padre, que no era tonto, se hizo una prueba de paternidad para asegurarse de que yo era suya. Y sí, lo era.

Mi madre pensó que tenía la vida solucionada, que mi padre se casaría con ella. Sin embargo, no fue así. Mi padre ya tenía una esposa esperándolo en Texas, y yo no era más que una pequeña indiscreción que debía mantener en absoluto secreto.

A pesar de eso, no se desentendió de mí. Ante la imposibilidad de darme su apellido de forma legal, me lo puso como nombre: Sinclair.

Sinclair Vargas Sánchez, esa soy yo.

También me ofreció la oportunidad de educarme en uno de los mejores colegios de Cádiz, el Sotogrande International School, en el que residía como interna.

Con todo, lo que yo más apreciaba era su atención y cariño, y él me los ofrecía sin medida durante los meses que estaba en España. Pasábamos los fines de semana juntos, haciendo excursiones, montando a caballo y practicando artes marciales, ya que él era experto en varias de ellas.

Decía que debía saber defenderme por mí misma.

También repetía una y otra vez que yo era la niña de sus ojos.

Sin embargo, no era su única hija. Allí, en Texas, tenía otra.

Me quedé impactada al descubrir que tenía una medio hermana. Tal vez tíos, tías y primos. Una gran familia.

En España, yo solo tenía a mis abuelos, los padres de mi madre, que vivían en Valencia y me visitaban siempre que podían. Ellos me adoraban, y el sentimiento era mutuo. No obstante, cuando mi padre volvía a Estados Unidos, me sentía sola. Sola y llena de rencor hacia esa otra familia que lo alejaba de mí. Hacia esa medio hermana que rivalizaba conmigo por su atención.

Contaba los días para que él regresase.

Hasta que un día no lo hizo.

Simplemente, desapareció.

Ni mensajes ni llamadas.

Nada.

Una semana, dos, tres...

Al principio, me aferré a la esperanza de que volviese por pura cabezonería. Mi padre contactaría conmigo. Porque la otra opción, la que Carla nunca dejaba de repetirme para atormentarme, me dolía demasiado.

«Seguro que ha decidido quedarse allí con su verdadera familia. Después de todo, tú solo eres un error que cometió con el que se ha entretenido durante un tiempo».

Eso último se me clavó en la mente de forma insidiosa y hacía eco una y otra vez dentro de mi cabeza.

«Tú solo eres un error que cometió».

«Tú solo eres un error que cometió».

«Tú solo eres un error que cometió».

Finalmente, me pudo la necesidad de saber la verdad y busqué en internet.

Luke Sinclair.

Texas.

Bastó solo eso para que una noticia apareciese en la pantalla, junto a una foto del rostro sonriente de mi padre.

El coronel Luke Sinclair, único hijo del magnate Jacob Sinclair, falleció hace dos noches en un accidente automovilístico junto a su esposa. Su familia está conmocionada por la tragedia y...

En ese punto dejé de leer. La noticia estaba fechada pocos días después de su llegada a Estados Unidos, de ahí que no hubiese contactado conmigo en todo ese tiempo.

No porque yo solo fuese un error que olvidar, sino porque había muerto.

Mi. Padre. Muerto.

Me tuve que repetir esas tres palabras como una letanía durante horas, días, para que mi cerebro al fin asimilara que, por mucho que esperase, no iba a regresar a mí.

Después de eso, todo fue desmoronándose a mi alrededor como una de esas hileras de fichas de dominó que van empujándose unas a otras hasta terminar todas en el suelo.

Como mi tutora legal, y sin el control que mi padre ejercía sobre ella, mi madre se hizo con mi cuenta bancaria, la que mi padre había provisto para mí en caso de emergencia, y la vació.

Pude terminar el curso en el internado porque estaba pagado, pero ya no me permitió continuar. Me sacó de allí y me metió en un colegio público del Puerto de Santa María, alegando que se negaba a gastarse dinero innecesario en mi educación.

En mi educación no, pero en sus modelitos, tratamientos corporales y juergas... En eso no escatimó en gastos hasta dilapidar todo lo que mi padre me había dado.

Aquello supuso un cambio muy grande para mí, no solo por tener que dejar a mis amigos y el lugar al que consideraba mi hogar, y empezar a estudiar en un ambiente muy distinto al que estaba acostumbrada, sino porque tuve que irme a vivir con mi madre.

La relación que yo tenía con mi padre había tenido una base de amor y respeto.

La que tuve con Carla bien podía calificarse de tóxica.

Ni siquiera me dejaba llamarla mamá. Decía que la hacía parecer más vieja.

No me pegó nunca. Era lista y sabía que mi padre me había enseñado a defenderme y que se la devolvería. Además, con solo catorce años, yo era más alta y fuerte que ella.

Lo suyo eran los ataques verbales.

Siempre intentaba menoscabar mi autoestima con comentarios velados o me insultaba de forma directa. Al principio yo estaba tan hundida que no le respondía, solo bajaba la cabeza y lloraba en silencio.

Poco a poco, aprendí a defenderme de sus insultos con otros.

Discutíamos a gritos, con saña y crueldad.

A eso se juntó que mis abuelos dejaron de venir a verme, ya que a mi abuelo le detectaron un cáncer de páncreas muy avanzado, y mi abuela se volcó en su cuidado por completo hasta el punto de que se aisló del mundo, incluso de mí.

Para cuando volvimos a vernos en el funeral de mi abuelo, las dos estábamos tan cambiadas que casi no nos reconocimos. Mi abuela Catalina, que siempre había sido una mujer energética y saludable, estaba pálida y tan delgada que me sorprendió que se pudiera mantener en pie.

En cuanto a mí... Más de un año con el alma rota y bajo la influencia de mi madre sacó mi lado más oscuro. O tal vez solo hizo emerger una parte de mí que desconocía. Me desentendí de los estudios, bebía, consumía drogas y practicaba sexo sin ningún tipo de responsabilidad o control.

Que a los dieciséis años me quedase embarazada fue de lo menos malo que pudo haberme

pasado.

Mi abuela se horrorizó tanto al verme que olvidó sus propias penas y solicitó mi custodia a Carla, y esta se la vendió por un módico precio. Lo de vender es literal. Catalina le tuvo que pagar a cambio de que pudiese vivir en Valencia con ella. Mi madre ni siquiera tuvo la decencia de dejarme ir sin más.

Desde entonces, apenas la vi. Supuse que había encontrado a algún tonto con dinero que pagaba sus gastos porque dejó de mangonear a Catalina. No es de extrañar que cuando murió hace cinco años por una sobredosis no derramase ninguna lágrima por ella. Nunca fue una verdadera madre para mí.

—Lo digo en serio, cariño. Sabes que no tengo mucho, pero todo lo que tengo es tuyo —insiste Catalina sacándome de mis recuerdos.

Así es mi abuela: una magnífica mujer con una generosidad desinteresada, una bondad inigualable, una paciencia infinita y un sentido del honor inquebrantable. Vamos, que todavía trato de entender cómo pudo salir el mal bicho de Carla de ella.

Sé que Catalina todavía arrastra la culpa de no haber estado ahí cuando la necesité y sigue intentando compensarme. Como si salvarme la vida y ayudarme a criar a mi hijo no fuese suficiente

Y hablando de Lucas...

El niño entra en la cocina y olfatea lo que Catalina está cocinando.

—¿Son tus albóndigas, bisa? —inquire usando la forma abreviada de «bisabuela» que siempre utiliza con ella.

La anciana asiente, y Lucas se relame con gula.

Desde hace un par de años, el estómago de mi hijo se ha convertido en un saco sin fondo. Siempre tiene hambre. Cumplió doce años hace justo una semana, y ya casi mide un metro setenta. Es el más alto de su clase. Y también el más guapo, y no es solo una opinión subjetiva de ceguera materna. Lucas es muy mono, con el pelo castaño oscuro y los ojos de un azul muy vívido. Al igual que yo, tiene la barbilla partida y unas facciones armoniosas y atractivas.

Se parece tanto a mi padre que a veces me acongojo al mirarlo.

Lo veo ponerse al lado de la anciana y abrazarla. Hasta hace poco, ella se tenía que agachar para que el niño la alcanzara. Ahora, es él el que se inclina para ponerse al nivel de Catalina.

No hay mejor medidor de lo rápido que pasa el tiempo que ver cómo tus hijos van creciendo.

—En diez minutos estará lista la cena —comenta la mujer—. Ve lavándote las manos y sacando vasos, cubiertos y platos.

Los tres cenamos en la pequeña cocina apretujados en una mesa de Ikea algo destartada, mientras nos contamos cómo nos ha ido durante el día.

Catalina, con setenta y un años, se mantiene muy ocupada. Ha hecho amistad con otras dos viudas de edades similares y no paran de hacer cosas juntas: se van todos los días a andar y dan clases de *aquagym*, pintura y alfarería. También le gusta el punto y leer, sobre todo *thrillers* y novelas de suspense. Participa en un club de lectura al que acude una vez al mes para comentar los libros que leen.

Mi abuela siempre ha sido ama de casa y, con lo que le ha quedado de pensión de viudedad y las ayudas sociales que le dan, podría haber vivido de forma holgada... si no nos hubiese tenido que mantener durante tanto tiempo.

Tener dos bocas más que alimentar ha socavado su economía y, aun así, no duda en seguir intentando ayudarme.

Gracias a su apoyo incondicional, conseguí aprobar las pruebas de acceso a la universidad para mayores de veinticinco años y obtuve la nota suficiente para ser admitida en el Grado de Traducción y Mediación Lingüística que estoy cursando en la Universidad de Valencia.

—No comas tan rápido, que te vas a atragantar —reprende la anciana a Lucas, que tiene los dos carrillos hinchados.

—Es que todavía tengo que terminar el trabajo de mates antes de dormir —farfulla el niño.

Está en sexto de primaria y, por suerte, es un estudiante bueno y responsable. También es un niño afable, amable y considerado. Siempre ha sido así, desde bien pequeño no ha tenido ni rabietas, como si hubiese percibido que nuestra situación era difícil y no quisiera darnos más quebraderos de cabeza.

Resulta tan maduro para su edad que tengo miedo a que esté reprimiendo sus sueños y sus fantasías. Ni siquiera me pidió un móvil para Reyes, algo que fue el regalo estrella de estas Navidades entre sus compañeros de clase. Yo sabía lo mucho que lo deseaba y por eso se lo acabé regalando.

Todavía recuerdo su rostro al desenvolver la caja y verlo. En lugar de la expresión de alegría que esperaba, me miró con reserva.

—¿Te lo puedes permitir, mamá? —susurró preocupado.

Que fuera tan consciente de la realidad me mató un poquito por dentro.

—No sé a lo que te refieres, yo no he tenido nada que ver con ese regalo. Han sido los Reyes Magos —repuse.

Arqueó la ceja con escepticismo, ya que hacía un par de años que había descubierto la realidad detrás de los Reyes y del ratoncito Pérez. Luego, una sonrisa tímida empezó a curvar sus labios antes de que se la tapara con la boca.

Tiene los dientes bastante desparejos, y un par de niños de su colegio se metieron con él durante un tiempo hasta conseguir acomplejarlo. Por eso quiero ponerle la ortodoncia, porque deseo verle sonreír de forma abierta. También me encantaría tener unos años menos para vapulear a los dos niños que con su crueldad lo avergonzaron de tal manera que ahora es incapaz de mostrar su sonrisa, pero, como intento ser una buena madre, tuve que conformarme con poner una queja formal de *bulling* en el cole. Queja que tomaron muy a la ligera (por no decir que se la pasaron por el forro).

—Pues esos Reyes Magos me deben de conocer muy bien porque es justo lo que quería —afirmó. Después, vino corriendo y me abrazó.

»Gracias, mamá. Eres la mejor. Te quiero.

Dijo justo lo que toda madre quiere escuchar y mi corazoncito se desbordó de amor.

Vuelvo al presente en el momento en el que Lucas termina de cenar y se levanta de la mesa de forma apresurada para ir a su habitación a acabar los deberes.

—No te preocupes tanto, lo estás haciendo muy bien con él —murmura Catalina como si hubiese intuido que estaba dándole vueltas a ese tema. Después, se saca del bolsillo de la bata un sobre y me lo da.

»He estado ahorrando un poco y... Sé que no es mucho, pero esto te ayudará con la ortodoncia del niño —explica.

Lo abro y veo un montón de billetes. Tal vez haya quinientos euros. Me vendrían tan bien, pero...

—No puedo aceptarlos —murmuro.

Sé que ella siempre tiene alguna hucha para sus «imprevistos». Es una costumbre que me dijo que le había enseñado su madre. Va guardando monedas en un bote y las va acumulando

durante años. Después, cada cierto tiempo, va al banco y las cambia por billetes.

—No seas tonta. Quédatelo —me presiona—. Sé que gastaste todos tus ahorros entre el móvil que le regalaste a Lucas por Navidades, la estufa que me compraste a mí y la fiesta de cumpleaños del niño.

Pienso en el cumpleaños y sonrío. Las anteriores celebraciones no habían pasado de una fiesta de pijamas en casa con sus cuatro mejores amigos, pero este año quise añadir algo especial por su duodécimo cumpleaños y disfrutaron de un par de partidas en el *laser game*.

En cuanto a la estufa, el piso en el que vivimos es viejo y las ventanas no aíslan casi del exterior, por lo que en invierno es bastante frío. Lucas y yo aguantamos bien, pero Catalina, que es friolera, acusa más las bajas temperaturas. Lo menos que podía hacer era comprarle una estufa para sustituir la que se le había roto el invierno pasado, aunque lo ideal sería poder hacer una buena reforma y cambiar las ventanas.

—Déjame ayudarte un poco, cariño —insiste.

Lo tomo a desgana porque me sabe fatal que comparta conmigo su dinero. Me avergüenza tanto depender económicamente de ella todavía... Y mira que intento no hacerlo.

Combino las clases de la universidad con un trabajo de cajera a media jornada en un supermercado de una conocida cadena de alimentación, y además hago traducciones para una editorial pequeña que me sirven como prácticas para el grado. Sin embargo, parece que el poco dinero que gano se evapora solo de mi cuenta bancaria.

Solo espero que, cuando obtenga el título universitario, consiga un empleo que me permita cuidar a mi familia como se merecen. No obstante, conforme está el mercado laboral, sé que es complicado.

Después de fregar los platos y recoger la cocina, me acerco a la habitación de Lucas para darle las buenas noches. Tiene la puerta entreabierta y puedo escuchar cómo habla con alguien por el móvil.

—No voy a ir —susurra.

»No, no se lo he dicho a mi madre.

»Sí, ya sé que seré el único de clase que no irá, pero da igual, en serio —añade segundos después en respuesta a algún comentario que le ha hecho la persona que está al otro lado.

Como me siento incómoda espiándole, toco a la puerta para que sepa que estoy aquí, y lo oigo despedirse a toda prisa justo cuando entro en la habitación.

—¿Con quién hablabas?

—Con Adrián —responde nombrando a su mejor amigo—. Me preguntaba si iba a ir al cine con él, y le he dicho que no. Es una peli que no me apetece nada ver —farfulla de forma atolondrada y lo veo desviar la mirada.

Me acaba de mentir. Sé que no estaban hablando de ir al cine, pero decido hacerme la tonta.

—Puedes ir al cine si quieres, cariño. No estamos tan mal para no poder pagar una entrada, incluso puedes pedir palomitas —añado en tono de broma, aunque me sale tan forzado que termino haciendo una mueca.

La verdad es que no es el mejor momento para ese gasto, pero él no tendría que ser tan consciente de ello. Me gustaría que por una vez tuviera una pataleta y se quejara por algo. Creo que eso me haría sentir menos culpable que su dócil aceptación.

—No me apetece, de verdad —reitera, y me hunde.

No quiero presionarlo más, así que le doy las buenas noches con un beso en la frente, le

digo que le quiero y me voy.

Me gustaría poner el mundo a sus pies, pero en estos momentos no puedo ni comprarle una jodida entrada de cine sin que suponga un drama para mi economía.

Capítulo 2

Sinclair

Al día siguiente, me despierto temprano para correr un rato antes de ir a la universidad.

Adoro hacer *running* a primera hora de la mañana, cuando el ajetreo diario todavía no ha alcanzado las calles. Solo corro durante media hora, pero lo siento como una necesidad física y mental. Me sirve para mantenerme en forma y para aclarar mis pensamientos.

Después, me doy una ducha, engullo el café y las tostadas que me ha preparado mi abuela, y despierto a Lucas antes de irme a clase.

Estoy en el último curso y puedo decir con orgullo que soy de las mejores de mi promoción. Sin embargo, no ha sido nada fácil conseguirlo.

La mayor parte del tiempo me siento tan fuera de lugar entre mis compañeros que, durante cada uno de los años que he pisado esta universidad, no he dejado de plantearme si estaba tomando el camino correcto, que tal vez hubiese sido mejor solicitar la jornada completa en el supermercado y no aspirar a más. Sin embargo, mi abuela siempre me ha impulsado a superarme. A no rendirme.

No tengo más que mirar alrededor mientras estoy sentada en la cafetería, haciendo el descanso de media mañana para dar un bocado rápido, para ser consciente de las muchas diferencias que me separan del resto.

En torno a mí, las mesas están repletas de estudiantes. Mis compañeros de universidad son un hervidero de mentes jóvenes y brillantes con poca experiencia en la vida, pero un futuro prometedor por delante. Casi todos, menores de veinticinco años. La mayoría pensando en sus planes para el próximo fin de semana y muchos de ellos todavía viviendo con sus padres.

Y luego estoy yo: con veintinueve años, haciendo malabarismos para cuadrar las clases, mi horario laboral y mi familia; ahogada por las facturas que tengo que pagar y por mis responsabilidades.

En mi situación, llevar una vida social como ellos es un imposible.

Puede que solo tengamos pocos años de diferencia, pero me siento tan vieja a su lado...

—Sin, necesito que me hagas un favor.

Levanto la mirada y clavo mis ojos en la persona que ha interrumpido mis pensamientos. Mi despampanante amiga, Desiré Anderson.

Todo en ella habla de estilo y glamur, desde la coronilla de su deslumbrante e impecable melena rubia hasta las puntas de los carísimos botines Fendi que suele llevar.

—¿Qué apuntes necesitas esta vez? —pregunto con un suspiro, pues Desiré se salta las clases de forma habitual para luego pedirme que le pase mis anotaciones. En ese momento me fijo en las muletas y la flamante escayola que lleva en el pie.

»¿Qué te ha pasado?!

—Pues que he salido de mi casa mirando el móvil, he tropezado con un bordillo y me he torcido el pie —explica mientras se sienta en la silla de enfrente con cierta torpeza.

»Justo ahora vengo del hospital. Tengo un esguince en el tobillo y una penitencia de quince días llevando escayola. Además, creo que he cogido algún tipo de virus porque llevo un par de días con el estómago revuelto y con la energía al mínimo.

—Y yo pensando que te has saltado las primeras clases porque te habías vuelto a quedar dormida —comento con una mueca—. Si necesitas que te pase los apuntes, no hay problema.

—¡Y dale con los apuntes! Lo dices como si solo me acercase a ti para eso —protesta. Levanto una ceja y suspira.

»Vale, reconozco que al principio fue así, pero la verdad es que has terminado cayéndome bien. No eres tan estirada como aparentas —añade guiñándome un ojo. Acuso sus palabras haciendo el gesto teatral de clavarme una daga en el corazón, incluyendo un suave resuello y bizqueando un poco.

»¿Ves? Incluso puedes llegar a ser divertida —afirma Desiré con una suave carcajada.

Su risa enseguida atrae todas las miradas masculinas en varios metros a la redonda. Es una chica espectacular de veinticinco años, al estilo de Margot Robbie: una Barbie con una cara preciosa y uno de esos cuerpos que aparecen en las portadas de las revistas. De hecho, trabajó varios años como modelo. Además, posee una elegancia innata y una de esas personalidades que atraen toda la atención sin proponérselo.

Si no la quisiera con locura, la odiaría a muerte. Pero la verdad es que, en los cuatro años que nos conocemos, ha pasado de ser una mera compañera de clase a convertirse en mi mejor amiga.

Hace tres años mi abuela tuvo que ponerse una prótesis de rodilla y estuvo con la pierna inmovilizada varias semanas. La pobre lo pasó muy mal, y la rehabilitación fue lenta y dolorosa. Yo me vi en un apuro tremendo porque, con mis apretados horarios, contaba con ella para que llevara a Lucas al cole y después lo recogiera.

Al verme agobiada, y sin pedírselo, Desiré se ofreció a ayudarme. Llevó y recogió a Lucas del colegio durante esas semanas, y también acompañó a mi abuela a la rehabilitación en más de una ocasión. Desde entonces, siempre la he tenido ahí. Debajo de su fachada alegre y superficial esconde un corazón de oro.

—¿Qué necesitas? —inquiero.

—Tienes que hacerte pasar por mí durante este fin de semana —responde y mi carcajada debe de oírse hasta en el vestíbulo de la universidad.

»No es broma. Necesito que me cubras en un trabajo muy importante.

La miro con incredulidad.

El padre de Desiré era un rico promotor inmobiliario y acabó en la cárcel por un montón de delitos que ella resume como «ser más avaro que listo». Después de que Hacienda embargara todos sus bienes, su familia quedó en la ruina absoluta. Al igual que yo, ella nació en una cuna de oro y se educó en un colegio privado de mucho prestigio, pero después tuvo que adaptarse a una vida modesta.

Desiré añora su antigua vida de lujos y ansía recuperarla, por eso lleva trabajando para Contact One desde hace seis meses.

Se trata de una empresa que proporciona intérpretes, azafatas, seguridad y chóferes a clientes ricos que lo necesitan. La llaman para trabajar días sueltos, normalmente en fin de semana, en congresos, convenciones y otros actos bastante exclusivos.

Por lo que cuenta Desiré, se puede sacar mucho dinero como intérprete si estás dispuesta a trabajar los fines de semana. Y debe de ser cierto porque desde que trabaja allí solo se compra ropa de primeras marcas y siempre parece como recién salida de un salón de belleza.

Además, le da la oportunidad de hacer contactos importantes y de codearse con la élite a la que quiere pertenecer.

Me he planteado solicitar trabajo allí en más de una ocasión, pero el domingo es el único día en que puedo pasarlo con mi hijo sin restricciones y no quiero renunciar a eso de momento. Por otro lado, a mí lo de rodearme de gente rica no me va en absoluto. Prefiero rodearme de la gente a la que quiero.

—¿Por qué no le pides a una de tus compañeras que te sustituya?

—Porque, al parecer, me ha elegido a mí en especial. Soy la única de la empresa que habla inglés, francés, alemán y chino con fluidez —aclara al ver que alzo una ceja.

»De cualquier forma, estando a las puertas del MWC, todas mis compañeras están ya asignadas —añade.

—¿MWC? ¿Qué es eso?

—El Mobile World Congress —esclarece Desiré. Al ver que me quedo igual, lanza un bufido.

»¿Es que no ves las noticias?

—Como si tuviese tiempo —musito volteando los ojos.

—Es el congreso de telefonía móvil más importante del mundo y se celebra todos los años en Barcelona por estas fechas.

»Mi cliente llega pasado mañana al aeropuerto de Barcelona-El Prat en un *jet* privado, y cuentan conmigo para que vaya a recibirlo y lo acompañe durante el fin de semana en un par de eventos a los que tiene que acudir. Si aviso a la empresa con tan poca antelación de que no puedo hacer el servicio, seguro que toman algún tipo de represalia al respecto, como no ofrecerme otro trabajo en una larga temporada, y es algo que no me puedo permitir.

—Mujer, te has hecho un esguince. Es una baja médica justificada.

—Lo sería si tuviera contrato —replica, y la miro pasmada.

—¿Estás trabajando en negro? —farfullo.

—Si lo dices un poco más alto, puede que los del vestíbulo también te oigan —masculla ella con voz seca, y cierro la boca de golpe al darme cuenta de que en verdad lo he dicho casi gritando.

—No sé... Nunca he hecho de intérprete —musito con duda. Traducciones literarias, sí; pero traducir de forma oral al instante es algo mucho más difícil.

»Igualmente se percatará de que no soy tú en cuanto me vea —señalo, pues es obvio.

—Mira, no te lo pediría si no estuviese segura de que lo puedes conseguir. Eres la única que conozco capaz de hacerte pasar por mí. Hablas inglés, francés y alemán a la perfección, y eres mucho mejor que yo en chino. No tendrás ningún problema.

—Porque yo sí que voy a todas las clases —rezongo.

—Además, físicamente eres clavadita a mí —prosigue Desiré, y casi me atraganto de la risa.

—¿Estás de broma? —Resoplo.

—Lo digo en serio. Mira la foto que tengo puesta en mi perfil de Contact One —agrega mientras me muestra una imagen en su teléfono.

En ella se ve a Desiré de espaldas y con el rostro de perfil a la cámara, con el cabello por encima del hombro. La verdad es que, desde ese ángulo, nos parecemos tanto que quien no nos conozca en persona podría confundirnos.

—Aquí pone que te llamas Sonya —observo al leer el texto que acompaña a la imagen, junto a los datos básicos de su descripción y los idiomas que habla.

—Es el *nick* [\[1\]](#) que uso trabajando.

—¿Y para qué narices necesita un *nick* una intérprete? —inquiero con sospecha.

—Normas de la empresa, ni nombres ni teléfonos personales —responde de forma evasiva.

»De cualquier forma, para mí es perfecto —se apresura a añadir al ver que la miro poco convencida—. Todavía vivo en casa de mis padres y, en vista de que hoy en día por internet se puede buscar mucha información de una persona por el nombre completo, no quiero que alguien que quiera localizarme se pueda presentar en nuestra puerta preguntando por mí o que me llame

»Mira, todo en la descripción encaja —prosigue diciendo—. Tenemos la misma altura —señala y en eso lleva razón, ya que las dos medimos un metro setenta y cinco.

»Y usamos la misma talla.

—Si obvias que a ti la talla treinta y ocho te queda sueltcita y a mí me aprieta tanto que parezco una muñeca hinchable —apunto con acritud.

—Las dos somos rubias y tenemos el pelo largo...

—Ya, pero tu melena luce siempre con un liso impecable y la mía es un nido de pájaros la mayor parte del tiempo —repongo con fastidio.

Tengo el pelo rebelde, con tendencia a rizarse. Por mucho que trato de domarlo, siempre da la sensación de que no me he peinado, así que la mayoría de las veces opto por llevarlo recogido en una cola de caballo.

—Y las dos tenemos los ojos azules —concluye Desiré con una sonrisa satisfecha, sin prestar atención a ninguna de mis objeciones.

—Desiré, siento decirte que nuestros ojos no se parecen en nada. Tú los tienes de color azul zafiro, y yo los tengo de un tono... indefinido —añado con un suspiro frustrado.

Nunca he podido determinar el color de mis ojos. Es como si en una paleta de pintor hubieran mezclado el azul, el verde y el marrón, y el resultado fuera un gris parduzco, sin vetas que puedan iluminar o matizar el tono.

—Tus ojos son azules —afirma Desiré convencida.

Observo a mi amiga con una ceja levantada.

—Eso depende de quién los mire. Ahora verás. —Oteo a mi alrededor y veo pasar a un chico cerca de nuestra mesa—. Perdona —digo para llamar su atención entretanto le hago un gesto para que se acerque.

»¿Puedes decirme de qué color tengo los ojos? —le pregunto sin rodeos en cuanto se detiene a mi lado.

El chico enrojece ligeramente. Esa es otra de las muchas cosas que me diferencian del resto de mis compañeros de estudios. La capacidad de ruborizarse.

No recuerdo la última vez que lo hice.

Bueno, sí, en el instituto, cuando se corrió la voz entre mis compañeros de que me había quedado embarazada. Pasé el curso totalmente avergonzada por sus continuas burlas y murmuraciones.

Los adolescentes pueden llegar a ser muy crueles, aunque las madres, más.

Todavía tengo grabadas las miradas despectivas que me dirigían al salir de clase o las advertencias que les hacían a sus hijos e hijas del tipo: «No quiero que te acerques a *esa*».

—Yo... yo diría que verdes —balbuce el chico después de mirarme durante unos segundos de cerca.

»Muy bonitos, por cierto —añade y carraspea—. ¿Quieres que quedemos luego a tomar algo?

—No, gracias. Después de la clase tengo que ir a recoger a mi hijo al colegio —respondo con fingido pesar—. Pero mañana estoy libre —agrego con un guiño, esperando una reacción

que no tarda en llegar.

El chico me mira parpadeando, y el rubor que le cubre las mejillas se le extiende hasta el nacimiento del pelo.

—Mañana no puedo, tengo... tengo algo que hacer —tartamudea, nervioso—. Tal vez otro día —musita y sale disparado tan rápido que tropieza con una de las sillas de la cafetería y casi acaba de morros en el suelo.

Mis labios esbozan una sonrisa burlona. Esa es la reacción usual de los hombres cuando hablo de mi hijo, algo ideal cuando quiero quitarme de encima atenciones indeseadas.

—Menudo capullo —masculla Desiré con enfado—. Ni que tener un hijo fuese una enfermedad contagiosa. Mucho menos teniendo un hijo como Lucas, que es un amor de niño.

»No entiendo cómo no te enfada este tipo de reacciones —añade al ver mi sonrisa.

—Tengo asimilado que el cincuenta por ciento de los hombres son unos cretinos, y del otro cincuenta no hay datos fiables, así que no tengo muchas esperanzas de encontrar a un chico que valga la pena —respondo al tiempo que me encojo de hombros restándole importancia.

Es algo que asumí hace unos años. Mejor dicho, desde el chasco que me llevé con la única relación seria que he tenido desde que Lucas nació.

Cuando tenía veintidós años, conocí a un chico un año mayor que yo que se llamaba Luis. Por aquel entonces yo ya estaba trabajando en el supermercado, y él estaba estudiando Ingeniería Industrial. Siempre iba a mi caja cuando tenía que comprar algo y tonteaba conmigo, hasta que un día me pidió una cita.

La velada que pasamos juntos fue idílica: cenamos, charlamos, reímos y acabamos echando un polvo estupendo en la parte trasera de su coche. Incluso cuando le dije que tenía un hijo, pareció no importarle.

Al menos al principio.

A medida que nos fuimos viendo de forma más asidua, y se dio cuenta de las responsabilidades que conllevaba un niño, todo se enfrió.

No entendía que yo no quisiera pasar la noche bailando en una discoteca cuando eso implicaba que el domingo por la mañana no podría llevar a Lucas al parque.

No comprendía que antepusiera la compañía de mi hijo a la suya.

No estaba preparado para ser un padre para Lucas, y lo entendí.

Por eso acepté sin rechistar que pusiera fin a nuestra relación después de seis meses.

Por eso no he vuelto a salir con ningún otro hombre y no lo haré hasta que encuentre a uno que también le proporcione una estabilidad emocional a Lucas. No pienso exponer a mi hijo a las decepciones que me he llevado yo.

—Dejemos de hablar de mi deprimente vida amorosa y mejor me cuentas qué tal te va a ti con John.

Mi amiga esboza una sonrisa resplandeciente que me lo dice todo sin palabras.

John Mason es un estadounidense para el que Desiré trabajó hace algo más de un mes. Según ella, nunca se había liado con ningún cliente antes de él. Lo hizo para sacarse una «espinita» que se le había clavado muy cerca del corazón. Vamos, que quería olvidar a un misterioso hombre que la había herido en algún sentido y del que no me había contado nada.

En ese aspecto, Desiré es como yo. Cuanto más intensas son las emociones, más reticentes nos mostramos a compartirlas. Sé que me acabará hablando de su «espinita», pero solo cuando se sienta preparada para ello, no la voy a presionar.

Desiré dice que John es como un príncipe azul: guapo, educado y rico.

Yo opino que hasta los príncipes azules acaban destiñendo.

—¿Tan maravilloso es? —pregunto con la ceja arqueada por el escepticismo.

—Míralo tú misma —musita ella mientras busca en su teléfono y luego me muestra la pantalla, en donde puedo ver el perfil privado de Instagram de un hombre.

Nadie puede negar que es muy atractivo. Tiene el cabello rubio, los ojos verdeazulados y una sonrisa llena de dientes blanquísimos que contrastan de forma vívida con su tez bronceada. En cuanto a su físico, viene con el *six pack* al completo. Se ve que le gusta posar, porque las fotos buscan lucir su cuerpo.

—Es mono —acepto, aunque hay algo en tanta posturita que me repele al instante. Me resulta artificial.

—¿Mono? —farfulla Desiré y luego suelta un resoplido—. Es justo el tipo de pareja que llevo buscando toda la vida. John es un hombre que rezuma elegancia, poder y determinación.

—Alguna tara debe de tener —insisto escéptica ante tal dechado de virtudes.

—Bueno, tal vez que viaja mucho por todo el mundo —confiesa Desiré en un murmullo—, algo comprensible en un empresario de su nivel. Pero hablamos por teléfono a menudo y no para de hacerme regalos —añade a la defensiva mientras acaricia el colgante de platino y diamantes en forma de corazón que le regaló por San Valentín.

»De hecho, se ha mostrado muy preocupado cuando le he contado mi pequeño percance y me ha dicho que tratará de adelantar su viaje a España para poder verme.

—Qué considerado —musito.

—Lo es —repone Desiré con el mentón en alto, obviando mi tono irónico.

»Dejemos de dar rodeos y dame una respuesta, ¿quieres? —insiste en un hábil cambio de tema—. Solo te tienes que hacer pasar por mí unos días. Es pan comido. Además, te recuerdo que está muy bien pagado —añade con voz persuasiva, bajando el tono para que nadie más la oiga.

»Contact One se encarga de todos los gastos de transporte y estancia durante el trabajo, y en un hotel de cuatro estrellas con servicio de habitaciones incluido.

Sus palabras me hacen dudar, pero no me convencen. Me parece todo un poco peliculero y sospechoso. Además, ¿qué podría ganar ese fin de semana haciéndome pasar por Desiré? ¿Doscientos o trescientos euros? Tentadores, aun así...

—Este sábado trabajo en el supermercado —musito reticente.

—Son dos mil euros con todos los gastos pagados —revela Desiré.

Empiezo a toser tanto que casi se me sale el líquido por la nariz. Me limpio la boca con la servilleta con movimientos pausados entretanto mi mente trabaja a toda velocidad para tomar una decisión.

Sumando ese dinero a lo que me ha prestado mi abuela tendría la mitad de la ortodoncia de Lucas pagada.

Aunque sea peliculero y sospechoso, no estoy en posición de negarme a hacerlo.

Total, solo van a ser un par de días. ¿Qué puede ir mal?

—Está bien, lo haré.

Capítulo 3

Sinclair

El viernes a mediodía, llego a Barcelona en el Euromed cargada con una bolsa de mano en la que llevo mis pertenencias y dos maletas enormes cortesía de Desiré. Me ha asegurado que en ellas encontraré todo lo necesario para pasar el fin de semana, y no lo dudo. Creo que toda la ropa que tengo en mi armario no alcanzaría a llenarlas.

Me pone de los nervios no tener detalles de quién es el hombre para el que voy a trabajar y lo que tengo que hacer exactamente, pero Desiré me ha asegurado que en el hotel me darán instrucciones con la información que necesito saber.

Para mi alivio, así es. En cuanto me acerco a la recepción del bonito hotel que me han asignado y digo que soy Sonya de Contact One, tal y como me ha indicado mi amiga, me dan las llaves de una habitación y un sobre de tamaño folio.

Que no me pidan ningún tipo de documentación acreditativa para hacer el registro de entrada me da mala espina, pues por ley todos los hoteles lo hacen. Con todo, cojo la llave y subo a la habitación. Es bastante amplia y con una elegante decoración minimalista.

Impaciente por ver el contenido del sobre, dejo el equipaje en un rincón y me siento en la cama para abrirlo.

En la primera hoja hay una breve biografía del que deduzco que es el cliente VIP incluyendo una foto que muestra a un hombre maduro y atractivo. Su intensa mirada transmite seguridad en sí mismo y fortaleza.

Nombre: Christopher Gryson.

Edad: sesenta y nueve años.

Altura: un metro con setenta y ocho centímetros.

Peso: ochenta y nueve kilos.

Color cabello: cano.

Color ojos: azules.

Presidente de G&G Corporation, importante multinacional con sede en Dallas, Texas.

Le gustan los caballos, la pesca y la naturaleza.

Escueto, pero por lo menos sé para quién voy a trabajar estos días.

También hay un horario detallado para el fin de semana con las reuniones y eventos a los que voy a tener que asistir junto al señor Gryson, empezando por esta misma tarde, cuando la limusina pasará a recogerme a las seis para ir al aeropuerto a recibir al cliente y acompañarlo hasta su hotel: el Maison Blanchard.

Leo todo con detalle y frunzo el ceño: no solo hay un par de reuniones de negocios, también hay una fiesta el sábado por la noche en la que se indica el tipo de indumentaria que se espera de mí: vestido de cóctel.

Mis ojos vuelan hacia las monstruosas maletas que me ha dado Desiré, donde se supone que ha metido todo el vestuario que necesito.

Las abro con nerviosismo y su contenido me hace suspirar de placer.

Una a una voy sacando de su apretado encierro las delicadas prendas de diseño que valen más que mi sueldo de un año. Un abrigo gris marengo de abotonadura cruzada de Carolina Herrera; dos trajes chaqueta de pantalón largo de Salvatore Ferragamo y otros dos con falda de Roberto Cavalli; varias blusas a juego, y un par de vestidos de noche.

Uno se trata de un hermoso vestido de cóctel color negro, de escote palabra de honor, entallado en la cintura y con la falda acampanada hasta las rodillas. De corte sencillo, pero muy elegante.

En cuanto al otro... Contengo el aliento cuando lo extiendo frente a mí. Es impresionante, de los que lucen las estrellas de Hollywood en la alfombra roja, sencillo y sexi a la vez. Se trata de un glamuroso vestido largo de terciopelo color burdeos, de escote cerrado por delante, pero con una atrevida abertura en forma de v que deja la espalda al descubierto.

En las maletas también están los zapatos y complementos a juego que puedo necesitar, todo de primeras marcas.

Por un momento, me siento como en una película de espías: nombres en clave, sobres con instrucciones, ropa exclusiva... Es todo muy misterioso. Y muy inquietante. En el mundo real, en mi mundo, las cosas no son así de enrevesadas, al menos no las legales. Y la sensación de que estoy haciendo algo ilícito no se me va de la cabeza. La sospecha me revuelve el estómago.

Cojo mi móvil y llamo al instante a mi amiga.

—Desiré, esto me resulta un poco extraño. Lo del apodo que usas para tus encargos, que no me pidan el DNI en el hotel, que trabajes en negro y tanto misterio... —farfullo de forma atropellada—. No serás una puta de lujo, ¿verdad? —pregunto de forma directa, ya que es lo que estoy empezando a sospechar—. Porque si me estás metiendo en algo ilegal...

—Pero ¡qué bruta eres, Sin! —exclama Desiré—. Te aseguro que no soy una puta. Tú concéntrate en satisfacer al VIP durante el fin de semana y todo saldrá bien.

—Define «satisfacer» —replico con voz seca—. Porque hay muchos tipos de «satisfacciones» que no estoy dispuesta a darle a ese hombre por muy VIP que sea.

—Sin, no se espera de ti que le des sexo, solo que hagas bien tu trabajo de intérprete y, mientras, le proporciones un poco de compañía y conversación.

—Espero que él lo tenga claro —mascullo—. No me gustaría tener que lidiar con un viejo verde en busca de acción.

—¿El cliente es un hombre mayor?

—Sesenta y nueve años.

—Entonces, tranquila; si las cosas se ponen difíciles, sal corriendo y no te podrá alcanzar —bromea con una risita.

—No le veo la gracia —gruño de mal humor.

—De verdad, no tienes de qué preocuparte —insiste Desiré más seria—. Sé discreta y educada, y todo saldrá bien. Lo que sí te aconsejo es que guardes siempre las distancias, a no ser que quieras terminar en una situación «delicada». En este tipo de trabajos los acercamientos físicos son fácilmente malinterpretados —aconseja Desiré.

Ese último comentario me vuelve a descolocar.

—¿Qué quieres decir con «en este tipo de trabajos»? —inquiero recelosa—. Se supone que voy a trabajar como intérprete, se da por descontado que no van a haber acercamientos físicos de ningún tipo. ¿O no?

—Claro que no. Tú muéstrate profesional, fría y educada para no dar pie a ningún tipo de malentendido.

—Pues el vestido burdeos no luce demasiado profesional —murmuro.

—Ese es un comodín por si tienes que asistir a alguna cena de gala. Que seas una intérprete no implica que no puedas resplandecer como una diosa —comenta mi amiga.

—Me han dado instrucciones para que use un vestido de cóctel.

—Entonces usa el negro.

»El hotel tiene servicio de habitaciones a cuenta de la empresa, así que ordena que te lo planchen todo y opta por lo que consideres oportuno —prosigue instruyendo—. Te he puesto un poco de todo para que tengas dónde elegir. Y mantén siempre cerca el móvil que te he dado porque Contact One te llamará a ese número si surge algún imprevisto —añade aludiendo al iPhone que me ha prestado para el fin de semana.

Abro la boca para indagar sobre los posibles imprevistos a los que se refiere, pero un gemido doliente me llega a través de la línea.

—Desiré, ¿estás bien? —pregunto al recordar que cuando me ha acompañado a la estación esa mañana estaba pálida y ojerosa.

—Nooo —se lamenta con voz débil—. Sin duda he cogido algún virus. Sigo con el estómago revuelto.

—Ve al médico.

—Ya sabes que no soy muy de hospitales.

En eso nos parecemos.

—Está bien, cuídate, ¿quieres? Ando escasa de amigas y no me gustaría perderte —bromeo, aunque en el fondo es cierto.

Mi vida social es irrisoria, por no decir inexistente, y hay pocas amistades que sobrevivan a eso. El poco tiempo libre que tengo lo dedico a mi familia. Cuando tengo algo de dinero para ir al cine o a cenar por ahí, acabo yendo con Lucas y Catalina, y para las chicas de mi edad un niño y una anciana no son las compañías más deseables para una velada.

Desiré es la excepción. Ella no tiene problemas en acoplarse a nuestras escapadas familiares e incluso ha tomado la costumbre de venir a cenar los jueves con nosotros. Al ser hija única, y tener unos padres desatentos, creo que nunca ha tenido una vida muy hogareña y disfruta de esos sencillos momentos. Debajo de toda su sofisticación y su apariencia frívola, es una persona muy leal y siempre dispuesta a ayudar a los demás.

Con nosotros se siente a gusto, y Catalina y Lucas la adoran. En cuanto a mí... En pocos años, la he llegado a querer como a una hermana, razón por la que estoy metida en esta situación.

«Bueno, por eso y por los dos mil euros», me recuerda mi vocecilla interior.

Me despido de Desiré y me pongo en acción para poder estar lista cuando la limusina venga a recogerme.

A las seis menos diez, estoy preparada para salir. Me pongo frente al espejo y hago un último repaso visual a mi apariencia.

Llevo puesto un elegante traje chaqueta negro que me da un aire muy profesional y cuyo pantalón me hace un culo fantástico, todo hay que decirlo. En cuanto a mi cabello, he optado por recogerlo en una trenza y enrollarla en un moño bajo, en un peinado sencillo, pero favorecedor. El maquillaje que llevo es discreto y natural, tal vez demasiado.

En un último impulso, decido dar un toque de color a mi rostro y me pinto los labios de tono

rojo oscuro a juego con la blusa que llevo.

Siempre he pensado que mi boca es mi mejor rasgo. Tengo unos dientes blancos y bien alineados, y mis labios son voluptuosos y sensuales.

Es una lástima que el erotismo ya no tenga cabida en mi vida.

Salgo de la habitación con paso rápido, algo digno de elogio con los zapatos de Prada de diez centímetros de tacón que llevo puestos, y bajo al vestíbulo sin pérdida de tiempo. Allí me cruzo con un par de hombres que me miran de forma apreciativa, algo que me hace sentir más confiada.

Sin embargo, al ver cómo el chófer de la limusina que me espera en la puerta del hotel frunce el ceño cuando me acerco a él, mi seguridad flaquea.

—Perdone, ¿es esta la limusina de Contact One? —pregunto dudosa. El chófer asiente con cierta reserva.

»Hola, soy Sonya.

El hombre me mira de arriba abajo con extrañeza y luego sus ojos se velan ocultando cualquier pensamiento.

—Encantado, señorita Sonya —saluda con una inclinación de cabeza que debería ser respetuosa, pero se me antoja algo burlona—. Mi nombre es Marcos Mengod. Soy el chófer asignado al señor Gryson durante esta semana.

Una cosa tengo que admitir: el señor Mengod es un bombón.

Lo miro con disimulo mientras se gira y se dirige hacia el vehículo. Parece de mi edad y tiene más pinta de modelo que de conductor. Es alto, con el cabello rubio claro y los ojos castaño oscuro. El uniforme negro sin duda esconde un cuerpazo de espaldas anchas y músculos duros.

El señor Mengod me abre la puerta de la limusina y me hace un gesto para que entre, y es como si me abriera las puertas a un mundo nuevo. Un mundo de ostentación y decadencia en el que me sumerjo con un suspiro de satisfacción.

El lujoso interior huele a dinero. Dos filas de asientos se disponen enfrentadas entre sí, y en uno de los lados se halla una pequeña pantalla plana y lo que parece un minibar.

Mientras la limusina se pone en marcha con un suave ronroneo, acaricio con reverencia la fina piel de los asientos, de un color beis claro, y exploro los mil y un recovecos y accesorios que ofrece el espacio.

—¿Es la primera vez que sube en una?

La voz del chófer me sorprende justo cuando estoy inspeccionando el contenido del minibar. Enfrento sus ojos a través del retrovisor, con una mirada que intenta mostrar mi censura por el hecho de que me esté espiando por el espejo.

—Por supuesto que no —miento con gesto altivo y cruzo las piernas con elegancia.

La sonrisilla divertida del chófer me hace fruncir el ceño. Es evidente que no me ha creído.

Me lo tomo como un toque de atención.

Debo dar un aspecto elegante a tono con todo lo que me rodea. No puedo transmitir la sensación de que soy una paleta que no ha pisado una limusina en la vida, por muy acertada que sea esa descripción. Desiré es una persona sofisticada y es muy posible que las limusinas no le sean ajenas. Además, lleva seis meses trabajando para Contact One, seguro que ya se ha subido a varias.

Si quiero que crean que soy la auténtica Sonya, debo proyectar su imagen mundana y controlar mis reacciones impulsivas.

—¿No le han dicho nunca que no es correcto espiar por el espejo retrovisor? —espeto incómoda por su atención.

—¿No le han dicho nunca que es ilegal hacerse pasar por otra persona?

«*Touché*».

Lo miro por un instante con los ojos desorbitados por el pánico, aunque enseguida me recompongo.

—No sé de qué está hablando —replico en tono indiferente y digno.

—No tiene sentido que disimules, guapa —bufa con sorna—. Sonya y yo... —titubea como si no tuviese claro qué decir a continuación—. Hemos coincidido antes en otros trabajos —completa de forma vaga.

»¿Quién eres y por qué la estás suplantando?

—Soy una amiga suya —aclaro, ya que no tiene sentido seguir negando lo evidente—. Ella me pidió que la sustituyera porque tuvo un pequeño accidente y...

—¿Un accidente? ¿Está bien? —pregunta Marcos y se gira con urgencia hacia mí en busca de respuestas.

—Pero, hombre, ¡mira hacia adelante! —le reprendo nerviosa al ver que la limusina da una bandada hacia un lado.

—¿Qué le ha ocurrido?

Su voz destila tanta preocupación que lo miro con más atención. ¿Será él su misteriosa «espinita»? Algo me dice que sí.

—Solo es un esguince, pero le han escayolado la pierna. Bueno, también parece haber cogido algún virus estomacal —añado recordando nuestra última conversación telefónica—. Como no quería quedar mal con la empresa me ha pedido que la sustituya en este trabajo.

»¿Me vas a delatar? —pregunto insegura.

Marcos tarda unos segundos en contestar, como sopesando su respuesta.

—No, no quiero que Sonya se meta en problemas —admite a desgana.

»¿Cómo te llamas?

—Sin.

Marcos eleva una ceja.

Lo malo de llamarse Sinclair es que el diminutivo que todo el mundo utiliza para mi nombre, y que yo misma he adoptado, es Sin. En español no tiene nada de malo, pero en inglés...

—¿Sin? ¿Como pecado?

—Sin de Sinclair —explico como tantas otras veces lo he hecho en el pasado—. Me llamo Sinclair.

—Ya, supongo que es un nombre tan falso como el de Sonya —bufa y paso de negarlo.

»¿Conoces a Sonya desde hace mucho? —indaga con curiosidad.

—Unos cuatro años. Nos conocemos de la universidad. Es mi mejor amiga.

—Ah, ¿sí? ¿Qué universidad?

Lo pregunta con un estudiado desinterés que despierta mis alarmas al instante.

—¿Y por qué no se lo preguntas a ella? —repongo recelosa.

—Porque no me respondería —admite Marcos con una mueca—. Esa chica es muy reservada en lo referente a su vida personal, y más después de... —Se calla de golpe, como si se hubiese dado cuenta de que iba a compartir conmigo alguna intimidad.

»Dime una cosa, ¿cómo te ha convencido para que estés aquí en su lugar? —inquiere cambiando de tema.

—Dinero —reconozco con un suspiro.

—Puto dinero —masculla el chófer—. Siempre nos tiene cogido por los huevos, ¿eh?

—En mi caso, por los ovarios —repongo con una mueca.

—Por desgracia, el dinero es lo que mueve el mundo, aunque solo es una quimera.

—¿Qué quieres decir?

—El dinero puede comprar una casa, pero no un hogar. Puede comprar un libro, pero no la inteligencia. Puede comprar una cama, pero no el sueño. Puede comprar un reloj, pero no el tiempo. Puede comprar una posición, pero no el respeto. Puede comprar sexo, pero jamás amor —contesta Marcos, y hay cierta amargura en sus últimas palabras.

—Vaya, eso es... profundo —atino a decir.

—No creas que es una reflexión mía. Lo leí en internet —admite. Se queda unos segundos en silencio mientras tamborilea con los dedos sobre el volante.

»Y, dime, ¿Sonya no te ha hablado de mí? —pregunta finalmente.

—¿Debería?

Marcos gruñe, y yo sonrío con disimulo. Tiene las mismas ansias de sacarme información que yo de preguntarle qué hay entre Desiré y él. No obstante, parece que los dos nos vamos a quedar con las ganas, al menos de momento, porque guarda silencio.

Unos minutos después, la limusina se detiene en la Terminal Corporativa de Barcelona, una zona del aeropuerto de Barcelona-El Prat que da servicio a los vuelos privados. Cómo no, mi cliente VIP viajaba en el *jet* de su empresa.

Durante el trayecto, he imaginado la escena partiendo de lo que he visto en algunas películas: el VIP sale del avión y desciende por una escalerilla hasta acabar pisando una larga alfombra roja que le lleva hasta la limusina —bueno, en las películas que he visto también hay bandas de música, banderitas y creo recordar que algunas fans histéricas—, pero esto es la realidad. Yo le estaré esperando al pie de la escalerilla para saludarle con mi mejor sonrisa y le entregaré una flores de bienvenida que...

«Mierda, he olvidado las flores».

—Marcos, ¿da tiempo a conseguir un ramo de flores?

—¿Flores? No. Céntrate, chica —me amonesta el chófer frunciendo el ceño mientras lee algo en su móvil—. Tenemos un problema. Mackenzie, la coordinadora de Contact One para este trabajo, acaba de enviarme un mensaje. Parece ser que hubo una confusión de horarios y el *jet* aterrizó hace unos veinte minutos. El cliente aguarda en una de las salas VIP —informa en tono de fastidio.

»Escúchame. Tú y yo formamos equipo con este cliente. Debemos conseguir que ese hombre se sienta bien recibido si queremos obtener una buena propina, y creo que tú necesitas la pasta tanto como yo; así que toma esta acreditación para entrar, ve a buscarlo y deshazte en mil disculpas por hacerlo esperar, lo que sea. Quiero que cuando suba a la limusina luzca una sonrisa de oreja a oreja.

—Eso está hecho. Puedo ser encantadora cuando me lo propongo —aseguro con una sonrisa incentivada por la «buena propina» entretanto tomo la acreditación que me tiende.

Voy a hacer uso de todas mis armas para camelarme al señor Gryson.

Con ese pensamiento en mente, entro en la terminal proyectando una confianza en mí misma que realmente no siento, pero dispuesta a que no se note.

Aunque el Mobile World Congress no comienzan hasta el lunes, las mejores marcas hacen algún tipo de evento el fin de semana antes, por lo que muchos de los participantes ya están por aquí. De hecho, por lo que puedo ver, la terminal es un hervidero de actividad con una afluencia constante de aviones privados, supongo que trasportando a los altos ejecutivos de las mayores empresas.

Cuando le conté a Lucas que había conseguido un trabajo de intérprete en Barcelona para un hombre que iba a participar en el Mobile World Congress, se quedó impresionado. Dice que las mejores empresas de tecnología del mundo participan en él.

De hecho, por lo que estuve curioseando en internet, es todo un acontecimiento para Barcelona porque, además de tener una repercusión económica de cientos de millones de euros, también ofrece la creación de miles de puestos de trabajo para dar servicio a los más de setenta y cinco mil profesionales de doscientos países que participan.

Los hoteles cuadriplican sus tarifas y, aun así, han colgado el cartel de completo con meses de antelación; los restaurantes y zonas de ocio nocturnas se frotan las manos esperando la avalancha de altos ejecutivos extranjeros dispuestos a degustar la famosa cocina española y la más afamada aún marcha nocturna.

Los participantes vienen dispuestos a gastar dinero. Y, por la cantidad de trajes a medida que veo a mi alrededor por los pasillos de la terminal, lo tienen. Y mucho. Agradezco mentalmente a Desiré porque, gracias a la ropa que me ha prestado, mi aspecto no desentona tanto con ellos; aun así, estoy deseando salir de aquí. Me siento completamente fuera de lugar.

Me acerco al punto de información y pregunto a una de las chicas que hay allí dónde espera el pasajero del *jet* de G&G Corporation. En cuanto me lo indica, me dirijo hacia la sala VIP entretanto repito en mi cabeza las tres palabras que se están convirtiendo en mi mantra de hoy: «Profesional, fría y educada».

Me encamino por un pasillo con varias puertas que deduzco que pertenecen a las diferentes salas VIP que posee esa terminal mientras me cruzo con varios hombres con trajes a medida y algunas mujeres muy elegantes, todos con pinta de altos ejecutivos o de ricos sin más.

Por fin, me detengo ante la puerta de la sala que me han señalado. Cojo aire y doy unos golpecitos con los nudillos, pero nadie responde. Vuelvo a llamar y nada. Al final, decido entrar con mi mejor sonrisa... Y la encuentro vacía.

Ni rastro del señor Gryson.

Me adentro con cautela, guiada por la curiosidad y atraída por la opulencia de este mundo solo accesible a unos pocos ojos. Se trata de una habitación muy amplia y bien iluminada de estilo moderno, con un sofá enorme y una gran pantalla plana. También tiene una mesa con varias sillas y un mueble-bar con bebidas.

Mi imaginación se activa y pienso en cómo sería vivir como los ricos, lejos de las largas colas para facturar y recoger el equipaje, y los incómodos asientos de las salas de espera. Tal vez, si la repentina muerte de mi padre no hubiese trastocado mi vida de forma tan drástica, yo habría podido descansar en una de estas salas.

Con la mente distraída, me acerco a la ventana para contemplar las vistas cuando, de repente, oigo el agua corriendo detrás de una puerta que hay a un lado.

¡Mierda, el cliente VIP debe de estar en el baño, y yo, deambulando por aquí como una tonta!

A toda prisa, retrocedo y espero al lado de la puerta de la sala, tratando de adoptar una postura formal.

Unos segundos después, la puerta del baño se abre y no puedo evitar dar un respingo ante la

visión que aparece ante mí.

Se trata de un hombre, solo un hombre, pero su mera presencia inunda cada centímetro del espacio que hay a mi alrededor. Lo miro de arriba abajo con los ojos desorbitados. Este no tiene nada que ver con el maduro señor Gryson con el que esperaba encontrarme.

El desconocido que tengo ante mí tendrá unos treinta y pico años, y emana masculinidad y testosterona por cada poro de su metro noventa de altura. Posee un denso cabello oscuro, de un rico tono chocolate, y lo lleva ligeramente largo y despeinado, de forma que un rebelde mechón le cae sobre la frente. Me muero de ganas por acariciar ese mechón, por acercarme a ese hombre y descubrir si huele tan bien como aparenta.

En cuanto a su rostro, es fascinante. Una mezcla equilibrada entre Jake Gyllenhaal y Matt Bomer, lo que para mí equivale a la perfección masculina.

Sin embargo, lo más impactante de él, además de él mismo, es que, entre el mar de trajes elegantes con los que me he cruzado en esa terminal, va con unos vaqueros desgastados... y nada más.

Me quedo mirando embobada su impresionante torso desnudo.

Un impresionante torso desnudo ligeramente velludo.

Un impresionante torso desnudo ligeramente velludo plagado de músculos.

Un impresionante torso desnudo ligeramente velludo plagado de músculos dorados por el sol...

«¡Sin! Reacciona, mujer», me recrimino a mí misma.

Hago un esfuerzo sobrehumano por dejar de babear y aparto los ojos de esos pectorales que parecen haber sido esculpidos por el mismísimo Miguel Ángel hasta desviarlos hacia su cara en un intento por recuperar la cordura.

Es un intento inútil.

Cuando nuestras miradas se encuentran, mis rodillas tiemblan por la impresión. Tiene unos impactantes ojos de un color azul, tan claro como un cielo en primavera, que contrastan vívidamente con el tono bronceado de su piel.

El hombre me observa con sorpresa en un primer momento, sin duda extrañado de encontrarme aquí. Después, sus ojos abandonan los míos para recorrer mi cuerpo de arriba abajo en un descarado examen que me acelera el pulso a mi pesar y, cuando nuestras miradas se vuelven a encontrar, casi suelto un jadeo. En un segundo, me hace sentir desnuda, despeinada y sin maquillaje. Una simple mirada y... no. No tiene nada de simple. Es una mirada que promete horas interminables de placer y sexo caliente.

—Perdón, creo que... me he equivocado de sala —balbuceo con voz ahogada y me giro en redondo hacia la puerta, no sin antes ver en su rostro una sombra de desilusión ante mis palabras.

Salgo a toda prisa de allí y me quedo parada en el pasillo de la terminal, intentando recuperar el aliento. Parece como si acabara de correr un kilómetro a máxima velocidad. Mi pulso está acelerado y mi respiración, agitada.

Me siento una tonta porque la mera visión de un hombre me haya afectado de esa manera.

Lo achaco a que hace mucho que no tengo sexo.

Muchísimo.

Demasiado.

Aunque tampoco te encuentras frente a un hombre así todos los días.

Justo cuando voy a moverme para regresar al punto de información para aclarar el malentendido, y descubrir dónde se ha metido mi cliente, llega hasta mí un esquivo aroma que me inunda las fosas nasales y me eriza la piel. Lo reconozco al instante. Opium de Yves Saint

Laurent. Es mi perfume favorito, el que me regalaron Lucas y mi abuela estas Navidades y que dosifico como si fuese oro líquido. No obstante, el olor que llega hasta mí tiene una faceta distinta, más profunda e intensa. Se trata de la versión masculina.

Siento una presencia a mi espalda y un escalofrío me recorre la columna vertebral de arriba abajo, haciéndome estremecer. No tengo que girarme para saber que es él.

Tengo a don Perfecto justo detrás de mí, pegado a mi espalda.

—¿Qué puedo hacer para convencerte de que vuelvas a entrar? —murmura con voz lenta y acariciante junto a mi oreja con un tono tan bronco y sensual que mis rodillas se convierten en gelatina.

Su inglés con acento de Texas me hace contener el aliento, llenándome de recuerdos y nostalgia, algo totalmente indeseado e inadecuado en estos momentos. No obstante, es algo inevitable porque mi padre tenía la misma entonación perezosa y también acortaba las palabras al hablar.

Tal vez por eso, al sentirme en cierta forma vulnerable por un momento, tomo una actitud defensiva al girarme.

Me fastidia tener que levantar la vista para mirarlo y más aún tenerlo a solo unos centímetros de distancia.

—Le aconsejo que vuelva a entrar en la sala y siga esperando —espeto envarada.

Doy gracias mentalmente de que se haya puesto encima un suéter azul. Aun así, todavía no entiendo cómo consigo hablar con coherencia cuando lo veo por primera vez de cerca. Si a unos metros de separación es impactante, en las distancias cortas este hombre es letal.

Y su olor... Mmmm.

Los dedos de mis pies se encogen de puro placer solo con olerlo.

—Yo estaba pensando en algo mejor —musita él con voz ronca—. Tal vez podríamos salir de aquí tú y yo juntos, y dejaré gustoso que me enseñes la ciudad... o lo que quieras mostrarme —añade con tono sugerente, tuteándose.

Tentador, muy tentador. Tal vez en otra etapa de mi vida le hubiera cogido de la mano y hubiera salido de aquí sin mirar atrás. Sin embargo, esa época hace mucho que quedó atrás. Ahora soy una persona seria y responsable.

«Recuerda, Sin: profesional, fría y educada».

—¿Es usted el señor Gryson? —pregunto alzando una ceja.

Él duda un instante.

—No —responde por fin.

—Pues no tenemos nada más que hablar —declaro en tono tajante—. Y ahora, si me disculpa —agrego de forma educada antes de girarme y dejarlo allí plantado.

Sin mirar atrás, me dirijo con paso airado hacia el punto de atención al cliente y vuelvo a preguntar a la chica que me indicó anteriormente. Su respuesta es la misma: mi cliente está en la sala que me señaló, aunque esta vez también me aclara que en el *jet* iban dos pasajeros: uno joven y otro más mayor.

Maldiciendo por lo bajo, hago de tripas corazón y me encamino de nuevo hacia la sala VIP, dispuesta a enfrentarme al morenazo y aclarar la situación.

Rechino los dientes cuando lo encuentro apoyado al lado de la puerta de entrada, mirándome con cierta presunción.

—Sabía que volverías —afirma con una sonrisa ladeada.

Su actitud burlona y arrogante me enfada tanto que, aun a riesgo de parecer una maleducada, lo ignoro por completo y entro en la sala VIP en silencio para esperar al esquivo

señor Gryson.

Oigo que la puerta se abre a mi espalda, pero no me giro, consciente de que es don Perfecto el que ha entrado detrás de mí. Me concentro en mirar por la ventana y pasar de él.

—¿Estás tratando de ignorarme? —le oigo preguntar al cabo de un minuto.

Sonrío para mis adentros cuando detecto la incredulidad en su voz. Normal. Seguro que a ese hombre no lo han ignorado en su vida. Su mera presencia despierta cualquier atención femenina en kilómetros a la redonda.

Mi silencio es la respuesta a su pregunta. Espero que con eso desista de su intento de acercamiento. No hay nada mejor que la indiferencia para desalentar el interés de una persona, esa es una de las mejores lecciones que me dio mi madre cuando era una niña. Así que mantengo mi posición erguida y con la vista al frente, controlando el impulso de echar una miradita hacia atrás para...

—Preciosa, no me gusta que me ignoren.

Al sentir de improvisto su cálido aliento en mi oreja y sus palabras acariciándome el oído doy un brinco por el sobresalto. Me giro dispuesta a darle un buen empujón por haber invadido mi espacio personal de nuevo, pero lo hago con tanto ímpetu que uno de los taconazos de mis zapatos se dobla, haciendo que dé un traspié hacia un lado. Cierro los ojos cuando siento que voy a darme de bruces contra el suelo, pero, antes de llegar a hacerlo, los brazos de don Perfecto me rodean y detienen la caída.

Abro los ojos solo para descubrir que tengo el cuerpo inclinado hacia atrás, y él está cerniéndose sobre mí mientras me sujeta, con nuestros rostros a escasos centímetros de distancia, como la pose final de uno de esos bailes de salón que a mi abuela tanto le gusta ver por la tele.

Don Perfecto tiene una sonrisilla bailando en los labios, pero se desvanece cuando sus ojos se posan en mi boca. Y ahí se detienen. Su mirada besa mis labios con intensidad. Los devora. En un instante me hace sentir más consciente de mi cuerpo de lo que he estado en años.

—Suéltame —gruño con los dientes apretados.

—Suéltame tú primero —musita él con voz ronca.

En ese momento me percato de que mis brazos están rodeando su cuello con fuerza en un intento de mantener el equilibrio. Los desenredo al instante y mis manos se posan en su pecho en un inútil acto de resistencia a su cercanía. Sin embargo, tocarlo de forma tan directa es un error. Su torso parece puro acero bajo mis manos, pero tan cálido que resulta acogedor.

—He dicho que me sueltes —insisto intentando recobrar la compostura y poner distancia mientras lo empujo para que se incorpore.

—Te caerás —advierde.

Soy consciente de que, en la posición en la que me mantiene, sus brazos son mi único punto de equilibrio, pero estoy tan afectada por su cercanía que soy incapaz de razonar. Lo miro enfadada.

—¿Es que no me has oído? He dicho que me suel... —Justo en ese momento él abre los brazos y me suelta. Y yo caigo de culo en el suelo, a sus pies— ... tes. —Lo miro con incredulidad, sentada sobre las relucientes baldosas de mármol, mientras él se alza a mi lado en toda su estatura.

»Tú... tú... ¡Me has soltado! —farfullo completamente indignada.

»Pero ¿qué clase de persona eres?

—Una muy obediente —responde él y deja salir una carcajada.

Su risa tiene el mismo efecto en mí que pasear un pañuelo rojo delante de un toro bravo. Actúo sin pensar y por instinto. Mi padre me enseñó concienzudamente cómo defenderme... y

cómo atacar cuando sea necesario.

Y ahora mismo se me antoja que es muy necesario un buen ataque.

Antes de ser del todo consciente de lo que hago, mi pierna se estira haciendo un barrido hasta golpear por detrás las del hombre, que cae de culo.

—Hija de...

—Donde las dan las toman, vaquero —espeto imitando su acento de Texas.

Don Perfecto se queda sentado a mi lado, mirándome con los ojos desorbitados por la incredulidad. Abre la boca para decirme algo, pero justo en ese momento la melodía de *Para Elisa* de Beethoven lo interrumpe. Tardo un segundo en darme cuenta de que surge de mi móvil o, mejor dicho, del iPhone que Desiré me ha prestado.

Veo en la pantalla que pone Contact One y el estómago se me revuelve pensando en qué querrán.

Le hago un gesto con la mano a don Perfecto para que se quede callado —cosa que parece indignarle todavía más— y contesto la llamada con mi voz más profesional tratando de sonar como mi amiga.

—Sonya al habla.

—Señorita Sonya, soy Mackenzie, de Contact One —declara una voz femenina desde el otro lado de la línea—. Debo informarle de que ha habido un cambio de última hora, y el señor Christopher Grayson no va a poder acudir al congreso.

—Querrá decir Gryson.

—No, el apellido correcto es Grayson —informa la voz con tono de disculpa—. Parece que hubo un error de transcripción.

»En su lugar acudirá su hijo, el señor Noah Grayson —prosigue diciendo MacKenzie.

—Así que su hijo, ¿eh? —musito con la voz ahogada por un mal presentimiento.

—Sí. Treinta y cinco años. Un metro con noventa y tres centímetros de altura. Noventa kilos de peso. Moreno. Ojos azul claro. Atractivo —detalla la voz como si estuviera leyendo un informe.

«Mierda, mierda, mierda».

—Sí, creo que ya lo he localizado —murmuro con acritud—. Gracias por haberme informado a tiempo —añado intentando no sonar demasiado irónica y cuelgo el teléfono.

A continuación, me levanto con movimientos lentos y elegantes, recompongo mi ropa, que se me ha quedado un poco descolocada tras la caída, y miro al hombre al que acabo de tirar al suelo y que permanece en silencio mirándome de un modo indescifrable.

—¿Noah Grayson? —pregunto con la mayor dignidad posible.

El hombre asiente.

—Soy la señorita Sonya, su intérprete personal durante el tiempo que esté aquí. Bienvenido a Barcelona.

Capítulo 4

Sinclair

En un tenso silencio, llegamos hasta donde nos espera la limusina. Es entonces cuando me doy cuenta de que una persona camina detrás de nosotros. Se trata de un hombre de mediana edad con el pelo cano y los ojos grises. Lleva un traje negro y de corte sobrio, y tiene cierto aire elegante y estirado.

Le escucho dar indicaciones al empleado que está llevando las maletas en un carrito para que las meta en la limusina. Después, centra su atención en mí.

—Señorita Sonya, permítame que me presente. Soy Raymond Smith, asistente personal y guardaespaldas del señor Grayson —saluda con un marcado acento británico. Su rostro carece de expresión, pero los ojos le brillan por un momento con admiración cuando continúa hablando—. Permítame felicitarla por el impresionante barrido con el que ha tumbado al señor Grayson. Pude apreciarlo justo cuando entraba en la sala —aclara en tono confidente—. Fue un movimiento muy elegante y efectivo. ¿Debo suponer que no fue casual?

—Encantada, señor Smith, y no, no ha sido casual —afirmo y clavo mis ojos en don Perfecto—. Puedo repetirlo siempre que sea necesario.

Mi sutil amenaza provoca un gruñido en el señor Grayson, que prosigue clavando los ojos en mí con tanta fijeza que empieza a ponerme de los nervios. No me ha dirigido la palabra desde que se levantó del suelo, solo me observa con el ceño fruncido.

Marcos nos recibe con una expresión reservada. Parece muy metido en su papel. Se limita a cerrar el maletero cuando terminan de cargarlo y presentarse con cortesía.

—No parece muy sonriente —murmura en mi oído mientras el señor Grayson y su asistente intercambian unas palabras.

—Creo que no le he dado el recibimiento que esperaba —admito con una mueca.

—Arréglalo o nos quedamos sin propina —gruñe el chófer.

Volteo los ojos. No me apetece nada tener que hacerle la pelota al vaquero, pero, si voy a pasar el fin de semana con él, será mejor que me gane su simpatía.

—Señor Grayson, supongo que estará cansado y querrá ir a su hotel lo antes posible para recuperarse del...

—¿Del golpe en el trasero cuando me ha tirado al suelo? —inquieta con una ceja arqueada.

Marcos me dirige una mirada incrédula. Al parecer, don Perfecto no tiene un carácter tan perfecto y no le importa airear mi pequeño malentendido.

—Del viaje —aclaro con voz tensa y una sonrisa tan falsa que hasta me duele la boca al forzarla.

—La verdad es que estoy fresco como una rosa.

—Un cardo más bien —musito por lo bajo.

—Tal vez podríamos hacer un pequeño recorrido en limusina por los puntos más emblemáticos de la ciudad mientras repasamos la agenda de mañana —prosigue sin ser

consciente de mi comentario.

—Como desee, señor Grayson —acepta Marcos sin dudar antes de que yo pueda decir nada.

Acto seguido, abre la puerta entretanto me dedica una mirada de advertencia, por lo visto él sí que ha escuchado mi comentario a *sottovoce*.

—Las damas primero —comenta el señor Grayson mientras me cede el paso con un ademán.

Me sobresalto un poco cuando, al disponerme a subir, me ofrece la mano. Es un gesto de cortesía, pero me hace recelar, más aún cuando va acompañado de esa mirada penetrante que parece querer leer dentro de mí.

Dudo al darle la mano, y él lo debe de notar —maldito sea—, porque una sonrisilla retadora le baila en los labios.

Ya me puede partir un rayo antes de permitir que don Perfecto piense que me acobardo de alguna manera frente a él. Alzo el mentón, acepto su mano, y subo a la limusina con la misma elegancia que la reina de España, haciendo un esfuerzo sobrehumano para ocultar el estremecimiento que siento cuando nuestras manos se tocan.

Maldita química imprevisible e inesperada.

¿Por qué entre todos los hombres del mundo tengo que sentirme atraída por el cliente con el que voy a tener que lidiar durante el fin de semana?

La limusina se pone en marcha con un suave ronroneo y, a los pocos minutos, vamos camino de Barcelona por la autovía de Castelldefels.

Miro por la ventanilla, tratando de ignorar al hombre que tengo sentado en frente y que no me quita el ojo de encima. No dice nada, se limita a mirarme con fijeza, como buscando en mi rostro la respuesta a algún acertijo que está empeñado en descifrar.

Para empeorar las cosas, estamos los dos solos en el cubículo, pues el señor Smith ha optado por sentarse en el asiento del copiloto y, a petición del señor Grayson, Marcos ha elevado el cristal opaco que nos separa de ellos.

Empiezo a tamborilear con los dedos sobre mi rodilla, tan tensa que, como cojamos un bache, puedo romperme a trocitos.

Mierda, se supone que estoy trabajando. Tengo que tragarme mi orgullo y dar un buen servicio. Es como cuando estoy en el supermercado y me toca alguna clienta tiquismiquis o maleducada. No puedo mandarla a tomar por culo sin más como me gustaría. Tengo que hacer acopio de paciencia y demostrarle que soy más correcta que ella.

Tomo aire y me obligo a mirarlo y sonreír con cortesía.

—¿Ha tenido un buen viaje? —El señor Grayson se limita a afirmar con la cabeza.

»¿Ha estado antes en Barcelona? —Un gesto negativo.

»¿Y en España? —Otra negativa silenciosa. Rechino los dientes. Don Perfecto se está comportando como un perfecto capullo. Ya no aguanto más. Toda paciencia tiene un límite.

»Mire, siento el malentendido y siento haberlo tirado al suelo cuando se rio de mí —declaro con un suspiro—. No obstante, ha de reconocer que su comportamiento tampoco fue de lo más correcto —señalo a la defensiva—. Y ahora, si deja a un lado su enfurruñamiento, tal vez podríamos disfrutar de un rato agradable antes de que lleguemos a su hotel.

Un brillo intenso le ilumina los ojos por un segundo, como una llamarada de fuego azul, y una sonrisa torcida sesga sus labios.

—Dime, preciosa, ¿qué tienes pensado para hacer agradable nuestro paseo en limusina? —

pregunta con su voz arrastrada y ronca que crea una corriente de excitación que me eriza la piel.

Entonces, caigo en la cuenta de que mis palabras no han sido de lo más acertadas, pues han dado pie a un doble sentido por el que no estoy dispuesta a pasar.

Justo cuando se va a levantar de su asiento para sentarse a mi lado, lo detengo poniéndole una mano en el pecho para mantenerlo en su sitio.

—Quieto ahí, vaquero —advierto dejando los formalismos a un lado—. Con lo de «rato agradable» no me refería a ningún tipo de acercamiento físico. Será mejor que guardes las distancias a no ser que quieras perder unos cuantos dientes.

Don Perfecto me mira con perplejidad y se recuesta en el asiento con un bufido.

—Lo has vuelto a hacer.

—¿El qué? —pregunto confusa.

—Resistirte. No me suele pasar —declara con arrogancia, aunque también intuyo que con sinceridad—. Tampoco me suelen contradecir, y mucho menos ponerme en mi sitio —añade con una mueca—. Son pocos los que se atreven por mucho que lo merezca de vez en cuando.

—Debe de ser una sensación agradable —murmuro con una sonrisa—. Tener tanto poder y dinero que la gente no se atreva a contradecirte —añado en respuesta a su mirada interrogante—. Mientras, la gente normal está destinada al sometimiento.

Es un hecho que tengo comprobado: cuanto más dinero necesitas, más estás dispuesto a hacer para conseguirlo. Por desgracia, los empresarios lo tienen bien presente y muchos se aprovechan de la desesperación de sus empleados. A eso hemos llegado en esta sociedad, a que los que somos normales aceptemos trabajos con sueldos bajos y horarios incompatibles con la vida familiar, a que tengamos miedo de pedir un aumento de sueldo o mejores condiciones laborales porque hay un montón de personas dispuestas a ocupar nuestro puesto en las mismas condiciones.

—Tener dinero también tiene sus desventajas —declara el señor Grayson frunciendo el ceño—. Parece que es lo único que la gente ve y quieren sacar tajada de ello. Nunca sabes si alguien se acerca a ti por el dinero o por un verdadero interés personal.

—¿Hablas de mujeres?

—Sí.

No puedo evitar una carcajada.

—¿De qué te ríes? —inquieta con el ceño fruncido.

—De ti —admito entre risas—. Pero ¿tú te has mirado en un espejo? —Él me observa sin comprender.

»Vaquero, si una mujer se acerca a ti, ten por seguro que lo hará por tu físico —afirmo secándome las lágrimas de la risa—. Al menos, en un primer momento. Que se queden contigo por tu dinero ya depende de tu personalidad. Si eres un cretino tal vez solo el cuerpo no compense y necesiten consolarse con tu dinero. Pero, si a ese aspecto le acompaña una buena persona, no debe de haber chica que se te resista, tengas o no tengas dinero.

«Te aseguro que yo no podría», pienso.

—Por Dios, eres muy directa —musita y en su cara se puede leer una mezcla de maravilla y extrañeza.

—Sí, es uno de mis defectos.

—Entonces, ¿me consideras atractivo? —pregunta poniendo otra vez esa entonación sugerente y bronca.

Al instante me percaté de que nuestra conversación ha tomado un cariz personal y que no está siendo nada apropiada, al menos en horas de trabajo.

«Recuerda, Sin: profesional, fría y educada».

Decido reconducir la charla a un plano más profesional antes de que se salga más de tono.

—Cualquier mujer entre diez y ciento diez años le consideraría atractivo, señor Grayson —afirmo de forma evasiva.

»Entonces, ¿ha venido a Barcelona por el Mobile World Congress? —inquiero para cambiar de tema.

—Entre otras cosas —murmura mirándome con intensidad. Con demasiada intensidad. Tanta que me incomoda. Él lo nota porque sonrío ligeramente como si lo estuviese disfrutando.

»Me fascinan las nuevas tecnologías y las energías renovables, y me gustaría invertir en el sector —aclaro por fin tras unos segundos de pesado silencio.

—¿A eso se dedica su empresa? —atino a preguntar.

—Hasta ahora, no. Mi compañía está enfocada principalmente a la explotación petrolífera, además de poseer varias empresas relacionadas con el sector —explica con tanta naturalidad como si estuviese diciendo que es dueño de la verdulería del barrio—. Sin embargo, ahora que mi padre se ha jubilado y me he convertido en el nuevo presidente de G&G Corporation, quiero explorar nuevos horizontes.

—Me parece curioso que un magnate del petróleo se interese por las energías renovables.

—Mis intereses son muy variados, señorita Sonya —murmura y su mirada desciende por mi cuerpo de forma poco sutil.

Mi pulso se acelera al instante y siento que mi vientre se tensa por el deseo. Me cabrea que ese hombre consiga que pierda el control de mi cuerpo.

—Estamos llegando al puerto de Barcelona —indico con mi voz más fría e impersonal. Por suerte, durante el vuelo hasta Barcelona se me ha ocurrido memorizar algunos datos de interés turístico de los lugares emblemáticos de la ciudad.

»Sobre esa montaña que se ve allí está el castillo de Montjuic. —Señalo a través del cristal—. El castillo actual data del siglo XVIII y fue construido sobre una edificación del siglo XVI que...

Pierdo el hilo de lo que estoy diciendo cuando don Perfecto se sienta a mi lado, demasiado cerca, para mirar a través de mi ventanilla.

Inspiro y espiro el aire lentamente, intentando controlar mis nervios, sin embargo, lo único que consigo con eso es que mis fosas nasales se llenen del exquisito aroma que desprende este hombre.

Tengo que reprimir el impulso de sentarme en su regazo y hundir el rostro en la curvatura de su cuello para disfrutar de su olor más de cerca.

«Control, Sin. Control».

—Estamos en una limusina enorme —observo con voz suave.

—Sí.

—No hacía falta que se cambiara de sitio. Desde su asiento puede ver perfectamente lo que le señalo.

—Seguro —conviene él.

—Y se ha ido a sentar pegado a mí, invadiendo mi espacio —espeto con los dientes apretados.

—Desde aquí las vistas son mucho mejores —declara el hombre con una sonrisa descarada sin quitarme los ojos de encima.

—Señor Grayson...

—Puedes llamarme Noah —me corta, y siento cómo su atención vuela a mi boca y ahí se

queda.

»Y tutéame —añade con voz ronca—. Cuando estabas diciéndome que te parecía atractivo lo has hecho.

Así que está dispuesto a usar mi pequeño desliz como arma en mi contra, ¿eh? Pues pienso bajarle los humos rapidito.

Compongo mi expresión más angelical.

—Oh, no podría, señor Grayson. Antes me ha parecido más joven, pero ahora, viéndolo más de cerca, puedo comprobar que es mayor de lo que pensaba —declaro con fingida inocencia. Sonríe para mis adentros cuando él me mira estupefacto. Y ahora, el golpe de gracia...

»Sé que es una indiscreción, pero ¿cuántos años tiene? ¿Cuarenta? ¿Cuarenta y cinco? —Eso lo devuelve directo a su asiento con un gruñido bajo que no llego a discernir bien, pero que suena a «maldita bruja».

»Como le decía, aquel era el castillo de...

Una hora después, la limusina finalmente se detiene frente al hotel que el cliente ha reservado y, cómo no, tenía que ser el Maison Blanchard, uno de los más exclusivos de Barcelona.

Se trata de un hotel de lujo de cinco estrellas situado en el Paseo de Gracia, en pleno centro de la ciudad. El impresionante edificio de mediados del siglo XX encierra un interior todavía más espectacular de estilo barroco francés.

Lo sé porque lo he curioseado en el móvil.

También he visto lo que cuestan las *suites* de lujo y casi me da un soponcio ante los precios desorbitantes. Sobre todo, el de la *suite* principal, que ocupa toda la última planta.

Por supuesto, es en la que va a alojarse el señor Grayson.

Cuatro miembros del personal están ahí para recibir la limusina y, en cuanto se anuncia que es el esperado señor Grayson, solo les falta echar pétalos de rosa sobre la alfombra roja.

Don Perfecto baja del vehículo, ajeno a las miradas curiosas que despierta en las personas que van por la calle. Algunas incluso se detienen y le hacen fotos.

«Seguro que más de uno piensa que es una estrella de cine o un jugador de fútbol», pienso divertida, pues, con un abrigo de ante marrón, vaqueros y unas botas cochambrosas, está muy lejos de la imagen que se tiene de un exitoso hombre de negocios.

Está de mal humor. No ha abierto la boca desde que insinué que era viejo. Apenas me dirige la mirada al salir y avanza dejándome detrás. Eso me da la oportunidad de poderlo observar.

Al verlo andar, me percaté por primera vez de que tiene una ligera cojera que hubiese sido casi imperceptible si no tuviese la vista clavada en su trasero.

—Cojea un poco al andar. ¿Le he hecho daño cuando lo he tirado al suelo? —inquiero un tanto preocupada.

El señor Grayson se detiene de golpe, todo envarado. Después, se gira hacia mí con la mandíbula apretada. Parece que mi observación lo ha molestado de alguna forma, tal vez porque le he recordado el incidente.

Su intensa mirada me hace contener el aliento.

—Por hoy no voy a necesitar más de sus servicios, señorita Sonya —declara con frialdad ignorando mi pregunta y entra en el hotel sin mirar atrás, seguido por el señor Smith.

Suelto el aire que he aguantado de golpe y lo observo alejarse con el ceño fruncido, sin entender en qué le he podido ofender.

—¿Qué diablos ha pasado dentro de la limusina para que salga más cabreado de lo que ha

entrado? —masculla Marcos.

—Lo único que ha pasado es que se ha querido sentar a mi lado y le he mandado de vuelta a su asiento —aclaro muy digna—. Y no pienso disculparme por ello.

El enfado del chófer es sustituido por una expresión precavida, incluso preocupada.

—¿Se ha propasado contigo de alguna manera?

—No, qué va. Si lo hubiese intentado lo habría tirado de la limusina en marcha —declaro—, pero sí que me ha soltado alguna insinuación que no he aceptado.

—Hay clientes a los que les cuesta tener las manos quietas y no respetan los términos y, si tú eres de las que no quieren pasar por el aro por mucho dinero que ofrezca el cliente, lo veo muy respetable. Espero que con el tiempo no cambies como tu amiga —añade en un tono casi inaudible, pero lo oigo y frunzo el ceño. ¿Acaba de insinuar que Desiré se ha acostado con algún cliente por dinero? Imposible. Conozco a mi amiga y sé que no lo haría. Voy a preguntarle, pero me interrumpe.

»Vamos, te llevaré a tu hotel.

Lo miro reticente, pero al final mi curiosidad por indagar más sobre él y mi dolor de pies deciden por mí.

—Te lo agradezco —acepto—. No está muy lejos, aun así, no estoy acostumbrada a llevar tacones tan altos y me siento incómoda andando con ellos. Eso sí, déjame ir en el sitio del copiloto contigo, me siento fuera de lugar yendo detrás —añado con una mueca.

Además, seguro que el espacio trasero todavía huele al señor Grayson y mi salud mental prefiere evitar su aroma.

—Como quieras —concede él encogiéndose de hombros.

»Según el horario que me han pasado y que tú también tienes, mañana a las diez en punto el señor Grayson tiene la primera reunión. Como me viene de camino, pasaré a recogerte una hora antes por el hotel, ¿de acuerdo? —comenta Marcos cuando ya estamos en marcha.

Visualizo el horario en mi móvil, ya que le he hecho una foto para tenerlo presente.

—Mañana no hay apuntado nada más que un par de reuniones por la mañana y una fiesta por la noche. ¿Eso significa que tengo la tarde libre?

—No te confundas, tienes que estar disponible siempre que el VIP lo solicite. Las veinticuatro horas. Tendrás suerte si no te llama en mitad de la noche para que le rasques la espalda.

Suelto una carcajada, pero al ver que no me acompaña dejo de reír.

—Es una broma, ¿no?

—¿Nueva en el negocio? —inquieta él a modo de respuesta.

—No del todo, aunque tampoco tengo mucha experiencia como intérprete —miento, pues, a pesar de que no tengo ninguna, paso de que sepa que mi experiencia se limita a la traducción literaria.

—Bueno, pues, si ya has trabajado antes como *intérprete*, ya sabes cómo va esto —replica Marcos y remarca la palabra «intérprete» de una forma algo desconcertante.

»Por cierto, ¿sabes cómo puedo contactar con Sonya? Necesito hablar con ella.

—¿Has probado a llamarla por teléfono?

Marcos bufa ante mi chanza.

—Ha bloqueado mi número —admite en tono lúgubre.

Lo miro de reojo con recelo.

—¿Es que la has estado acosando? —pregunto porque es lo único que se me ocurre para que Desiré haya hecho algo así.

—¿Qué? Yo no... No es nada de eso —farfulla—. Hubo un malentendido entre nosotros y... —Se calla de golpe y luego se pasa los dedos por el cabello con impaciencia—. Si hablas con ella, dile que tenemos una conversación pendiente y que no me voy a dar por vencido por mucho que se esconda de mí —declara apasionado y luego suspira.

»En fin, mañana nos vemos. No te acuestes tarde.

En cuanto llego a mi habitación, me quito los tacones y llamo a Desiré.

—Cuenta —ordena en cuanto lo coge sin darme tiempo siquiera a saludar o a preguntarle qué tal está.

»¿Cómo ha ido todo?

—Un putito desastre —confieso sin rodeos—, aunque no ha sido mi culpa. Al menos, no todo.

—Explicate que me va a dar algo.

—Para empezar, en Contact One hubo un error con el nombre del cliente y con el cliente en sí. En lugar del señor que esperaba, ha venido su hijo. Y tengo que confesar que casi se me incendian las bragas al verlo. Está muy bueno.

Esperaba que mi amiga, siendo como es, hiciese algún comentario jocoso al respecto. Por eso me sorprende cuando deja escapar un taco.

—Recuerda que es necesario que te muestres profesional y guardes las distancias en todo momento —me advierte con cierta tensión en la voz.

—Sí, tranquila. Puede que sea guapo, pero me da que es un capullo de primera, y ya sabes que tengo muy poca paciencia para los cretinos.

»El que verdaderamente ha captado mi atención es el chófer —añado solo para probar mi teoría—. Se llama Marcos Mengod y es un verdadero bombón. ¿Sabes si hay algún problema en liarse con un compañero de trabajo?

—¡Ni de coña te vas a liar con Marcos! —grita Desiré tan fuerte que me tengo que separar un poco el móvil del oído—. Te lo prohíbo, ¿me oyes?

—No pensaba hacerlo, solo quería escuchar tu reacción al decirlo.

—Joder, Sin, casi vomito solo de pensar que Marcos y tú... ¿Él se te ha insinuado de alguna forma?

—Qué va. No para de preguntar por ti y tratar de sacarme información sobre tu identidad real.

—¿No le has dicho nada? —pregunta después de un pequeño silencio.

—Ya me conoces, por mí no se va a enterar de nada que tú no quieras que sepa.

—De entre todos los chóferes de limusina que trabajan en Contact One, te tenía que tocar justo él. Ya es casualidad —rezonga.

—No creo que haya sido coincidencia. Me da que Marcos lo ha arreglado porque esperaba coincidir contigo. De hecho, me ha pedido que te diga que tenéis una conversación pendiente y que por mucho que te escondas no va a darse por vencido.

»¿Puedes explicarme qué pasó entre él y tú? Porque estoy segura de que Marcos es esa espinita de la que me hablaste.

—Diferencias irreconciliables.

—Eso me lo aclara todo —musito en tono seco.

»¿Puedes ser un poco más específica? —insisto al ver que no se da por aludida y no dice nada más.

—Pasó lo de siempre, Sin —responde finalmente con amargura—. Chica conoce a chico. Chica empieza a sentir cosas por el chico, le entra el pánico y la caga. Chica pilla al chico liándose con otra. Chica se va con otro para tratar de olvidarlo.

Sigue siendo una explicación escueta, sin embargo, no quiero presionar más a mi amiga a que me dé más detalles porque por la voz parece al borde del llanto.

—Entiendo que el otro es John Mason.

—Me lo asignaron como cliente justo después de que viera a Marcos comiéndole la boca a una morena y coincidió que él nos hizo de chófer, así que quise ponerle celoso. No, celoso no —se corrige al instante—. Quise hacerle tanto daño como él me había hecho a mí —admite con voz rota.

»Aunque toda la culpa es mía.

—¿Acaso fuiste tú la que metió la lengua de Marcos en la boca de la morena? —bufé.

—No, pero, cuando Marcos me dijo que estaba empezando a enamorarse de mí, me acojoné y le dije que yo pasaba de relaciones exclusivas. La cagué.

—Joder, Desiré, que tienes veinticinco años, no quince —mascullo con enfado—. ¿Por qué le dijiste eso si es evidente que sientes algo por él? No me parece un mal tipo.

—Marcos es estupendo —suspira ella—. No solo está bueno y es un dios del sexo, sino que también es inteligente, divertido y considerado.

—Entonces, ¿por qué le dijiste que no querías exclusividad?

—Es un chófer de limusina, Sin, y no aspira a más. Cada vez que le pregunto por sus planes de futuro, me suelta que él prefiere vivir día a día —bufa—. Tendrías que ver el cuchitril en el que vive: un piso enano en La Barceloneta, en un edificio cochambroso y sin ascensor.

—¿Te das cuenta de lo esnob que acabas de sonar? —bufo.

—Tú mejor que nadie deberías entenderme porque también has dormido en los dos lados de la cama. Sabes lo que es que no te falte de nada y rodeada de lujos, y también conoces los dolores de cabeza y la frustración que acarrea la falta de dinero —alega en tono razonable—. Yo siempre he tenido claro el lado de la cama en el que quiero dormir: en el que me puedo permitir todos mis caprichos. Y resulta que ese es el de John.

—Ya veo, así que vas a dormir con John, pero vas a soñar con Marcos.

—No me juzgues, ¿vale? —replica Desiré con cierta tirantez—. No te haces una idea de lo que es que un hombre poderoso, rico y atractivo te trate como si fueses la única mujer de su vida. Que ponga el mundo a tus pies y te mime. Es mi príncipe azul hecho realidad.

—No soy quién para juzgarte y lo sabes —murmuro con un suspiro—. Solo te voy a hacer una pregunta: ¿por qué vienes a cenar los jueves a mi casa?

—Porque os adoro y me hacéis sentir como si fuese un miembro más de vuestra familia —reconoce ella—. Tú eres como la hermana que siempre he querido —admite—, Catalina es como mi abuela, y Lucas, mi sobrino.

—¿Y que no tengamos dinero y vivamos en un piso viejo, en una finca cochambrosa y sin ascensor te ha impedido llegar a querernos?

—Ya sabes que no.

—¿Y realmente piensas que la falta de dinero impediría enamorarte de alguien?

—La falta de dinero, no; pero la distancia, sí —responde mi amiga con renuencia.

Lo comprendo todo de golpe.

—Así que ese es tu juego: estás utilizando a John para distanciarte de él y, como Marcos no conoce tu verdadera identidad, no puede localizarte.

—Soy muy cuidadosa a la hora de compartir mis datos personales. Marcos no sabe nada

más de mí que mi *nick* y que soy de Valencia. Incluso el número de móvil que le di es de una tarjeta que tengo de prepago.

Frunzo el ceño porque no entiendo la forma de proceder de Desiré. Tanto secretismo y que sea tan precavida es inusual, pero supongo que lo hace por alguna razón.

—¿Y con John estás haciendo lo mismo?

—Sí. Además, no solo estoy con él por el dinero. Ya viste en las fotos lo bueno que está. También es encantador y muy detallista. Me gusta de verdad —concluye.

—Y supongo que también será un dios del sexo.

—Bueno, eso todavía no lo he comprobado. Le he dicho que quiero tomármelo con calma —admite en un murmullo algo avergonzado.

Que Desiré haga una cosa así solo puede significar una cosa: que, por mucho que se niegue a ello, está enamorada de Marcos.

El corazón no elige, solo siente.

—¿Y él cómo ha reaccionado?

—Dice que la espera hará que nuestra primera vez juntos sea todavía más especial. Aunque sí que hemos compartido mensajes de lo más cachondos y hemos tenido un par de llamadas muy calientes —agrega en tono pícaro.

»Pero que respete mi decisión de ir despacio demuestra que es un buen hombre —concluye.

No lo conozco, así que no puedo opinar. Y que Marcos se liara con otra a la primera oportunidad tampoco lo deja en muy buen lugar, así que decido no tomar partido por ninguno.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunto en cambio.

—Igual. Hecha un asco.

—Ve al médico —insisto.

—Sí, mamá.

Nos despedimos y, acto seguido, hago una videollamada a Lucas.

Sonrío al ver su rostro en la pantalla y el de Catalina saludándome por detrás.

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal por Barcelona?

—¿Has tenido un buen viaje en tren? —pregunta mi abuela al mismo tiempo.

Durante la siguiente hora, les cuento cómo ha ido todo —al menos, todo lo que les puedo contar— y escucho cómo han pasado el día.

Estoy deseando que acabe este fin de semana y regresar junto a ellos.

Solo espero que el señor Grayson no me ponga las cosas más difíciles.

Capítulo 5

Noah

Entro en la suite con paso firme y maldiciendo para mis adentros mi pequeño desliz. Estaba tan concentrado en la señorita Sonya que por un momento he olvidado disimular mi leve cojera, y ella la ha percibido.

Por un lado, es señal de que me estaba observando con atención, y eso me agrada. Por otro, me cabrea que haya captado con tanta facilidad una de mis debilidades.

Está claro que no voy a poder bajar la guardia ante ella.

La *suite* en la que me alojo es la mejor del hotel. Es un apartamento de doscientos treinta y seis metros cuadrados con vistas panorámicas al Paseo de Gracia. Cuenta con un gran salón comedor, una cocina pequeña, una habitación de invitados con baño propio y una habitación principal con salón y baño con bañera doble de hidromasaje. Todo decorado según los cánones del estilo barroco. Demasiado dorado para mi gusto, pero nadie puede discutir que rezuma elegancia y lujo, que es lo que vende la familia Blanchard, una de las más ricas de Francia y propietarias de este hotel y de una decena más situados en las principales ciudades del mundo.

Con todo, en cuanto entramos, salgo a la terraza principal como si me faltara el aire allí dentro.

Una bienvenida brisa helada azota mi rostro, pero permanezco detenido en el borde de la terraza, apoyado en la balaustrada, mientras contemplo la ciudad.

Pese a que Barcelona tiene una población algo mayor que Dallas, es muchísimo más pequeña en extensión. Aquí todo parece acinado, sin embargo, no me resulta tan asfixiante como había imaginado. De hecho, por lo poco que he podido ver, parece una ciudad muy interesante llena de contrastes.

Ha caído la noche, pero desborda luz. Edificios, farolas, semáforos, coches... Es como si todas las estrellas del firmamento hubiesen bajado a la tierra. El cielo se ve de un negro opaco en oposición.

Es algo que siempre echo de menos cuando salgo del rancho. Las estrellas. Eso y el silencio cuando cae la noche. Como mucho, se escucha el relincho de un caballo o el ladrido de algún perro. Tal vez el ulular de un búho o el murmullo del viento.

Adoro esa paz.

Montar a caballo, pescar en el lago, los atardeceres en el porche mientras leo...

En el fondo, soy un hombre de campo.

El ajetreo de las urbes me agobia. Demasiado ruido. El sonido de los cláxones, el lamento de las ambulancias, el rugido de los automóviles, gente hablando a gritos por sus móviles... No me gusta. Solo lo soporto en pequeñas dosis y, desde que me convertí en director de G&G Corporation, mi tolerancia ha tenido que aumentar de manera forzada hasta el punto de tener que comprarme un apartamento en Dallas que utilizo entre semana de forma regular.

Con todo, siempre que puedo, me escapo al rancho.

—Señor Grayson, debería entrar. Aquí fuera hace demasiado frío.

La voz del señor Smith me saca de mis pensamientos.

—Me gusta el frío —repongo sin girarme.

Es más, en estos momentos necesito el aire gélido que me envuelve para paliar la indeseable reacción de mi cuerpo ante la señorita Sonya, pues, literalmente, me he sentido arder ante ella.

Desde luego, esa mujer ha resultado toda una sorpresa.

No esperaba que la amante de Robert pudiese resultarme atractiva, pero... la deseo. Más de lo que he deseado a otra mujer en mi vida. No es solo que esté buena, que lo está, aunque sin duda he conocido a mujeres mucho más hermosas. Es la forma en que me ha retado y se me ha resistido. No mentía al decir que no me suele pasar. De hecho, no me ha pasado nunca.

Desde que estoy en el instituto, las mujeres se me han ofrecido sin reserva, ya sea por mi atractivo o por mi dinero. Siempre me ha resultado fácil conseguir a cualquiera.

Que la señorita Sonya me haya parado los pies en todos mis intentos de acercamiento ha despertado todos mis instintos de cazador y me he sentido verdaderamente interesado en ella. Y es que no es para nada como la había imaginado.

Esperaba una mujer sofisticada, fría, calculadora y codiciosa. Sin embargo, la señorita Sonya ha roto mis esquemas. Además, cuando la he visto, he sentido cierta conexión con ella. Una suerte de familiaridad. Como si la conociera de algo.

Evoco nuestro encuentro y siento que mi libido se vuelve a encender.

«Y eso que llevaba pantalones», pienso con un suspiro.

En ciertos aspectos soy un hombre conservador y tengo preferencia por las faldas o, mejor dicho, por las piernas desnudas de las mujeres. Es algo así como un fetiche.

Piernas largas y bien torneadas, tobillos estrechos, medias con ligero, tacones... Lo encuentro muy sexi. Sobre todo, en una mujer segura de sí misma y de su sensualidad.

¿Cómo serán las piernas de la señorita Sonya? Y, lo más importante, ¿cómo se ajustarán a mi cintura mientras la penetro con fuerza?

Sin duda, voy a disfrutar descubriéndolo.

Capítulo 6

Sinclair

A la mañana siguiente me pongo uno de los trajes chaqueta con falda de color gris marengo y una blusa rosada, y me vuelvo a recoger el cabello en un moño bajo.

Según mis instrucciones, la primera reunión a la que debo acompañar al señor Grayson es en la sede de una empresa llamada FYL Enterprise, ubicada en el Distrito 22@, una zona en la que se ubican muchas empresas dedicadas al sector de la tecnología.

Fácil, ¿no?

Con todo, mi voz interior entra en acción.

«No la cagues otra vez, Sin. Profesional, fría y educada», me recuerda.

Lo repito una y otra vez mientras la limusina me lleva hasta el Maison Blanchard para recoger al señor Grayson. Marcos me indica que lo espere en el vestíbulo del hotel y eso hago.

Todo va bien hasta que se abren las puertas del ascensor, y don Perfecto aparece. Las mujeres del *hall* se quedan embobadas mirándolo y... ¡joder, yo no soy una excepción!

Ya no queda ni rastro del vaquero con ropa informal y actitud relajada. Ahora en verdad parece el hombre de negocios que es. Lleva un traje azul marino, una camisa blanca y una corbata verde, y está espectacular. Va hablando por el móvil y su expresión es seria.

Cuando sus ojos reparan en mi presencia, se detiene por un segundo frente a mí y me hace un recorrido visual mientras sigue la conversación como si nada. Sus pupilas se dilatan al ver mi falda. Después, endurece la mandíbula y frunce el ceño.

Sé que la falda me está un poco ajustada —Desiré tiene menos caderas que yo—, pero tampoco es que me quede mal. Es recta y me llega por la rodilla, nada que se considere indecente ni provocativo. Además, con los taconazos que llevo me hacen unas piernas muy bonitas.

No sé qué le ha podido molestar en ella.

Eso sí, me entalla tanto el trasero que me marcaba las bragas y me he tenido que poner uno de los pocos tangas que tengo, regalo, por cierto, de Desiré en mi último cumpleaños. Es de un delicado encaje negro y rosa, nada que ver con la ropa interior básica de algodón que suelo usar.

Después, sin saludarme siquiera con un gesto, el señor Grayson aparta la mirada y se dirige hacia la salida con paso rápido.

Aprieto los dientes. En lugar de don Perfecto, creo que voy a empezar a llamarlo don Cretino. Sin duda, le pega más.

Respiro hondo para controlar mi carácter y empiezo a andar detrás de él.

—Buenos días, señorita Sonya.

Doy un respingo al escuchar la voz del señor Smith y encontrarlo junto a mí. Me avergüenza decir que no me había percatado de la presencia del asistente hasta este momento. El señor Grayson siempre se las apaña para acaparar toda mi atención.

—Buenos días, señor Smith. Parece que el señor Grayson no se ha levantado de buen humor.

—No lo he notado —repite el asistente con el rostro hierático.

Me recuerda a uno de esos mayordomos ingleses de las casas victorianas, todo digno y circunspecto.

—Eso es porque usted es leal.

»Y no quiere reconocer que su jefe tiene un humor de mierda —me atrevo a añadir en español con la seguridad de que no me entienden.

Sin embargo, me percato de que el señor Grayson me mira de reojo por un segundo y aprieta la mandíbula.

¿Me habrá entendido? Es poco probable, ya que se supone que ha solicitado una intérprete de español. ¿Para qué iba a necesitar me si conociese mi lengua materna?

Tal vez sí que entienda algo. Mi padre me contó que el español estaba muy presente en Texas debido a que en el pasado formó parte del Imperio español y también de México. Lo hablaba casi un treinta por ciento de la población y estaba en auge debido al aumento de la inmigración.

Tomo nota mental de cuidar mis palabras a partir de este momento, por si acaso.

Marcos nos recibe sonriente al lado de la limusina, pero, al percibir el malhumor del cliente, su sonrisa se tensa y me mira con el ceño fruncido, como si yo hubiese hecho algo para provocarlo.

Estúpidos hombres.

Abre la puerta al señor Grayson, y este, en lugar de entrar, me cede el paso y me tiende la mano como la otra vez, todo sin detener su conversación por el móvil.

Me gustaría ignorar esa mano, sin embargo, con la dichosa falda, no me viene mal para subir a la limusina con un mínimo de elegancia. Justo cuando la tomo, nuestros ojos se encuentran y siento que me roba el aliento. Me fastidia que mi cuerpo responda de una forma tan contundente a su presencia. Es la primera vez que reacciono con tanta intensidad hacia un hombre.

Como el señor Smith se ha vuelto a colocar como copiloto, y el señor Grayson parece que no va a entrar en la limusina hasta que no termine la llamada, aprovecho para coger el móvil y me pongo a buscar por internet: «Causas de la atracción entre dos personas», a ver si consigo evitar estas sensaciones de alguna forma.

Al instante me aparecen varios artículos relacionados y me meto en uno de ellos que enumera los factores que determinan la química entre dos personas:

Primero: el olor corporal.

No se refiere a que use determinado perfume, sino más bien a las feromonas que exudamos de forma natural e incontrolable. Y parece que las feromonas del señor Grayson y las mías son más que compatibles.

Segundo: atracción física.

No que la persona sea guapa, sino que tenga algo que te atraiga. En cuanto a Noah Grayson, no solo es indiscutiblemente guapo, sino que me cautiva de la misma manera que él parece sentirse interesado en mí.

Tercero: proximidad.

Como es lógico, estar cerca de la persona alimenta la atracción que se siente. Estoy jodida porque durante el fin de semana voy a tener que estar muy cerca de él. No tengo escapatoria.

Cuarto: similitud.

Aquí hay dos vertientes. Los que defienden que tendemos a sentir apego hacia personas afines a nosotros en cuanto a vivencias, creencias o gustos; o, por el contrario, los que aseguran que sentimos fascinación por los polos opuestos por nuestra necesidad de sentirnos complementados por la otra persona.

La fascinación por el polo opuesto parece ser que crea una atracción más intensa, pero con menos probabilidades de durabilidad (salvo excepciones). En cambio, la atracción hacia una persona con gustos afines suele sentar las bases hacia algo más estable.

Está claro que lo que yo siento es fascinación por el polo opuesto porque no se me ocurre nada que podamos tener en común el señor Grayson y yo, y eso me hace sentir cierto alivio porque sé que esa «fascinación» pasará pronto. Y más si continúa comportándose como un capullo.

Cinco: fácil comunicación.

Suspiro con cierto alivio. Su cercanía me pone tan nerviosa que decir algo coherente es todo un desafío. No creo que pueda llegar a sentirme cómoda con él en ese aspecto, y mucho menos creo que tengamos nada de qué hablar.

Aunque, por supuesto, si de comunicación no verbal se trata, está claro que los dos nos comunicamos a la perfección. Sus ojos hablan de deseo y sexo, y no tengo que mirarme a un espejo para saber que los míos también.

Lo dicho, estoy jodida como no consiga controlar de alguna forma las reacciones de mi cuerpo.

A continuación, y por curiosidad, hago una búsqueda de los trucos para controlar el deseo sexual.

El primer artículo me sorprende: igual que hay alimentos para despertar la libido, hay otros que la disminuyen, como la soja, la carne, los lácteos y alcohol. Tomo nota mental y sigo leyendo.

Otros *tips* que mencionan son las técnicas de relajación y el ejercicio físico. ¡Bingo! Llevo dos días sin salir a correr, por eso estoy tan revolucionada. Lo que necesito es sudar.

Y basta la palabra «sudar» para que mi mente se llene de imágenes eróticas del señor Grayson y yo, con nuestros cuerpos desnudos, enroscados y jadeantes, mientras él...

«¡Mal, Sin, mal!», me reprende de inmediato mi cerebro entretanto siento que mi aliento se descontrola.

Cierro los ojos y me concentro en ralentizar mi respiración al tiempo que hago uso de una de mis técnicas de relajación favorita: contar del uno al cien en chino, pero en orden descendente.

—*Yī bǎi.*

»*Jiǔ shí jiǔ.*

»*Jiǔ shí bā.*

»*Jiǔ shí qī.*

»*Jiǔ shí liù.*

—¿Qué murmuras?

Abro los ojos de golpe y me encuentro con el culpable de mis desvelos sentado frente a mí y observándome con atención. Estaba tan concentrada que no lo he escuchado entrar. Para mi total sorpresa y frustración, siento que me sonrojo por primera vez en años.

—Nada importante —farfullo y cruzo las piernas en un movimiento nervioso.

Los ojos de Noah vuelan hacia ellas y ahí se quedan durante dos segundos exactos antes de que suelte un pequeño gruñido y desvíe la mirada de nuevo hacia mi rostro. Acto seguido, toma aire y compone una sonrisa algo tensa.

—Buenos días, señorita Sonya. Siento haberla ignorado antes, era una llamada personal muy importante que no podía desatender.

Pestaño con asombro ante su disculpa. Era lo último que me esperaba.

Don Perfecto ha regresado.

—No tiene que disculparse. Es un hombre muy ocupado, lo entiendo —atino a decir dándole vueltas a lo de «llamada personal».

Un pensamiento irrumpe de pronto en mi cerebro.

¿Estará casado?

Mis ojos vuelan hacia sus manos, pero no veo ninguna alianza.

Tal vez tenga novia.

«¿Tal vez?», bufa mi voz interior con cierta mofa.

Es cierto. Un hombre como él debe de estar como mínimo comprometido.

—Supongo que a su novia le resultará difícil que usted viaje tanto —tanteo con fingida indiferencia.

El señor Grayson se me queda mirando durante un instante con los ojos entrecerrados.

—Yo no tengo novias, señorita Sonya —musita al fin.

¿Por qué me suena a advertencia?

¿Y por qué ha dicho «novias» y no «novia»?

Me acaba de descolocar, y él lo sabe porque sus labios se fruncen de forma casi imperceptible para ocultar una sonrisa petulante. Una sonrisa que le pienso borrar al instante como que me llamo Sinclair.

—Perdón, novios entonces. Si el caso es que me ha parecido que miraba con ojos golosos al señor Mengod —declaro solo para molestarlo.

No obstante, parece que intuye la finalidad de mi comentario porque, en lugar de crispase, deja escapar una carcajada que me eriza la piel.

¡Qué fastidio! Hasta su risa es sexi. No podía reírse en plan simiesco o un estallido agudo, no. Tiene que hacerlo con un sonido profundo y seductor que me provoca un calorcillo muy agradable por dentro.

Trago saliva cuando, de pronto, se inclina hacia adelante con los codos apoyados sobre las rodillas y sus incisivos ojos azules fijos en mí.

—Solo hay una persona en este vehículo a la que miro con ojos golosos —asegura con voz ronca—. Y, si todavía tiene dudas de ello, puedo dejárselo claro en un segundo.

Desde luego, ese hombre disfruta poniéndome contra las cuerdas. Sin embargo, no soy de las que se amilanan con facilidad. Con todo el temple que poseo, imito su gesto y me inclino hacia él, dejando nuestros rostros a pocos centímetros de distancia.

—No es que tenga dudas, es que tiendo a ignorar lo que no me interesa —susurro en tono confidente.

A continuación, me vuelvo a incorporar y miro por la ventanilla simulando una indiferencia que no siento en absoluto. Solo espero que no escuche la fuerza con la que el corazón me

retumba en el pecho mientras espero su siguiente jugada

Por suerte, el teléfono del señor Grayson comienza a sonar.

—Retomaremos en otro momento esta conversación, señorita Sonya —promete o, más bien, amenaza antes de responder la llamada.

Quince minutos después, la limusina llega a su destino. Para mi total alivio, la llamada del señor Grayson se ha alargado hasta ese momento y no me he tenido que enfrentar a ese «otro momento».

—¿Alguna indicación que deba saber antes de entrar, señor Grayson? —inquiero algo inquieta.

—Limítese a hacer bien el trabajo por el que le voy a pagar —responde con cierta frialdad. Don Cretino ha regresado.

Las dos horas siguientes se me pasan volando, sumida en un estado de agitación y nerviosismo que trato de no exteriorizar.

No sé lo que esperaba de esta reunión, pero desde luego no tiene nada que ver con cómo se desarrolla.

Para empezar, imaginé que FYL Enterprise sería una gran empresa ubicada en lo alto de un moderno edificio de cristal, dirigida por algún tipo trajeado con pinta de estirado y forrado de millones, y con un centenar de empleados; sin embargo, está en una planta baja cochambrosa y está formada únicamente por dos chicos que no parecen tener más de veinticinco años. Además, apuesto a que todavía viven con sus respectivos padres.

Tienen el aspecto de los típicos *geek*; camisetas de temática manga, relojes inteligentes de última generación, gafas de pasta... Así es justo como me imagino a Lucas en un futuro y, tal vez por eso, los dos chicos me caen bien al instante.

Uno se llama Francisco García, que, por cierto, lleva una camiseta de *One Piece* que a mi hijo le encantaría, y el otro, Leo Carbonero. De ahí deduzco que han sacado las siglas de su empresa FYL Enterprise. Francisco y Leo. Sencillo y original.

Ambos se muestran algo incómodos y apabullados ante la presencia de Noah Grayson y, a medida que se desarrolla la conversación y la voy interpretando para ambas partes, entiendo la razón.

Al parecer, otra empresa llamada Alpha Connection ha mostrado interés por el *software* de realidad virtual que están desarrollando los muchachos y el lunes iban a reunirse con su director para firmar un contrato.

Se me abre la boca de golpe cuando los dos chicos comentan que Alpha Connection les ha ofrecido dos millones de euros por su *software*. Bebo agua para simular mi turbación y me atraganto con ella cuando escucho decir al señor Grayson en tono impasible:

—Yo os ofrezco cinco millones si firmáis ahora —declara mientras extiende sobre la mesa copias en inglés y español de un contrato.

Comienzo a toser de forma violenta, y el señor Smith me sirve agua con gesto estoico mientras el señor Grayson me dirige una mirada condescendiente.

Capullo arrogante. Sabe que me ha impresionado.

Como era de esperar, los dos muchachos estudian el documento de forma detenida y susurran entre ellos antes de estampar su rúbrica en él.

Mientras lo hacen, observo con disimulo al señor Grayson. Sus ojos han adquirido un brillo acerado y una sonrisa casi imperceptible curva la comisura de sus labios.

Reconozco esa expresión.
Es de triunfo.

La siguiente reunión se desenvuelve más o menos igual. Visitamos una pequeña *start-up* que está desarrollando una aplicación de inteligencia artificial. Ellos dicen que están valorando una oferta de Alpha Connection, el señor Grayson duplica el importe prometido por la otra empresa, y acaban firmando con él.

Otro triunfo para el vaquero.

—Estoy hambriento —comenta en cuanto subimos a la limusina—. ¿Te parece bien que comamos en una hamburguesería o prefieres un restaurante más sofisticado?

Que un hombre como Noah Grayson me pida opinión, o, mejor dicho, que le importe lo que yo pueda opinar, me parece sorprendente.

Sorprendente y agradable.

—Hamburguesa —farfullo.

Su cara se ilumina de regocijo y, por un momento, me recuerda a mi hijo Lucas cuando le digo que vamos a ir a comer al McDonald's.

Me resulta surrealista que alguien que se acaba de gastar ocho millones de euros en unas pocas horas se emocione de esa forma con la expectativa de ir a comer una hamburguesa. Es una reacción tan sencilla y humilde, tan cercana, tan... irresistible.

—Buena respuesta —murmura mirándome con aprobación. Noto cómo el corazón se me acelera y maldigo interiormente.

»¿Puede recomendar alguna que no quede lejos, señorita Sonya?

—Lo siento, no conozco la ciudad —confieso con una mueca.

—Si me permite el atrevimiento—interviene Marcos—, tengo un amigo que es chef y acaba de abrir una hamburguesería *gourmet* que le aconsejo sin dudar. Puedo llamarle para ver si tiene alguna mesa libre.

—Perfecto, hágase cargo —ordena el señor Grayson, y aprieta el botón para subir el cristal de separación mientras me observa de forma incisiva.

»Así que no vive en Barcelona —comenta en cuanto volvemos a tener intimidad—. ¿De dónde es?

—De Valencia —respondo porque no veo peligro en decirle la verdad respecto a eso.

—¿Y desde cuándo trabaja para Contact One?

—Desde hace seis meses —respondo siguiendo el perfil de mi amiga. No obstante, tanta pregunta de pronto me empieza a poner nerviosa y decido cambiar de tema.

»Debe de estar satisfecho por haber cerrado los dos tratos con tanta facilidad y lograr los objetivos que lo han traído hasta España —comento—. ¿Siempre consigue todo lo que se propone?

Su mirada se agudiza.

—Siempre —murmura—. La clave está en hacer la oferta adecuada y tener el suficiente dinero como para respaldarla.

—Así que es de los que piensan que todo se compra con dinero.

—Al contrario, sé muy bien que hay cosas que no tienen precio —repite en tono serio—. Sin embargo, todo lo que me interesa en estos momentos, sí.

»No obstante, se equivoca en una cosa, señorita Sonya. —Alzo una ceja en demanda de una aclaración.

»Todavía no he conseguido todo lo que me había propuesto en este viaje, aunque espero lograr mi último objetivo pronto —añade con un tono sugerente que me pone en guardia al instante, sobre todo, porque sus ojos acarician por un instante mi cuerpo.

—¿Y cuál es ese objetivo? —inquiero y cruzo las piernas en un acto reflejo.

Los ojos del hombre siguen el movimiento con interés antes de apartar la mirada y dirigirla hacia el exterior del cristal.

—Encontrarme con alguien con el que tengo un asunto pendiente —explica en un tono tan indiferente que me hace sentir tonta por haberme imaginado por un segundo que su último objetivo era yo.

Cuando llegamos a la hamburguesería, todas las miradas femeninas del local se centran en mi acompañante, y no es para menos. En la limusina se ha quitado la corbata para tener un aspecto más informal y, con el traje y los primeros botones de la camisa desabrochados, es el sueño de cualquier mujer hecho realidad.

El mío al menos.

Lo fascinante es que él parece ajeno a toda la admiración femenina que despierta. Está centrado en mí, con la mano puesta en la base de mi espalda guiándome hasta la pequeña mesa que nos han reservado en un agradable rincón.

Un joven camarero nos toma nota y a los pocos minutos tenemos un par de cervezas bien frías en la mesa. Las hamburguesas no tardan en llegar.

El señor Grayson da un primer bocado con apetito. Hace un gesto de aprobación y sus ojos azules brillan de pura satisfacción. Por un segundo, me quedo embobada mirándolo. Es injusto. Ese hombre me resulta seductor hasta comiendo una hamburguesa chorreosa.

Después, comienza a hablar con total tranquilidad sobre la diferencia de tamaños entre las hamburguesas de Estados Unidos y las de España. Un tema intrascendente que invita a una conversación desenfadada para romper el hielo.

Lo escucho distraída mientras observo con disimulo a la camarera que nos ha servido la bebida. Es una chica morena, guapa y exuberante, de esas que no pasan desapercibidas. Se lo está comiendo con los ojos y trata de llamar la atención del señor Grayson con una sonrisa sugerente.

—¿Necesita algo más? —pregunta por segunda vez acercándose a la mesa.

No «necesitan». Le habla solo a él. Yo me he convertido en alguien invisible.

El señor Grayson la despacha con un ademán sin hacerle el menor caso. Por el contrario, mantiene toda su atención fija en mí.

—Me observa con una expresión extraña en el rostro —señala.

—Todo esto me resulta surrealista, la verdad —confieso finalmente con un suspiro—. Acaba de gastarse ocho millones de euros como si nada y ahora está aquí comiendo una hamburguesa tan tranquilo.

»¿Qué se siente? —pregunto con franca curiosidad al ver cómo las dos mujeres que hay en la mesa de al lado lo miran completamente deslumbradas.

—No entiendo.

—¿Qué se siente estando en su piel, señor Grayson? —Él me mira todavía sin comprender a dónde quiero llegar, y me obliga a aclarar: —¿Qué se siente siendo un hombre tan poderoso, tan rico, tan atractivo, tan...?

—Si vas a halagarme de esa forma, bien puedes tutearme y llamarme Noah.

—No pretendía halagarlo, señor Grayson. Solo estaba exponiendo unos hechos.

—Llámame Noah, por favor —insiste—. Dejemos las formalidades a un lado cuando estemos solos.

»Y, respondiendo a tu pregunta, me sobrestimas. Soy un hombre normal y me tiro pedos malolientes como cualquier otro.

—Qué decepción, pensé que tus pedos olerían a rosas —bromeo en tono irónico.

—Te aseguro que no —repite con una sonrisa ladeada. «Por favor, incluso hablando de pedos me resulta sexi», pienso con fastidio. Su expresión se torna seria de pronto.

»Sé que todos piensan que he tenido suerte por nacer en el seno de una familia adinerada, pero yo creo que la suerte la he tenido por nacer en el seno de una familia cariñosa y feliz —declara sorprendiéndome—. Ni te imaginas la cantidad de hombres y mujeres que he conocido que son unos verdaderos desgraciados, aunque sus familias nadan en dólares, porque desde pequeños se han visto ninguneados o controlados en exceso. Y, cuando a un niño le falta amor y estabilidad emocional, el dinero se puede convertir en un arma de autodestrucción.

Sus palabras me traen recuerdos de mis años en el internado de Cádiz. Allí conocí a varias chicas de familias muy adineradas que apenas veían a sus padres, ni siquiera los fines de semana. Y, las veces en que las visitaban, la frialdad de su trato me parecía muy cruel. Ni besos ni abrazos, tal vez solo una reprimenda si las notas no eran las esperadas.

—¿Tus padres siguen casados? —inquiero llena de curiosidad por saber más de él.

—Ya lo creo que sí, tienen un matrimonio sólido y todavía se aman —explica con una sonrisa llena de cariño que me entibia por dentro—. Los dos provienen de familias de clase media. Se conocieron en la universidad y están juntos desde entonces. Mi padre era muy bueno en el campo empresarial, y mi madre tiene un sexto sentido a la hora de hacer inversiones. Juntos forjaron la fortuna que poseen ahora. Hacen un tándem perfecto.

»Con todo, mi hermana y yo siempre hemos sido su prioridad y nos han educado en la creencia de que hay que esforzarse por uno mismo para lograr las cosas. De hecho, cuando empecé a trabajar en G&G Corporation era el chico de los recados —confiesa—. Sé que ser hijo de quien soy me ha abierto puertas, pero te puedo asegurar que nadie me ha regalado nada. Es más, muchos han tratado de ponerme zancadillas por ese motivo.

—No creo que ninguno de esos «muchos» haya sido una mujer —observo al ver cómo una mujer que pasa cerca tropieza con la camarera que pulula a nuestro alrededor, pues las dos estaban embobadas con él.

Noah —me resulta tan raro llamarlo así todavía, pero al menos en mis pensamientos puedo hacerlo sin sentirme cohibida— sigue la dirección de mi mirada y observa a las dos mujeres por un segundo con una expresión indescifrable.

—La camarera parece una modelo de Victoria's Secret —comento en tono impasible mientras le doy un trago a mi cerveza.

Solo espero que no se note el pequeño escozor de celos que acabo de sentir.

—La clase de belleza que posees tú me resulta mucho más atrayente —afirma volviendo su atención a mí, y casi me atraganto por el asombro.

—¿Yo? —farfullo.

—Sí, posees una belleza natural y sutil. Hay algo en ti que atrae mi mirada constantemente y, cuanto más te observo, más hermosa me pareces —declara descolocándose—. No hay nada que me parezca más sensual e irresistible que una mujer fuerte.

—¿De las que hacen culturismo? —atino a decir en tono de broma para distender un poco el nerviosismo que me han provocado sus palabras.

—No —contesta Noah sonriendo—, de las que son capaces de resistirse a mí, plantarme cara y patearme el culo cuando lo merezco. Y, créeme, no son muchas las que pueden hacerlo.

—¿El qué? ¿Resistirse a ti, plantarte cara o patearte el culo?

—Cualquiera de las tres cosas —dice sin alardear, tan solo señalando una realidad—. Lo extraordinario es que no eres consciente del atractivo que tienes, en ti es completamente natural.

—Puede que resulte bonita a algunos hombres, pero de ahí a ser una belleza...

—La belleza está en los ojos del que la mira, ¿no crees?

»Yo encuentro seductor cada centímetro de tu cuerpo. —Su voz se torna ronca y sus ojos se oscurecen mientras desliza su mirada sobre mi rostro—. Desde tu cabello leonado que lucha por escaparse de su encierro hasta esas piernas interminables que llevan todo el día volviéndome loco. Tienes los labios más eróticos que he visto en mi vida y unos ojos que... Dios, desde que nos encontramos ayer estoy tratando de discernir qué tono tienen. Podría pasarme horas perdido en ellos mientras decido de qué color son.

Las palabras más románticas que me han dicho en mi vida..., y yo justo acabo de pegarle un enorme bocado a mi hamburguesa, tan grande que noto cómo me desborda la salsa por la comisura de la boca.

Siento que me ruborizo por segunda vez en el día mientras intento masticar la comida con dignidad, algo difícil cuando Noah no me quita los ojos de encima. Para más humillación, con un brillo divertido en la mirada, me limpia la barbilla con su servilleta, en donde debe de haberse deslizado un reguero de deliciosa salsa.

—Yo..., no..., nunca... —balbuceo cuando finalmente consigo hablar. Inspiro tratando de serenarme—. Siempre me ha frustrado no tener claro de qué color son mis ojos —confieso finalmente—. Cada persona que los ve opina de una manera.

—Yo me inclinaría a decir que son del color del océano en medio de una tempestad —musita Noah en tono acariciante—. Profundos e insondables. Incluso diría que peligrosos.

«Control, Sin. Control».

Soy una mujer adulta, no me puedo derretir por unas cuantas palabras bonitas y románticas que seguro que están dichas con la única finalidad de seducirme.

Carraspeo y trato de llevar la conversación a un terreno seguro. De hecho, lo que voy a hacer es intentar tomar distancia con él para recomponerme.

—Según el horario que me han pasado, el cóctel al que asistiremos esta noche no empieza hasta las ocho. Así que si esta tarde no me vas a necesitar...

—Por el contrario, me gustaría que ahora me acompañara a la *suite* de mi hotel. Hay algunos detalles respecto a la velada que me gustaría hablar contigo.

Los dos nos miramos a los ojos sin decir nada. Desde luego, debe de ser un buen jugador de póker, pues soy incapaz de leer nada en su expresión. Solo sé que sabe que he intentado escabullirme, y me lo ha impedido. De hecho, me acaba de llevar a su campo o, mejor dicho, a su habitación.

La cuestión es: ¿por qué?

Sé la respuesta.

Temo la respuesta.

Deseo la respuesta.

Capítulo 7

Sinclair

Después de comer, nos dirigimos al hotel casi sin hablar. Él parece pensativo, y yo..., yo siento las rodillas como gelatina y un nudo en el estómago.

Algo vibra entre nosotros, es evidente cuando subimos en el ascensor. Miro hacia el frente, tan tiesa como una estatua de mármol, tratando de ignorarlo, y él mantiene sus ojos azules clavados en mí. Noto su atenta mirada como una caricia física que me recorre la piel.

Ni siquiera cuento con el escudo que representa la presencia del señor Smith, pues ha dicho que se tenía que ocupar de unos asuntos importantes y se ha despedido de nosotros antes de entrar en el hotel.

Cuando llegamos a la *suite* del ático solo me viene una cosa a la mente: «¡Guau!». Es casi cuatro veces más grande que el piso de mi abuela y decorada con mucho gusto.

Mientras yo observo los detalles, totalmente embobada, soy consciente de que don Perfecto me mira a mí con esa intensidad ya habitual en él, como si yo le supusiera alguna clase de adivinanza a la que no encuentra la respuesta.

—¿Te gusta?

—Me encanta —declaro, sincera—. Es magnífica.

Atraída como por un imán hacia los enormes ventanales que dan a la terraza, me dirijo al exterior.

»Este siempre ha sido uno de mis sueños —confieso con voz queda—: vivir en un ático con vistas y una terraza lo suficientemente grande para tener una mesa con sillas, y muchas plantas.

Me acerco a la balaustrada y contengo el aliento.

Desde el octavo piso donde estamos las vistas de la ciudad son imponentes. Está atardeciendo en el centro de Barcelona y los rayos de sol cubren de un cálido tono anaranjado las fachadas de los edificios, como un velo de suaves llamas que van consumiéndose hasta ser engullidas por la creciente oscuridad.

Esta ciudad aviva una miríada de emociones en mi interior. Solo he estado una vez en ella, pero guardo recuerdos muy especiales, pues la visité con mi padre poco antes de que desapareciera de mi vida, cuando me sorprendió con entradas para un concierto de Coldplay, uno de mis grupos preferidos. Fue un fin de semana mágico.

La fría brisa invernal acaricia mis mejillas sacándome de mis pensamientos. Me abrazo a mí misma en un intento de preservar un poco de calor, mientras disfruto de ese pequeño oasis de paz, renuente a entrar.

Mis pensamientos enseguida vagan hacia las dos personas más importantes de mi vida. Mi abuela disfrutaría un montón en una terraza como esta. Le encantan las plantas y tiene mucha mano con ellas. Convertiría esto en un auténtico vergel. En cuanto a Lucas, me lo puedo imaginar perfectamente tumbado a mi lado en el sofá, los dos leyendo en un cómodo silencio. Mi

hijo es tan bibliófilo como yo, aunque él se decanta más por los cómics, sobre todo si son manga.

De repente, un bienvenido calor me envuelve y me encuentro sumergida en el delicioso olor de Noah Grayson. Tardo un segundo en percatarme de que me acaba de poner su abrigo sobre los hombros. Lo miro sorprendida, pues por unos minutos me he olvidado por completo de su presencia.

«Vaya, te estás luciendo en este trabajo», me recrimina mi voz interior.

—Perdón, me he quedado absorta —reconozco con una mueca—. Las vistas desde aquí son maravillosas.

—Realmente preciosas —coincide él, pero sin apartar la mirada de mí.

De nuevo, me encuentro incapaz de apartar los ojos de él mientras siento cómo los latidos de mi corazón comienzan a acelerarse y un calorillo de deseo se instala en mi vientre.

Nos quedamos observándonos el uno al otro en silencio, conscientes de la atracción que nos une.

Acariciándonos sin tocarnos.

Devorándonos a un metro de distancia.

«¡Por Dios, Sin! ¡Reacciona! No puedes quedarte ahí parada mirándolo como una lela y sin decir nada».

—Señor Grayson, yo... —empiezo a farfullar.

—Hemos quedado en que me llamarías Noah cuando estuviésemos a solas —me interrumpe al tiempo que da un paso hacia mí salvando la distancia que nos separa—. Y ahora estamos solos tú y yo —añade con voz ronca.

—Noah —musito, y en un gesto inconsciente me relamo los labios justo después de pronunciar su nombre.

La mirada del hombre se clava en mi boca y, pese a la tenue luz que nos ilumina, observo maravillada cómo sus pupilas se dilatan. Después, como a cámara lenta, levanta la mano hasta posar la palma sobre mi mejilla. Ante la calidez de su tacto, mi cabeza se inclina ligeramente, buscando maximizar la sensación. Entonces, su dedo pulgar se desliza muy despacio sobre mi labio inferior, en una caricia tierna de una comisura a otra, hasta volver al centro.

Tentador.

Seductor.

Provocador.

Irresistible.

El deseo toma el control de mi cuerpo y siento el impulso irrefrenable de saborearlo, aunque sea por un segundo. Mis labios se entreabren y mi lengua le roza la punta del pulgar en una sutil caricia.

Noah reacciona con un gruñido casi animal y aleja la mano de mí como si le hubiera quemado.

Abro los ojos con espanto al darme cuenta de lo que acabo de hacer. He metido la pata hasta el fondo. Tendría que haberme alejado de él en cuanto me ha tocado y reprenderle por el gesto íntimo y, en su lugar, voy y le chupo el dedo.

Acabo de traspasar el límite entre lo profesional y lo personal.

«Bravo, Sin. Bonita forma tienes de guardar las distancias».

—Yo... lo siento. No quise... Bueno, sí, pero no... No debí.

Estoy aquí parada, balbuceando como una tonta, y me entran ganas de salir corriendo, coger el primer tren a Valencia sin mirar atrás y...

—Mierda, no eres como esperaba —musita él de pronto cortando mi torpe intento de

disculpa.

A continuación, sin tocarme, tan solo cogiendo las solapas del abrigo que me envuelve, me atrae hacia él.

«¿Es que esperabas que fuera de alguna forma?», atino a pensar sin entender sus palabras, antes de que sus labios me roben todo pensamiento racional.

En mi vida he recibido muchos besos de muchos hombres, pero ninguno como este. No me persuade para que me abra a él, sino que asalta mis labios con la seguridad de que es bienvenido.

Sin un ápice de duda, posee mi boca, mi cuerpo, mi razón y mi alma solo con sus labios, apoderándose de todo.

Gimo suavemente ante la destreza de esa lengua avasalladora y siento cómo su tiembla en respuesta ante mi pequeño sonido.

Seguidamente, con un gruñido sordo, me rodea con sus brazos, apretándome con fuerza contra él, y me alza como si no pesase nada para que encajemos a la perfección.

Y vaya si encajamos.

—Que Dios me perdone, pero te deseo —musita él contra mi boca.

«Pues que me perdone a mí también», pienso porque lo deseo más de lo que he deseado a ningún hombre en toda mi vida.

Mi cuerpo toma el control de mi mente y entra en acción. Entonces, comienzo a devolverle el beso con ardor al tiempo que le rodeo el cuello con los brazos.

No soy del todo consciente de que le tiro del pelo ni de que le estoy besando con un hambre que nunca antes he sentido, solo escucho un gemido ahogado, esta vez de su garganta, y eso me enciende todavía más.

De repente, sus manos se cuelan por debajo de mi falda, levantándola, hasta posarse en mi culo, y suelto un jadeo que se apresura a devorar. Son unas manos grandes y fuertes que aprietan la tierna carne de mis nalgas de forma posesiva, alzándome más alto y frotándome contra él. En respuesta, mis piernas se enroscan en su cintura por voluntad propia, apresándolo con fuerza, como si nuestros cuerpos estuvieran sincronizados con un único objetivo: meterse cada uno en la piel del otro.

El abrigo del señor Grayson que antes me envolvía cae olvidado en el suelo.

Siento que todo lo que me rodea gira a mi alrededor, hasta que me doy cuenta de que somos nosotros los que nos movemos porque estamos entrando en el interior de la *suite*.

Mi abrigo, ese precioso abrigo de Carolina Herrera que me ha prestado Desiré, termina sobre la mullida alfombra que cubre el suelo del dormitorio, seguido muy de cerca por la chaqueta de mi traje.

En el momento en que mi espalda se posa sobre la cama, las manos de don Perfecto están afanadas en desabrochar mi blusa al mismo tiempo que mis manos hacen lo propio con su camisa.

Bajo las capas de tela encuentro un tesoro de cálida piel y músculos de acero, la fantasía de cualquier mujer hecha realidad.

Su lengua ahonda en mi boca con una mezcla de ternura y agresividad que me está haciendo enloquecer de deseo, con lametones diestros y tentadores que me roban la razón.

Cuando su boca abandona la mía, tengo un segundo de lucidez.

Esto es una puta locura.

Apenas lo conozco.

Es un completo desconocido.

Peor aún, ¡es un cliente!

«Debes detenerlo antes de que sea demasiado tarde», apremia mi último resquicio de cordura.

Entonces, siento un pequeño tirón en la espalda y la calidez de su boca cae sobre mis senos desnudos. Me ha arrancado el sujetador y me está devorando los pechos con la misma maestría con la que antes estaba devorando mi boca.

Noah succiona con fuerza el pezón, lamiéndolo luego con delicadeza para después mordisquearlo juguetón. Y yo, en lugar de alejarlo de mí como debería hacer, me arqueo pidiendo más.

Al mismo tiempo que mis manos le tiran del pelo para guiarlo al otro pezón, mis piernas se enroscan con más fuerza a sus caderas y de mi garganta escapa un gemido desesperado.

—Sabía que tus piernas encajarían a la perfección alrededor de mi cintura —gruñe con satisfacción—. Preciosa, eres como fuego en mis brazos —añade en tono bronco justo antes de volver a mi boca.

Esta vez me besa con más firmeza, con un punto más de agresividad, señal de que está perdiendo el control.

Todo está yendo demasiado rápido, pero no puedo detenerlo. Estoy consumida por el deseo de sentir su cuerpo desnudo contra el mío y mis manos se afanan en desabrochar la hebilla de su pantalón.

Justo cuando estoy a punto de cumplir mi objetivo, la melodía de *Para Elisa* llega a mis oídos.

El móvil de Desiré está sonando.

Es como un toque de atención que me hace ser consciente de lo que estoy haciendo. Y lo que estoy haciendo es liarme con un cliente con el que había prometido ser profesional, fría y educada.

«Salvada por la campana», pienso y me detengo al instante.

Antes de que Noah pueda reaccionar, me escabullo de debajo de él y corro en busca de mi bolso.

—Sonya al habla —contesto con voz jadeante.

—No, Sonya al habla —replica la voz de Desiré con una risita.

»¿Te cojo en mal momento? Pareces un poco alterada.

—¿Alterada yo? ¡Qué va! —farfullo entretanto por el rabillo del ojo veo cómo Noah se acerca a mí despacio con la mirada de un depredador a punto de lanzarse sobre una presa indefensa. Aunque, en este caso, la presa en cuestión está deseando devorarlo de arriba abajo.

«Mal, Sin. Mal», me reprende mi conciencia al instante.

Pero es que una es humana, y Noah... lleva la camisa abierta y su torso esculpido se vislumbra entre los dos bordes de tela. Mis manos lo han dejado despeinado y un mechón de cabello oscuro le cae sobre los ojos. Además, en sus labios lleva la huella de mi pintalabios.

Es decir, está sexi a rabiarse.

Estoy tan embobada mirándolo que, antes de darme cuenta, el teléfono se me resbala de las manos y tengo que hacer malabarismos para evitar que caiga al suelo.

Una sonrisa arrogante sesga los labios de Noah, aunque me da igual. Tiene todo el derecho del mundo a sentirse orgulloso de tener un cuerpo así. Es magnífico. Sin un volumen demasiado abultado, pero con cada músculo bien definido.

Justo como a mí me gusta.

Mi mirada desciende en una caricia lenta por su rostro, bajando por sus pectorales de acero, siguiendo luego por unos abdominales tan exquisitos como una tableta de chocolate y

descendiendo hasta la formidable erección que amenaza la costura delantera de sus pantalones.

Y en ese punto el móvil se me vuelve a resbalar de las manos.

—¿Sin? Sinclair, ¿estás ahí?

—Sí, sí, aquí estoy —balbuceo y le hago un gesto a don Perfecto para que no se acerque más.

Noah me hace un mohín como si fuese un niño al que le acaban de quitar un helado y vuelve a la cama con renuencia.

—¿Qué tal todo?

—Bien, el señor Grayson me tiene bastante ocupada.

—Y más ocupada que te voy a tener en cuanto cuelgues. —Le escucho murmurar con una sonrisa canalla mientras me observa recostado en la cabecera del lecho.

Mi corazón se acelera al instante. En vista de que don Perfecto está atento a la conversación que mantengo, busco refugio en el cuarto de baño con la intención de tener algo de intimidad para terminar la llamada, no vaya a ser que se me escape algo sin querer.

—¿Has dicho Grayson? —pregunta mi amiga.

—Sí, se llama Noah Grayson.

»Mira, Desiré. Me pillas en mal momento —musito incapaz de mantener una conversación en ese instante—. Luego te llamo, ¿vale?

Justo cuando cuelgo levanto la mirada y doy con mi imagen en el espejo.

Me quedo paralizada mientras me observo.

Con solo un beso tengo todo el aspecto de una mujer que ha pasado horas interminables de pasión en una cama. Mi elegante recogido está completamente deshecho y el cabello me cae en ondas desordenadas sobre los hombros. Tengo la mirada un poco perdida y el pintalabios rojo, que antes delineaba mis labios a la perfección, no es más que un borrón desdibujado. Para completar el conjunto, mi blusa está toda desabotonada y enmarca de forma sensual la línea central de mi torso desnudo.

Mirándome en este estado, bajo la fría luz del cuarto de baño, no puedo evitar que venga a mi memoria una imagen del pasado. La de la noche que me quedé embarazada de Lucas.

Aquella vez toqué fondo. Me habían invitado a una fiesta en el chalet de un conocido. Bailé, bebí, fumé porros y, para mi vergüenza, me acosté con tres chicos, uno detrás de otro. Lo peor de todo fue que al día siguiente ni siquiera recordaba a ninguno de ellos. Fueron unos chicos que no conocía de nada, por los que no sentía nada y con los que no me he vuelto a cruzar o eso creo.

Que me quedara embarazada de uno de ellos fue lo menos que me podría haber pasado teniendo en cuenta la cantidad de enfermedades de transmisión sexual que hay por ahí.

Recuerdo despertar al día siguiente en una cama, desnuda y con restos de semen todavía húmedo entre mis muslos. Me arrastré al baño con las piernas temblorosas y el paso inestable, sintiendo el estómago revuelto y un dolor de cabeza terrible por la resaca. Y me miré en el espejo como lo estoy haciendo en estos momentos.

Aquella mañana, por primera vez en mi vida, sentí vergüenza de mí misma. Una vergüenza que se acrecentó con los años, cada vez que mi hijo me preguntaba quién era su padre, y yo no podía contestarle.

Incluso ahora sigo sin saber qué responderle.

Respiro hondo y trato de serenar mi libido para pensar con claridad.

Si me acuesto en estos momentos con Noah, ¿sentiré luego vergüenza y arrepentimiento?

Es muy posible que sí, y eso me impide seguir adelante.

—Preciosa, ¿estás bien? Llevas mucho tiempo ahí metida.

Oigo la voz de Noah justo cuando estoy terminando de rehacerme el recogido que me sujeta el cabello. Acabo de recomponer mi aspecto, dispuesta a salir de aquí para decirle... ¿Qué? ¿Que he cambiado de opinión y no puedo acostarme con él después de haberle metido la lengua hasta las amígdalas?

Sé por experiencia que los hombres no se toman bien el rechazo después de algo así. Y, ya puestos, las mujeres tampoco. A nadie le gusta que lo calienten y luego lo dejen a mitad.

«Tienes derecho a cambiar de opinión y es respetable», afirma mi voz interior reforzando mi decisión.

Lo mejor que puedo hacer es disculparme por lo sucedido y terminar este trabajo con la mayor profesionalidad posible, evitando cualquier acercamiento personal, como ha sido mi intención desde un principio.

Mi cuerpo protesta con vehemencia ante mi decisión, todavía bajo los efectos del huracán Grayson

—Preciosa, ¿no me has oído? Te he preguntado si...

Noah aparece en la puerta del baño cuando me estoy terminando de dar los últimos retoques de pintalabios. Su voz muere al verme y, al instante, un brillo de intenso deseo amanece en sus ojos cuando observa cómo paso el pintalabios con lentitud sobre mis labios. Está tan concentrado en mi boca que transcurren varios segundos antes de que se dé cuenta de que estoy peinada y perfectamente vestida. Bueno, casi. Mi sujetador está hecho girones en algún rincón de la cama.

—¿Qué ocurre? —inquieta confuso.

Trago saliva cuando me encaro a él luchando para que mis ojos traicioneros no bajen más allá de su cuello.

—Señor Grayson, siento haberle dado una impresión equivocada, pero...

—¿Impresión equivocada? Preciosa, te enroscaste a mí como una boa *constrictor* —masculla incrédulo—. Eso es algo que no se puede malinterpretar.

«*Touché*».

—Bueno, pues siento haberme comportado así. No debería haber traspasado el límite entre lo profesional y lo personal, y no debería...

—¿Cuánto? —pregunta de pronto con cierta rigidez.

La calidez que antes brillaba en su mirada ha sido sustituida por un brillo glacial.

—¿Cuánto qué? —replico sin comprender.

—¿Cuánto me costará conseguir que traspases la barrera entre lo profesional y lo personal?

Tardo unos segundos en comprender el sentido de sus palabras. Entonces, una furia ciega me invade por dentro. Despacio. Como un reguero de lava que nace desde el centro de mi ser y recorre con lentitud cada centímetro de mi cuerpo.

Sin embargo, para mi consternación, junto a la furia llega el dolor. Me siento herida porque me está tratando como a una puta. Con ese sucio comentario ha menospreciado el deseo auténtico que he sentido por él.

De pronto, me viene a la mente el momento en que mi madre se enteró de que me había quedado embarazada:

—No eres más que una puta, una sucia puta —escupió mirándome con desprecio.

—Eso es lo malo que tiene ser una hija de puta, madre —repliqué yo con una sonrisa de fingido pesar—, que todo se pega.

—Encima eres tan estúpida que no puedes sacarle nada al padre porque ni siquiera sabes quién es —añadió ignorando mi pulla—. Lo mejor que puedes hacer es deshacerte de ese

engendro, yo no estoy dispuesta a mantenerlo.

Estuve tan tentada de hacerlo... Solo tenía dieciséis años. Vivía sin rumbo o, mejor dicho, malvivía. Era un puto desastre.

Justo entonces acudió a mi rescate mi abuela. Ella me convenció para seguir con el embarazo alegando que lo podía dar en adopción llegado el momento. Y esa era mi intención hasta que me pusieron a ese pequeño retaquito llorón en mis brazos. Fue amor a primera vista.

—¿Y bien? Estoy esperando una respuesta para poder llevarte a la cama.

Las palabras de don Cretino me traen de vuelta a la realidad. Porque sí, don Perfecto ha pasado a la historia.

Noah está parado en el hueco de la puerta, llenándolo con su cuerpo. Un cuerpo que hace unos minutos hacía que me retorciere de deseo y que ahora me encantaría que se retorciera de dolor.

Con todo, estoy tan enfadada que no consigo emitir ninguna palabra, así que me dirijo hacia él esperando que se aparte para dejarme pasar, pero él permanece inmóvil.

—Déjame salir —gruño entre dientes.

—No hasta que me respondas —replica él apoyando una mano a cada lado del vano de la puerta hasta crear una muralla amenazante de cálido músculo.

«Tú lo has querido».

Le golpeo el plexo solar con fuerza con un puñetazo seco y rápido, consiguiendo que se doble sobre sí mismo en un acto reflejo y, con una fluida llave de *judo*, lo dejo tirado boca arriba en el suelo del cuarto de baño, extendido cuan largo es.

—Te has equivocado conmigo, vaquero. No soy una puta —espeto con desprecio—. Nunca me acostaría contigo por dinero.

Noah me mira con total estupefacción desde el suelo. Y, para mi asombro, comienza a reír. Una carcajada ronca y profunda que devuelve la calidez a sus ojos y se extiende a mi interior.

—Supongo que me lo merezco —reconoce con una sonrisa ladeada y los ojos chispeantes mientras se incorpora sobre los codos—. Y, como siempre, acabas de ponerte en mi sitio —añade con una mueca de burla hacia sí mismo.

»Esto se está empezando a convertir en una costumbre. Pero ¿qué demonios? Esperaba que fueras una mujer normal, no una jodida tortuga *ninja*.

—¿Y una mujer normal se iría a la cama contigo por dinero? ¿Realmente esperabas eso de mí?

Noah se levanta despacio y se queda a escasos centímetros de mí.

—Ofrecerte dinero ha sido un movimiento desesperado —admite sin vergüenza.

»La verdad es que, después de cómo nos hemos besado, esperaba que te fueras a la cama conmigo por las horas de interminable placer que te puedo ofrecer —susurra con voz ronca—. Porque lamería cada centímetro de tu cuerpo hasta que me suplicas que te penetrara. Porque te penetraría hasta que gimieras suplicando que me detuviera, agotada por la cantidad de veces que hubieses alcanzado el orgasmo. Porque te estoy ofreciendo una sesión del mejor sexo que hayas probado en tu vida —asegura con seriedad.

Sé que no lo dice de forma jactanciosa, lo dice de verdad.

Su declaración me deja con las piernas temblorosas y la respiración jadeante. Lo observo durante unos segundos, completamente seducida por sus palabras.

Es tentador.

Muy tentador.

Por un momento, el huracán Grayson amenaza con volverme a atrapar en sus garras y

llevarme volando en un remolino de deseo hasta sus brazos.

Este hombre tiene algo que me hace vulnerable. Y no es porque tenga un rostro de ensueño y un cuerpo de infarto. Es algo que va más allá de lo físico, un algo intangible que me atrae enormemente y muy a mi pesar.

Química. Pura y dura química que hace que la atracción entre nosotros sea tan intensa que casi se pueda palpar.

«Control, Sin. Control».

—Siempre he pensado que el sexo está sobrevalorado —afirmo con el mentón en alto.

Aunque mi voz suena un tanto débil, mantengo una actitud desafiante y segura. Después, me giro sobre mis talones, dispuesta a recoger mi sujetador, mi bolso, irme de allí, llegar a la habitación de mi hotel, meterme en la cama... y masturbarme hasta el agotamiento.

Debí suponer que Noah Grayson no me permitiría escaparme de aquí sin decir él la última palabra. Justo cuando estoy saliendo por la puerta de la *suite*, oigo su voz.

—Señorita Sonya, recuerde que voy a necesitar que me acompañe al cóctel de esta noche. Pasaré a recogerla con la limusina a las siete y media.

«Mierda, mierda, mierda».

Capítulo 8

Sinclair

A las ocho en punto la limusina llega a mi hotel. Me ha tocado arreglarme a toda velocidad, pero el resultado me sorprende incluso a mí misma. Todo gracias al elegante vestido de cóctel de Desiré que se ajusta como un guante a mis curvas, realizando mi cintura.

Nunca seré una modelo de pasarela, pero me considero agradable a la vista y mi indumentaria me favorece. Me he dejado el cabello suelto con la raya en medio, y he realizado su ondulado natural con espuma y un toque de secador dándole un aspecto sensual y desenfadado. Para completar, me he aplicado un maquillaje suave y un pintalabios de color rojo vivo.

Hacía tiempo que no me sentía tan guapa.

Y tan excitada.

Mi cuerpo todavía vibra por el encuentro frustrado con Noah Grayson y no he tenido tiempo para aliviar la sensación de vacío que todavía percibo entre las piernas.

El primer rostro que veo al llegar a la limusina es el del señor Smith —parece que va a volver a ser el copiloto en este trayecto—, pero es tan inexpresivo que no me da ningún indicio sobre si mi aspecto es acertado o no.

Noah está de espaldas a mí, hablando con su asistente y guardaespaldas. Él sí debe de notar algo en el rostro del hombre porque de repente se gira hacia mí.

—Señorita Sonya, nunca deja de sorprenderme —musita con voz ronca.

Si antes me sentía bonita, al discernir el brillo de deseo que destella en los ojos azules del hombre me siento todavía más segura de mí misma. Incluso hermosa. Es curioso cómo la aprobación de alguien que te importa puede condicionar la visión de uno mismo.

«¿Acaso buscas la aprobación de este hombre?», inquiera una vocecilla insidiosa en mi mente.

Su aprobación tal vez no, pero lo que tengo claro es que quiero impresionarle. Más que nada porque quiero estar en igualdad de condiciones y él me acaba de dejar patitiesa.

Para mi vergüenza, en un primer momento solo atino a sonreír como una lela babeante. Si Noah Grayson está guapísimo con ropa informal, e impresionante con una vestimenta de hombre de negocios, con el traje negro que se ha puesto ahora resulta imponente. Además, lo ha combinado con una camisa azul que consigue que sus ojos se vean tan vívidos que me cuesta mantenerle la mirada con normalidad.

De golpe, me siento un tanto insegura de mí misma.

Él es un hombre en mayúsculas. Un empresario de éxito que se mueve en limusina, viaja en *jet* privado y se aloja en las *suites* más caras de los mejores hoteles.

Yo no soy más que una cría a su lado. Una estudiante universitaria en mi último año de carrera y que trabaja de cajera en un supermercado o en lo que surja para poder llegar a final de mes. Ni siquiera tengo coche, me muevo en bici por Valencia.

No podemos ser más diferentes.

Ese pensamiento consigue que recobre la compostura y vuelva a la realidad. Un hombre como Noah Grayson solo puede buscar de mí un buen revolcón, y después de tener a Lucas me juré a mí misma que no tendría más sexo irresponsable y vacuo como en mis años oscuros de adolescencia.

Si me acostaba con un hombre sería consecuencia de una relación con sentimiento, no de un calentón.

Por eso desde que lo dejé con Luis no he vuelto a acostarme con nadie. Y de eso hace ya tantos años que no es de extrañar que mi cuerpo esté descontrolado ante Noah. El maldito vaquero, con su mera presencia, logra que olvide todos mis juramentos y en lo único que me hace pensar es en sexo salvaje.

«Control, Sin. Control».

Cuando el señor Grayson me ofrece la mano para subir a la limusina, y nuestras pieles se tocan, vuelve a surgir la corriente eléctrica que siempre crea nuestros cuerpos al rozarse.

Los dos nos miramos a los ojos, conscientes de esa sensación, pero, mientras que a mí me hace fruncir el ceño conocedora de que esa indeseada atracción no es más que un inconveniente, a Noah se le dibuja una sonrisa de medio lado. Por suerte, no dice nada. Mejor, porque estoy tan nerviosa que soy capaz de estamparle en la cara el bolsito de mano tan mono que llevo ante cualquier comentario irreverente.

Además, sigo enfadada por cómo se ha comportado antes en la *suite*, y no voy a dejarle pasar ni una. Si piensa que con sus sonrisillas sexis voy a bajar la guardia y olvidar que me ha tratado como a una puta, está muy equivocado.

Viajamos en la limusina en completo silencio entretanto observo por la ventanilla cómo los edificios de Barcelona pasan uno detrás de otro en rápida sucesión, deseando que esta noche acabe igual de veloz. Mientras, Noah se concentra en mirarme a mí. Y, ya sea porque estoy cansada o porque me he dado cuenta de lo vulnerable que soy ante él, cada vez me noto más tensa.

Me siento como un hilo del que tiran demasiado por los dos extremos y está a punto de partirse.

De pronto, la potente voz de Freddie Mercury en su *We are the champions* comienza a escucharse rompiendo el silencio que reinaba en el interior de la limusina.

Me incorporo de golpe. Es el tono de mi llamada de móvil, el mío personal. Una melodía que me recuerda lo mucho que he luchado para cambiar mi vida. Tal vez sea Lucas, que quiere darme las buenas noches.

Justo cuando voy a abrir mi bolso de mano para sacar el teléfono, veo cómo Noah saca un móvil del bolsillo interior de su chaqueta.

—Noah Grayson al habla.

Lo miro con los ojos dilatados, sorprendida de que tenga el mismo tono de llamada que yo. Además, no es que sea una melodía que esté de moda o sea común, es más bien bastante personal y significativa.

Después de todo, sí tenemos algo en común. Tal vez no seamos tan diferentes como parecía a simple vista. En mi interior surge el deseo de descubrir en qué otras cosas podríamos parecernos, en conocer lo que detesta y lo que le gusta. Pero tal y como nace ese deseo me obligo a reprimirlo al instante.

No puedo volver a caer en la tentación.

—Sí, vamos de camino —comenta Noah a quien sea con el que está hablando. Se queda unos segundos en silencio y luego clava en mí una mirada penetrante—. Sí, voy acompañado. —

Permanece otra vez en silencio y veo que una sonrisa ladeada curva sus labios—. Es una amiga.

Alzo la ceja al instante porque el tono con el que ha pronunciado «amiga» da a entender que nos une algo más que la mera amistad. Al verme, su sonrisa ladeada se acentúa descubriendo un hoyuelo en su mejilla derecha de lo más sexi que me hace gruñir y apartar la mirada.

Maldito don Perfecto.

El escenario elegido para celebrar el cóctel es una hermosa masía rehabilitada a las afueras de Barcelona a la que han vestido de gala para la ocasión.

Una larga alfombra roja discurre desde el lugar en donde se detienen los vehículos y cruza el elegante jardín hasta la entrada del edificio. Al descender de la limusina me deslumbran decenas de flashes que captan el momento como si yo fuese una estrella de cine o alguna famosa especial.

Me parece tan surrealista que por un momento me acobardo.

Me petrifico.

Entonces, escucho un pequeño gemido, casi inaudible, pero que llega a mis oídos desde un punto cercano y me saca de mi estupor. Descubro con asombro que viene de Noah, que tiene la vista fija al frente con la mirada un tanto perdida, como si estuviese inmerso en algún recuerdo doloroso.

Parece más conmovido que yo por la atención mediática y se mantiene rígido y algo lívido ante los destellos que emiten las cámaras fotográficas. Incluso diría que vulnerable.

En este momento, y para mi sorpresa, siento el impulso de protegerlo. Olvido mi malestar, mi cabreo y mi nerviosismo. En su lugar, me planto frente a él para tratar de ayudarlo.

—Noah, mírame —exhorto con voz firme. Él lo hace con el alivio de un niño perdido que escucha de repente su nombre de una voz familiar.

»Todo está bien. Ahora, te voy a coger de la mano, vamos a cruzar juntos esa alfombra roja, a olvidarnos de lo que nos rodea y a divertirnos, ¿de acuerdo? —declaro y le tiendo la mano en señal de tregua.

Es posible que me esté extralimitando. No sé siquiera si tiene algún sentido para él porque no termino de entender qué es lo que le sucede. Sin embargo, parece que algo en mis palabras lo hace reaccionar por fin porque recupera el color.

Por un segundo, me mira de una forma indescifrable y luego baja sus ojos hacia la mano que le he ofrecido. Cuando estoy a punto de retirarla porque creo que he quedado como una tonta y no la va a aceptar, extiende la suya y la entrelaza con la mía con fuerza. A continuación, comienza a andar por la alfombra roja llevándome con él.

Pequeñas explosiones de luz nos deslumbran a nuestro paso, pero los dos las ignoramos y miramos al frente mientras avanzamos hasta traspasar las puertas de la mansión y adentrarnos en el vestíbulo, en donde nos quitamos los abrigos para acceder después al salón. Es enorme y está decorado en una perfecta armonía entre lo rústico y lo moderno.

Aquí es donde me acojono de verdad.

El ambiente huele a dinero, y los invitados son un reflejo de ello. Además, no sé si son imaginaciones mías o no, pero siento que todos los ojos se clavan en nosotros cuando nos detenemos ante el arco de entrada.

Nos observan.

Nos juzgan.

Es indudable que Noah pasará el examen con nota, pero... ¿yo? Lo dudo.

Desiré es una chica sofisticada y elegante, y seguro que está más que acostumbrada a este tipo de actos sociales. En un minuto se darán cuenta de que soy una impostora.

Un fraude.

Doy un paso atrás, asustada, pero Noah me detiene y se inclina hasta hablar tan cerca de mi oído que su cálido aliento me eriza la piel.

—Todo está bien —me arrulla como si hubiese percibido mi temor—. Ahora, te voy a coger de la mano, vamos a cruzar este salón, a mezclarnos con los invitados y a divertirnos, ¿de acuerdo?

Me está dando apoyo de la misma forma en que se lo he dado a él, supongo que es su manera de darme las gracias, y ni por un instante pienso rechazar la mano que él me ofrece por muy peligrosa que sea su cercanía. Todo lo contrario, la sujeto con fuerza.

—No me sueltes, por favor.

Mi voz suena tan débil y patética que me siento avergonzada.

Me mira con seriedad como sondeando las profundidades de mi alma y afianza nuestro agarre.

—Nunca —murmura con voz bronca.

Esa única palabra dicha en tono de promesa, por alguna extraña razón, me reconforta.

Para mi sorpresa y deleite, don Cretino parece haberse quedado encerrado en la limusina junto a Marcos y al señor Smith, y durante el resto de la velada don Perfecto hace gala de todo su encanto conmigo. Se muestra atento a cualquier necesidad que yo pueda tener y cumple su promesa de no dejarme sola, a pesar de ser constantemente reclamado por los asistentes del cóctel.

A juzgar por la cantidad de personas que, desde que entramos al salón, se le acercan sin cesar a saludarlo y rendirle honores, Noah Grayson debe de ser un hombre más importante incluso de lo que había supuesto.

Por lo que me explica, esa velada la ha organizado una empresa de telefonía móvil en la que ha invertido mucho dinero.

Después de saludar a los anfitriones, una pareja de jóvenes de origen chino —mis conocimientos del idioma son puestos a prueba de forma satisfactoria—, nos zambullimos en la fiesta.

Hice mis deberes en el hotel y busqué en internet, fuente inagotable de conocimiento, los pasos de comportamiento que dicta el protocolo para este tipo de evento porque no quiero meter la pata o hacer algo indebido.

Así pues, las normas de comportamiento en un cóctel se resumen básicamente en diez directrices a tener en cuenta, algo en teoría fácil de recordar:

Primero. Cuando se recibe una invitación para un cóctel, siempre se debe contestar a la misma, ya sea para confirmar la asistencia como para decir que no puedes ir.

En mi caso no ha habido invitación, más bien, una orden tácita por parte de mi «jefe».

Segundo. El vestuario depende de las indicaciones que figuren en la invitación. A falta de indicación, lo adecuado es un vestido de cóctel, es decir, uno en que la falda caiga un poco por debajo de la rodilla.

Por suerte, con el hermoso vestido que me dejó Desiré es difícil pensar que tengo más en común con los camareros que con los invitados.

Tercero. Se ha de dominar, al menos un poco, el arte de moverse en sociedad para poder desenvolverse entre los invitados con corrección. Saludar, presentarse, conversar...

¿Conversar de qué? Por Dios, no tengo nada que ver con esta gente, que parece estar en la élite de la sociedad. Hablan de casas en los Hamptons, vacaciones en Saint-Tropez o irse a esquiar a Aspen, como si fuera lo más normal del mundo. Y yo, ¿qué les puedo contar? ¿Que la playa de la Malvarrosa es estupenda?

Cuarto. Es conveniente que las conversaciones que se mantengan sean breves y amenas, sin entrar en temas relevantes. Se ha de tener en cuenta que es un lugar para iniciar un acercamiento, ya sea personal o de negocios, no para profundizar ni entrar en detalles.

Cuando leí este punto pensé que sería fácil. Como no tengo nada que decir, la idea es sonreír como una lela y no hablar con nadie. Vamos, una mujer florero en toda regla colgada del brazo de mi acompañante.

Quinto. Dependiendo del tipo de cóctel al que estés invitado, no está de más llevar unas tarjetas de visita en el bolsillo. Siempre puede surgir la oportunidad de conocer personas que puedan ser buenos contactos para los negocios o simplemente en el ámbito privado y relaciones sociales.

Ese punto me sorprendió. Me parece evidente que no voy a intercambiar tarjetas con nadie, básicamente porque yo no tengo tarjetas de visita, pero me han descolocado un par de hombres que me entregaron la suya con disimulo y un guiño conspirador.

Sexto. Un cóctel no debe pasar de las dos horas de duración y se puede llegar de forma escalonada al evento, es decir, que no es obligatorio llegar al principio del mismo.

¡Yuuuuju! Solo queda una hora de suplicio.

Séptimo. Se pueden poner dos mesas, una con la comida y la otra con la bebida, la cristalería y la vajilla, pero muchos organizadores optan porque las bandejas de aperitivos y bebidas circulen de forma continua en manos de los camareros. No está bien visto que alguien llame a un camarero para que rellene su copa o le traiga más canapés.

Parece ser que nadie ha informado a mi acompañante de este punto porque, cuando pruebo un canapé de una pasta deliciosa, pero inidentificable, y hago una mueca de pesar cuando voy a coger otro y me doy cuenta de que ya no quedan más en la bandeja, Noah ordena al camarero, de forma tajante, que consiga más.

Octavo. La forma correcta de estar en el cóctel es de pie con una copa en una mano y una servilleta en la otra. Puede haber ocasiones en las que se ponga alguna silla, pero estarán reservadas para personas mayores o que realmente las necesiten...

Por Dios, realmente necesito sentarme. Los zapatos que me he puesto de doce centímetros de tacón me están destrozando los pies.

La servilleta es conveniente tenerla en la mano izquierda para poder saludar y tomar

aperitivos con la derecha. Los aperitivos y canapés deben tener el tamaño adecuado para poder comerlos de un solo bocado, y en su mayoría estarán preparados para tomarse con la mano sin tener que mediar la utilización de cubiertos. No se debe abusar de la comida, no es bueno dar sensación de hambre.

Como estoy nerviosa, y no quiero hablar con nadie, pensé que lo mejor era mantener la boca llena para disuadir a cualquiera que quisiera entablar una conversación conmigo. Todo va bien hasta que Noah toma un canapé y me lo mete él mismo en la boca, de forma lenta, mirándome profundamente mientras me lo como.

—No sabes lo que me excita tu boca cuando comes —musita con voz ronca.

A partir de entonces me es imposible probar bocado.

Noveno. Se debe evitar cualquier comportamiento reprochable, como hablar con la boca llena, beber más de la cuenta, conversar con la voz demasiado alta, saludar con las manos sucias o cualquier otra acción que pueda resultar vergonzosa.

¿Se consideraría vergonzoso echar un polvo rápido en el baño? Porque con Noah Grayson en modo don Perfecto, ganas no me faltan.

Décimo. Es conveniente comportarse de forma natural. Fingir lo que uno no es siempre trae complicaciones.

Este último punto me lo tenía que haber tomado como una advertencia.

Llevamos unos diez minutos escuchando la diatriba de un hombre corpulento de unos cincuenta años —al parecer nadie le ha informado de que en los cócteles las conversaciones deben ser breves y superficiales—, y no puedo aguantar más.

—Tengo que ir al servicio —murmuro en el oído de Noah.

—¿Quieres que te acompañe? —lo dice de forma tan solícita y esperanzada que sé que está buscando cualquier excusa para poder alejarse de ese hombre.

—Buen intento, vaquero. Solo espérame aquí.

Contengo una sonrisa por la mirada que me dirige y que promete venganza por no haberle seguido el juego.

Los aseos son tan elegantes como todo lo demás. Huelen a una suave fragancia de flores silvestres y se nota que han sido reformados hace poco. Se trata de un amplio espacio plagado de espejos con una larga encimera de mármol blanco en el que hay tres lavabos encastrados. Además, tiene cinco inodoros que están separados en cubículos independientes.

Me meto en uno de ellos, presurosa, agradeciendo en el alma que esté impoluto.

Justo acabo de orinar cuando escucho las voces de dos mujeres que han entrado en el servicio.

—En serio, el idiota que me ha tocado es inaguantable —reniega una mujer con un suave acento francés—. No creo que pueda terminar la noche como él está deseando.

—Pues no lo hagas, nadie te obliga —repite otra que parece española.

—Me obligan varios miles de razones —explica la mujer con acento francés—. Está forrado, y ya sabes el extra que podemos ganar cuando el cliente queda «satisfecho».

—Contact One es una agencia de *escorts*, no de putas.

Al escuchar eso me quedo paralizada con la mano sobre la manilla de la puerta, incapaz de abrirla, y permanezco encerrada en el cubículo escuchando lo que dicen.

—¿En serio crees que hay alguna diferencia? —pregunta la francesa con voz risueña—. Cuando un hombre contrata a una *escort* da por hecho que hay ciertos servicios abiertos a negociación.

—Por cierto, ¿has visto al morenazo del traje oscuro?

—Como para no verlo —conviene la francesa—. Ese sí que está para hacerle un trabajo completo.

Sé al instante que hablan de Noah.

—Va con una chica. Tal vez también sea una *escort*. Por aquí hay muchas. En este tipo de congresos y convenciones siempre acuden a nosotras en busca de «compañía».

—¿Estás de broma? No creo que un tío como ese necesite recurrir a una agencia como Contact One para que le proporcione compañía profesional —afirma la francesa—. Y, aun en el caso de que lo hiciese, elegiría a una como nosotras. O eso o es que no tiene criterio porque la chica es mona, pero no está a la altura de...

Las voces se apagan e intuyo que han vuelto al salón.

Con las piernas flojas, me siento sobre la tapa del inodoro y abro el bolsito para coger mi móvil. Las manos me tiemblan tanto por la furia que no atino a atraparlo en un primer momento, pero sí al segundo.

—Hola, Sin. ¿Qué tal todo por ahí? —inquieta mi amiga con tono desenfadado al coger la llamada.

—Desiré, querida, creo que se te ha olvidado contarme algo sobre tu trabajo —empiezo a decir con voz suave—. Algo así como, no sé..., ¿que eres una jodida puta de lujo? —Escucho un jadeo ofendido, pero me trae sin cuidado.

»Te lo pregunté, y me aseguraste que no lo eras —añado en tono acusador.

Todas las piezas que me tenían intranquila encajan de golpe: el secretismo, que le paguen en negro, que no dé su número personal a los clientes...

—Porque no lo soy —protesta Desiré—. Soy una *escort*, no una puta. Hay una gran diferencia.

—Pues debes de ser la única que piense eso, porque yo no veo la diferencia, creo que tus compañeras de profesión tampoco y estoy segura de que el hombre que me está esperando en el salón mucho menos —mascullo en tono irónico.

Ahora entiendo por qué algunos hombres del salón me han pasado sus tarjetas. Porque estaban interesados en contratar mis servicios.

También comprendo por qué Noah se ha enfadado tanto conmigo en la *suite* del hotel. Él ha contratado los servicios de una *escort* para este fin de semana. Una que lo ha puesto a tono en la habitación y luego ha cortado la situación sin razón aparente. Por eso ha debido de pensar que tenía que pagarme por terminar lo que habíamos empezado.

Maldita sea, se ha llevado una impresión totalmente equivocada de mí.

Con todo, se está comportando como un caballero conmigo durante esta velada, cosa que me sorprende muchísimo después de saber esto.

—De verdad que no tienes de qué preocuparte, Sin —prosigue diciendo Desiré—. No te mentí cuando te expliqué lo que se esperaba de ti para este fin de semana. En Contact One, cuando una *escort* ofrece servicio completo, en su perfil aparece la coetilla: «Extras a negociar». Es algo conocido por los clientes y en mi perfil eso no está —explica—. Este cliente en cuestión

solo se mostró interesado en contratar a una acompañante como intérprete.

«Porque no lo has visto», pienso con sorna. Seguro que Noah da por hecho que su acompañante se bajaría las bragas a la primera sonrisa ladeada y no haría falta pagar ningún extra por ello.

—De cualquier forma, podrías haberme dicho que te tenía que sustituir como *escort*.

—Si te hubiera dicho que era *escort* lo habrías relacionado con la prostitución, y no es así —insiste Desiré—. Una *escort* es una acompañante profesional, no hay obligación alguna de sexo cuando se te contrata como tal, a no ser que lo acuerdes con el cliente de antemano. Y en este caso te digo que no hay sexo acordado, ¿me oyes? He hecho un montón de trabajos sin acostarme con mis clientes —explica Desiré—. Lo único que tienes que hacer es lo que te dije desde un principio. Sé educada y guarda la distancia física, así no te podrá malinterpretar.

—Solo hay un pequeño problema.

—¿Cuál?

—Que lo he besado —confieso con un murmullo.

Desiré gruñe algo, sin duda algún taco.

—¿Qué clase de beso?

Me vienen a la mente un montón de imágenes de lo que Noah y yo hicimos esta tarde.

—De los que te dejan temblando y con ganas de sexo —reconozco con una mueca.

Vuelvo a oír otro taco, esta vez más explícito.

—¿Y por qué demonios has hecho algo así? —farfulla Desiré—. Desde que te conozco has actuado como una virgen vestal. Por eso te pedí que me sustituyeras precisamente tú, porque confiaba en que guardarías las distancias y...

Me aparto el teléfono del oído sin ganas de escuchar la perorata de mi amiga.

¿Virgen vestal?

¿Esa es la impresión que doy?

Vale que no he vuelto a tener sexo desde que corté con Luis, de eso ya hace... ¿Cuánto? ¿Siete años?

Abro los ojos de golpe.

¡Siete años!

Joder, qué rápido pasa el tiempo.

Tal vez la observación de Desiré sí que sea acertada después de todo, pero la culpa no es mía. Es porque, de momento, no he encontrado al hombre apropiado, uno con el que conecte y que no salga huyendo ante la palabra «hijo».

Escucho que se vuelve a abrir la puerta de los baños y a dos mujeres conversando.

—Mira, Desi, ahora no puedo seguir hablando. Ya te llamaré —susurro y cuelgo dejándola con la palabra en la boca.

Salgo del cubículo a desgana, sin ánimo de enfrentarme a la situación en la que me ha metido mi queridísima amiga, pero me obligo a hacerlo. Debo afrontar lo que pueda pasar con dignidad, volver a Valencia y asesinar a Desiré.

Ante todo, debo volver a mi mantra: «Profesional, fría y educada», y guardar las distancias con Noah hasta que acabe la velada. Con ese pensamiento en mente, me lavo las manos, me retoco el pintalabios y salgo del baño.

Capítulo 9

Sinclair

Mi decisión de guardar las distancias con Noah Grayson dura exactamente un minuto, que es lo que me lleva salir del baño y encontrármelo en el pasillo hablando con una mujer. Bueno, la que habla es ella. Él mantiene el rostro inexpresivo.

En cuanto me acerco a ellos, distingo el acento francés de la mujer a la que he escuchado antes. Tiene el pelo castaño en un recogido elaborado, un vestido rojo y entallado que resalta sus muchas curvas y un rostro de portada de revista de belleza. Vamos, asquerosamente guapísima.

En ese momento, la mujer ríe por algo y, con un gesto que parece casual, le apoya una mano en el brazo y ahí la deja.

Mis ojos vuelan al instante a ese punto y siento un deseo incontrolable de apartarla de él. Distingo la emoción que me recorre: celos. Es tan feroz, tan inesperada y tan poco bien recibida que me quedo inmóvil observándolos sin saber qué hacer.

Sé que no he realizado ningún movimiento, pero Noah dirige su mirada hacia mí en ese instante y, con toda la tranquilidad del mundo, aparta la mano de la mujer como si de una mosca molesta se tratase y se acerca a mí.

—Preciosa, te echaba de menos —asegura mientras toma mi mano y besa mi muñeca en un gesto íntimo y muy cálido que me hace crepitar por dentro—. La compañía por aquí resulta aburrida.

«¡Zasca!», pienso al escuchar el jadeo ofendido de la francesa.

Noah enlaza mi brazo al suyo y me lleva de vuelta al salón. Cuando pasamos por delante de la francesa, que se ha quedado parada mirándonos con el entrecejo fruncido, le saco el «dedo palabrota» con disimulo. Así es como llama Lucas al dedo corazón y se me ha pegado. Una niñería, lo sé. Con todo, creo que mi acompañante lo percibe porque sus labios tiemblan de risa.

Por suerte para mí, no nos quedamos mucho más. Nos despedimos de los anfitriones, recuperamos nuestros abrigos y regresamos a la limusina, en donde nos aguardan Marcos y el señor Smith.

«Ahora, me dejarán en mi hotel y mi tiempo con Noah Grayson se habrá acabado», me digo a mí misma.

No obstante, en lugar del alivio que esperaba, me embarga una sensación de..., ¿qué? No puedo definirla. Es como cuando te montas en una montaña rusa con grandes expectativas y termina tan rápido que parece que no hayas podido disfrutar del todo del viaje.

—¿Qué te parece si cenamos algo antes de que regreses a tu hotel? —inquire en cuanto entramos en la limusina y nos sentamos uno frente a otro como viene siendo habitual.

La tregua ha finalizado.

—Si digo que no, ¿me ofrecerás dinero para que acepte? —replico todavía dolida por sus palabras de antes.

Noah hace una mueca.

—Ya me disculpé por eso.

—No, no lo hiciste —contradigo muy digna—. Reconociste que te merecías que te hubiese volteado por los aires y dejado despatarrado en el suelo, pero no te disculpaste.

—A todo esto, ¿dónde aprendiste artes marciales?

—Si piensas que cambiando de tema vas a conseguir algo...

»Me trataste como a una puta —le recuerdo y espero que mi voz no se escuche dolida.

—Eres una *escort* —señala él como si fuese lo mismo.

Está claro que la única que cree que no son sinónimos es Desiré.

—Una *escort* que no se va con cualquiera a la cama —aclaro porque no me puedo salir del papel que interpreto, aunque lo que quiero hacer realmente es decir la verdad y gritarle a la cara que no tengo nada que ver con ese mundillo.

—Yo no soy «cualquiera» —repone él con arrogancia.

—Bueno, pues no soy una *escort* que se acueste con nadie por dinero. Solo trabajo de intérprete y acompañante. —Noah levanta una ceja, sin duda recordando el instante exacto en que le mordí el dedo y lo besé como una salvaje—. Bueno, reconozco que antes me dejé llevar por un arrebató de pasión, pero estuvo fuera de lugar y por eso me detuve. No fue porque quisiera dinero, fue porque no me pareció bien seguir adelante. Por principios —concluyo.

Noah me observa en silencio durante unos segundos.

—¿Acaso tienes pareja o estás enamorada de alguien? —pregunta casi al descuido, pero noto la tensión que trata de disimular.

—No es de tu incumbencia —respondo tajante.

»Y todavía no he escuchado una disculpa, así que te agradecería que me dejaras en mi hotel —añado inflexible.

—Está bien, te pido perdón por mi comportamiento de antes —concede finalmente.

»Déjame invitarte a cenar a modo de disculpa y de despedida. —«No digas que sí. No digas que sí. No digas que sí», repite mi cerebro.

»Todavía no estoy preparado para separarme de ti —musita y el anhelo con el que me acaricia su mirada despierta algo dentro de mí. Tal vez el mismo anhelo.

—Vale.

«Vale no es sí, ¿no?», refuto a mi cerebro antes de que me recrimine el no haberle hecho caso.

Además, un restaurante es un terreno neutral. No hay ningún peligro. Y me muero de hambre. No he comido casi en ese dichoso cóctel.

Una cena de despedida con Noah Grayson no puede acarrear ningún peligro, ¿verdad?

Ilusa.

Debí suponer que sí porque, en lugar de llevarme a un restaurante, me conduce hasta la *suite* de su hotel.

Alguien ha dispuesto la mesa del comedor con un mantel blanco, velas y servicio para dos personas. La luz está atenuada y la chimenea de gas, encendida, confiriendo un ambiente de lo más romántico.

—¿Qué hacemos aquí? —farfullo dando un paso atrás al ver el seductor panorama—. Dijiste que iríamos a cenar a un restaurante.

—No, te dije que te invitaría a cenar, pero no te dije dónde.

—No creo que sea buena idea...

—¿Es que acaso temes no poder resistirte a mis encantos?

Detengo mi huida al instante. Lo ha dicho para picarme y que me quede, lo sé. La cuestión

es que no sé si soy capaz de resistirme a Noah Grayson en modo don Perfecto. Sin embargo, si me voy quedaré como una cobarde.

«Reconócelo, no te quieres ir», murmura mi vocecita interior.

Como si fuese consciente de mi dilema interior, Noah se acerca a la mesa y separa una silla. Después, me observa con paciencia invitándome sin palabras a ocuparla.

—Creo que te sobreestimas —bufo aceptando finalmente el reto.

El ambiente relajado, la buena comida y el vino exquisito pronto me hacen bajar la guardia ante don Perfecto y su voz ronca y sensual. Nunca lo hubiese imaginado, pero me siento cómoda hablando con él.

—¿Dónde has aprendido artes marciales? —pregunta de nuevo.

—Mi padre me enseñó. Era un experto —explico y mis palabras se tiñen de nostalgia como siempre que lo recuerdo—. Como pasaba mucho tiempo alejado de mí, hizo mucho hincapié en que aprendiera defensa personal y artes marciales. Quería asegurarse de que pudiera defenderme físicamente ante cualquier ataque.

—¿Y has tenido que defenderte mucho?

—Te sorprendería la cantidad de capullos que hay en el mundo.

»Cuando tenía veinte años comencé a trabajar de gogó en una discoteca —explico recordando el pasado—. Ni te imaginas la cantidad de borrachos babosos que pensaban que, por bailar en un podio, te podían manosear a placer. También los había que te ponían un fajo de billetes en la mano esperando que les hiciese «un baile privado». Durante ese tiempo pateé los culos de muchos de ellos.

Eso fue antes de entrar en el supermercado, cuando todavía no tenía las ideas claras y estaba desesperada por encontrar un trabajo; sin embargo, carecía de estudios y experiencia para lograrlo. El mundillo de la noche me pareció tentador porque era donde se ganaba más dinero, pero también el más peligroso. Por suerte, mi abuela me convenció para dejarlo y buscar algo más «sensato», como ella dijo, aunque se ganase menos. Poco después me cogieron como reponedora en el supermercado y luego me pusieron de cajera.

Noah tarda unos segundos en volver a hablar, como si estuviera asimilando mis palabras y sopesando lo que va a decir a continuación.

—Supongo que trabajando como *escort* también te habrás enfrentado a situaciones difíciles —murmura finalmente con el rostro convertido en una máscara inexpresiva—, como enfrentarte a un hombre que te acorrala en un baño y te pide sexo por dinero —añade y hace una mueca.

»Te pido perdón de nuevo por ello.

Esta vez, me parece más sincero.

—Acepto tus disculpas —susurro. Noah me sirve más vino y me coloca en el plato una de las exquisiteces que hay sobre la mesa. Parece que siempre está atento a lo que quiero o me gusta, y está siendo muy galante en cada detalle.

»¿Sabes? Me recuerdas a mi padre —suelto sin pensar.

Noah se atraganta y empieza a toser con violencia.

—Mujer, ¿cuántos años crees que tengo? —farfulla ofendido.

—No lo digo por eso —repongo con una sonrisa.

»Él también era de Texas —aclaro—. Siempre trataba a las mujeres como si fuesen damas delicadas. Ya sabes, a la antigua usanza: les abría la puerta para que pasaran antes, les apartaba la silla para que se pudieran sentar, les ofrecía el brazo al andar... Siempre lo consideré un poco

machista, aunque él insistía en que era todo lo contrario. Su educación sureña le instaba a demostrar respeto por la mujer y a valorarla como el mayor de los tesoros. Y sobre todo pensaba que, por muy bien que pudiera defenderse una mujer, era deber de un hombre protegerla.

—Hablas de él en pasado...

—Falleció cuando yo tenía quince años.

—¿Y tu madre?

Pensar en mi madre me agria el humor.

—Murió hace cinco —respondo de forma escueta sin querer entrar en detalles.

—¿Ella era española?

—Sí, de Valencia. —Como no quiero que siga indagando más sobre mi familia, decido cambiar las tornas.

—Háblame de ti.

Noah bebe de su copa con lentitud mientras clava su mirada en mí. A la luz de las velas, sus ojos parecen tener un brillo casi sobrenatural. Cuando por fin baja la copa, sus labios se ven húmedos e invitadores.

Me muerdo el labio cuando siento el impulso irrefrenable de besarlo.

—¿Qué quieres saber? —pregunta y su voz bronca me produce un cosquilleo de deseo entre las piernas.

—Ayer parecías un vaquero desenfadado. Hoy eres todo un hombre de negocios. ¿Quién es en verdad Noah Grayson?

Por cómo me mira, me doy cuenta de que lo acabo de sorprender.

—Supongo que soy las dos caras de la misma moneda —responde finalmente—. Mi corazón es el de un vaquero, pero tengo el cerebro de un hombre de negocios.

»Adoro pasar mi tiempo en el rancho familiar, montar a caballo, pescar al amanecer, la naturaleza... Por otro lado, he heredado la mente empresarial de mis padres y se me da bien ganar dinero. Me gusta el reto que supone dirigir una gran compañía.

Entonces, empieza a hablarme de su vida en el rancho, de la incesante actividad que supone dirigirlo, pero de la paz y tranquilidad que le proporciona aquella vida. Me habla de su familia y de lo unidos que están, mientras yo lo escucho fascinada.

Fascinación porque descubro en él a una persona con una naturaleza sencilla y franca y con unos valores familiares muy arraigados, algo que pensé que sería incongruente en un hombre de su estatus.

—¿Dónde está la pega? —inquiero suspicaz.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué un dechado de virtudes como tú todavía está soltero?

—Estoy muy lejos de ser perfecto —admite con una mueca—. Tengo muy mal despertar; puedo llegar a ser un ogro por las mañanas. Soy dominante, sobreprotector, posesivo y celoso. Y bastante testarudo. No me gusta que me lleven la contraria porque pienso que siempre tengo la razón, cosa que es cierta la mayoría de las veces. Y también...

—Vale, ya me ha quedado claro. Eres tan insoportable que no te queda más remedio que pagar por compañía profesional —bromeo.

Esperaba que me dijera algo así como que esta era la primera vez que contrataba a una, pero en cambio lo escucho decir:

—La compañía de una *escort* hace las cosas más sencillas. No se crea ningún tipo de expectativas románticas. De esta forma no hay decepciones ni dramas.

Hay una sombra de oscuridad en sus ojos y lo tomo como una advertencia.

—Incluso las *escorts* son humanas —declaro con una sonrisa un tanto rígida.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no creo que pueda existir una mujer que pase unas horas contigo y no acabe... —
Me callo al darme cuenta de lo que he estado a punto de decir.

—¿Y no acabe cómo?

Me niego a responderle y le aguanto la mirada sin decir nada.

Difícil. Sobre todo, porque el silencio intensifica lo que la charla desenfadada que manteníamos durante la cena trataba de ocultar.

Deseo.

Un deseo vivo y voraz.

Un deseo al que tengo que resistirme.

Y solo se me ocurre una forma de hacerlo: huir.

Con esa idea en mente, me levanto de golpe mientras dejo la servilleta que tenía sobre el regazo encima de la mesa. No me sorprende que las manos me tiemblen al hacerlo.

—Se está haciendo tarde —farfullo y empiezo a alejarme de él para buscar mi bolso y mi abrigo, y salir pitando de allí—. Será mejor que regrese a mi hotel y...

Una cálida mano sobre mi brazo detiene mi huida.

No me giro, tengo miedo de hacerlo. Ver el deseo en sus ojos haría flaquear mi decisión de irme. No obstante, no consigo nada con bloquear la vista, pues mis otros sentidos juegan en mi contra.

Mi olfato se embriaga de su aroma cuando se acerca a mí.

Mi piel ronronea de placer cuando su mano comienza a ascender por mi brazo hasta posarse en mi hombro desnudo.

Mis labios todavía se relamen de gusto al recordar el sabor de sus besos.

Entonces, se inclina hacia mí para murmurar:

—Todavía no estoy preparado para separarme de ti —repite por segunda vez en la noche seduciendo a mi oído.

Tiemblo cuando su aliento roza mi piel con mimo.

«¿Tan malo sería acostarte con él?», dice una voz nueva en mi interior.

No es mi sabia y sensata conciencia, parece más mi diablesa interior. Esa que me llevó a meterme en tantos líos en otra época.

«Piénsalo —insiste—. Ha dicho que sin decepciones ni dramas. Solo sexo. Y con la química que tenéis, será el mejor sexo de tu vida», añade persuasiva.

Con lo mucho que me excita y la forma en que reacciona mi cuerpo cuando me toca, sé que será fantástico. Sin embargo...

«¿Hace falta que te recuerde cuánto tiempo hace que no te acuestas con nadie?», añade persuasiva.

Demasiado.

Me doy la vuelta lentamente en sus brazos hasta encararlo y, cuando por fin lo miro a los ojos, sé que estoy perdida.

Con mucha lentitud, como dándome opción a negarme, me pone una mano en la nuca y acerca mi rostro al suyo para besarme. No obstante, en cuanto nuestros labios se tocan, acaba mi tregua.

No es un beso suave. Es el beso de un hombre apasionado que ha llegado al límite de su control. Y me encanta. Su lengua invade mi boca al tiempo que sus manos toman posesión de mi cuerpo.

—No puedo esperar —gruñe cogiéndome de las nalgas y me alza hacia él hasta que puedo sentir la urgencia de su deseo—. Déjame llevarte a la cama.

Solo hay una respuesta sincera a su demanda.

—Sí —musito al tiempo que mis piernas se enroscan en su cintura como recordando su lugar.

»Sí —vuelvo a decir entretanto mis dedos se hunden en la seda oscura de su cabello.

»Sí, Noah, sí —repito perdiéndome en él.

Un gemido casi animal sale de su garganta al escucharme. Entonces, entra en acción.

Con impaciencia, me conduce por el largo pasillo hasta la habitación y me deja caer sobre la cama sin muchos miramientos. Después, comienza a desvestirse al tiempo que me observa de forma ardiente.

No hace falta que me mire al espejo para saber la imagen que doy: despeinada, con los labios hinchados por los besos, la falda enroscada en las caderas y las piernas dobladas y entreabiertas. No obstante, no me avergüenzo ni trato de cubrirme. Todo lo contrario, me apoyo sobre los hombros para devolverle la mirada sin pudor. Paso de perderme el espectáculo que me está ofreciendo por estúpidos remilgos.

Noah se quita la chaqueta y con movimientos lentos comienza a desabotonarse la camisa.

Sexi.

Muy sexi.

Su forma de hacer las cosas, hasta las más sencillas, resultan sensuales en él.

Uno a uno, los botones van cediendo a las maniobras de sus dedos mientras la camisa se abre para mostrar un torso masculino que es una obra de arte.

A la camisa le sigue el cinturón, el pantalón y los calzoncillos, y en ese punto mi mente queda en blanco mientras mis ojos devoran cada centímetro de ese majestuoso cuerpo masculino expuesto con orgullo ante mí. Cada músculo está definido con elegancia.

Fuerte.

Controlado.

Potente.

«Muuuy potente», pienso al observar la tremenda erección que mantiene erguido su miembro.

Este hombre es demasiado perfecto para ser verdad.

Mis ojos lo recorren con voracidad hasta que se topan con la mirada divertida de los suyos.

—Me observas como si no hubieras visto a un hombre desnudo en tu vida.

—Ninguno como tú —atino a decir.

Hago una mueca al escuchar mi propia voz. Sueno tan fascinada, tan maravillada, que debo de parecer una tonta babeante.

«Control, Sin. Control».

—Entonces, ¿te gusta lo que ves?

Esa pregunta me sorprende. ¿Cómo puede dudarlo?

—¿Pretende que lo halague, señor Grayson? —inquiero con una sonrisa ladeada.

—Lo único que pretendo en estos momentos es volverte loca de placer —afirma y mi sonrisa se borra al instante ante la promesa que leo en sus ojos. Entonces, se sube al colchón con movimientos felinos. Es como un depredador a punto de atacar a su presa, que lo espera indefensa en medio de la cama. «¿Indefensa? Más bien impaciente», pienso.

»Preciosa, eres como un regalo caído del cielo. Estoy deseando desenvolverte para ver lo que escondes —declara en cuanto llega hasta mí. Es una de las cosas más moñas y trilladas que

me han dicho nunca, pero, viniendo de él, me pone a cien.

»Veamos lo que escondes para mí —añade mientras desliza las manos lentamente por la parte exterior de mis piernas, desde los pies hasta la cadera, como fascinado por ellas.

Después, recorre el camino de vuelta a mis tobillos con la misma lasitud, y esta vez arrastra consigo las medias. Su forma de quitármelas, con tanta suavidad, es pura sensualidad.

Un atisbo de vergüenza me inunda cuando tomo conciencia de lo que va a descubrir. Un hombre como Noah estará acostumbrado a finas medias hasta medio muslo, ligeros sexis y ropa interior de encaje.

Lo que yo le ofrezco en estos momentos son unos prácticos pantis anticarreras y unas sencillas bragas negras de algodón. Y gracias al cielo que estoy depilada o mi bochorno hubiese sido total.

¿Regalo del cielo?

Me cuesta creerlo.

Mi mente deja de divagar cuando Noah me abre las piernas más para situarse arrodillado entre ellas. A continuación, comienza otra lenta caricia desde los tobillos, esta vez recorriendo un camino invisible que discurre por la cara interna hasta la unión donde convergen mis muslos.

Sus dedos acarician con suavidad por encima de la tela que cubre mi monte de venus. Un roce tan delicado como un suspiro, pero que provoca descargas de placer que me hacen jadear.

De pronto, sus manos se abren hasta abarcar el ancho de mis caderas y, con un movimiento rápido, me pone boca abajo sobre la cama.

—¡Shhhh! Quieta, preciosa —musita en mi oído cuando trato de incorporarme.

»Déjame desnudarte a mi manera.

«¿Y qué manera es esa?», quiero preguntar, sin embargo, solo atino a jadear cuando siento que sus dientes mordisquean con suavidad el lóbulo de mi oreja.

Sus labios me recorren el cuello hasta posarse en la nuca, donde un nuevo mordisco, esta vez remarcado con un gruñido gutural, me marca con posesividad. Una descarga de placer me atraviesa desde ese punto hasta la unión de mis piernas y me retuerzo intentando alcanzarlo, pero él me mantiene inmovilizada boca abajo.

Está claro. Desnudarme a su manera es volverme loca en el proceso.

Noto su respiración sobre la piel de mi espalda justo antes de que sus cálidos labios se deslicen por mi columna vertebral en un sendero de fuego. Con lentitud, va bajando la cremallera trasera que cierra mi vestido para abrir camino a su boca.

De repente, se detiene y lo escucho maldecir.

Intuyo la razón. Acaba de descubrir el tatuaje que tengo en la base de la espalda: un ave fénix de estilo tribal. Es un regalo que me hice a mí misma cuando conseguí entrar en la universidad. Evocaba con orgullo mi cambio de vida y todo el esfuerzo que ello había supuesto. Era un símbolo de la nueva Sinclair renacida de sus cenizas.

Los tatuajes me gustan, pero soy consciente de que a muchas personas le parecen vulgares. Tal vez Noah sea de esos.

—¿No te gustan los tatuajes?

—Me gustan.

—Es un ave fénix, significa...

—Sé lo que significa —gruñe con tono bronco cortando mi explicación.

Estando de espaldas a él no puedo verle la cara, aun así, siento que algo ha cambiado. Irradia tensión. Mis sospechas se confirman cuando me incorpora casi con brusquedad hasta quedar de rodillas en la cama con él a mi espalda. A continuación, con un movimiento

impaciente, me quita el vestido por la cabeza. Después, hunde la mano en mi cabello y me gira la cabeza para besarme con desesperación.

Las caricias suaves y tentadoras de antes son sustituidas por otras más urgentes y posesivas. Como si hubiera traspasado el límite de su control.

Mientras devora mi boca, sus manos se deshacen de mi sujetador y descubren mis pechos. Gimo indefensa al sentir cómo pellizca con suavidad mis pezones, provocando nuevas descargas de placer que me humedecen por completo.

Me tiene completamente inmovilizada, con su torso desnudo calentando mi espalda, sus brazos rodeándome desde atrás y su boca poseyendo la mía.

Una de sus manos abandona mi pecho y desciende por mi estómago hasta adentrarse por debajo del fino algodón de mis bragas.

—Dios, estás empapada —musita en tono complacido justo antes de enterrar dos dedos en mi oquedad para llenar la sensación de vacío que él mismo ha creado.

Arqueo el cuerpo con un gemido indefenso. Y lo hago una y otra vez mientras alterna roces suaves sobre mi clítoris con las profundas embestidas de sus dedos. Mis manos tratan de aferrarse a él con desespero.

—Eso es, entrégate a mí —musita abandonando mi boca solo para mordisquear la curva de mi cuello.

Tengo que morderme los labios para no gritar. El placer que me está haciendo sentir es demasiado intenso. Demasiado profundo. Noto cómo el fuego va creciendo en mi interior de forma rápida, acumulándose dentro de mí y, justo cuando estoy a un segundo de estallar, sus manos me abandonan.

No puedo evitar el lloriqueo de frustración que sale de mi garganta.

—No tan rápido, preciosa —murmura al tiempo que me da la vuelta y me deja tendida boca arriba en la cama como una muñeca que maneja a su antojo.

»Cuando llegues quiero estar bien metido dentro de ti. —Acto seguido, se deshace de mis bragas con una velocidad asombrosa y me observa casi con devoción, con una mirada tan posesiva y anhelante que me hace estremecer.

»Eres la mujer más sexi que he visto en mi vida.

—Pues debes de haber visto a muy pocas —replico con un bufido escéptico.

Como única respuesta veo el sesgo de su sonrisa ladeada.

Noah saca un preservativo no sé de dónde y se lo pone con movimientos expertos mientras se acaricia la polla. Trago saliva. Hace tanto tiempo que no me acuesto con alguien que dudo de que vaya a entrar con facilidad, sobre todo con el tamaño que tiene.

Estoy dudando en si decírselo o no cuando su cuerpo cubre el mío. Jadeo por la impresión al sentir su peso y el roce de nuestras pieles sin la barrera de la ropa de por medio.

Nuestros cuerpos se acoplan en una unión perfecta.

Cada curva.

Cada valle.

Nos complementamos de forma absoluta como si estuviésemos hechos el uno para el otro.

Su boca toma posesión de la mía entretanto sus manos recorren mi piel con caricias abrasadoras. Unos segundos después, busca mi mirada y cuando nuestros ojos conectan, embiste con fuerza en mi interior.

Pese a lo húmeda que estoy, no entra con facilidad y siento una punzada de molestia que me hace jadear.

Noah se detiene al instante y me mira consternado ante la resistencia que percibe.

—Dios, eres muy estrecha —murmura con el ceño fruncido.

»¿Te he hecho daño? —Niego con la cabeza, incapaz de hablar.

»¿Quieres que siga?

—Si te detienes te convierto en eunuco —atino a decir con ferocidad.

Suelta una carcajada que hace temblar su cuerpo y vibrar el mío.

—Entonces, con tu permiso, continuaré —murmura contra mis labios mientras sale despacio—. Esto va a ser una delicia —gime y vuelve a entrar con lentitud, centímetro a centímetro.

Comienza así un vaivén de embestidas perezosas y superficiales, abriéndose camino poco a poco. Fuera y dentro. Fuera y dentro. Hasta que consigue enterrarse por completo en mi interior y se detiene jadeando.

—Mírame, preciosa —urge en tono bronco y demandante—. ¿Estás bien?

¿Que si estoy bien?

No tengo ni idea.

Hace demasiado tiempo que no practico sexo y mis experiencias anteriores no tienen nada que ver con esto.

La forma en que me mira.

La manera en que me toca.

La potente química que nos atrae.

La extraña conexión que parece unirnos.

De repente, me siento tan vulnerable que no encuentro las palabras y solo puedo asentir.

—¿Te gusta suave o fuerte? —pregunta.

Suave y fuerte. Él me gusta de cualquier forma.

Lo siento tan profundo dentro de mí y es tan grande que la sensación resulta casi incómoda. Muevo las caderas tratando de acomodarlo mejor y escucho un gruñido casi inhumano que sale de su garganta.

—Espero que te guste fuerte, porque esta primera vez no va a poder ser de otro modo —musita Noah con un jadeo y comienza a moverse.

Penetraciones profundas que consiguen que me arquee y le clave las uñas en la espalda. Envites intensos que me arrancan gemidos de placer.

Uno tras otro.

Sin descanso.

Posee mi cuerpo con tanta fiereza que derriba cualquier defensa y me entrego a su demanda hasta que un agudo placer arrasa mi interior.

Invoco a Dios en un grito justo en el momento en el que él embiste con fuerza una última vez y entierra la cara en mi hombro con un gruñido de gozo.

Capítulo 10

Sinclair

Noah se hace a un lado para no aplastarme y me abraza. Yo me relajo contra él y suspiro de satisfacción, todavía tratando de recuperar el aliento. Una de sus manos vaga perezosa por mi piel. Cierro los ojos, adormecida por sus lentas caricias. Hacía tiempo que no me sentía tan a gusto con un hombre y su calor corporal es muy reconfortante.

Me gusta ese contraste entre lo apasionado que ha sido durante el sexo y la ternura con la que me mimaba ahora.

—No terminaste la frase —murmura con voz casi inaudible.

—¿Frase? —pregunto confusa porque me cuesta seguir el hilo de lo que dice.

—«No creo que pueda existir una mujer que pase unas horas contigo y no acabe...».

—Enamorada —farfullo casi dormida.

Siento que la mano que me acaricia se detiene de golpe.

—No te tenía por una romántica —comenta en tono inexpresivo.

«¿Romántica yo? La verdad es que no mucho —pienso algo desconcertada—. ¿Por qué habrá llegado a semejante conclusión?».

Abro los ojos de golpe cuando por fin mi mente asimila lo que acabo de decir.

«No creo que pueda existir una mujer que pase unas horas contigo y no acabe enamorada».

¡¡Enamorada!!

Podía haberle soltado un millón de cosas diferentes, como «No creo que pueda existir una mujer que pase unas horas contigo y no acabe arrancándote la ropa» o «no acabe seducida» o incluso algo más vulgar como «no acabe abierta de piernas». Cualquiera de esas opciones hubiese sido desenfada e impersonal, pero... ¿enamorada?

«Mal, Sin. Mal».

—¿Crees en el amor a primera vista? —susurra de repente mirándome con intensidad mientras me aparta un mechón de pelo del rostro.

«Sí, contigo sí», responde una vocecita en mi interior que me sorprende todavía más que su pregunta.

¿Cómo demonios hemos acabado hablando de amor si nos conocimos ayer? Y lo más importante: ¿por qué me estoy tomando la conversación en serio y no estoy carcajeándome de ello?

Como me ha soltado la pregunta con evidente seriedad, decido responderle de igual manera y pienso muy bien en lo que voy a decir antes de hablar.

Conozco parejas que se han enamorado a primera vista, como en el caso de mis abuelos, pero su amor fue alimentado con años de compromiso y dedicación. Sé de parejas que sintieron un flechazo al verse por primera vez, una atracción instantánea, pero que no superaron el día a día de una relación, como me pasó con Luis. Y también hay parejas, en cambio, que empiezan siendo amigos y encuentran el amor poco a poco, tras una suma de momentos y pequeños

detalles compartidos que terminan enamorando.

—Como punto de partida, sí; pero un flechazo no asegura un final feliz —contesto finalmente—. En mi opinión, el amor a primera vista no es más que un comienzo: la atracción, la emoción y la pasión que calienta la sangre y te hace sentir que vuelas por el cielo. Sin embargo, lo importante es el día a día: la dedicación, el compromiso y la constancia que le ofreces a la otra persona para mantener viva la llama del principio —explico sincera.

Detecto un brillo en sus ojos, algo que no consigo identificar. ¿Sorpresa? ¿Respeto? Tal vez una mezcla de los dos.

—No imaginé que serías así —musita muy bajito, como si lo hubiese dicho para sí mismo.

Recuerdo que dijo algo parecido horas atrás, cuando me llevó a la *suite* después de comer, justo antes de besarnos en la terraza.

«Mierda, no eres como esperaba».

Supongo que al ver el perfil de Desiré en Contact One se habría hecho una idea diferente, aunque no parece decepcionado porque toma mi rostro entre sus manos y me vuelve a besar.

—¿Lista para la segunda ronda? —inquire contra mis labios.

—¿Segunda ronda? ¿Ya? —baluceo llena de asombro.

—Preciosa, la noche acaba de empezar —asegura con una sonrisa canalla justo antes de volver a poseer mi boca.

La melodía de *Para Elisa* inunda la habitación al mismo tiempo que los primeros rayos del sol se filtran por la ventana. Estiro el brazo y alcanzo el móvil a tientas para cortar la llamada. Sea quien sea, puede esperar.

Noah, por su parte, parece opinar igual porque me atrae de nuevo hacia el cobijo de su cuerpo. En cuanto me recuesto contra él, me abraza con fuerza y suelta un suspiro de satisfacción. No parece dispuesto a dejarme escapar. Mucho menos cuando siento contra mi muslo que su miembro vuelve a estar en pie de guerra.

Lo de este hombre no es normal. Se ha mostrado incansable e insaciable, y me ha tenido despierta casi toda la noche. Sin duda, me ha hecho tocar el cielo con la experiencia sexual más intensa y satisfactoria de mi vida. No obstante, no ha sido un encuentro impersonal. Todo lo contrario. Hemos conectado de una manera que no creía posible en tan poco tiempo.

Unas veces ha sido apasionado, casi brusco, follándome con desespero como si quisiera saciar algún tipo de necesidad y solo tuviera esta noche para lograrlo. Otras, en cambio, se ha mostrado muy dulce y buscaba mi mirada de una forma casi anhelante mientras entrelazaba sus dedos con los míos; como si me estuviese haciendo el amor, como si quisiera pasar el resto de la vida haciéndolo. Y, en cada una de ellas, yo le he respondido de igual manera.

—Estoy empezando a odiar a Beethoven —gruñe en mi oído con la voz enronquecida por el sueño.

Cierro los ojos y entierro el rostro en su cuello con una sonrisa. Me siento feliz. Agotada, pero feliz. Con una plenitud y una sensación de bienestar que solo siento cuando estoy rodeada de las pocas personas a las que amo.

«¿Por qué piensas en el amor? —me recrimina mi cerebro—. ¿Acaso te has enamorado de este hombre en tan poco tiempo?».

¿Sería una locura?

Por supuesto.

¿Sería una tontería?

Por descontado.

¿Sería un suicidio emocional?

Segurísimo.

¿Sería imposible?

No.

Las emociones humanas pueden ser irracionales, caóticas y confusas, y no por ello menos reales o sinceras.

Lo único que tengo claro es que Noah Grayson no me es indiferente.

Muestra de ello es la forma en que se me desboca el corazón cuando, de repente, me coge el rostro entre las manos y me observa en silencio. Está pensativo, incluso serio.

—Si vas a seguir mirándome así, al menos déjame ir un momento al baño a recomponer mi aspecto —murmuro medio en broma medio en serio, pues no soy de las que tienen un semblante fantástico al levantarse.

Esperaba una de esas sonrisas suyas de medio lado que me resultan tan sexis, pero su expresión se mantiene grave.

—¿Qué voy a hacer contigo? —susurra bajito.

Sé que no me lo pregunta a mí. Se lo está planteando él mismo, por eso permanezco en silencio, atrapada en su mirada.

Quizás debería sincerarme con él. Confesarle que en verdad no soy Sonya y que no tengo nada que ver con el mundo de las *escorts*.

Sí, debo hacerlo.

—Noah, yo...

—Quería decirte que...

Los dos comenzamos a hablar a la vez, interrumpiéndonos mutuamente sin quererlo. Sonreímos con los ojos, con una familiaridad que solo se logra con años de relación y, en ese momento distendido, sé que no quiero que esto se acabe hoy. Me encantaría pasar más tiempo con él. Conocerlo mejor.

«Todavía no estoy preparada para separarme de ti», pienso citando la frase que él me ha repetido en varias ocasiones.

Abro la boca para volver a hablar, pero la cierro de golpe cuando escucho que alguien llama a la puerta de la habitación.

Noah baja de la cama murmurando una maldición entre dientes para buscar algo que ponerse antes de abrir. Entonces, por primera vez tengo una visión clara de la parte trasera de su cuerpo y me quedo sin respiración.

Una gran cicatriz le cruza verticalmente la parte de atrás del muslo, fruto sin duda de alguna delicada operación. En ese momento recuerdo que lo vi cojear y lo asocié a que podía haberlo lastimado al tirarlo al suelo; sin embargo, tal vez tenga algún dolor crónico.

De cualquier forma, la cicatriz no es lo que me hace contener el aliento. Ni la perfección de su culo tampoco. Lo que me deja patidifusa es el impresionante tatuaje que tiene en el centro de la espalda.

Se trata de un ave fénix renaciendo de sus cenizas de diseño muy parecido al mío.

Ahora entiendo por qué se impresionó al ver el mío. Seguro que por lo mismo que yo me asombro al ver el suyo. Porque debajo de las diferencias sociales y de la distancia entre nuestros respectivos mundos, tengo la corazonada de que, en esencia, él y yo somos almas gemelas.

Todavía en estado de *shock*, lo veo ponerse un pantalón y un suéter con movimientos rápidos antes de abrir la puerta solo unos centímetros.

—Señor Grayson, disculpe.

Reconozco la voz del señor Smith y agudizo el oído.

—¿Qué ocurre? —gruñe el vaquero.

—Robert está subiendo.

—Está bien, enseguida salgo a recibirlo.

Frunzo el ceño.

¿Quién será Robert?

Recuerdo que dijo que todavía tenía un objetivo pendiente para ese fin de semana: encontrarse con alguien con el que tenía un asunto pendiente. ¿Se refería a él?

Noah se gira y viene hacia mí. Se detiene junto a la cama y me observa en silencio y con mucha intensidad, como si tuviese algún tipo de lucha interna. Le sonrío un poco insegura porque no tengo ni idea de qué se le está pasando por la cabeza.

Entonces, se inclina hacia mí, pone la mano sobre mi nuca y me da un beso un tanto brusco.

—Escúchame bien, preciosa —murmura—. Espérame aquí mientras atiendo a una visita, ¿de acuerdo? Pase lo que pase, no salgas de la habitación —advierte.

—Pero...

—Hablares largo y tendido cuando vuelva, porque te aseguro que todavía no he acabado contigo —declara cortando mis palabras y sale de la habitación antes de que pueda objetar nada.

Sus palabras hacen aletear mi corazón.

No mentía al decir que no me considero una persona romántica. Nunca lo he sido. Tal vez porque mis padres nunca tuvieron una historia de amor idílica. Tal vez porque crecí sabiendo que mi padre estaba ya casado cuando dejó embarazada a mi madre y me volví una escéptica en lo que a fidelidad y matrimonio se refiere. Más aún cuando, en el tiempo en que viví con mi madre, la vi acostarse con un montón de hombres casados.

Incluso en mi adolescencia, cuando empecé a tener sexo, lo hice más por curiosidad, morbo o rebeldía que por enamoramiento, y fueron encuentros esporádicos.

Es triste, pero mi única relación amorosa estable fue con Luis. Y debo decir que siento que tengo más conexión con Noah en solo un día de la que tuve con él en casi ocho meses, que fue lo que duramos.

Hay una química aplastante entre nosotros, sí. No obstante, también están los pequeños detalles que hablan de un vínculo mucho más profundo: los mismos tatuajes, la misma melodía de móvil... De repente, me muero por descubrir qué otras cosas tendremos en común.

¿Qué música le gusta?

¿Cómo prefiere tomar el café?

«Hablares largo y tendido cuando vuelva, porque te aseguro que todavía no he acabado contigo».

Estupendo, porque yo tampoco he acabado con él.

¿Será eso de lo que quiere hablar? ¿De nuestra inesperada conexión?

Mi imaginación se desborda con posibles declaraciones por su parte, empezando por la que ya es habitual en él y consigue que mi corazón se desboque por completo.

«Todavía no estoy preparado para separarme de ti».

«Me he dado cuenta de que eres una mujer especial y quiero seguir conociéndote».

«Quédate conmigo un poco más y veamos hasta dónde puede llegar esto».

Sé que no son declaraciones de amor enloquecedoras, pero son las que considero más realistas y menos peliculeras. Aunque la verdad es que ninguna película de amor podría superar la forma en que mi abuelo se declaró a mi abuela, y fue cien por cien verídica.

Mi abuela iba paseando por la playa y el viento le arrebató el sombrero de paja que llevaba.

Ella corrió tras él, hasta que lo encontró a los pies de un apuesto joven. El chico se agachó para cogerlo sin saber de quién era y al levantar la mirada vio acercarse a una preciosa señorita. Sus miradas se cruzaron, se sonrieron, y ya. No hizo falta más.

Mi abuelo supo al instante que ella era la mujer con la que se iba a casar; sintió en su fuero interno aquella certeza.

Catalina juraba que la brisa marina fue el instrumento que el destino usó para unirlos y enlazar sus caminos a partir de ese instante.

Se casaron tres meses después.

Su matrimonio no estuvo exento de dificultades, pues querían una familia numerosa y les costó mucho concebir. Finalmente, solo tuvieron una niña y, por desgracia, les acarreó más disgustos que alegrías.

Con todo, ellos nunca dejaron de amarse. Hasta el último suspiro de mi abuelo. Incluso diría que más allá de la muerte, pues mi abuela todavía lo tiene muy presente en su corazón.

Ellos son el único referente que tengo de una historia de amor. Bueno, eso y las novelas románticas que le gusta leer a mi abuela y de las que siempre me parlorea.

Está claro que Noah y yo nos hemos encontrado en las circunstancias más extrañas y nuestro comienzo ha sido poco ortodoxo, pero parece que los dos somos conscientes de que ha surgido «algo» entre nosotros desde el primer momento.

«Algo» que no sé muy bien cómo etiquetar.

Atracción.

Química.

Flechazo.

Enamoramiento.

¿Cómo definir con una única palabra la miríada de emociones que he sentido desde que nuestras miradas se cruzaron por primera vez?

Imposible.

Dándole vueltas al tema, salgo de la cama, me pongo la camisa de Noah y voy al baño a asearme un poco. Justo cuando estoy saliendo, la melodía de *Para Elisa* vuelve a sonar. Demasiado insistente para ser tan temprano. Eso solo puede significar que se trata de algo importante.

Contesto la llamada imitando a mi amiga.

—Sonya al habla.

—Joder, Sin, me estaba volviendo loca. Tu móvil personal está apagado y no me respondías a este número. ¿Estás bien? —inquire Desiré en tono preocupado.

—Claro que estoy bien, mi móvil debe de haberse quedado sin batería. ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—No lo sé. Puede. Creo que sí —balbucea mi amiga.

—Tú siempre tan clara —mascullo volteando los ojos.

—Dijiste que tu cliente se llamaba Noah Grayson y lo busqué en internet porque tenía curiosidad por ver qué clase de hombre había podido hacerte perder la cabeza. Y sí, está buenísimo.

—Te aseguro que en persona impresiona todavía más —murmuro y una sonrisa tonta curva mis labios.

—Había bastantes fotos tuyas —continúa diciendo Desiré—, la mayoría acompañado de mujeres despampanantes. —La sonrisa se me borra al instante—. Ese hombre es uno de los solteros de oro de su país y parece que está muy solicitado: actrices, modelos, cantantes de

country...

Frunzo el ceño. Si en verdad es tan codiciado por las mujeres, ¿por qué recurre a las acompañantes profesionales? No termino de entenderlo hasta que recuerdo lo que dijo: «La compañía de una *escort* hace las cosas más sencillas. No se crea ningún tipo de expectativas románticas. De esta forma no hay decepciones ni dramas».

La duda empieza a hacer mella en mí.

Está claro que es un hombre que no busca complicaciones en sus relaciones, y yo aquí, pensando que ha surgido algo especial entre nosotros.

Tal vez me estoy comportando como una tonta y no soy más que una de tantas que queda deslumbrada por Noah Grayson.

Quizá la conexión que siento con él sea solo unilateral.

«Todavía no estoy preparado para separarme de ti».

«Hablares largo y tendido cuando vuelva, porque te aseguro que todavía no he acabado contigo».

Pensándolo con frialdad, lo más probable es que lo único que haya querido decir con esas palabras es que quiere echarme un último polvo antes de que nos separemos.

—Pues bien, había todo tipo de fotos, algunas también con su familia. Entonces lo vi.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que tardo un poco en seguir el hilo de lo que me está contando Desiré.

—¿A quién viste?

—A John. Mi John —aclara mi amiga—. Salvo que ni es John ni es mío —añade en tono dolido y me vuelvo a perder.

—No entiendo.

—Son cuñados. ¡Cuñados! —grita y me separo el móvil de la oreja con una mueca de dolor.

—Mira, Desiré, o te calmas y te explicas mejor o...

—John es el marido de la hermana de Noah Grayson, Sin —revela—. Nos ha estado engañando todo este tiempo, tanto a ella como a mí. En ningún momento me mencionó que estaba casado, y tampoco me dijo su nombre completo. Me dio un perfil de Instagram falso y con eso ya bajé la guardia por completo.

—Pero Contact One...

—Ya te dije que la empresa puede mantener el anonimato tanto de clientes como de trabajadores si así lo desean. Y tampoco es que mintiera del todo en el nombre, salvo que no usa ese de forma oficial. De hecho, he encontrado dos perfiles en Instagram de él: uno como John y otro como Robert.

Me tenso al escuchar ese nombre.

—¿Robert? —farfullo.

—Robert John Mason. Ese es su verdadero nombre.

«Robert está aquí».

De repente, siento un nudo en la boca del estómago.

—No puede ser casualidad —musito.

—Yo tampoco lo creo. Ese hombre está tramando algo. No puede haber sido coincidencia que Grayson haya contratado a Sonya como *escort*.

»Menos mal que ya estás en tu hotel, sana y salva.

Cierro los ojos y carraspeo un poco.

—Respecto a eso...

—He leído un par de artículos sobre Noah Grayson —prosigue diciendo Desiré de forma

atolondrada—. Lo pintan como un hombre despiadado, siempre dispuesto a todo por conseguir lo que quiere. Además, parece ser muy protector con su familia.

Bueno, de eso último no lo puedo culpar porque yo soy igual: me convierto en una verdadera leona a la hora de defender a los míos.

—¿Sabes si John está en Barcelona?

—Sí, acaba de llegar por el MWC. Su compañía, Alpha Connection, está interesada en dos pequeñas empresas de la ciudad y mañana iba a firmar los contratos de adquisición....

Un escalofrío recorre mi cuerpo.

«Hijo de puta», pienso.

—Sin, de verdad, siento mucho que te hayas visto envuelta en este lío por mi culpa —farfulla mi amiga—. Si hubiese sabido desde un principio quién era él, no te hubiese pedido que lo hicieras.

—Ya hablaremos, Desiré.

Corto la llamada con sequedad, pero es que no tengo ganas de escuchar más explicaciones, al menos de ella.

El que tiene que aclarar muchas cosas es el hombre que se acaba de ir de la habitación.

Me llevo las manos a las sienes y comienzo a masajearlas en círculos, intentando paliar el agudo dolor que comienzo a percibir y que sin duda es un reflejo de lo que siento en mi interior.

«Tonta, tonta y mil veces tonta».

Por pensar por un momento que un hombre como él en verdad podía haber estado interesado en mí.

Por creer que podía ser la protagonista de una de esas historias románticas que lee mi abuela, en las que un príncipe azul se enamora de una chica normal como yo.

Las palabras que Noah dijo en la terraza, antes de besarme por primera vez, cobran significado.

«No eres como esperaba».

Claro que no, porque yo no soy Desiré. Pero eso él no lo sabe, y ha sido implacable en su seducción hasta conseguir tenerme en su cama.

«A mí no, a la supuesta amante de Robert», corrijo mentalmente.

Mierda. Y yo he colaborado como una estúpida, creyéndome cada palabra que me ha dicho, sintiéndome especial con cada mirada...

Una bienvenida furia comienza a expandirse por mi interior como una corriente que calienta de nuevo mi cuerpo y lo llena de energía.

Miro la puerta y recuerdo sus palabras: «Espérame aquí mientras atiendo a una visita, ¿de acuerdo? Pase lo que pase, no salgas de la habitación».

Después, voy hacia ella, la abro con decisión y comienzo a andar hacia el salón. Cada paso que doy es un ladrillo en una muralla imaginaria que voy colocando a mi alrededor. Una barrera que me sirva de protección contra Noah Grayson.

Voy a decirle del mal que se tiene que morir por ser tan taimado, por ser un capullo sin escrúpulos, por manipular así a las personas y por jugar con ellas.

Por jugar conmigo.

Escucho voces airadas en el salón y me preparo para la batalla.

Don Cretino se va a enterar.

Capítulo 11

Noah

La cara de furia de Robert cuando irrumpe en el salón de la suite me causa una gran satisfacción.

—Eres un hijo de puta —suelta airado nada más verme.

Va despeinado y con signos evidentes de no haber pegado ojo en toda la noche. Además, lleva la ropa arrugada y la corbata medio suelta. Según mis fuentes, ayer estaba en Italia y no pensaba volar a España hasta esta noche. Ha debido de adelantar su vuelo al enterarse de la noticia.

—Buenos días a ti también, querido cuñado —rezongo con ironía.

—Sé lo que has hecho. No puedes negarlo.

—Y no lo hago —replico con un encogimiento de hombros.

De hecho, mi principal razón para ir al cóctel de la noche anterior fue hacer correr la noticia de que había adquirido las dos empresas que Alpha Connection pensaba comprar con la esperanza de que Robert se enterase de una forma casual, tal y como mi hermana se enteró de su infidelidad.

Todavía se me revuelve el estómago al recordar su expresión de dolor cuando fui a verla la noche de San Valentín y me contó lo que había pasado.

—Robert me es infiel —declaró con una voccecita tan triste que me rompió el corazón.

Ella, que es una romántica empedernida, debería haber pasado el día como en una nube de felicidad y no llorando sola.

—¿Cómo te has enterado?

—No preguntas si estoy segura o afirmas que él me quiere demasiado para hacerlo —repuso con una risita dolida—. ¿Acaso lo sabías?

—No, pero, conociendo a Robert, no me sorprende —respondí sin rodeos.

—Nunca te ha caído bien.

—Nunca te lo he ocultado: creo que es taimado y manipulador.

—Y, como siempre, mi hermano mayor estaba en lo cierto —rezongó.

No me gustó nada escuchar eso. Y menos el tono de rencor con el que lo dijo. Suspiré dolido, y ella enseguida me miró compungida.

—Lo siento, Noah —se apresuró a murmurar con los ojos llenos de lágrimas.

Es buena, demasiado buena incluso para dejarse llevar por la frustración y desquitarse con otra persona.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Mamá me pidió que la ayudara a redactar el discurso para la fiesta de San Valentín y, como siempre, lo dejé para última hora. Cuando me puse a ello esta misma tarde, mi portátil no arrancaba, así que decidí usar el ordenador de Robert.

»Él nunca me deja entrar en su despacho, y mucho menos que utilice su ordenador, pero era

algo urgente y, total, como estaba de viaje, pensé que no se iba a enterar. —Apreté los puños. Me parecía irrisorio que ese capullo le prohibiese la entrada en cualquier habitación cuando la mansión en donde viven fue un regalo de mis padres.

»Lo encendí y me pidió una contraseña numérica —siguió relatando—. Tonta de mí, pensé en alguna fecha que pudiera ser significativa para él: la de nuestra boda; pero no era. Después, probé la de mi cumpleaños, y tampoco.

—Era la de su propio cumpleaños.

—¿Cómo lo sabes?

«Porque es un egocéntrico de mierda —pensé—. Y también un estúpido por poner una fecha tan elemental como esa como contraseña».

—Intuición —respondí encogiéndome de hombros.

»¿Qué encontraste?

—Estaba redactando el discurso y se abrió una notificación de WhatsApp. Al parecer, Robert tiene la aplicación para PC vinculada al móvil y por eso pude acceder a ella —explicó.

»El mensaje lo mandó una mujer. Una tal Sonya. Ella y él... —Se le quebró la voz—. Míralo tú mismo —musitó incapaz de seguir hablando y señaló hacia la puerta entreabierta del despacho.

Me adentré sin titubeos y fui directo al ordenador que había sobre el escritorio. En cuanto lo encendí, vi la conversación de WhatsApp a la que se refería Amanda. En ella Robert hablaba con una tal Sonya.

«No puedo dejar de pensar en ti».

«Espero continuar en donde lo dejamos».

«Te voy a comer entera».

La mujer en cuestión no se quedaba atrás.

«Cuento los días».

«Estoy deseando que vuelvas a España para poder vernos».

«Aquí tienes un pequeño adelanto».

Esa última frase la acompañaba de una foto en donde se veían sus pechos desnudos, aunque cuidaba de no mostrar la cara.

Me resultó sospechoso que tuviese grabada a la tal Sonya con una bandera de España y ojeé otras conversaciones que tenía.

No tardé en descubrir a una Monique con la bandera francesa y a una Francesca con la bandera italiana.

Hijo de puta.

Se había asegurado entretenimiento en cada país que visitaba por negocios. Por suerte, Amanda se había quedado solo en la conversación con la española y no había visto el resto. No era del todo consciente de hasta dónde llegaba la traición de su marido. Y el muy imbécil había estado tan seguro de sí mismo y era tan arrogante que ni siquiera se había molestado en ocultar bien las pruebas.

Por lo que pude deducir de todas las charlas, la más reciente de sus amantes era la tal Sonya, con la que solo llevaba un mes de relación. De hecho, por los comentarios parecía que todavía no se habían acostado juntos, algo que me sorprendió. Eso sí, no era por falta de ganas de Robert. Era muy explícito en todo lo que le quería hacer en cuanto volvieran a encontrarse.

Tenía delante de mí la prueba de lo que siempre he sospechado: que Robert nunca ha estado realmente enamorado de Amanda. Solo se acercó a ella por su dinero. Exprimió la fortuna de mi hermana para poner en marcha su empresa tecnológica y ahora la ningunea.

Si lo hubiese tenido delante en aquel momento, lo hubiese matado con mis propias manos. Cada célula de mi cuerpo clamaba por venganza.

Con esa finalidad en mente, revisé su calendario y sus *emails*. Su empresa, Alpha Connection, está en expansión por Europa y cuenta para ello con la anexión de varias pequeñas empresas muy innovadoras, dos de ellas en Barcelona. De hecho, el Mobile World Congress se iba a celebrar en breve y Robert ya tenía las entradas compradas para asistir y aprovecharía que estaba en esa ciudad para la firma de las adquisiciones.

Pues bien, iba a joderle. Frustraría sus aspiraciones de compra para perjudicar a su empresa todo lo posible. Además, como guinda del pastel, seduciría a la mujer que deseaba y que todavía no había conseguido. Algo fácil porque era una *escort*.

Con mi fortuna y mis medios, el plan era sencillo. Siempre he pensado que el dinero es la llave maestra para abrir cualquier puerta, y yo lo tengo en abundancia, así que no creí poder encontrar ninguna resistencia a mis propósitos.

Sin embargo, surgió un imprevisto.

Uno bien grande.

Sonya.

En cuanto la vi, la deseé. Y, ahora que la he probado, me he vuelto adicto a ella.

No recuerdo haber disfrutado tanto en el sexo con ninguna otra mujer, y eso que he estado con más de las que puedo recordar. Ella y yo encajamos a la perfección en todos los aspectos. Es sexi, atrevida, inteligente y generosa, una combinación brutal.

Además, no se me va de la cabeza el inicio del cóctel, cuando ella intuyó que me pasaba algo e intentó protegerme.

«Todo está bien. Ahora, te voy a coger de la mano, vamos a cruzar juntos esa alfombra roja, a olvidarnos de lo que nos rodea y a divertirnos, ¿de acuerdo?».

¿Cuándo una mujer que no sea mi madre o mi hermana ha intentado protegerme?

Nunca.

Llegado al punto de los focos, y la atención mediática, mis acompañantes siempre buscan lucirse o presumir de que van colgadas de mi brazo, pero no se preocupan realmente por mí.

Ella sí lo hizo.

También me sorprendió lo desubicada que parecía en la fiesta y cómo confió en mí cuando le devolví sus mismas palabras.

«No me sueltes, por favor», pidió aferrando mi mano.

Supe por instinto que pocos habían visto la vulnerabilidad en su rostro cuando lo dijo, pues es una mujer fuerte, y eso activó mi instinto de protección.

Quise protegerla de todo.

Todavía quiero hacerlo.

Esa es la razón por la que la tengo escondida en la habitación y no voy a exponerla ante Robert como había planeado.

No quiero humillarla.

En estos momentos lo único que deseo es deshacerme de Robert y volver a la cama con ella.

—¿Es que no entiendes que lo que has hecho puede hundir mi empresa? —brama Robert fuera de sí—. Contaba con esa tecnología como base para mi nuevo proyecto. Si se corre la voz de que no la tengo, mis acciones caerán en picado. ¡Podría ser mi ruina!

—Ha sido arrogante y estúpido por tu parte expandir tu empresa por Europa cuando todavía no tiene una base sólida —señalo encogiéndome de hombros.

—La tendría si no hubieses interferido.

»¿Cómo has podido hacerme esto?

»¿Cómo has podido hacerle esto a tu propia hermana? ¡Ella es mi principal inversora! —añade al ver que no muestro ninguna señal de arrepentimiento ante la anterior pregunta.

Esa sí me cabrea.

Con toda la parsimonia del mundo, cojo el móvil y busco las fotos que el detective privado que he contratado sacó ayer mismo.

—¿Cómo has podido hacerle tú esto a tu propia mujer? —repongo mostrándole una de tantas imágenes.

En esta, se puede ver a Robert con la tal Francesca saliendo de un elegante hotel de Roma. Él tiene el brazo sobre los hombros de ella y la aprieta contra sí.

Robert abre mucho los ojos al verla y palidece un poco.

—No es lo que parece —farfulla.

—Ya, y supongo que tampoco es lo que parece con Monique cuando vas a París ni con Sonya aquí en España.

Robert da un paso atrás como si le hubiese dado un puñetazo. Ganas no me faltan.

—¿Cómo te has enterado?

Me da todavía más rabia que quiera saber el cómo y no pregunte primero si mi hermana lo sabe. Ni siquiera en estos momentos piensa en ella y en lo que está sufriendo.

—Lo único que te tiene que preocupar es que Amanda se ha enterado —repongo con voz fría—. Ella solo sabe lo de Sonya, así que no tienes por qué hacerle más daño hablándole de otras. Te limitarás a arrastrarte ante ella pidiendo perdón y aceptarás sin rechistar su petición de divorcio con todas las condiciones que imponga. Mi abogado ya la está redactando.

Robert se queda lívido.

—No quiero el divorcio.

—Haberlo pensado antes de ponerle los cuernos a mi hermana —espeto cada vez más enfadado.

—¡Eres un jodido hipócrita! —recrimina con rabia—. Me acusas de infiel después de tu aventura con Rachel.

—Ni la menciones —mascullo iracundo.

El muy idiota no sabe lo cerca que está de que le estampe el puño en la cara.

—Al menos yo no he llevado a una mujer al suicidio. —Le lanzo un contundente puñetazo para cerrarle la boca.

»Te voy a denunciar por agresión, ¿me oyes? —balbucea con la nariz sangrando.

—Hazlo —convengo con una sonrisa cruel.

—De todas formas, Amanda me ama y está embarazada de nuestra hija —musita en tono quejicoso—. Sé que anulará la petición de divorcio. Sabe que soy un hombre y tengo mis necesidades. Solo me he acostado con unas fulanas sin importancia que...

—¿A quién llamas fulana, capullo?

La voz furiosa de Sonya corta sus palabras.

Me giro hacia ella y gruño un taco entre dientes.

Está espléndida con la melena leonina derramada sobre sus hombros y una camisa mía cubriendo su voluptuoso cuerpo. También está espléndidamente enfadada, por lo que debe de haber escuchado parte de la conversación.

No quería meterla en esto, pero ella solita se ha lanzado de cabeza.

Observo a Robert esperando una expresión horrorizada al encontrarse de repente cara a cara con su amante, pero no reacciona. De hecho, la mira como si no supiese quién es.

Frunzo el ceño. Robert no es tan buen jugador de póquer. No la ha reconocido.

Miro a Sonya. Hay cabreo en su expresión, pero ningún signo de dolor. No parece una amante despechada.

Mis ojos van y vienen de uno a otro por un segundo y entonces lo entiendo: esos dos no se conocen.

La voz femenina que oigo a continuación confirma mi sospecha.

—Soy una amiga de Sonya y te puedo asegurar que no es ninguna fulana. De hecho, no se habría liado contigo si hubiese sabido que estabas casado —afirma con convicción mientras avanza hasta él—. Así que no vuelvas a contactar con ella y cuida tus palabras si no quieres que te patee el culo —añade clavándole un dedo en el pecho.

A pesar de la situación, la observo embelesado.

Las mujeres con las que estoy acostumbrado a tratar siempre han buscado mi protección para todo. Incluso mi madre y mi hermana recurren a mi padre o a mí ante cualquier amenaza, mucho más si es física.

Me maravilla que esta mujer tenga el carácter y la valentía de enfrentarse sola a un oponente, sea quien sea. Incluso a mí. Es lo que más me ha gustado de ella desde el principio. Lo que más admiro.

De repente, Robert la empuja.

—No voy a dejar que una zorra como tú me...

Mi puño corta su frase en el acto con tanta fuerza que cae desmadejado y sin sentido en el suelo.

—Señor Smith, por favor, encárguese de sacar la basura de la *suite*.

—Nadie te ha pedido que salieras en mi defensa. Sé hacerlo yo solita —masculla Sonya a mi lado.

No. No es Sonya. Esta mujer me tiene fascinado y ni siquiera sé su nombre.

—Lo sé, pero tenía ganas de hacerlo.

»¿Por qué te has hecho pasar por Sonya?

—Mi amiga, la verdadera Sonya, se puso enferma en el último momento y me pidió que la sustituyera.

«Por suerte para mí», pienso con satisfacción.

—Dime quién eres —insto con el tono que hace que mis subordinados se echen a temblar y cumplan al instante mi orden.

Entonces, ella da un paso hacia mí y me mira de forma directa. Sus ojos son pura tempestad, y yo me pierdo en ellos.

—Oblígame —murmura antes de girarse sobre sus talones y volver a la habitación.

La observo alejarse y una sonrisa empieza a curvar mis labios.

Voy a disfrutar mucho descubriendo su nombre.

Capítulo 12

Sinclair

Entro en la habitación con paso airado. Estoy tan cabreada que siento el cuerpo vibrando. El aroma de don Cretino llega hasta mí y me doy cuenta de que proviene de la camisa que llevo puesta. Su camisa. Me la quito y la lanzo con rabia lo más lejos que puedo de mí. En estos momentos, no soporto sentir sobre mi piel nada que me recuerde a él.

Estoy tan cabreada que ni siquiera me he dado cuenta de que me ha seguido hasta aquí y doy un respingo cuando de repente lo veo a mi lado. Desnudo. No sé en qué momento se ha quitado la ropa ni por qué razón.

—¿Por qué estás desnudo? —inquiero francamente sorprendida.

—He visto que te quitabas la camisa y pensé qué... —«No, este tío no piensa, al menos no con el cerebro», mascullo para mis adentros.

»¿Por qué te vistes? —pregunta en tono extrañado al ver que cojo mi vestido y me lo empiezo a poner.

—¿En serio crees que me voy a volver a acostar contigo después de lo que ha pasado? —Mi voz alcanza un tono tan agudo que ni yo misma la reconozco.

—¿Por qué no? Ha quedado claro que el asunto con Robert no tiene nada que ver contigo. No eres Sonya.

Parpadeo. Definitivamente es idiota.

—Pero eso tú no lo sabías cuando has urdido tu enrevesado plan —señalo indignada—. Toda esa puesta en escena de seducción de anoche solo tenía como objetivo lograr que me acostara contigo por algún tipo de retorcida venganza. Imagina lo humillada que me hubiese sentido si en verdad hubiese sido Sonya y me hubiese enfrentado de imprevisto a Robert después de haberme acostado contigo. Claro, supongo que eso era también lo que buscabas, dar una lección a la supuesta amante de tu cuñado.

—Puede que fuera mi intención desde un principio, sin embargo, cambié de opinión después de lo de anoche.

—Sí, claro —bufo escéptica mientras me termino de vestir.

—Por eso te he pedido que no salieras de la habitación.

—Oh, vaya, gracias. Eso lo cambia todo, señor Grayson —replico en tono irónico retomando los formalismos. Cojo los zapatos y me los pongo, ignorando su presencia.

—Preciosa...

—Como ya ha obtenido de mí lo que quería, doy por terminado mi trabajo de este fin de semana —declaro como lo hubiese hecho cualquier *escort* profesional.

No espero a verlo reaccionar y salgo de la habitación con paso firme, ansiosa de poner distancia entre Noah Grayson y yo para poder recomponer mis defensas, que se han quedado desmoronadas en algún lugar entre las sábanas enredadas de esa maldita cama.

Doy por hecho que un hombre como él es demasiado orgulloso para ir detrás de mí, así que

no me apresuro. No hasta que le oigo maldecir, gruñir y soltar un taco. También le escucho gritar el nombre de Sonya, pero, como no es el mío, de forma irracional decido no darme por aludida y continúo avanzando por el pasillo. Justo cuando llego a la puerta, un ruido sordo me hace mirar atrás.

Creo que mientras quede un aliento de vida en mí recordaré la visión del impresionante cuerpo desnudo de Noah Grayson avanzando hacia mí a grandes zancadas por ese pasillo largo y estrecho con sus ojos azules brillando de determinación.

Mi instinto me impulsa a huir. Me doy la vuelta con rapidez y giro el pomo de la puerta. Solo consigo abrirla unos centímetros antes de que una mano enorme vuelva a cerrarla con un portazo contundente.

—Esto no va a acabar hasta que yo lo diga —ruge agarrándome del brazo para girarme con ímpetu.

Está furioso; no obstante, su enfado se transforma en pasión en cuanto me toca. Me empotra contra la pared y toma posesión de mi boca con urgencia.

Con desesperación.

Con ansia.

Me dejo besar en un primer momento, conmocionada por lo que he visto en sus ojos cuando me he girado: una vulnerabilidad equiparable a la que yo estoy sintiendo.

Por un segundo, el deseo que siento por él nubla mi razón y controla mi cuerpo como si fuera una marioneta que responde a los hilos que él maneja. Sin embargo, no puedo olvidar que este hombre me ha utilizado. No debo consentir que esto vaya a más. Tengo que actuar con rapidez, antes de que sea demasiado tarde.

Entonces, reacciono como siempre lo hago cuando estoy en desventaja.

Ataco.

Bajo la mano en una suave caricia por su cuerpo que consigue que Noah se tense de placer y, cuando llego a mi destino, aprieto sin compasión.

El resultado es instantáneo.

—Hija de... —masculla soltándome—. Está bien, tú ganas —concede mientras levanta las dos manos con las palmas abiertas en señal de rendición—. Me tienes cogido por los huevos, y lo digo literalmente —aclara con una mueca entretanto echa una mirada significativa hacia abajo, donde mi mano aprieta sus testículos de forma amenazante.

Entonces, clava sus ojos en mí de nuevo y puedo ver cómo la calidez vuelve a ellos acompañada de esa sonrisa ladeada que empiezo a conocer muy bien y me resulta irresistible.

Aparto la mano de él con rapidez, como si me hubiera quemado, al sentir cómo, pese a la situación, su miembro empieza a erguirse. Lo peor es que mi cuerpo también está excitándose por su cercanía.

—Sigues haciéndolo.

—¿El qué? —pregunto confusa.

—Desconcertarme —responde mirándome con cierto brillo de admiración que me halaga—. Cada vez que creo que te tengo acorralada te las apañas para descolocarme y ponerme a mí contra la lona. ¿Sabes lo frustrante que es eso para un hombre como yo? —inquire con un suspiro—. Me gano la vida negociando, cerrando tratos con expertos hombres de negocios que no dudarían en vender a su madre por un buen acuerdo, y siempre consigo de ellos lo que quiero. Siempre me los llevo a mi terreno —explica con sinceridad—. Pero contigo no he logrado dar un paso sin que me encuentre con el culo en el suelo, algunas veces incluso de forma literal —añade con una mueca de burla hacia sí mismo. No sé qué decir a eso. Solo lo ataco cuando se comporta

como don Cretino. Cuando actúa como don Perfecto me es imposible negarle nada, aunque eso no se lo pienso decir a él.

»Pon las condiciones y acabemos de una vez —agrega en tono impaciente.

—¿Condiciones para qué? —pregunto cautelosa sin terminar de entender.

Lo único que quiero es salir de la *suite* antes de que vuelva a hacer el ridículo y me deje seducir por segunda vez.

—Para que pueda llevarte otra vez a la cama —gruñe con la voz enronquecida.

Eso me deja fría al instante. No hay mejor control de la libido que intentar poner cláusulas al deseo.

¿Es que no se da cuenta de que, si me hubiese seguido besando, posiblemente habríamos acabado en mucho más?

¿Es que no nota que cuando me toca me derrite por completo y pierdo el juicio?

«Al parecer, no», pienso con cierta desilusión, así que es mi turno de jugar a su juego.

—Estoy acostumbrado a tratar con *escorts* —insiste mirándome con cierta frialdad—, sé que vosotras negociáis este tipo de cosas.

Lo entiendo en cuanto escucho la palabra «vosotras».

Aunque sabe que no soy Sonya, todavía cree que soy una *escort*.

—Ya te lo dije: no soy una puta. No me voy a acostar contigo por dinero. Tengo principios.

—Según mi experiencia, una persona con principios solo supone un precio más alto.

—Yo no...

Las palabras se me atascan en la garganta cuando, de repente, me atrae hacia él y me besa con un cuidado exquisito, saboreando mi boca con lentitud y delicadeza. Seduce a mi lengua para que baile a su son, tentándola hasta que se enreda con la suya. Y, en cuanto se me escapa un gemido entregado, me suelta.

Me dejo caer contra la puerta con la mente nublada por el beso y las rodillas como gelatina.

—Por cómo reaccionas cuando te toco, no creo que estar conmigo te resulte un trabajo indeseado, así que negociemos —declara volviendo a tomar la fría actitud de un hombre de negocios.

»He decidido quedarme un mes en Barcelona para supervisar ciertos asuntos. Te ofrezco cien mil euros por tu compañía durante ese tiempo.

—¿Y por qué no un millón? —replico con un bufido pensando que no lo dice en serio.

—No esperaba menos de ti —murmura y puedo distinguir un brillo de respeto en su mirada.

»Trato hecho. Que sea un millón de euros —añade de forma inesperada.

—¿Estás loco? —farfullo cuando me doy cuenta de que habla en serio—. ¡Eso es una fortuna!

—Puedo permitirme pagarlo —afirma con un encogimiento de hombros como si ese dinero fuera una nimiedad para él.

»¿Tú puedes permitirte rechazarlo?

Me gustaría gritarle a la cara que sí, que no necesito el dinero, pero solo sería un débil farol fácil de descubrir.

Me esfuerzo por anular toda expresión de mi rostro y por controlar cualquier emoción que pueda brillar en mis ojos, cosa muy difícil cuando sus inquisitivos ojos azules me estudian como si quisieran diseccionar cada partícula de mi ser.

—¿Hablas en serio? —pregunto cautelosa.

—Completamente.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Estar a mi completa disposición durante todo el tiempo —afirma mirándome con intensidad—. Tanto fuera como dentro de la cama.

—¿Haces esta clase de tratos de forma habitual?

—Es la primera vez.

—No pensaba que fueras un hombre tan desesperado por echar un polvo que tuviera que recurrir al dinero —digo con tono despectivo.

—Yo tampoco lo pensaba... hasta que te conocí.

Un millón de euros por vender mi alma al diablo por un mes.

Es inmoral.

Es tentador.

—Pues tendrás que buscarte a otra —afirmo con mi último resquicio de dignidad.

Salgo de allí hecha una furia, no sin antes escuchar el murmullo de Noah a mi espalda.

—No me puedo conformar con otra. Te deseo a ti.

Me apresuro a subir al ascensor con miedo a que pueda interceptarme. Solo entonces, me miro al espejo. Suelto un taco. Llevo el pelo revuelto, las mejillas sonrosadas por la indignación y voy sin medias. Parezco una mujer recién follada.

Ni siquiera he tenido el tino de coger el abrigo, no obstante, ahora no puedo regresar a la habitación. De cualquier forma, no creo que Desiré me eche en cara la pérdida de la prenda después del lío en que me ha metido.

Cuando las puertas del ascensor se abren en la planta baja, tomo aire y salgo de él con paso firme y el mentón bien alto. Siento que varias personas clavan sus ojos escandalizados en mí, pero las ignoro. Hace tiempo aprendí a no dejarme intimidar por los extraños que juzgan sin saber, solo con una mirada. Que piensen lo que quieran.

Justo cuando voy a salir del hotel, y enfrentarme al frío de una mañana invernal, alguien posa algo cálido sobre mis hombros. Mi abrigo. Me envaró al instante pensando que es Noah, pero al girarme descubro el rostro inexpresivo del señor Smith.

—El señor Grayson no quiere que coja frío —aclara—. Además, me ha pedido que la acompañe hasta su hotel.

—Qué considerado de su parte —rezongo rezumando ironía.

—Lo es —asegura el hombre—. Y también es un hombre que no se rinde ante la primera negativa —añade.

—¿Es una advertencia?

—No, es un hecho.

Cuando llego a la habitación del hotel siento que la noche casi en vela por el maratón de sexo y el estrés de la pelea con Noah me pasan factura. Estoy agotada, tanto de forma física como mental. Y no quiero ponerme a pensar en todo lo que ha pasado, solo quiero darme una ducha y dormir un poco. Son solo las nueve de la mañana y el tren no sale hasta la tarde, así que puedo ducharme y dormir durante unas horas.

Después de darme una buena ducha que elimina definitivamente el olor de Noah Grayson de mi cuerpo, cojo mi móvil personal, que me había dejado en la habitación, y lo reviso. Hay muchas llamadas perdidas de Desiré de cuando intentaba localizarme y varias notificaciones de WhatsApp.

Una es de Lucas dándome los buenos días y diciéndome que se ha levantado pronto para ponerse a estudiar. Es tan responsable que me asusta.

Las otras son del chat de padres del colegio. Lanzo un suspiro al ver cincuenta y dos mensajes sin leer.

«Esta gente se aburre», pienso con fastidio.

Echo una ojeada rápida para ver si es algo importante y frunzo el ceño al leer lo que dicen. Hablan de la excursión de fin de curso a los Pirineos y de que mañana es el último día para hacer el primer pago de doscientos euros. ¡Y yo ni siquiera he visto la circular informativa!

Lucas no me ha hablado sobre ella.

Entonces recuerdo la conversación telefónica que escuché entre él y su amigo:

«No voy a ir.

»No, no se lo he dicho a mi madre.

»Sí, ya sé que seré el único de clase que no irá, pero da igual, en serio».

No hablaba de ir al cine como me dijo. Seguro que se refería a la excursión de fin de curso. Y sé por qué me lo ha ocultado: dinero. Es consciente de que tendré apuros para pagarlo.

Me tumbo en la cama y empiezo a hacer cábalas mentales. El dinero que me ha dado Catalina puede ser para pagar la excursión y, con lo que gane este fin de semana, podré pagar parte de la ortodoncia y el resto tal vez podría pagarlo a plazos y...

Cierro los ojos con cansancio.

Mi último pensamiento antes de quedarme dormida es que todo sería más sencillo con un millón de euros en mi cuenta.

El repiqueteo de unos nudillos contra la puerta me despierta de mi desapacible sueño.

Maldito don Cretino y su insultante ofrecimiento.

Un millón de euros en un mes.

¡Un millón!

¿Qué se ha creído al hacerme una proposición así?

¿En serio pensaba que iba a aceptar?

«¿En serio puedes permitirte no hacerlo?», susurra la vocecita de mi interior.

Miro el reloj de mi móvil, todavía un poco desubicada. Son poco más de las once, he dormido un par de horas. Aún un poco atontada por el sueño, me ato bien el albornoz que todavía me cubre y me acerco a la puerta.

—¿Quién es?

—Servicio de habitaciones —declara una voz amortiguada.

Entreabro la puerta con el ceño fruncido porque yo no he llamado a nadie y me encuentro delante la bandeja con el desayuno más apetitoso que he visto en mi vida: café con leche, zumo de naranja, un bol con fresas frescas, un plato con esponjosos *pancakes* y un surtido de salsas dulces para aderezarlos. Como guinda final, hay una rosa roja encima de la servilleta.

El imperturbable rostro del señor Smith me mira desde detrás de la bandeja.

—El señor Grayson pensó que tal vez tuviera hambre —declara con voz monocorde.

Lo sensato hubiese sido cerrar la puerta en sus narices y volver a la cama, pero, ante el olor de la comida, mi estómago ruge de hambre.

—El señor Grayson se cree muy listo —mascullo abriendo la puerta y dejándolo pasar.

Después de todo, es una pena desperdiciar ese delicioso desayuno solo por orgullo.

El señor Smith deja la bandeja encima del pequeño escritorio que hay a un lado de la habitación.

—El señor Grayson también me ha pedido que le entregue esto. —Me tiende un sobre

blanco, bastante abultado—. Es un contrato. Quiere que lo lea con detenimiento y que le dé una respuesta antes de mediodía.

—Ya le di mi respuesta esta mañana —replico sin coger el sobre.

—Señorita, no me puedo ir de aquí hasta que no le haya entregado en mano este sobre.

—¿El señor Grayson hace esto a menudo?

—¿El qué?

—Ser un cretino avasallador.

Los ojos del señor Smith brillan por un segundo. Creo que le he sorprendido.

—El señor Grayson es un hombre con las ideas claras.

—¿Y eso qué significa? —pregunto sin comprender.

—Que, cuando quiere algo, lo consigue.

Suelto un taco a *sotto voce*, cojo el sobre y lo tiro a la papelera que hay en la habitación.

—Puede decirle al señor Grayson que ya ha cumplido su cometido —declaro enfadada. Después, abro la puerta y lo invito a salir con un gesto airado.

»Ahora, si me disculpa, voy a tomarme mi desayuno, a hacer las maletas y a volver a mi casa. —El señor Smith abandona la habitación con paso tranquilo y ese rostro inmovible que crispa los nervios.

»Debe de ser difícil trabajar para un hombre que está como una maldita cabra —murmuro.

—El señor Grayson puede ser muchas cosas, pero no es un loco —declara Smith imperturbable.

»Si cambia de idea la estaré esperando abajo —añade y, después de una regia inclinación de cabeza en señal de despedida, se marcha.

Enciendo la pequeña televisión de pantalla plana que está colgada en la pared intentando entretener mi mente con el canal de noticias mientras devoro el desayuno, sin embargo, mis ojos insisten en volver, una y otra vez, a la pequeña papelera cilíndrica en donde he tirado el sobre con el contrato.

Si aceptase la proposición de Noah, se acabarían todos mis problemas financieros. No tendría que ir contando siempre el dinero y no me deprimiría cada vez que entrase en la aplicación del banco.

Podría dejar de trabajar en el supermercado.

Podría centrarme en acabar la carrera y hacer el máster que quiero.

Podría pasar más tiempo con Lucas y con mi abuela.

Podría ponerle la ortodoncia a mi hijo sin problema y comprarle la consola de videojuegos con la que sueña en secreto desde hace tiempo.

Podría reformar la casa de mi abuela o incluso comprarnos una casa nueva con una terraza soleada para que ella tuviera un buen espacio para tener todas las plantas que quisiera.

Podríamos irnos de vacaciones a algún sitio. Unas verdaderas vacaciones en familia como nunca antes las hemos tenido, la abuela, Lucas y yo. Sé que a Catalina le encantaría poder ir a Italia, devora cualquier documental de ese país, y sería una buena forma de agradecerle todo lo que me ha ayudado durante estos años.

La lista de «podría» es tan larga que me pican los dedos por la necesidad de coger el sobre.

La voz de Freddy Mercury interpretando *We are the champions* me sorprende con la boca llena de *pancake* bañado en caramelo. Frunzo el ceño al reconocer el número que me llama: es Matilde, la mejor amiga de mi abuela. Trago con dificultad y me apresuro en contestar.

—Hola, señora Matilde.

—Querida, perdona que te moleste, pero hay algo que me preocupa y quería hablarlo contigo. —La voz es tan vivaz que nadie pensaría que pertenece a una mujer de setenta y cinco años—. No sé muy bien cómo abordar este tema sin que te puedas ofender o Cata se enfade conmigo, pero...

—Tranquila, puede hablar con sinceridad —afirmo.

Matilde es una mujer bondadosa que quiere de verdad a mi abuela. Son amigas desde hace años y lo hacen todo juntas. Sé que cualquier cosa que diga será por una buena intención.

—Sabes que tu abuela y yo nos íbamos a ir a Canarias en mayo —empieza a decir.

Por supuesto que lo sé. Las dos mujeres pasan sus ratos libres con un grupo de jubilados muy activo. Hacen muchos viajes, y ese es el primero al que mi abuela se ha apuntado. En principio era reticente, pero le aseguré que podía adelantar mis vacaciones en el supermercado para así poder encargarme de Lucas durante esos días.

—Pues anoche me llamó y me dijo que no iba a poder venir, que le había surgido algo —prosigue consternada.

»Mira, querida, si es por dinero, quiero que sepas que yo se lo puedo pagar, porque en verdad me gustaría que tu abuela fuera a ese viaje. A nuestra edad nunca sabes cuándo va a ser el último, y nos lo pasaríamos muy bien.

Se me hace un nudo en el estómago. No puede ser por dinero, mi abuela abrió una de sus huchas en la que había estado ahorrando para ese viaje durante todo un año.

—No sé por qué te ha podido decir eso, señora Matilde. El dinero lo tenemos —le aseguro intentando no morirme de vergüenza—. Déjame que hable con ella y averigüe qué ha podido pasar.

—Muy bien, querida. Lo dejo en tus manos.

En cuanto cuelgo a la mujer, marco el número de mi casa.

—Mamá, ¡buenos días! —No hay nada mejor que empezar el día escuchando la voz de Lucas.

—Buenos días, mi vida. ¿Qué tal todo por ahí?

—Creo que estoy volviendo a crecer, esta noche de nuevo me han dolido las rodillas, pero la bisabuela me ha dado la medicina y se me ha pasado el malestar —explica casi sin respirar.

»¿Qué tal ha ido el trabajo? ¿Tu jefe ha quedado contento contigo?

—Muy contento, cariño.

«Tanto que me quiere ampliar el contrato», pienso.

—Tengo a mi lado a la bisabuela, ¿quieres hablar con ella?

—Sí, claro. Te quiero, Lucas.

—Adiós, mamá. Te quiero mucho.

Escucho en silencio cómo Lucas le pasa el teléfono a su bisabuela y, un segundo después, la cariñosa voz de Catalina llena mi oído.

—Sinclair, cariño. ¿Todo bien?

—Muy bien, abuela. Lucas me ha dicho que ha pasado mala noche, espero que no te haya desvelado.

—Tranquila, a mis años, ya he dormido demasiado. —Eso es que sí que se desveló.

En esos momentos entra otra notificación de WhatsApp del cole. Sé que mi abuela también la ha visto porque forma parte del grupo, ya que la mayoría de las veces es ella la que responde.

—Abuela, ¿tú sabías algo del viaje de fin de curso?

—De eso quería hablarte cuando volvieras —responde en un susurro, supongo que para que

Lucas no la oiga—. No lo sabía y, cuando vi los mensajes del grupo, le pregunté a Lucas sobre ello. Resulta que no nos dio la circular ni dijo nada porque no quería que fuera una carga más. Son casi quinientos euros: una semana en los Pirineos con actividades multiaventura y senderismo.

»Dice que le da igual no ir.

—Se muere por ir —musito con un suspiro porque todo eso le encanta.

—Eso creo, pero ya sabes cómo es. Le preocupa que trabajes tanto. Pero, cariño, ya he encontrado una solución para que Lucas pueda ir a ese viaje, y tú no tengas que hacer más horas en el supermercado —añade mi abuela y tengo que morderme el labio para ahogar un sollozo emocionado.

Sé cuál es su solución: renunciar a su viaje a Canarias.

Por mí y por Lucas.

Esta es mi familia. Pequeña, pero tan generosa y amorosa que todavía no entiendo qué es lo que he podido hacer para merecerlos.

Las lágrimas comienzan a deslizarse por mis mejillas mientras pienso en todos los sacrificios que mi familia hace por mí, muchos que ni siquiera conozco, y yo no tengo forma alguna de compensarle por ello.

¿O sí?

Mis ojos vuelan a la papelera ovalada. Ese dinero sería como un regalo caído del cielo... que posiblemente me llevará derecha al infierno. Pero mi familia bien vale ese precio.

—... así que he decidido no ir al viaje. —Escucho que dice Catalina—. Después de todo, viajes como ese salen continuamente y...

—Abuela, no hace falta que renuncies al viaje —declaro rezando para que mi voz no salga quebrada por las lágrimas—. Por eso llamaba. El hombre para el que estoy trabajando necesita que haga de intérprete durante un mes, y es una oferta más que generosa. Podría resolver todos nuestros problemas económicos.

—¿Tanto está dispuesto a pagarte?

—Más de lo que puedo ganar en un año en el supermercado —digo de forma vaga para no mentir.

—No sabía que las intérpretes ganasen tanto —murmura mi abuela impresionada.

»Pero... ¿qué pasará con la universidad? ¿Y el supermercado?

—Respecto a las clases, Desiré me debe un favor muy muy gordo, le encargaré que me pase todos los apuntes. Y, en cuanto al supermercado, hablaré con mi encargado. Todavía tengo pendientes las vacaciones del año pasado, así que le diré que las necesito coger ahora. Lo importante es que tú puedas encargarte de Lucas.

—Ya sabes que sí.

—Yo... —Se me corta la voz—. Abuela, todo lo que has hecho por mí y por Lucas estos años. Nunca podré decirte lo mucho que te lo agradezco. No puedo dejar de pensar que, si no estuviéramos, tu vida sería mucho más tranquila y cómoda.

—Cariño, sois mi familia. Ya estaré tranquila y cómoda cuando esté muerta —declara con humor negro—. Ahora quiero vivir, y la vida es así, llena de alegrías y de penas, de sacrificios, preocupaciones y sueños, y disfruto cada minuto que paso a vuestro lado.

«¿Qué decir a eso?».

—Gracias, abuela.

»No se te ocurra renunciar a tu viaje y dile a Lucas que él también irá al suyo, y que cuando vuelva tendremos una pequeña conversación acerca de ocultar cosas —añado poniendo mi voz

severa de madre—. Os volveré a llamar más tarde. Os quiero.

En cuanto cuelgo, me echo a llorar. Me siento atrapada entre la espada y la pared y no sé cómo escapar. Por un lado, están mi orgullo y mi dignidad; por el otro, el bienestar de mi familia y el fin de mis desvelos económicos.

«No es momento de lágrimas, es momento de tomar decisiones», me reprendo a mí misma.

Me obligo a cesar el llanto y serenarme. Después, voy hasta la papelera, cojo el sobre y lo abro con manos temblorosas.

«Veamos las condiciones que el diablo ha redactado en el contrato para comprar mi cuerpo y mi alma», pienso empezando a leer.

El sobre contiene un acuerdo de confidencialidad y un contrato. En este último se detallan, párrafo tras párrafo, las disposiciones de obligado cumplimiento que se espera que lleve a cabo, comenzando por mudarme a la habitación de invitados que hay en la *suite*, lo que me deja muy a mano.

También habla de acompañar al señor Grayson como intérprete y asistente personal durante el tiempo que esté en Barcelona, con total disponibilidad personal y de horario. No se detalla lo que se considera «disponibilidad personal», pero Noah ya lo dejó bien claro.

Me detengo en el último párrafo, titulado «Cláusulas adicionales», y que se encuentra en blanco. Supongo que, si tengo algo que añadir a todo lo detallado en el contrato, lo debo hacer en ese párrafo. Y vaya si tengo que decir. Así que cojo un boli y comienzo a escribir.

Puede que tenga que hacer un pacto con el diablo, pero el maldito demonio va a tener que tragar con mis condiciones al respecto si quiere verme arder en su fuego.

Capítulo 13

Sinclair

Mientras hago las maletas decido hablar con Desiré para contarle lo que ha pasado con Robert.

—Robert John Mason es un cabrón de los grandes —digo sin rodeos en cuanto contesta a mi llamada.

»Pero he de decir que tenías razón, y Noah Grayson no se queda atrás.

Le relato la conversación que escuché a escondidas entre Noah y Robert. Que la mujer de Robert está embarazada, y él le ha estado poniendo los cuernos con varias mujeres. Y, cómo no, que me dio un empujón.

También le hablo sobre cómo Noah había urdido una pequeña venganza contra su cuñado.

—Así que no estabas en tu hotel como me dijiste.

—No, estaba en la *suite* de Noah. Pasé la noche con él —confieso.

—Joder, Sin, no te habrás enamorado de él, ¿verdad?

—¿En una noche? —bufo, aunque sale demasiado forzado.

—Sin...

—Ha sido un fin de semana muy intenso, Desi —interrumpo antes de que pueda decirme lo tonta que soy—, y Noah Grayson no creo que pueda dejar indiferente a nadie. A veces actúa como un cretino y me cabrea mucho, pero otras... es mi hombre perfecto. Tiene valores familiares, es inteligente, decidido y muy sexi. —Incluso al ver su tatuaje se me pasó por la cabeza que estábamos hechos el uno para el otro, aunque eso no se lo voy a decir a mi amiga.

—Ya te lo dije, los hombres con poder y dinero tienen un aura especial, pero no te dejes engatusar como me pasó a mí con John. Bueno, Robert —añade en tono dolido.

Recuerdo lo que me dijo Desiré cuando me hablaba de John: «No te haces una idea de lo que es que un hombre poderoso, rico y atractivo te trate como si fueses la única mujer de su vida. Que ponga el mundo a tus pies y te mime. Es mi príncipe azul hecho realidad».

¿Es solo eso? ¿Me ha deslumbrado la puesta en escena y no el hombre en sí? La limusina, la *suite*, el poder demostrado a la hora de cerrar las adquisiciones de las dos empresas... Lo pienso un momento y niego con la cabeza. Todo eso es justo lo que me incomoda de él, no lo que me gusta.

—Me ha hecho una proposición —confieso en un murmullo.

—¿Qué tipo de proposición?

—¿Sabes esa peli de los noventa en la que Robert Redford es un multimillonario y le ofrece a Demi Moore un millón de dólares por pasar una noche con él?

—*Una proposición indecente* —responde Desiré al instante y luego suelta un jadeo—. ¡No me digas que te ha hecho una propuesta así! —exclama tan alto que tengo que separar el móvil de la oreja.

—Yo no tengo el caché de Demi Moore. Me ha ofrecido un millón de euros por trabajar para él durante un mes como intérprete y asistente con total disponibilidad personal.

—Curioso.
—¿Curioso? ¿Eso es lo único que se te ocurre decir? Yo diría mejor inmoral o escandaloso.
—Curioso porque ya te has acostado con él. Que intente retenerte de esa forma indica que busca algo más.
—Sí, más sexo.
—El sexo se puede tener con cualquiera. Ese hombre busca algo más de ti.
»De cualquier forma, entiendo que le habrás dicho que no.
»¿Verdad? —insiste al ver que no contesto.
—No me juzgues, pero... lo estoy valorando seriamente.
»¡Estoy harta, Desiré! —prosigo antes de que pueda sermonearme—. Harta de hacer cábalas para compaginar los estudios y el trabajo, de dormir solo cinco horas al día, de estar siempre preocupada por el estado de mi cuenta bancaria, de que mi abuela tenga que sacrificarse por mí. Me mato a trabajar para poder llegar a final de mes y no tengo tiempo ni de quedar con amigas a tomar algo. Ni siquiera tengo tiempo para poder conocer a algún hombre interesante. ¿Sabes cuánto llevaba sin acostarme con nadie? ¡Siete años! Tenías razón en lo de que parezco una virgen vestal.
»Solo tengo veintinueve años y ya me siento vieja.
—Sería hipócrita que te juzgase, ¿no crees? —repone Desiré con un suspiro.
»Solo ten cuidado, ¿vale? Noah Grayson no se juega nada, pero tú vas a poner en riesgo demasiado.

Después de hacer las maletas, bajo al vestíbulo del hotel en busca del señor Smith. Mi orgullo se resiente cuando le digo que me lleve ante Noah, y no da muestras de sorpresa, como si tuviese claro que iba a aceptar. Y el dolor se acrecienta cuando, al entrar en la *suite*, me encuentro de frente con la sonrisa de complacencia de don Cretino.

—Que esté aquí no implica que haya aceptado el contrato —espeto a modo de bienvenida—. Así que, antes de que abras la boca y me entren ganas de cerrártela de una bofetada, vamos a sentarnos en la mesa y a negociar.

Con placer veo cómo la sonrisa de Noah se esfuma de golpe.

El señor Smith comienza a toser y, por la mirada furibunda que le dirige el vaquero, sospecho que esa tos ha sido el intento de disimular una carcajada. El hombre se recompone al instante, recuperando su gesto estoico, y nos deja a solas con una leve inclinación de cabeza, no sin antes lanzarme una mirada de admiración que me devuelve un poco de orgullo.

—Está bien, negociemos —concede Noah con frialdad.

Con un ademán de la mano me invita a entrar en el comedor de la *suite* y, de forma caballerosa, me separa una de las sillas para que me pueda sentar. Adoro esos gestos que tiene y que le salen de forma natural, fruto de su educación sureña. Cada vez que hace algo así, pienso irremediabilmente en mi padre.

Si él todavía estuviese vivo, yo no estaría a punto de vender mi cuerpo.

Noah toma asiento enfrente de mí, al otro lado de la mesa, y me observa expectante.

—Te voy a leer mis condiciones para poder aceptar el contrato. Si no accedes a ellas, cogeré las maletas y me iré —anuncio tajante.

—Soy todo oídos —murmura Noah con voz suave mientras se recuesta en la silla.

—Punto uno: acepto mudarme a la habitación de invitados, siempre y cuando su acceso sea restringido, es decir, que no podrás entrar a no ser que tengas mi permiso.

—Me parece bien.

—Punto dos: mi horario de trabajo será de siete de la mañana a doce de la noche, ininterrumpidamente. El intervalo restante será mi tiempo de descanso.

Los ojos de Noah se entrecierran un poco, única señal visible de que ese punto no es de su agrado.

—Ese descanso solo te lo puedo conceder si lo utilizas para dormir —repite al fin—. Así que me parece bien, siempre y cuando durante tu tiempo libre te mantengas en la habitación de invitados. A no ser que quieras dormir en mi cama, claro —añade con una sonrisa ladeada.

—Punto tres —prosigo ignorando su puya—: las relaciones sexuales quedarán limitadas a una por día dentro del horario de trabajo.

Me cuesta un montón decirlo sin que la voz me tiemble. No solo estoy poniendo condiciones a la venta de mi cuerpo, también están en juego mi dignidad y mi orgullo.

Noah gruñe un taco y se incorpora de golpe en la silla.

—No es suficiente —declara tajante.

—¿Y qué consideras suficiente?

—¿Contigo? No sé..., por lo menos cinco veces. Aunque, con el humor que tengo ahora, tal vez alguna más —añade con una mirada incendiaria.

Si no hubiese pasado la noche casi en vela debido a su constante demanda, pensaría que es una fanfarronada. Sin embargo, sé por experiencia propia que es capaz de eso.

—¿Eres una máquina del sexo o algo así? —bufa—. ¿Eso es normal en ti?

—Creo que es evidente que lo «normal» queda descartado cuando se trata de nosotros —replica con cierto tono de burla, aunque parece dirigido hacia sí mismo—. Tómalo como un cumplido, pero contigo no es aceptable menos de tres veces. Tenemos un tiempo limitado juntos y pienso aprovecharlo al máximo.

¿Son imaginaciones mías o en esta habitación comienza a hacer mucho calor?

—Una vez. Este punto no es discutible —atino a decir intentando que mi voz suene taxativa.

—¿Y si aumento tu paga? —inquire Noah con los ojos entrecerrados.

—No se trata de dinero.

—¿Y de qué va todo esto sino?

—No puedo explicártelo —musito. Esas condiciones son mi única posibilidad de conservar algo de control de la situación y así preservar en cierta forma el respeto por mí misma.

»No es negociable: o lo aceptas o me voy —afirmo mirándolo fijamente con mi mejor cara de póker.

—Lo acepto —concede al fin y por su mirada veo que no le ha gustado nada transigir.

»Uso y disfrute de tu cuerpo durante una vez al día. Aunque tengo carta blanca para intentar seducirte fuera del horario laboral —añade con una voz tan afilada como sus ojos—. Y te advierto que puedo llegar a ser muy persuasivo...

¿Persuasivo? Ese hombre seduce solo con respirar.

Le sostengo la mirada acopiando toda mi fuerza de voluntad y termino por asentir en señal de consentimiento.

—Punto cuatro —continúo diciendo—: dentro de las relaciones sexuales no aceptaré ningún tipo de cosa rara que me pueda hacer sentir incómoda. Ni tampoco acciones denigrantes o agresiones físicas, por muy leves que sean —adviento con seriedad.

—¿No eres fan de Christian Grey [\[ii\]](#)? —pregunta Noah con un brillo de picardía en los ojos.

—Vaquero, como me zurres el culo te dejo sin dientes.

—Tranquila, a mí tampoco me van las sumisas. Me gustan las mujeres que pueden patearme el trasero cuando lo merezco. Aunque hasta ahora no había conocido a ninguna que fuera capaz —admite con una mueca divertida.

Me gusta ese aspecto de él, que sepa reírse de sí mismo.

«Mal, Sin, mal», me amonesta mi conciencia.

El hombre quiere comprarte, y tú babeando por él.

El problema es que, si las cosas no hubiesen dado este giro con la aparición de Robert, me hubiese encantado ver de nuevo a Noah.

Confesarle que no soy una *escort*.

Tener una cita de verdad con él.

Conocerlo mejor.

—¿Algo más?

La pregunta me saca de mis pensamientos. Me he quedado ensimismada.

Carraspeo y prosigo:

—Punto cinco. Este contrato se puede romper en cualquier momento, sin previo aviso ni recriminaciones, por cualquiera de nosotros. Y quiero cobrar la parte proporcional a día vencido. Treinta y tres mil trescientos treinta y tres —añado porque es lo que he calculado

Ese punto hace que los ojos de Noah destellen con una emoción que no puedo discernir, pero que oscurecen su semblante.

Por mi lado, intento ocultar la inquietud que me encoge el corazón. Es irónico que esté negociando las condiciones de un contrato tan inmoral con el único hombre por el que me he sentido realmente atraída en los últimos años.

—Acepto tus términos —gruñe Noah al final—. Sin embargo, quiero añadir una condición más.

—¿Cuál? —pregunto cautelosa.

—Dime tu nombre. Tu verdadero nombre. —Me muerdo el labio, indecisa. Me da cierta seguridad que no sepa quién soy ni que conozca nada de mí.

»Ten en cuenta que esto va a ser un contrato real de servicios, aunque las cláusulas adicionales que has estipulado van a ser privadas —explica—. Mi abogado va a necesitar copia de tu documento de identidad y el número de tu cartilla bancaria para hacer los pagos.

—Luego no tendré problemas con Hacienda para justificar esos ingresos, ¿verdad? —inquiero con cierto temor.

—Tranquila, mi abogado se encargará de todo para que no tengas ninguna complicación fiscal.

Eso me alivia porque sé que la gente con dinero conoce mil artimañas a la hora de rendir cuentas con la Agencia Tributaria. Como dice mi abuela, por algo son ricos.

No tengo más remedio que decirle cómo me llamo. Una vez tomada la decisión, sonrío porque sé cómo va a reaccionar.

—Mi nombre es Sin.

Una de las cejas de Noah se arquea como activada por un resorte.

—¿Sin? ¿En serio crees que me voy a creer que tu nombre es Pecado? —pregunta con un bufido escéptico.

—Sinclair Vargas Sánchez para ser exactos —revelo al tiempo que le tiendo mi documento de identidad.

—Sinclair suele ser un nombre de chico —comenta Noah un tanto pensativo mientras

observa la tarjeta con atención.

—En mi caso, me lo pusieron por el apellido de mi padre.

—Pero aquí no figura su nombre, solo consta el de tu madre.

«Cómo no, se tenía que fijar en eso», pienso con fastidio.

—No sabía que para este trabajo tenía que presentar también mi árbol genealógico —espeto quitándole el DNI^[iii] de la mano.

—Está bien, Sin —dice mi nombre con una voz tan enronquecida y sexi que me derrito un poco por dentro—. Pecado o no, vas a ser mía durante el próximo mes —añade con una sonrisa ladeada.

Me observa con la satisfacción de un león que tiene atrapado a un pequeño e indefenso impala.

Yo le devuelvo la mirada con los ojos entrecerrados mientras pienso en cómo un hombre tan inteligente puede llegar a ser tan tonto.

Si en verdad cree que se lo voy a poner tan fácil, se va a llevar una gran sorpresa.

Capítulo 14

Noah

Su nombre es Pecado.

Ya sabía yo que esta mujer me iba a sorprender incluso en eso.

Pasa a mi lado con la dignidad de una reina arrastrando sus maletas y otra vez me invade esa sensación de familiaridad, como si la hubiese visto alguna vez y no recordase dónde.

Hago ademán de ayudarla, pero me echa tal mirada que bajo la mano al instante.

¡Menudo carácter tiene!

Está claro que en estos momentos no quiere nada de mí, así que no la presiono más y dejo que se encierre en su habitación a deshacer el equipaje con tranquilidad.

Oigo el portazo y suspiro mientras me paso una mano por el pelo.

¿Cómo demonios he acabado en esta situación? Si mi madre supiese el tipo de acuerdo que acabo de cerrar con ella...

—¿Doy por hecho que ha aceptado su *singular* propuesta?

Hago una mueca al escuchar la pregunta de Smith.

—¿Cuánto has escuchado?

—Lo suficiente.

Lo observo detenidamente. Aunque a simple vista parece que sea tan inamovible como una estatua, puede llegar a ser muy expresivo si se le conoce bien. Se mantiene muy erguido, con la mirada al frente y los labios más apretados de lo normal. Reprueba lo que estoy haciendo, pero es demasiado leal para expresarlo de forma abierta. Eso sí, lo conozco y no va a dejar de demostrar su descontento con sus miradas de censura y su tono de reproche.

—Pues sí, la ha aceptado, aunque no le ha hecho muy feliz.

—¿A qué mujer le podría hacer feliz ese acuerdo?

—Pues conozco a unas cuantas —respondo y no es broma.

He estado con varias *escorts* que hubiesen besado mis pies por firmar ese contrato, incluso solo por los cien mil euros iniciales que le propuse.

—Eso demuestra lo pésimo que es su gusto en mujeres hasta ahora.

El «hasta ahora» me sorprende. Eso significa que a Smith le cae bien Sinclair, y no es un hombre muy dado a sentirse agradado por nadie.

—Encárgate de pasar a Curtis el borrador del contrato con las nuevas estipulaciones y la documentación que necesite de la señorita Vargas —ordeno aludiendo a mi abogado—. Deseo que se ponga a ello de inmediato para que se quede firmado hoy mismo, incluido un acuerdo de confidencialidad.

»También quiero que muevas los hilos que necesites y averigües todo lo que puedas de ella. Nombre completo: Sinclair Vargas Sánchez.

—Curioso nombre para una mujer española.

—Al parecer, su padre se apellidaba así. Era de Texas y murió hace unos catorce años.

Experto en artes marciales —añado al recordar ese dato.

—Será difícil con tan poca información.

—No te pago lo que te pago porque solo puedas conseguir hacer las cosas fáciles —comento con una sonrisa y palmeo su hombro.

Mi sonrisa se amplía al escuchar su gruñido a modo de respuesta.

Raymond Smith es un hombre polifacético. Fue miembro de MI5, el Servicio de Inteligencia inglés, durante casi veinte años. Habla cinco idiomas, es maestro en artes marciales y tiene una puntería infalible. También tiene un talento innato para la organización y una memoria prodigiosa, lo que lo convierte en el asistente personal perfecto. Además, es un excelente cocinero y prepara unos *pancakes* espectaculares.

Lo conocí hace diez años, en el peor momento de mi vida, y ha estado conmigo desde entonces.

—¿Le puedo hacer una sugerencia, señor Grayson? —pregunta de pronto.

Nunca me ha gustado que me llame así, pero él no acepta hacerlo de otra manera.

—Adelante.

—¿Por qué no se olvida del contrato y le pide salir sin más?

Si la hubiese conocido de una forma convencional, lo hubiese hecho sin dudar. Y tengo la sospecha de que ella hubiese aceptado. Aunque Sinclair trabaja como *escort*, se siente realmente atraída por mí. La química que sentimos el uno por el otro no es algo que se pueda simular.

Sin embargo, después de haberla involucrado en mi pequeña venganza contra Robert, estoy seguro de que me rechazaría. A nadie le gusta ser utilizado y, por mal que me pese ahora, yo he jugado con ella desde el principio.

—Pues porque me da miedo que me pueda rechazar y necesito más tiempo con ella —respondo sincero.

«Todavía no estoy preparado para separarme de ti».

No mentía en las ocasiones en que se lo he dicho. La atracción que siento por ella es muy potente desde el principio, pero hay algo más. Algo que me impulsa a querer conocerla más.

«Joder, es un flechazo en toda regla», pienso un poco frustrado, muy desconcertado y demasiado asustado para sentirme feliz.

Recuerdo las palabras que intercambié con ella:

—No terminaste la frase.

—¿Frase?

—«No creo que pueda existir una mujer que pase unas horas contigo y no acabe...».

—Enamorada.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar aquello porque me dio a entender que el flechazo era mutuo. Le resté importancia cuando comenté que no parecía una romántica, pero terminé soltándole a bocajarro: «¿Crees en el amor a primera vista?».

Lo raro es que ella no se riera o se incomodara. Se tomó la respuesta muy en serio.

«Como punto de partida, sí; pero un flechazo no asegura un final feliz. En mi opinión, el amor a primera vista no es más que un comienzo: la atracción, la emoción y la pasión que calienta la sangre y te hace sentir que vuelas por el cielo. Sin embargo, lo importante es el día a día: la dedicación, el compromiso y la constancia que le ofreces a la otra persona para mantener viva la llama del principio».

Puso en palabras justo lo que yo pensaba.

Sé que no hemos empezado con buen pie y el contrato no ha hecho más que empeorar las cosas, sin embargo, necesito comprobar si lo que siento es auténtico o solo una pasión pasajera.

Necesito más tiempo con Sin. Y ese contrato es lo único que me asegura que lo vaya a tener.

Mi móvil empieza a sonar en ese momento y el rostro de mi padre aparece en él.

—Robert me ha llamado —anuncia en cuanto cojo la llamada—. Dice que estaba preocupado porque Amanda no le cogía el teléfono, ni el fijo de casa ni el móvil. También me ha asegurado que todo es un error y que has urdido un plan para acabar con él.

—¿Y qué le has dicho?

—Que el único error es que mi hija se casara con él y que va a pagar por cada lágrima que le ha hecho derramar —gruñe.

Sonrío al escucharlo. Si yo soy protector con mi hermana, mi padre no se queda atrás.

—¿Cómo está Amanda? —pregunto, pues desde que supo de la infidelidad de Robert, está viviendo en el rancho familiar.

—Ya sabes cómo es, no para de pedirnos perdón por causarnos problemas —murmura y suspira—. La ginecóloga le ha mandado reposo absoluto porque está débil. El estrés le impide comer y lo poco que ingiere termina vomitándolo. Tu madre y Carmen no se separan de ella, y ahora que está aquí en el rancho la podremos cuidar mejor.

—¿Robert ha dado alguna muestra de interés en su estado de salud?

—Ninguna —masculla mi padre—. Tenías que leer los mensajes que le ha mandado a tu hermana. «Te lo puedo explicar». «No es lo que parece». «Solo fue una vez y estaba borracho». «Tu hermano te quiere poner en mi contra y ha exagerado todo». «Tú eres la única mujer a la que amo». Todo mentiras y ninguna muestra de preocupación por ella o por cómo se está desarrollando el embarazo —concluye con enfado.

—El muy idiota no sabe que Amanda leyó de primera mano sus mensajes de WhatsApp.

—Y desconoce que tengo el móvil de ella y que no la voy a dejar leer todas esas sandeces, al menos no hasta que se recupere.

»En cualquier caso, ni siquiera me va a dar la satisfacción de poder echarlo a patadas del rancho si se presenta ante mi puerta —prosigue diciendo—. Me ha dicho que debía quedarse en España para poder solucionar los problemas que le has causado, así que ándate con ojo porque también asistirá al Mobile World Congress. Y no va a ser la única cara conocida que estará por allí. Miller también irá —añade.

—Me lo imaginaba. Nunca se pierde ese tipo de eventos —musito con un suspiro.

—No lo provoques, no quiero más problemas con Big Jack —advierte mi padre con seriedad.

—Nunca soy yo el que empieza —bufo.

Desde la muerte de Rachel, Miller me la tiene jurada.

—El MWC comienza mañana, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cuánto dura?

—Cuatro días, pero voy a alargar mi estancia en Barcelona un poco más —anuncio.

—¿Por qué razón?

—Creo que esta ciudad es un buen lugar para abrir nuestra primera sucursal en Europa dedicada al desarrollo de nuevas tecnologías, sobre todo ahora, que hemos comprado dos empresas tecnológicas sitas aquí. Por lo que he podido ver, este país tiene gente joven con mucho potencial, pero pocos recursos para desarrollarlo. En eso debo reconocerle el mérito a Robert, que tuvo visión para apreciar el potencial de esas *start-ups*. Además, si él se va a quedar por aquí, prefiero tenerlo vigilado.

—«Mantén cerca a tus amigos, pero aún más cerca a tus enemigos» —murmura mi padre citando la famosa frase de Michael Corleone en el *Padrino II*, una de sus películas preferidas.

Acabo de exponer el motivo racional para permanecer en Barcelona; sin embargo, no es el único. Hay uno completamente irracional: pasar más tiempo con Sin.

Estoy un buen rato hablando con mi padre sobre el proyecto de la sucursal y luego me despido de él. Después, cojo el portátil y me pongo a trabajar en un pequeño escritorio que hay a un lado del salón. No obstante, no consigo centrarme. Mis pensamientos se desvían una y otra vez hacia la mujer que hay en la *suite*.

Unos minutos más tarde, me doy por vencido y cierro el portátil con un suspiro. A continuación, me acerco a la puerta de la habitación que ocupa Sin y que sigue cerrada a cal y canto. Con sigilo, me aproximo y acerco el oído para ver si escucho algo de lo que está haciendo.

Alcanzo a oír cómo insulta a un tal «don Cretino» y frunzo el ceño. ¿Seré yo?

—¿Lo de escuchar a través de las puertas es una nueva afición?

La pregunta pronunciada con sequedad me sobresalta. Me giro y me encuentro con Smith, que me mira con la ceja arqueada y un brillo de censura en los ojos.

Para mi mayor frustración, siento que me sonrojo.

—¿El contrato ya está listo? —inquiero al ver el documento que lleva en la mano. Eso me da la excusa perfecta para ignorar su pulla.

Lo reviso con una ojeada para comprobar que esté todo correcto, y lo está. Curtis sabe lo que hace.

—Solo falta que la señorita Vargas lo firme —comenta Smith.

—Miro hacia la puerta, indeciso.

«¿Acaso te asusta enfrentarte a ella?», se burla mi vocecita interior.

Teniendo en cuenta que es capaz de derribarme con una llave de kárate sin ni siquiera despeinarse, sí.

Con todo, no soy un cobarde. Me han educado para plantar cara a la adversidad, así que alzo la mano para llamar a la puerta, pero la bajo con una mueca al escuchar: «Maldito vaquero arrogante, cuando lo vea...».

—Vaya, no me había dado cuenta de que ya se estaba haciendo tarde —comento mirando el reloj—. Creo que voy a ir al gimnasio antes de cenar. Necesito quemar adrenalina. Por favor, encárgate tú de que lo firme, ¿quieres?

Dicho esto, huyo hacia mi habitación para cambiarme de ropa.

—Si teme encararla, es que sabe que ha actuado de un modo reprochable —observa Smith en tono monocorde.

—No temo encararla —contradigo al instante antes de encerrarme en mi habitación, aunque los dos sabemos que miento.

Después de una sesión de ejercicio intenso, un rato en la sauna y una buena ducha, noto la mente más despejada.

En cuanto llego a la *suite*, Smith me recibe con gesto inmutable.

—La señorita Vargas ya ha firmado el contrato —anuncia.

Debería sentirme triunfal, incluso feliz, pero la emoción que percibo cuando firmo algún contrato que me interesa, como me pasó con el de FYL Enterprise, no llega.

Smith tiene razón. No me siento cómodo con la cláusula que especifica que Sinclair está obligada a tener sexo conmigo. Nunca he forzado a una mujer a ello y no voy a empezar ahora.

Cuando contrato a una *escort* como acompañante, nunca incluyo el sexo como requisito. Eso sí, si la mujer en cuestión me gusta, como en el caso de las veces que he estado con Sophie Larson, la seduzco para acabar la velada de la forma más placentera para ambos.

No sé qué me pasa, pero con Sinclair no he parado de cagarla. Sé que la atraigo y, en lugar de ganármela de forma sutil, me estoy comportando con la torpeza de un inmenso elefante en una cacharrería de pasillos estrechos.

Creo que lo mejor es olvidar el contrato y centrarme en un acercamiento sincero y amable. En demostrarle que soy un buen tipo y convencerla de que, si se queda a mi lado, ganará mucho más que un millón de euros.

Al fin y al cabo, tengo muy presente lo que me dijo:

«Vaquero, si una mujer se acerca a ti, ten por seguro que lo hará por tu físico. Al menos, en un primer momento. Que se queden contigo por tu dinero ya depende de tu personalidad. Si eres un cretino tal vez solo el cuerpo no compense y necesiten consolarse con tu dinero. Pero, si a ese aspecto le acompaña una buena persona, no debe de haber chica que se te resista, tengas o no tengas dinero».

Si le demuestro que soy una buena persona, me puedo redimir ante ella.

Con ese propósito en mente, voy a su habitación. La puerta está entreabierta y oigo su voz. Parece que está hablando por teléfono con alguien. Sé que no está bien espiar, aun así, es justo lo que hago: me acerco con sigilo y aguzo el oído.

—No sabes lo mucho que te echo de menos, cariño.

Me tenso al instante al escucharla.

«¿A quién demonios llama cariño con un tono tan dulce?», pienso ofuscado.

Algo feo y oscuro me envuelve. No lo reconozco en un primer momento porque nunca he sentido nada igual.

De repente, la puerta se abre al tiempo que Sinclair declara:

—Yo también te quiero, Lucas —murmura a su interlocutor y agranda los ojos al encontrarme delante de ella de forma inesperada.

Evoco un extracto de una de nuestras conversaciones:

—¿Acaso tienes pareja o estás enamorada de alguien?

—No es de tu incumbencia.

No me contestó de forma clara, pero me imaginé que no después de la noche que compartimos. Un montón de imágenes de las horas que pasamos en esa cama inundan mi mente.

Ella mirándome con los ojos nublados de deseo y las piernas entreabiertas.

Ella mordiendo el labio para ahogar los gemidos que le provocaban mis embestidas.

Ella enroscando las piernas en mi cintura con lascivia.

Ella montándose a horcajadas como una auténtica amazona.

Ella deslizándose la lengua de forma provocativa por mi miembro.

Ella sonriendo juguetona.

Ella abrazándose a mí como una gatita mimosa.

Si ella se entregó a mí sin reservas, ¿cómo puede estar enamorada de otro? ¿Es que acaso todo han sido imaginaciones mías?

Esa emoción oscura que me envolvía invade cada partícula de mi ser y solo entonces la reconozco.

Celos.

Por primera vez en mi vida, estoy celoso. Y no es algo que me guste en absoluto.

—Señorita Vargas, pensé que no tenía novio.

—Señor Grayson, pensé que no hablaba español —replica con la misma voz almibarada al percatarse de que he escuchado el último fragmento de su conversación y he entendido lo que decía.

No es que hable español a la perfección, pero di algún curso en el instituto, y Carmen nos hablaba mucho en ese idioma, sobre todo cuando nos reprendía por alguna trastada, cosa que en mí era habitual, así que lo entiendo bastante bien.

—No niegas que ese Lucas sea tu novio.

—Tampoco lo he afirmado —repite y algo parecido a la diversión brilla en su mirada.

Eso me cabrea todavía más. Un gruñido quedo sale de mi pecho, y ella percibe que estoy al límite porque añade en tono apaciguador:

—No es mi novio.

—Así que has mentido a ese pobre infeliz al decir que lo quieres —bufa con cierto desprecio ante ese tipo de manipulación.

Sinclair entrecierra los ojos y alza el mentón.

—No le he mentado —contradice—. Le quiero más que a mi vida.

Para mi sorpresa, su declaración me provoca una punzada de dolor en el corazón. Entiendo que tiene algún tipo de relación abierta con ese hombre. Sea lo que sea, su corazón le pertenece y eso me cabrea. Mucho.

Aprieto los puños con rabia.

«Eres mía», masculla mi lado troglodita.

Ese que asestó un puñetazo a Robert sin dudar cuando empujó a Sinclair y la llamó zorra.

Ese que la tuvo despierta casi toda la noche en su afán de marcarla y poseerla.

Ese que no atiende a razones y solo se deja llevar por emociones extremas.

De pronto, Sinclair deja escapar un suspiro cansado.

—Mira, Noah. No es lo que piensas. Lucas realmente es...

—No quiero que me hables más de Lucas. Nunca —gruño tajante poseído por mi troglodita interior—. Quiero que vayas directa a mi habitación y que te desnudes. Es hora de que me entregues el cuerpo por el que estoy pagando —añado con voz ronca.

Sinclair entrecierra los ojos y me lanza una mirada de puro odio.

«Bien por ti, Casanova. Esta es la mejor forma de demostrarle lo buen tipo que eres», reprocha con ironía el pequeño resquicio de cordura que me queda, pero mi lado troglodita lo acalla de un mazazo.

Elevo una ceja retándola en silencio a que se niegue y tengo la satisfacción de ver cómo empieza a andar hacia mi habitación. No se mueve con la vacilación de una víctima temerosa, eso tal vez habría acabado con mi arranque de celos. Lo hace con la determinación de una valiente guerrera que se dirige a la batalla. Y, al verla tan orgullosa y altanera, siento que me excito.

En cuanto llegamos a la habitación, la cojo entre mis brazos y busco sus labios. Sé que mis besos la derriten y pienso sacar partido de ello. Sin embargo, ella rehúye mi boca una y otra vez.

Podría sujetarle el rostro y forzar un beso, pero, conociéndola, el rodillazo en la entrepierna sería inmediato y valoro mucho mis partes nobles. Además, no es lo que busco.

—No tiene sentido que te resistas, sabes que puedo llegar a ser muy persuasivo —susurro en tono seductor.

—No se trata de dinero —repite ella elevando el mentón.

—No estaba hablando de dinero —replico con una sonrisa canalla.

Entonces, empiezo a desnudarla. Despacio. Ella permanece de pie con la mirada al frente

mientras voy quitándole cada capa de tela que cubre su piel hasta que no queda nada.

Doy una vuelta a su alrededor acariciándola con la mirada y me detengo justo a su espalda. Con cuidado, aparto el pelo hacia un lado y beso el lateral de su cuello. Al instante, noto cómo su cuerpo se estremece y sonrío.

Solo hemos pasado una noche juntos, pero ha sido muy intensa y recuerdo cada segundo compartido.

Sé que se siente segura conmigo encima, cara a cara, pero le excita más que esté detrás.

Sé que se eriza cuando beso su cuello o su espalda.

Sé que le ponen las caricias perezosas sobre su piel.

Sé que le vuelve loca que la penetre despacio con un dedo mientras acaricio su clítoris con la lengua.

Sé todo eso y mucho más, y pienso poner en práctica cada uno de mis conocimientos para conseguir que se entregue a mí por completo igual que anoche.

Capítulo 15

Sinclair

Es inaudito que Noah me haya mentido de esa forma y hable español. Y más increíble aún que haya deducido por mi conversación que Lucas es mi novio. Supongo que para él resulta inconcebible que yo pueda tener un hijo.

Si me hubiese dejado explicárselo todo..., pero no, se ha puesto en modo don Cretino y no ha dado pie a razonar.

Ahora solo tengo que mantenerme firme.

Estamos batallando en un duelo de voluntades, y sé que tengo las de perder cuando Noah se pone detrás de mí. Siento un escalofrío de placer cuando sus labios recorren el lateral de mi cuello.

«El muy cabrito se ha aprendido lo que más me excita», pienso ofuscada.

Para mantener la mente ocupada, comienzo a recitar la cuenta atrás en chino para mí misma:

«*Yī bǎi*».

La boca de Noah se desliza hasta mi nuca.

«*Jiǔ shí jiǔ*».

Da un pequeño mordisquito en ese punto que me hace encoger los dedos de los pies.

«*Jiǔ shí bā*».

Sus brazos me rodean para que sus manos alcancen mis pechos.

«*Jiǔ shí qī*».

Sus dedos amasan mis tetas de una forma muy placentera.

«*Jiǔ shí liù*».

Un suave pellizco en los pezones casi consigue que suelte un jadeo.

—Túmbate ahí, preciosa —murmura de pronto en mi oído señalando hacia la cama *king size*.

La observo por un instante como si fuese la puerta del infierno; no obstante, obedezco con docilidad y me tumbo boca arriba, con los brazos estirados a ambos lados de mi cuerpo, inertes.

Oigo cómo se desnuda, pero mantengo los ojos clavados en el techo.

Unos segundos después, siento cómo se desliza sobre mí. Me esfuerzo por no reaccionar, porque mi cuerpo y mi mente no respondan a sus demandas. Mis labios evitan los suyos, negándome a besarle tal y como él pretende. Mis brazos siguen inmóviles. Mis ojos se muestran vacíos, como los de una muñeca. Aun así, siento cómo sus atenciones van alterándome a mi pesar.

Para cuando llego al setenta, noto la humedad entre mis piernas y sé que he perdido la batalla. No así mi mente, que continúa resistiéndose y mantiene un pequeño hilo de control sobre mis miembros.

Lo que salva mi orgullo es ver que Noah parece cada vez más frustrado por mi inactividad.

—¿Qué pretendes demostrar? —gruñe finalmente en tono enfurecido buscando mi mirada

—. Si hubiese querido una muñeca hinchable no te habría contratado.

—Te estoy dando justo lo que has pagado: el uso y disfrute de mi cuerpo —replico con una estudiada indiferencia—. Aquí lo tienes, es todo tuyo para violarlo —añado abriendo más los brazos y las piernas como si fuese el hombre de Vitruvio.

Noah se aparta de mí como si lo hubiese golpeado y se pone de pie al lado de la cama, mirándome con una mezcla de enfado, deseo y frustración.

—Joder, no voy a violarte —gruñe airado—. Esto no es lo que quería. Así no —musita mesándose el cabello. Después, suspira.

»Recoge tu ropa y vuelve a tu habitación. Hemos acabado por hoy.

El tono en que pronuncia «por hoy» deja claro que no se ha rendido.

Dicho eso, se encierra en el baño con un portazo.

Me quedo unos segundos mirando al techo. Me he arriesgado mucho con esta jugada. Noah podía haber aplicado la fuerza bruta y haberme violado, y tal vez mi destreza con las artes marciales no lo hubiese podido impedir. Sin embargo, algo en mi interior intuía que no lo iba a hacer, y he apostado todo a esa carta.

Noah Grayson no es un violador.

Bajo de la cama con toda la dignidad que puedo, teniendo en cuenta que estoy desnuda, y no puedo evitar tambalearme un poco cuando mis pies tocan el suelo. Después de todo, soy humana y siento las piernas temblorosas por el deseo insatisfecho.

Por suerte, Noah no lo ha visto y puedo conservar algo de orgullo.

Creo que he ganado esta primera batalla, pero sé que todavía tengo por delante muchas más que afrontar.

Al día siguiente amanezco con una sensación de triunfo y satisfacción que enmascara un sentimiento de desazón y una gran frustración.

Anoche logré mi propósito: darle una lección a Noah demostrándole que lo único que puede comprar con dinero es un cuerpo vacío. Ese es el sexo que puede tener conmigo si lo condiciona a una transacción económica, y es algo muy diferente a lo que compartimos la noche del sábado.

No obstante, mi pequeña lección me pasó factura después. Mi sueño fue intranquilo, y mi cuerpo todavía palpita por el deseo insatisfecho. Por todo ello, me levanto de la cama con el humor agrio y la mente embotada, raro en mí porque suelo tener muy buen despertar.

De pronto, percibo el delicioso aroma del café en el aire. Necesito uno con urgencia. Es algo intrínseco en mí. Si no tomo un café nada más despertarme, antes de la ducha, no me puedo poner en marcha.

Miro el reloj. Son las seis de la mañana, no creo que Noah esté despierto. Tal vez sea una cafetera programada o puede que el mayordomo que incluye la *suite* haya empezado ya a preparar el desayuno. También es posible que sea Smith. Ese hombre siempre está en todas partes, acechando en algún rincón de forma discreta.

De cualquier forma, salgo de la habitación y ando como una zombi siguiendo el delicioso olor que ha percibido mi olfato: beicon y huevos. Cuando llego al vano de la puerta de la cocina, me detengo de golpe y parpadeo sorprendida al ver a los dos hombres que charlan con tranquilidad en el interior.

El señor Smith no está vestido de forma impecable como siempre. Lleva traje, eso sí, pero se ha quitado la chaqueta y va en mangas de camisa. Un sencillo delantal blanco protege su indumentaria mientras se afana haciendo malabarismos con un par de sartenes repletas de beicon

y huevos.

Mi atención se desvía hacia Noah casi al instante. Está de pie, al fondo, apoyado de forma relajada en la bancada de la cocina mientras sorbe de una humeante taza de café. Mis ojos lo recorren con disimulo. Incluso vestido con una sudadera gris con capucha y unos pantalones de deporte negros, está imponente.

Los dos hombres detienen su conversación de golpe y me miran con los ojos bien abiertos. Enseguida deduzco la razón. No me he mirado en el espejo, pero sé muy bien cuál es mi aspecto recién levantada: el pelo alborotado como la melena de un león salvaje, los ojos hinchados por el sueño y tal vez la marca de las sábanas en la cara. Además, llevo un simpático pijama de felpa gris con corazoncitos rosas que me regaló Desiré y en el que se puede leer: «Los hombres piensan que el sueño de toda mujer es encontrar al hombre perfecto. Pues no, es comer sin engordar».

Esta soy yo recién levantada.

Bueno, estoy fuera de mi horario de trabajo, así que no tengo que impresionar a nadie. Aun así, rezo para no tener un reguero de baba seca en la comisura de la boca.

Al estar de esa guisa, lo que menos espero es resultar atractiva, por eso me sorprende la mirada de crudo deseo que brilla en los ojos del vaquero al observarme. Se endereza de golpe, separándose un poco de la encimera sobre la que estaba apoyado, y permanece en tensión, como un depredador hambriento a punto de lanzarse sobre un desayuno delicioso.

«¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!», corea entusiasta mi cuerpo esperando ser compensando por lo de anoche.

—Buenos días, señorita Vargas —saluda el señor Smith desviando mi atención.

La intervención del hombre parece desinflar las pretensiones de Noah porque su mirada se vuelve indescifrable y se deja caer otra vez sobre la encimera, retomando así su postura indolente. A pesar de eso, mantiene los ojos clavados en mí en silencio.

Me siento tentada a girar sobre mis talones y huir, pero no lo hago. Todo lo contrario, alzo la barbilla, elevo una ceja como retando a Noah a que diga algo, y entro en la cocina sin amilanarme ante su presencia.

—Buenos días, ¿podría tomar un poco de café? —pregunto al señor Smith y esbozo una sonrisa amable.

—Por supuesto —responde solícito—. Si quiere, puede sentarse en el comedor y se lo serviré enseguida. ¿Le apetece comer algo también?

—No, muchas gracias, señor Smith. A esta hora solo me apetece un café. Y no tiene que molestarse, me lo puedo servir yo misma —añado intentando demostrar que soy autosuficiente y que no me incomoda estar ahí con ellos.

Busco la cafetera con la mirada y gruño para mis adentros cuando la localizo en la encimera... justo detrás de Noah.

Vacilo solo un segundo, pero es bastante para que él, que no ha dejado de mirarme desde que he entrado en la cocina, se dé cuenta. Lo sé al ver la sonrisilla de medio lado que aparece en sus labios y que la taza de café que tiene delante no es capaz de ocultar.

Se me escapa un taco antes de percatarme, y su sonrisa se amplía al escucharlo. Capullo.

Alzo el mentón —a este paso se me va a desencajar de tanto estirarlo— y avanzo hacia la cafetera esperando que Noah se aparte y me deje espacio; no obstante, don Cretino no se mueve.

Me detengo frente a él, a escasos centímetros, y nos retamos en silencio con la mirada. Sé que no se va a retirar con facilidad y eso me fastidia. En otras circunstancias, le hubiese seguido el juego. Sin embargo, después de la noche que he pasado, no estoy para tiras y aflojas de poder.

Quiero mi café.

—¿Te vas a quedar ahí parado como un pasmarote, guarneciendo la cafetera como si fueras Golum con «su tesoro» o vas a servirme una taza? —espeto con los brazos en jarras.

Escucho una tos ahogada a mi espalda que proviene del señor Smith y, por la mirada indignada que le dirige Noah, imagino que trata de simular la risa.

Después, se yergue despacio mientras clava sus ojos en mí. En un segundo, todo el calor de su fuego azul me abrasa, pero, un pestañeo después, su mirada se vuelve hermética.

—Estoy para servirte, preciosa —declara llevándose dos dedos a la frente en una parodia de un saludo militar—. ¿Cómo lo tomas? —pregunta entretanto me da la espalda para coger una taza.

—Con un toque de leche y sin azúcar.

Noah se queda inmóvil durante un segundo.

—Como yo —musita en voz muy baja—. Parece que tenemos el mismo gusto en el café.

—También en la melodía del móvil —revelo, aunque me arrepiento al instante. No sé por qué lo he dicho.

—Yo tengo a Queen, no a Beethoven.

—*Para Elisa* es la melodía del móvil que me prestó mi amiga Sonya —confieso—. En mi móvil personal también tengo *We are the champions*.

Noah se me queda mirando de forma pensativa.

—Señorita Vargas, ¿está segura de que no quiere desayunar algo más? —insiste el señor Smith y gracias a él consigo romper el contacto visual con Noah.

—Smith disfruta mucho en la cocina. Es su *hobby* y su manera de desestresarse —comenta Noah.

—Ya, y supongo que, trabajando para ti, el pobre acumulará altos grados de tensión y frustración y necesitará cocinar con frecuencia —rezongo. Noah gruñe, pero los ojos del señor Smith brillan con lo que creo que es diversión.

»De cualquier forma, ahora no me apetece comer nada. Cuando vuelva del gimnasio sí tomaré algo.

Soy una de esas personas a las que les gusta levantarse pronto y hacer ejercicio a primera hora de la mañana, aunque sea solo mi media hora de *running* diario. Si tengo tiempo, lo complemento con varios ejercicios de pilates sobre la alfombra de mi casa. Si no lo hiciera así, con el ritmo de vida que llevo y mis horarios, me sería imposible hacer deporte.

Como he visto que el hotel tiene unas instalaciones deportivas de primera, he pensado en sudar un poco en la cinta de correr antes de darme una ducha y desayunar.

—¿Vas a ir ahora al gimnasio? —inquire Noah con interés.

—Era mi intención —respondo cautelosa—, ¿por?

—Porque yo también iba a ir ahora —revela con una sonrisa ladeada—. Cámbiate y vamos juntos.

—La misma melodía del móvil, el mismo tatuaje, el mismo gusto por el café y la misma afición por el deporte... A este paso, vamos a parecer Howard Wolowitz y Rajesh Koothrappali —bufo aludiendo a dos personajes de *Big Bang Theory*, ya que siempre comparten gustos y son inseparables. Es la serie favorita de Lucas y no se cansa de verla en bucle.

«O tal vez seamos almas gemelas», señala una voccecita en mi interior, eco del murmullo que creo escuchar de Noah.

Quince minutos después, los dos bajamos en el ascensor hasta el gimnasio que a esa hora de la

mañana está vacío. Es bastante amplio y tiene máquinas de todo tipo, así como una zona con tatami. Una de sus paredes es de cristal y deja ver la piscina climatizada.

Adoro nadar, pero no me he traído ningún bañador. Eso me hace pensar que debo pedirle a Desiré que me mande mi ropa y una lista con cosas que necesito. O tal vez debería comprarme ropa nueva. Después de todo, con el dinero que voy a ganar ya puedo permitirme ir de tiendas sin sentirme culpable.

¿Hace cuánto que no lo hago?

Un montón.

La mayoría de las prendas que tengo son regalo de Desiré. Siempre pone algún pretexto para darme ropa casi sin usar o incluso nueva con la excusa de que no la puede devolver.

«Me he dado cuenta de que el color de este suéter no me favorece, pero a ti sí», pretexto que no me creo porque las dos somos rubias y tenemos un tono de piel similar.

«Estos pantalones no me hacen un culo bonito, pero el tuyo se verá fantástico porque lo tienes más redondo que yo».

Lo hace para ayudarme, lo sé, y es por eso que la quiero, a pesar de todo lo sucedido.

—¿Preparada para sudar, preciosa?

La pregunta en tono sugerente me saca de mis pensamientos de golpe, sobre todo, porque me la susurra al oído. Está claro que el vaquero quiere hacerme perder la compostura.

Decido ignorarlo y me voy directa a la cinta de correr. A través del espejo que hay en frente de mí, veo que Noah observa indeciso la máquina que hay a mi lado, como si quisiera ocuparla, pero no se decidiera. Al final, opta por la elíptica que está al otro lado.

Los dos enterramos el hacha de guerra de forma tácita y empezamos a hacer ejercicio en un silencio cordial. Es curioso que, a pesar de la tensión sexual que se palpa entre nosotros, pueda sentirme tan cómoda en su compañía, pero así es. Como si nos conociéramos de toda la vida.

Me programo treinta minutos a una marcha más rápida de lo que estoy acostumbrada, con la tonta intención de impresionarle, y comienzo a correr. Diez minutos después, me encuentro rezando para que acabe mi suplicio. Noto que el corazón se me va a salir por la boca; sin embargo, mi orgullo me impide apretar el botoncito que hará que esa máquina infernal ralentice el paso.

Me mantengo hasta que lo veo dejar la elíptica y sentarse en una de las máquinas de musculación. Entonces, bajo la intensidad con disimulo a un trote más llevadero.

Noah hace una serie para ejercitar los brazos y, cuando termina, se quita la sudadera. Debajo lleva una camiseta técnica blanca... que tengo el impulso de arrancarle a mordiscos.

¡Joder! Ese cuerpo debería ser considerado un atentado contra la cordura femenina, y la fina tela no hace más que ensalzar sus músculos.

Noah empieza otra serie sin percatarse de mi atenta mirada. Cada flexión de brazos que hace para levantar las pesas pone en relieve unos bíceps y tríceps de infarto.

Cuando termina su ronda, se levanta y comienza a hacer estiramientos. Me recuerda a una pantera desperezándose al sol, todo músculos poderosos, pero elegantes. Controlados.

Estoy tan embobada observándolo que tropiezo con mis propios pies y casi acabo rodando por el suelo.

—¿Estás bien?

Parece una pregunta llevada por la preocupación, pero al ver la sonrisa socarrona que baila en sus labios me percató de la verdad: se estaba luciendo adrede.

Don Cretino es muy consciente de su atractivo y de lo que provoca en las mujeres. De cómo me afecta a mí. Y está sacándole partido.

«Pues te vas a enterar», pienso desenterrando el hacha de guerra.

En ese momento, decido jugar a su juego y sacar la artillería pesada.

—Claro, estoy perfectamente. He parado porque tenía mucho calor —aseguro con inocencia fingida mientras me abanico con la mano.

Entonces, lanzo mi represalia a su ataque.

No me considero una mujer despampanante y no tengo tanta confianza en mis encantos femeninos como él con los suyos masculinos. Con todo, sé que a Noah le resulto atractiva. Además, en cuestión de hombres, hay algo que nunca falla. Me quito la camiseta holgada que llevo puesta y me quedo solo con el sujetador deportivo a modo de top. Después, reemprendo la carrera trotando con energías renovadas.

Al instante, la sonrisa de Noah desaparece y sus ojos se clavan en la zona de mi pecho, hipnotizados por el movimiento bamboleanante de mi generosa delantera.

Desde donde estoy puedo apreciar cómo Noah traga saliva con dificultad.

Esta vez soy yo la que sonrío.

Capítulo 16

Sinclair

Cuando salimos del hotel, Marcos nos espera delante de un impresionante Bentley. Bueno, espera a Noah y a Smith, a mí me observa con absoluta sorpresa.

—Pensé que el servicio de Sonya era solo para el fin de semana —murmura bajito aprovechando que Noah se ha detenido en la puerta del hotel a responder una llamada.

—A efectos de Contact One, así es, y en teoría Sonya dejó el hotel y volvió a Barcelona. En la práctica, Grayson descubrió la verdad y ha decidido hacerme un contrato nuevo como acompañante por un mes.

»Por cierto, me llamo Sinclair Vargas —añado con una sonrisa, pero Marcos no la corresponde.

—No creí que fueras el tipo de chica que...

Mi sonrisa se esfuma al instante.

—¿El tipo de chica que qué? —corto envarada.

—Que está en venta.

El comentario me ofende y me duele a partes iguales.

—Trabajo por dinero igual que tú. Eso no lo considero «estar en venta», es ser una asalariada —añado muy digna y me esfuerzo por convencerme de ello.

Después de todo, algo de cierto hay.

He estado reflexionando sobre ello ahora que estoy de este lado y no termino de entender por qué las *escorts* y las prostitutas están tan mal vistas (siempre que trabajen por voluntad propia y no estén coaccionadas por ninguna persona ni mafia, claro). Venden sus cuerpos, sí, pero ¿por qué eso es peor que vender la mente?

Porque eso es lo que hacemos la mayoría de las personas en nuestros trabajos diarios: vendemos nuestros conocimientos y habilidades. Y, muchas veces, nos vemos obligados a hacer cosas que nuestro jefe nos pide, aunque vayan en contra de nuestros razonamientos.

Marcos abre la boca para decir algo, y en ese momento Noah termina la llamada y se acerca.

—¿Te gusta el nuevo coche, preciosa? —inquieta mientras posa sobre la base de mi espalda una mano en un gesto posesivo.

»He pensado que será más discreto que la limusina.

—Creo que tú y yo no tenemos la misma percepción de la discreción —murmuro observando el reluciente cochazo negro.

Noah suelta una risita entre dientes que me calienta por dentro.

Don Perfecto ha regresado, y voy a tener que esforzarme en mantener altas mis defensas para no sucumbir a sus encantos.

Cuando llegamos al pabellón de la feria donde se celebraba el Mobile World Congress ya hay un hervidero de personas moviéndose de aquí para allá, con acreditaciones colgadas en el cuello y blandiendo dispositivos móviles de última generación, todas preparadas para cuando abran las puertas a las nueve y media.

No paro de pensar en Lucas y en lo que disfrutaría si estuviese aquí. Me hago un *selfie* con la entrada de fondo y se lo mando a mi hijo prometiéndole que luego le contaré todo lo que he visto con detalle.

—Hay mucha gente, así que es mejor que no te separes de mí —previene Noah entretanto me cuelga una acreditación al cuello igual que la suya, en la que se lee el elegante logo de G&G Corporation.

Su actitud protectora me hace gracia. Es justo lo que yo le hubiese dicho a Lucas si estuviese aquí.

—Sí, papá —repongo volteando los ojos, que es justo como mi hijo me hubiese contestado a eso.

—De cualquier forma, Smith se mantendrá cerca —agrega Noah sin responder a mi pulla.

Busco a mi alrededor con la mirada de forma automática hasta que doy con el señor Smith, que permanece en actitud alerta a unos tres metros de distancia. Con el traje y las gafas de sol negras, me recuerda a Tommy Lee Jones en *Men in Black*.

—¿Qué se supone que vamos a hacer hoy?

—Divertirnos —responde Noah con un guiño—. Como te comenté, estoy interesado en las nuevas tecnologías y quiero ver cuál es la tendencia y cuán fuerte es la competencia. La información es poder. Además, Mark es el encargado de dar la charla de apertura y hará una pequeña ponencia.

—¿Mark?

—Zuckerberg —aclara Noah—. Le prometí que asistiría.

—¿Mark Zuckerberg? ¿El creador de Facebook y dueño de Instagram? —pregunto con los ojos desorbitados.

—Y también propietario de WhatsApp.

—¿Lo conoces?

—Claro —responde Noah como si fuera lo más normal del mundo conocer a uno de los hombres más ricos del planeta—. Me gusta mucho su visión de una conectividad global al alcance de todos.

Me quedo de piedra.

«Tan cerca y, a la vez, tan lejos», pienso mirando al hombre que tengo justo frente a mí.

Visto lo visto, no es que él se mueva en un mundo diferente al mío, es que está en un universo completamente distinto.

—¿Crees que podría conseguir un autógrafo? —pregunto emocionada.

Si le llevo ese detalle a Lucas, sé que le haré muy muy feliz.

—Yo me encargo. Cuando me acerque a saludarlo, te lo presento y se lo pides.

»No te tomaba por una fan —añade con una sonrisa burlona.

—No es para mí —murmuro.

Evito decir que es para Lucas; sin embargo, él lo debe de intuir porque su semblante se oscurece.

De cualquier forma, cumple su palabra y, después de la interesante ponencia de Zuckerberg, me arrastra hacia él para presentármelo y obtener el autógrafo.

«Para Lucas. Nadie mejor que tú para decidir tu propio camino», escribe.

Al leerlo, pienso que bien podría aplicárseme a mí.

No voy a dejar que Marcos ni nadie me juzgue por mis actos o las decisiones que tomo sobre mi vida.

Pasamos el día yendo por los diferentes pabellones donde se desarrolla el congreso y curioseando en los *stands* de las marcas que exhiben sus últimas novedades. Algunas son muy conocidas y otras intentan hacerse un hueco en el mercado.

A media tarde, ya estoy más que saturada de móviles, tabletas y demás artilugios electrónicos. No soy fan de las nuevas tecnologías, ni siquiera tengo redes sociales. Tan solo utilizo el móvil para lo básico y tengo un pequeño portátil que uso para los estudios y en los trabajos de traducción.

Noah, en cambio, parece tan entusiasmado como un niño pequeño en una tienda de juguetes. Como Lucas si estuviese aquí. Va de aquí para allá, tocando, probando y haciendo preguntas.

Para mi fastidio, las azafatas y comerciales femeninas —y algunos masculinos— con las que habla se desviven por atenderle con sonrisas de «pide lo que quieras que te lo voy a dar».

Un punto a favor de Noah es que no les sigue el juego. Se mantiene ajeno a las caiditas de pestañas y mohines seductores, conservando un aire serio que no da pie a familiaridades. Sin embargo, parece que esa postura inalcanzable atrae aún más a las mujeres.

Sé que él no tiene la culpa de ser don Perfecto. En todo caso, es de la genética por haberlo creado así. Con todo, que reciba tanta atención me molesta.

«¿Celosa?», inquiere mi vocecita interior.

Por sorprendente que sea, sí. Mucho.

Mi parte racional sabe que, dado el carácter de nuestra «relación», no tengo ninguna potestad sobre él. A pesar de eso, después de las horas de placer compartidas durante la noche del sábado, un trocito de mí lo considera mío.

En ese momento, Noah se para en uno de los *stands*. Una rubia espectacular le coloca unas gafas de realidad virtual y empieza a susurrarle al oído. Supongo que le está dando las instrucciones de uso, pero se arrima más de lo necesario con esa excusa y él no la aparta. No sé qué le dice para que, de pronto, Noah sonría, pero esa es la gota que colma mi vaso.

Mi paciencia llega a su límite. Que juegue lo que quiera con esa Barbie y sus «accesorios», sin embargo, yo no tengo por qué quedarme aquí plantada mirándolo.

Empiezo a andar en busca de una cafetería donde poder sentarme y relajarme un rato a solas, hasta que el señor Smith se interpone en mi camino.

—Al señor Grayson no le va a gustar que se aleje.

—Que le den al señor Grayson —mascullo ente dientes. Smith eleva una ceja, señal de que me ha oído.

»Mira, Raymond... ¿Puedo llamarte Raymond? —El hombre asiente de forma solemne—. Raymond —comienzo otra vez—, si tienes un ligero conocimiento sobre mujeres, yo de ti me quitaría de en medio —espeto mirándolo con los ojos entrecerrados.

El hombre me observa indeciso sin apartarse de delante de mí. De pronto, llega hasta mis oídos una carcajada profunda de Noah unida a la risa cantarina de la Barbie *Technology*.

La unión de esos dos sonidos tiene el mismo efecto en mí que una patada en el estómago. Siento una furia irracional que me hace apretar los puños hasta clavarme las uñas en la palma. Algo se debe de notar en mi mirada porque Raymond levanta las manos en señal de rendición y

se aparta de mi camino.

—Solo voy a buscar un café, ¿vale? Volveré enseguida. Y ni se te ocurra seguirme —añado al ver que da un paso en mi dirección.

Necesito un poco de aire y unos minutos a solas para poner en orden mis emociones.

No sé qué me está pasando. Desde que vi a Noah Grayson por primera vez actúo como si una adolescente hormonada hubiese poseído mi cuerpo. Me siento en una montaña rusa de emociones.

Excitada.

Enfadada.

Divertida.

Nerviosa.

Ilusionada.

Indignada.

Celosa.

Y sí, en algunos instantes, también feliz.

Durante la noche del sábado, cuando estaba entre los brazos de Noah, toqué el cielo. Me hizo sentir muy especial, incluso llegué a plantearme lo del amor a primera vista.

Con todo, lo que más me asombra es lo viva que me siento junto a él. Como si durante años no hubiese hecho más que subsistir para los demás. Lucas también me hace sentir así, aunque de un modo diferente. Con mi hijo solo hay amor del bueno, algo tan sólido como una roca.

Con Noah, en cambio... Voy de la euforia a la desazón en cuestión de segundos, todo dependiendo de una mirada o una sonrisa suya.

Es inadmisibile.

Voy tan ensimismada en mis pensamientos que termino dándome de bruces contra alguien.

—Perdón, yo...

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí?

Frunzo el ceño cuando identifico al hombre contra el que he chocado: Robert. Veo con satisfacción que tiene resquicios de un hematoma en la mejilla, sin duda recuerdo del puñetazo de Noah.

—Mira, no estoy de humor para...

—Tranquila, guapa. Me alegra que hayas chocado conmigo. Así puedo disculparme por mi comportamiento de ayer.

Lo miro desconfiada. Es lo último que esperaba de él.

En persona, Robert John Mason es más guapo que en el falso perfil de Instagram que me enseñó Desiré, eso si te gustan los rubios del tipo «niño bonito». Sus facciones son armoniosas y algo aniñadas, sus ojos verdeazulados son grandes y con cierto aire de inocencia, y cuando sonríe, como en ese momento, en sus mejillas aparecen hoyuelos.

Entiendo que una chica de veinticinco años como Desiré se haya podido dejar deslumbrar por este adonis rubio si se muestra encantador, pero yo he podido ver al lobo que esconde bajo la piel de cordero.

—Guarda las disculpas para Sonya, para tu mujer y para todas las otras «fulanas» a las que hayas engañado —espeto con impaciencia.

Justo cuando voy a esquivarlo, y continuar mi camino, apoya la mano en mi brazo.

—¿Acaso crees que Noah Grayson es mejor que yo? —bufa con rabia—. Pues te equivocas. Es un psicópata que utiliza a las mujeres como si fuesen clínex y no tiene ningún reparo en seducirlas, estén casadas o no, cuando se encapricha de ellas. Las enamora y las deshecha.

En ese momento, me viene a la mente algo que dijo ayer.

«Me acusas de infiel después de tu aventura con Rachel».

«Al menos yo no he llevado a una mujer al suicidio».

¿Es posible que ese hombre tenga algo de razón? Después de todo, ¿qué se yo de Noah Grayson?

Uno: que tiene el cuerpo de un dios.

Dos: que quiere a su familia y es capaz de todo por protegerla.

Tres: que puede ser tan encantador como manipulador.

Cuatro: que no quiere ningún tipo de compromiso sentimental, por eso va con *escorts*.

Cinco: que siempre consigue lo que desea.

Seis: que me desea a mí.

—No eres más que su último juguete —suelta Robert en tono despectivo.

Juguete de él o no, mi relación con Noah Grayson acabará cuando lo haga el contrato, así que no me hago ilusiones ingenuas sobre nada más. Sé que mi historia no va a ser como la de *Pretty Woman*, en donde el multimillonario se queda con Julia Roberts y son felices para siempre.

Esas cosas solo pasan en las películas y en las novelas románticas.

—En todo caso, su juguete más caro —murmuro antes de darme cuenta.

De pronto, los ojos de Robert brillan como los de un tiburón.

—¿Cuánto te paga?

—¿Perdona?

—Sé que eres una *escort*, así que Noah te debe de estar pagando por tu compañía. Yo también tengo mucho dinero. Dime lo que me costaría llevarte a uno de los baños y echarte un polvo. —Me quedo de piedra, y él aprovecha mi aturdimiento para alzar la mano y deslizar un dedo por la base de mi cuello, en donde los dos primeros botones de mi camisa dejan algo de piel al descubierto—. Puedo hacértelo pasar muy bien si...

Su tacto sobre mi piel me provoca tal repugnancia que consigo reaccionar. Con un gesto rápido, cojo su mano y le doblo la muñeca con una llave de judo provocando que el cretino se retuerza de dolor.

—Ni por todo el oro del mundo dejaría que me tocaras, capullo —farfullo asqueada y lo aparto de un empujón.

Robert trastabilla hacia atrás y se cae de culo.

No pierdo más el tiempo con él, así que me giro para irme... y me choco con un muro de músculos. Unas manos cálidas se posan en mis hombros y los aprietan con suavidad, reconfortantes. No tengo que alzar la mirada para saber quién es.

Noah.

—¿Estás bien? —inquieta con voz suave y me levanta el mentón para buscar mis ojos como si ellos pudiesen responderle.

Esa actitud tan tierna y su mirada preocupada hacen aletear mi corazón.

—Yo, sí —musito—. Él, no tanto —añado cabeceando hacia atrás.

Robert se levanta con dificultad mientras se sujeta la mano que le he doblado contra el pecho.

—Tu zorrita tiene demasiadas ínfulas. Alguien tiene que darle un buen escarmiento —farfulla.

—A ver si tienes huevos para dármelo tú, pedazo de... —Me lanzo hacia él, dispuesta a sacarle los ojos con las uñas, pero Noah pasa su brazo alrededor de mi cintura y me detiene.

—Quieta, fiero —murmura apretando mi espalda contra su torso.

»No te vuelvas a acercar a ella, ¿me oyes? —advierte a su cuñado con voz letal.

—Y, si lo hago, ¿qué? —rezonga Robert mostrando la madurez de un niño de cinco años.

—Te quedarás sin dientes —sentencia Noah—. Y, si todavía te tienes en pie cuando Sinclair haya terminado de destrozar todas esas fundas de porcelana que llevas en la boca, entonces llegará mi turno de patearte el culo.

Sonrío como una tonta al escucharlo. Me gusta que ya tenga asumido que puedo defenderme sola.

—Esto no va a quedar así —masculla Robert—. Los dos me las pagaréis. De una forma u otra —añade antes de marcharse.

—Ese último comentario es muy de malo de película, ¿no crees? —señalo más divertida que asustada por la amenaza.

—Lo que creo es que no deberías haberte alejado —repite Noah con el ceño fruncido.

—Te vi tan entretenido con la Barbie esa que pensé que no te darías cuenta —musito, y al instante me doy una colleja mental.

He sonado tan celosa que resulto patética.

Conociendo a Noah, seguro que no lo deja pasar y hará algún comentario mordaz sobre ello. En cambio, levanta la mano y me acaricia el rostro con ternura.

—Estaba entretenido con unas gafas, no con una mujer —aclaro haciendo que mil mariposas revoloteen en mi estómago—. Solo hay una mujer que me interese, y le estoy pagando una pequeña fortuna para que permanezca a mi lado —añade con una mueca de burla hacia sí mismo.

—No exageres, lo que me pagas es una miseria para lo que tengo que aguantar: dormir en una *suite* de lujo, comer exquisiteces, viajar en limusina o en un «discreto» Bentley —declaro con sarcasmo—. Y lo peor de todo: tener que lidiar con un hombre tan insoportable como irresistible.

—Pues ayer no tuviste ningún problema en resistirte a mí —gruñe él con los ojos entrecerrados.

—A nadie le gusta que le obliguen a hacer algo a la fuerza —murmuro con sinceridad al tiempo que me encojo de hombros.

Noah me mira pensativo durante unos segundos.

—Creo que ya hemos tenido bastante MWC por hoy —murmura de pronto.

»Ven, vámonos de aquí —añade y me coge de la mano para arrastrarme tras de él, como si tuviera miedo de volver a perderme de vista.

Cuando salimos del congreso ya ha anochecido y los altos ejecutivos empiezan a abandonar la feria después de una larga jornada de demostraciones y ponencias.

Taxis, autobuses, metro... La ciudad ha puesto en marcha un servicio especial de transportes públicos para atender las necesidades de los asistentes, aunque otros, por comodidad o independencia, optan por los coches alquilados y las limusinas.

Me llama la atención un hombre atractivo con un traje oscuro que va repartiendo *flyers* entre la gente, pero doy por hecho que está anunciando algún restaurante y no le hago mayor caso.

En ese momento, mi móvil empieza a sonar y veo en la pantalla que es Desiré.

—Perdona, tengo que responder antes de subir —le comento a Noah justo cuando el

Bentley se detiene delante de nosotros.

»Es una amiga —aclaro cuando percibo su mirada tormentosa, pues seguro que sospecha que podría ser Lucas.

»Agradecería un poco de privacidad —añado al ver que Noah se mantiene pegado a mí y me observa con atención.

Noah me mira levantando una ceja, entre divertido y exasperado.

—Tus deseos son órdenes, preciosa —rezonga, pero apenas se aparta un par de metros.

—Sin, perdona que te moleste, pero necesitaba hablar contigo —farfulla mi amiga con voz llorosa en cuanto cojo la llamada.

—¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo? —inquiero preocupada.

—No tengo un virus estomacal. Estoy embarazada —suelta a bocajarro.

Casi se me cae el teléfono por el asombro.

Noah me observa de forma interrogante. Esquivo su mirada y me alejo unos pasos más en busca de intimidad para continuar la conversación.

—¿Te lo ha confirmado el médico?

—No, pero me he hecho cinco test. ¡Cinco! Y en todos sale positivo. ¡Estoy embarazada! —repito con un sollozo.

—Me dijiste que Robert y tú no os habíais acostado juntos.

—No es de Robert, es de Marcos. No puede ser de otro. Es el único con el que me he acostado últimamente.

—Eso fue hace casi dos meses —comento extrañada.

—Llevo tres semanas de retraso, pero no lo asociaba a un embarazo. Sabes que soy muy irregular y... hoy, cuando estaba viendo la tele, ha salido un anuncio de una marca de Clearblue^[iv] y he tenido una corazonada. Al momento he ido a una farmacia a comprar uno y... En un primer momento no me lo he creído, pensé que debía de ser algún error, así que he vuelto y he comprado otros cuatro de marcas diferentes. Todos y cada uno de ellos han dado positivo —concluye con voz ahogada.

Me imagino a la perfección la escena, puesto que yo viví una muy similar.

Todavía recuerdo el miedo que pasé cuando descubrí que estaba embarazada de Lucas. Fui de las chicas de mi clase a las que le bajó más tarde la regla, con los catorce años ya cumplidos, y siempre la tuve muy irregular. Por eso, cuando tuve un retraso en mi periodo, no me preocupé demasiado, al menos al principio. Y eso que tenía buenas razones para hacerlo, así de ciega estaba por aquel entonces.

Cuando pasaron casi dos meses de mi último periodo, una amiga me convenció para que me hiciera la prueba.

Una de las veces que más vergüenza he pasado en mi vida fue el momento en que entré en la farmacia y pedí una prueba de embarazo con voz temblorosa. Había varias personas atendiendo, y esperé a que lo hiciera la que me parecía la más joven y simpática. Cuando le pedí la prueba de embarazo, el farmacéutico que tenía a su lado, de unos cincuenta años, me miró con desdén. Con todo, fue mejor que la mirada de lástima de la chica. Estuve a punto de salir corriendo sin mirar atrás, pero necesitaba saber. Y, cuando me hice la prueba, lo supe: estaba embarazada.

—Vale, quedarse embarazada no es el fin del mundo. Lo primero que tienes que hacer es tranquilizarte para poder pensar con claridad —murmuro, aunque sé por experiencia propia lo complicado que es.

—Tengo veinticinco años, no tengo novio y todavía vivo con mis padres. Ni siquiera he

terminado la universidad. ¿Qué voy a hacer?

—Ir paso a paso —respondo con voz calma—. Lo primero que tienes que hacer es ir al médico para que te confirme el embarazo y que todo está bien. Después, ya tendrás que decidir si quieres seguir adelante con el embarazo o interrumpirlo. Y si quieres decírselo a Marcos o no —añado.

—Lo mío con Marcos ya ha terminado, no tiene sentido que le diga nada.

—Yo no estaría tan segura —repongo al pensar en lo interesado que parece Marcos por localizar a Desiré.

Voy a decirle algo más, pero en ese momento el hombre que reparte los *flyers* se me acerca y me deja uno en la mano.

—También tenemos gigolós —murmura con un guiño cómplice y sigue su camino.

Miro el papel me ha dejado, primero intrigada y luego sorprendida

—No te lo vas a creer, pero un hombre está en la puerta de la feria repartiendo *flyers* de un puticlub y me acaba de dejar uno en la mano.

—Sin, a veces me asombra lo inocente que puedes llegar a ser en ciertos aspectos —bufa Desiré—. El Mobile World Congress es todo un acontecimiento para el mundo de la prostitución. Los puticlubs de Barcelona amplían sus horarios de apertura y llegan prostitutas de todas partes porque, en los cuatro días que dura el congreso, tanto la demanda como los precios se disparan. Ese tipo de congresos, con tanto ejecutivo extranjero, siempre arrastra un lado oscuro.

—Y, los que tienen mucho dinero, se pagan una *escort* a tiempo completo por una pequeña fortuna —murmuro con los ojos clavados en Noah, que tiene en la mano el mismo anuncio que yo y lo lee con atención.

»Coge cita para el médico y me llamas en cuanto tengas noticias, ¿ok? —instruyo.

En cuanto cuelgo, voy hacia Noah, le quito el papel de la mano y lo tiro a la basura más cercana junto al mío. Después, subo al coche en silencio.

Noah me mira con un brillo divertido, aunque no dice nada.

Aprende rápido.

Capítulo 17

Sinclair

Siguiendo órdenes de Noah, Marcos nos lleva directamente al hotel. Por un lado, lo agradezco porque el día ha sido largo y estoy mentalmente agotada. Por otro, me da miedo que el vaquero vuelva a insistir en que me acueste con él.

Para resultarle lo menos atractiva posible, y que se le quiten las ganas de pensar en sexo, me enfundo mi pijama y la bata del hotel, me desmaquillo y me recojo el pelo en un moño despeinado.

Para mi sorpresa, Noah también se pone cómodo con unos pantalones de chándal a cuadritos y una camiseta de manga larga gris, salvo que él sigue estando supersexi con ese atuendo, porque la camiseta es lo bastante fina como para que delimite sus músculos cuando se mueve.

—¿No tienes frío solo con eso? —inquiero con la esperanza de que se ponga una de las batas afelpadas cortesía del hotel tal y como yo he hecho, pese a que la calefacción está encendida.

—Estoy bien así —murmura encogiéndose de hombros.

Lo dice distraído. Se ha mantenido en un silencio pensativo desde que salimos del MWC, y parece que sigue igual, incluso mientras cenamos en la mesa del comedor, uno frente al otro.

Creo que tiene la mente puesta en el trabajo, y no le doy mayor importancia. Sin embargo, de repente clava en mí una mirada penetrante.

—Escuché lo que le dijiste a Robert. Lo de que no dejarías que te tocara ni por todo el oro del mundo —añade cuando alzo una ceja interrogante.

»¿Lo dijiste en serio? —inquiere en tono prudente.

—¿Qué me estás preguntando exactamente, Noah?

—Si Robert te hubiese ofrecido un millón de euros por un mes como *escort* incluyendo sexo, ¿hubieras accedido?

No tengo que darle muchas vueltas para ofrecerle una respuesta.

—No.

—¿Y por qué aceptaste mi propuesta?

Tampoco es necesario que medite una contestación.

—Porque la hiciste tú.

Noah me gusta, es así de simple.

Algo brilla en sus ojos mientras nos miramos. Un fulgor que consigue que se vean más azules que nunca. Hay deseo, sí, pero también algo más.

Entonces, deja la servilleta a un lado y se levanta de la mesa.

—Si me disculpas, tengo trabajo por revisar en el portátil. Demos por concluido el día de hoy.

Parpadeo mientras lo veo alejarse.

¿Ya está?

¿Eso es todo?

¿Acaba de darme otra tregua?

Recojo la mesa y llevo las cosas a la cocina entretanto le doy vueltas a la conversación.

Raymond está allí, todavía con su traje y mirando su móvil. Parece que ha cenado ahí solo. Al escucharme entrar, me mira un poco azorado.

—No tiene que molestarse en recoger usted los platos. Puede llamar al servicio de habitaciones o incluso habérmelo pedido a mí.

—Asistente, guardaespaldas, cocinero..., ¿y también mayordomo?

—Mi labor es servir al señor Grayson en todo lo que necesite.

»Me iba a tomar una infusión de pasiflora. ¿Le apetece una? Le vendrá bien para conciliar el sueño.

—¿Cómo sabe que tengo problemas para dormir? —inquiero anonadada.

—Mi trabajo también consiste en estar atento a todo, y su rostro no se veía descansado esta mañana.

—Eso es una forma sutil de decir que tenía una pinta espantosa al despertarme —bufo.

Smith prepara la infusión, y nos sentamos a tomarla juntos en la mesa de la cocina. Me sorprende lo cómoda que me siento con ese hombre, incluso cuando no dice nada.

—¿Desde cuándo trabajas para el señor Grayson?

—Desde hace diez años.

—¿Y es un buen jefe? —pregunto curiosa.

—Es un buen hombre en todos los sentidos.

—¿Admitiría lo contrario si fuera el caso? —inquiero con recelo.

Smith esboza una leve sonrisa como única respuesta y bebe su té.

Es toda la respuesta que voy a obtener de él, pero me da igual.

Gracias a Raymond Smith, consigo dormir de forma apacible pese a todo.

Los dos siguientes días se desarrollan igual que el primero: ejercicio a primera hora de la mañana, MWC durante todo el día y, después de volver al hotel a cenar, Noah se retira a su habitación a trabajar, y yo acudo a Smith a que me prepare una infusión y a por un poco de compañía.

Me desconcierta el cambio de actitud del vaquero. Me trata con cortesía y está atento a cada uno de mis deseos o necesidades, sí, pero no va más allá. Es educado y distante. Ya no hay rastro del hombre seductor que aprovechaba la menor oportunidad para tocarme y que me lanzaba miradas incendiarias. Y, por sorprendente que sea, lo echo de menos.

Además, cuando se encierra en su habitación, me siento sola. Es cuando más añoro a Lucas y a mi abuela. Nos mantenemos en contacto por videollamadas y mensajes, pero no es lo mismo. Necesito abrazarlos. Besarlos.

Después de conversar con ellos, y darles las buenas noches, me acerco a la cocina a por la infusión de pasiflora.

Smith está sentado en la mesa y mira el móvil con el ceño fruncido.

—¿Ocurre algo? —Levanta la mirada y la vuelve a bajar, pero no dice nada.

No insisto. Sé que es un hombre de pocas palabras y, cuando quiere decir algo, lo hace sin más, así que empiezo a prepararme la infusión en silencio tal y como él me ha enseñado.

—La semana que viene es el cumpleaños de Karen —dice de pronto.

—¿Y quién es Karen? —pregunto distraída mientras vierto el agua hirviendo en la taza.

—Mi hija.

La mano me tiembla por la sorpresa y el líquido hirviendo se me derrama. Suelto un taco y me apresuro a limpiarla.

—Vaya, no sabía que tuviera una —farfallo.

Me quedo por un momento sin saber qué decir. Se muestra siempre tan reservado que me sorprende muchísimo que me hable sobre su vida personal de forma tan casual.

»¿Cuántos años tiene?

—Tiene veintitrés años y está estudiando Arquitectura en Harvard.

—¡Guau! Debe de sentirse muy orgulloso de ella.

—Mucho. —Y, por primera vez, su rostro se llena de expresión y deja ver el cariño que le tiene.

»Usted me recuerda a ella. También es avispada y tiene mucho carácter.

La tentación de confesarle que yo también tengo un hijo es tan grande que por un momento me planteo hacerlo. Sin embargo, no puedo arriesgarme a ello. Raymond es fiel a Noah y podría contárselo, y no sé cómo reaccionaría el vaquero ante la noticia. Sabiendo lo bien que se le da manipular, podría utilizar a mi hijo en mi contra de alguna manera.

—¿Está casado?

—Divorciado, aunque mi ex y yo nos llevamos bien.

Se vuelve a quedar en silencio mirando el móvil.

—¿Qué tenía pensado regalarle?

—Pensé en un bolso porque le gustan mucho. Pero hay tantos y de tantas marcas que no sé cuál elegir —admite un poco ofuscado.

Me enternece ver al señor Smith en esa tesitura.

—¿Me deja ayudarlo? —pregunto con una sonrisa.

—Por favor —musita él mirándome como si le acabase de salvar la vida.

—¿Tiene alguna foto de Karen en el móvil para que vea cómo le gusta vestir?

—Decenas —responde Raymond y empieza a enseñármelas.

Me muestra a una chica bonita, de ojos azules y pelo oscuro y rizado. En la mayoría de las imágenes, viste de forma casual y lleva bolsos *oversize*, así que ya sé por dónde tirar.

—¿Cuánto se quiere gastar?

—No sé. ¿Mil euros? ¿Dos mil?

Joder con el señor Smith.

Y joder con Noah y el sueldo que le debe de estar pagando.

—Creo que podremos encontrar algo bonito por ese precio —atino a decir tras aclararme la garganta.

Finalmente, elegimos uno de Versace digno de una estudiante de Harvard.

—Le debo una, señorita Vargas —murmura agradecido.

Voy a responderle que no me debe nada, pero decido callar. Siempre es útil que te deban un favor, y más si se trata del señor Smith.

El último día en el MWC se me hace más llevadero porque allí nos encontramos con Francisco García y Leo Carbonero de FYL Enterprise, la pequeña *start-up* que ahora posee Noah. Los dos chicos se unen a nosotros y siguen al vaquero como si fuese el Alpha de la manada, y supongo que así es. La verdad es que, a su lado, parecen dos cachorrillos desgarbados.

Con todo, Noah no es el único que ha despertado la adoración de uno de ellos.

He descubierto a Francisco observándome embobado un par de veces, y siempre se queda cerca de mí. Por cómo baja los ojos, ruborizado, cuando lo miro, creo que le gusto.

Vuelve a llevar una camiseta de *One Peace* que le encantaría a Lucas y, en esta ocasión, no dudo en preguntarle.

—Señor García...

—Por favor, tutéame y llámame Frank. Después de todo, tenemos la misma edad —murmura algo cohibido.

Me abstengo de decirle que soy cinco años mayor que él, pero que tengo varias décadas más en experiencia vital.

—¿Podrías decirme dónde has comprado la camiseta? —inquiero aprovechando que Noah se pone a hablar con Leo a cierta distancia.

—Yo... Bueno... En una tienda cerca de mi casa —balbucea y se pone tan rojo que parece que va a entrar en combustión espontánea—. Si te gusta, te la regalo —añade y hace el gesto de quitársela allí mismo.

—¡No! —exclamo y pongo mi mano sobre la suya para detenerlo justo cuando tengo el primer atisbo del vientre blanquecino y algo peludo.

»No es para mí, es para mi... Para el hijo de una amiga —rectifico antes de llegar a decir «mi hijo». Hubiese sido una metedura de pata.

—¿Todo bien por aquí? —inquieta Noah apareciendo de repente a mi lado.

Frunce el ceño con la vista clavada en mi mano, que todavía está posada en la de Frank. La aparto al instante con una sonrisa.

—Sí, solo estamos charlando un poco.

—Siento no estar prestándote la debida atención, preciosa —musita Noah con voz melosa y, para mi sorpresa, me pasa un brazo por la cintura y me aprieta contra él—. Luego te lo compensaré —añade besándome la mejilla en un gesto muy íntimo.

Lo que acaba de hacer es el equivalente a mearme encima para marcar terreno. Y funciona, porque Frank nos mira ojiplático a los dos y entonces parece darse cuenta de lo que Noah le ha querido mostrar: que entre nosotros hay algo más que una mera relación jefe-empleada.

Volteo los ojos y justo mi mirada tropieza con la de un hombre que está a unos diez metros de nosotros. Tendrá unos treinta y cinco años, con el pelo y los ojos castaños y bastante atractivo. Mientras todos a su alrededor van de aquí para allá, él está quieto, observándome de forma penetrante.

—Yo... Lo siento... No sabía —farfulla Frank todo apurado.

—Tranquilo, no has hecho nada malo —aseguro y le clavo un codazo a Noah en el costado para dejarle bien claro que esa actitud posesiva no va conmigo.

Sonrío distraída al escucharlo gruñir mientras busco de nuevo al desconocido de pelo castaño y mirada penetrante, pero ya no lo veo.

Después del acto de clausura oficial del MWC, nos despedimos de Frank y Leo, y nos vamos a comer a un lugar recomendado por Marcos.

Desde el restaurante Torre de Alta Mar, situado a setenta y cinco metros de altura, se puede ver una impresionante panorámica de Barcelona desde todos los ángulos.

La comida es tan maravillosa como las vistas, y me pongo a hacer fotos de cada uno de los elegantes platillos que nos sacan. Noah, en cambio, mira su plato con cierta decepción.

—¿No te gusta?

—Está muy buena, pero la cocina de autor no me termina de convencer. Mucha elaboración y poca cantidad —añade señalando el escaso contenido de su plato de forma significativa.

»Soy un hombre de gustos sencillos: donde se ponga un buen bistec o un guiso que rebose el plato, que se quite lo demás.

—Te llevarías bien con mi abuela Catalina —comento con una sonrisa—. Es muy buena cocinera y, además, muy generosa en las raciones. Si fuera por ella, pesaría como unos veinte kilos más. No para de cebarme. Solo con el desayuno que prepara cada mañana podría pasar el resto del día.

—Entonces, ¿vives con tu abuela? —inquire Noah con estudiada indiferencia.

«Ups».

Debería de haber tenido en cuenta que Noah procesaría la mínima información que le diera en su base de datos mental.

—¿Has probado la salsa? —pregunto cambiando de tema—. Está deliciosa.

—¿Te das cuenta de que no sé casi nada de ti? —pregunta Noah en tono frustrado.

»Eres la mujer más hermética que he conocido.

—No hay mucho que contar —miento.

»Además, tú no es que seas un libro abierto precisamente —repongo.

—Pregúntame lo que quieras.

—¿Quién es Rachel? —inquiero llevada por la curiosidad de lo que he escuchado.

Según Robert, Noah y ella tuvieron una aventura. También insinuó que Noah había llevado a una mujer al suicidio. ¿Hablaban también de ella?

Noah se queda rígido y palidece. Es solo un segundo hasta que vuelve a recomponerse y alzar sus escudos. Entonces, entorna los ojos y esboza una sonrisa fría y afilada.

—Pregúntame lo que quieras menos eso.

—Está bien, ¿qué me dices de la cicatriz que tienes en la parte posterior del muslo izquierdo? ¿Cómo te la hiciste?

Noah se echa hacia atrás mientras cruza los brazos. Todo en su lenguaje corporal indica que no quiere responder a esa pregunta.

—¿Qué hay de las típicas preguntas como «¿Cuál es tu color favorito?» o «¿Prefieres la playa o la montaña?»?

—Eres tú el que ha dicho: «Pregúntame lo que quieras».

—*Touché* —murmura—, pero esperaba que hicieras las preguntas típicas y no que fueras directa a la yugular.

Me encojo de hombros. Yo soy así.

Noah me observa en silencio durante un par de segundos y luego lanza un suspiro.

—Está bien, responderé. Tuve un accidente en un rodeo.

—¿El intrépido vaquero se cayó de un caballo? —inquiero en tono de chanza.

—No, fue un toro de más de media tonelada el que se cayó... encima de mí —revela a desgana.

Mis deseos de mofarme desaparecen al instante.

—¡Joder! Lo siento —farfullo arrepentida de haber bromeado al respecto.

Recuerdo que mi padre me enseñó vídeos de varios rodeos cuando era pequeña. Al parecer, eran toda una subcultura en Texas. Me impresionaba mucho el control de los jinetes y la valentía que debían de tener para montar aquellos inmensos toros.

Al imaginar a Noah aplastado por uno de ellos siento que el estómago se me revuelve.

—Gajes del oficio.

—Un oficio muy peligroso.

—Por aquel entonces era joven y me volví adicto al chute de adrenalina que me producía el riesgo —confiesa, pero yo intuyo que calla mucho más de lo que cuenta.

»Bien, ya te he contado la historia de una de las marcas de mi cuerpo —comenta antes de que pueda seguir indagando—. Ahora es tu turno: háblame de tu tatuaje.

»*Do ut des* —insiste aludiendo al termino latín de la reciprocidad al ver que permanezco en silencio—. Te toca a ti revelar uno de tus secretos: cuéntame qué historia hay detrás de ese ave fénix.

—Está bien —musito dándome por vencida. Es lo justo.

»Ya te hablé de mi padre —empiezo diciendo—. Mi madre y yo nunca tuvimos una relación muy unida, así que él lo era todo para mí. Tras su muerte, mi mundo se desmoronó. Me fui a vivir con mi madre, pero ella... no era buena para mí —resumo en cinco palabras toda una vida de maltrato psicológico—. Era muy joven, me sentía perdida y acabé yendo por el mal camino. Hice cosas de las que no estoy orgullosa, hasta que un día... toqué fondo. —No entro en detalles, ya que él tampoco lo ha hecho.

»Por suerte, mi abuela Catalina vino en mi rescate —prosigo relatando—. Me acogió en su casa, me ofreció su cariño y me apoyo durante... Bueno, durante todo el tiempo. Me brindó una segunda oportunidad. Me hizo comprender que, aunque hubiese cometido errores, era joven y tenía toda la vida por delante. Así que renací de mis cenizas.

—*We are the champions* —concluye Noah con un susurro, y sé que me entiende a la perfección.

—*We are the champions* —convengo—. Esa canción siempre me ha empujado a seguir adelante y superarme.

Noah asiente en silencio y sé que para él tiene el mismo significado. Me gustaría preguntarle por qué motivo se hizo su tatuaje. Intuyo que la cicatriz de la pierna está relacionada y, antes de que pueda hacerlo, mi móvil empieza a sonar. Es Desiré.

—Perdona, es importante —musito a Noah porque intuyo para qué me llama.

Me levanto de la mesa y me voy a un rincón del restaurante en busca de intimidad.

—Confirmado por el medico: estoy embarazada —anuncia mi amiga en cuanto lo cojo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que estoy de unas ocho semanas. Me ha mandado una analítica de sangre y me ha recetado vitaminas. De cualquier forma, me ha dado cita para dentro de cuatro semanas y tengo que decidir si quiero seguir adelante o no.

»Yo... lo he visto ya en la ecografía, Sin. Está creciendo dentro de mí —añade entre maravillada y temerosa.

Recuerdo mi primera ecografía. Lo asustada que estuve. Lo enfadada que me sentí con el mundo y conmigo misma por haberme puesto en aquella situación. Odié tanto aquella pequeña mancha deforme en la pantalla del ecógrafo... ¿Quién me iba a decir que luego se convertiría en mi persona favorita en el mundo?

Mi pequeño Lucas.

Mi niño.

Mi amor.

Ahora no puedo concebir mi vida sin él.

—Piénsalo bien porque, tomes la decisión que tomes, vivirás con ella el resto de tu vida.

—Sé que he metido la pata contigo y que debes de estar muy cabreada conmigo por todo lo

que te ha pasado en Barcelona por mi culpa, pero... ¿estarás a mi lado en esto? —pregunta Desiré con voz temblorosa.

—Siempre —prometo. Oigo un pequeño sollozo a través de la línea y se me llenan los ojos de lágrimas. Pienso en lo mucho que me ayudó mi abuela en los momentos más difíciles, y se me ocurre que seguro que también puede ayudarla a ella con el aplomo con el que siempre se ha enfrentado a la vida.

»Si esta tarde no tienes nada que hacer, ¿podrías ir a casa de mi abuela para preparar mis cosas y enviármelas? —propongo ofreciéndole una excusa para que se vean—. De paso también te puedes quedar a cenar con ellos. Que yo no esté no implica que tú no puedas ir, y me quedaré más tranquila si echas un vistazo y me confirmas que están bien.

—Iré encantada, pero... ¿estás segura de querer que te mande algo de lo que tienes aquí? Con el dinero que estás ganando, bien puedes ir de compras hasta que tu tarjeta eche humo. O, mejor aún, que Noah Grayson pague por ello.

Descarto eso último al instante, no quiero que Noah pague mi ropa. Para eso estoy trabajando, para poder hacerlo yo. Sin embargo, Desiré tiene razón en algo.

—Pues creo que te haré caso y me iré de compras —concedo al final.

Después de todo, me merezco un capricho.

Me despido de Desiré y vuelvo a la mesa, en donde Noah me espera mirando el móvil.

—Si esta tarde no tienes ningún compromiso, ¿podríamos ir de compras? Necesito ropa para pasar el mes —añado ante su mirada interrogante.

—Claro, no lo había pensado —musita—. Te compraré lo que necesites —agrega con una arrogancia que me crispera al instante.

—No, no me has entendido. No te estoy pidiendo que me compres nada. Quiero ir a comprarme *mi* ropa con *mi* dinero.

—De verdad que no te entiendo —masculla él con el ceño fruncido—. Cualquier mujer aceptaría mi ofrecimiento sin dudar.

—Yo no soy cualquier mujer —repongo.

—Desde luego, no te pareces a ninguna de las mujeres con las que he estado —bufa por lo bajini. ¿Qué demonios significa eso? ¿Es un piropo o una crítica?

»Está bien —concede finalmente—. Smith te acompañará a donde quieras ir de compras mientras yo resuelvo ciertos asuntos.

—Smith es tu asistente y guardaespaldas. ¿No es mejor que se quede contigo?

—No —dice sin más.

Y es un «no» que no admite réplicas.

Capítulo 18

Noah

Mientras Sinclair está de compras, aprovecho para acudir a una inmobiliaria situada en el Paseo de Gracia, muy cerca del hotel. Paso casi dos horas allí hablando con el director de la oficina y viendo posibles inmuebles para mi nueva sucursal.

No obstante, mi mente está distraída por la desquiciante mujer a la que estoy pagando una fortuna para que permanezca a mi lado.

Está claro que nunca podré bajar la guardia con ella. Es observadora, inteligente e intuitiva, y sabe localizar los puntos débiles de una persona.

Los míos son dos.

Dos temas que siempre evito porque todavía me desgarran por dentro y me hacen sentir vulnerable.

«¿Quién es Rachel?».

Me ha sorprendido tanto la pregunta que se ha notado cómo me perturba. Sé que he empalidecido al escuchar ese nombre y sé que ella se ha dado cuenta.

«Está bien, ¿qué me dices de la cicatriz que tienes en la parte posterior del muslo izquierdo? ¿Cómo te la hiciste?».

No sé cuál ha dolido más. Bueno, sí. La que no he respondido.

De la cicatriz puedo hablar, aunque sin profundizar en todas las emociones que arrastró el accidente y todo lo que supuso para mí.

Todas las personas piensan que es un incidente de mi pasado que ya he dejado atrás. Incluso mi familia lo cree. Tal vez Amanda sospecha algo, pero ha tenido la delicadeza de no preguntar.

Sinclair no tiene esa delicadeza.

Sé que la respuesta que le he dado no la ha satisfecho del todo y querrá indagar más.

Lo curioso es que, si hay alguna persona con la que me siento tentado a compartir mis miedos, es justo ella. Casi una desconocida, pero con la suficiente fortaleza para cogerme de la mano y ayudarme a avanzar. De andar a mi lado y mostrar su apoyo si lo necesito.

No se me va de la cabeza la noche del cóctel, cuando al bajar de la limusina me quedé bloqueado por el aluvión de frases que nos recibieron.

Joder, creo que me enamoré de Sinclair justo en ese instante: cuando ella me ofreció su mano en uno de mis pocos momentos de vulnerabilidad. No solo por el gesto en sí, sino porque intuiera cuánto lo necesitaba.

Es justo la mujer que me prometí a mí mismo encontrar: una que no me abandonase a la primera de cambio.

Un flechazo. Así de simple.

Solo hay que ver la forma en que me erizo cuando se le acerca algún hombre. Me cabrea cada vez que se le ilumina la cara cuando recibe algún mensaje de ese tal Lucas y cuando se encierra en su habitación a hablar con él, cosa que hace a diario, como si no pudiese aguantar

más de un día sin escuchar su voz. Me enerva cuando la veo intercambiar alguna mirada cómplice con el chófer, como si compartieran algún secreto o se conocieran mejor de lo que parece. Me crispo cuando sonrío a otro, aunque sea un muchacho como Francisco García, y mucho más cuando la he visto tocarlo. Incluso me siento molesto cuando pasa tiempo con Smith en la cocina charlando.

Deseo ser el receptor de todas sus miradas cómplices, de sus sonrisas y de sus confidencias.

Me siento celoso y es frustrante. Nunca me había pasado. Además, estar junto a Sinclair me mantiene en un estado constante de excitación.

Más de una vez durante esta semana he tenido que reprimir el impulso de cargármela al hombro, lanzarla sobre la cama y saciar el hambre que me devora por dentro. Por el contrario, me he tenido que conformar con masturbarme en la ducha para aguantar las ganas como un jodido adolescente.

El problema es que no solo siento ganas físicas. Es algo más. Una necesidad que va más allá de los anhelos de mi cuerpo. Quiero saber todo de ella, descubrir sus secretos y ganarme su confianza.

Con mucho esfuerzo, me obligo a prestar atención al director de la inmobiliaria y elijo varios edificios para poder visitarlos a lo largo de la próxima semana.

Cuando salgo veo que tengo un par de llamadas de mis directivos que me apresuro a devolver.

La diferencia horaria entre Dallas y Barcelona es de siete horas, lo que implica que, para poder coincidir con el horario de oficina de mi personal, que es de nueve a cinco, debo hacerlo de seis de la tarde a doce de la noche. Eso me ha dado la excusa perfecta para estar ocupado después de la cena durante toda la semana y sobrellevar las ganas de follarme a Sinclair hasta la extenuación. Eso, y que me he prometido a mí mismo que no la voy a tocar hasta que ella no lo desee.

Como si la hubiese invocado con mi mente, la descubro al otro lado de la calle. Tanto ella como Smith, que está a su lado, van cargados de bolsas de diferentes marcas. Parece que han visitado muchas de las tiendas de esa calle.

En ese momento, veo que Sin se detiene y observa un escaparate durante varios segundos. Contengo el aliento de golpe al ver que se trata de La Perla, una conocida marca italiana de ropa interior y lencería de lujo. Solo con imaginar a Sinclair llevando uno de esos modelitos, siento que mi miembro se endurece.

Para mi total frustración, en lugar de entrar, continúa su camino en dirección al hotel.

Mi cuerpo se envara al instante y se me escapa un taco indignado. Me siento como un niño al que le tientan con un dulce y luego se lo niegan.

Sin pensarlo, cruzo la calle y entro en la tienda.

Si Sinclair no está dispuesta a darme ese pequeño capricho, tendré que tomar cartas en el asunto.

Capítulo 19

Sinclair

Cuando acabamos las compras, y regresamos al hotel, es la hora de cenar.

Voy cargada con tantas bolsas que casi no quepo por la puerta de la *suite*. Raymond no se queda atrás. Menos mal que ha venido conmigo. El hombre me ha acompañado con estoicidad por todo el Paseo de Gracia y se ha mostrado muy paciente cada vez que entraba en una tienda y me probaba ropa. Incluso he conseguido arrancarle alguna sonrisa en el proceso, algo de lo que estoy muy orgullosa.

Con todo, no me he vuelto loca y he procurado comprar prendas no demasiado caras, aunque me he sentido más que tentada a entrar en las tiendas de lujo. Sobre todo, en La Perla. Al ver la delicada ropa interior del escaparate, me he imaginado cómo reaccionaría Noah al verla.

Mi diablilla interior me ha tentado a entrar y comprar los conjuntos más sexis. Mi lado sensato ha visto los precios y ha ganado la batalla.

Puede que ahora tenga dinero —todavía me cuesta creer la cifra que hay a mi disposición en mi cuenta corriente después de solo una semana de «trabajo»—, pero no tengo la certeza de que Noah no se canse de mí y ponga fin al contrato antes de tiempo, así que prefiero ahorrar todo lo posible por si acaso.

Aun así, sumando todo, me he gastado tanto en mí misma que me siento culpable. Tanto que he comprado varias prendas *online* para mi abuela y para Lucas que les llegarán a casa en una semana. Entre ellas, las zapatillas de deporte que mi hijo ansía en secreto y que muchos de sus amigos llevan. Lástima no estar presente cuando las reciba para ver su cara de ilusión.

Ya cuando acabe mi contrato y sepa realmente el dinero del que dispongo volveremos a comprar más.

En cuanto entramos, Noah se acerca a recibirnos. Se ha quitado el traje que llevaba cuando nos despedimos y se ha puesto un suéter blanco y unos vaqueros desgastados. Como siempre, está guapo a rabiar. Me cuesta reconciliar su aspecto de hombre de negocios con el de ir por casa. Si tengo que elegir, sin duda me quedo con este. Me hace sentir más cómoda.

—Parece que la tarde ha sido fructífera —observa mientras saca a relucir su lado caballeroso y se apresura a coger las bolsas que llevo.

—Mucho —respondo con una sonrisa—. Espero que la tuya también.

—Bueno, al final he terminado yendo yo también de compras, ¿sabes? —comenta y hay un brillo en los ojos que consigue ponerme en guardia al instante.

—¿Y se puede saber qué has comprado? —inquiero con una ceja arqueada.

—Luego te lo enseño. Ahora, cenemos.

La conversación fluye como siempre mientras cenamos, pero hay algo diferente a las otras

noches.

Expectación.

Sé que esta vez, cuando terminemos, no se va a encerrar en su habitación a trabajar como las pasadas. Y mi certeza se confirma cuando, al tragar el último bocado, se levanta y me observa de forma inescrutable.

—Ven a la habitación —ordena.

Porque sí, lo dice en un tono que no admite réplica y da por hecho que lo haré porque se encamina hacia allí sin esperarme.

Mi mano tiembla cuando cojo la copa y me termino el vino que hay en su interior de un solo trago. Después, lo sigo con cautela. El corazón me retumba con fuerza a cada paso que me obligo a dar.

Me asusta estar a su merced, pero creo que temo más el deseo que ha prendido en mi interior desde que he escuchado esa orden.

Al llegar a la estancia, veo un par de bolsas sobre la cama.

—Te dije que no quería que me comprases nada —farfullo casi sin voz.

—No te equivoques, preciosa. Esto no es para ti. Es todo para mí. Solo yo voy a tener el privilegio de ver estas prendas sobre tu piel.

»Entra en el baño, desnúdate y póntelas. Quiero que, cuando salgas, solo lleves esto puesto —añade tendiéndome las dos bolsas.

No me puedo negar. No cuando es el único gesto íntimo que me ha pedido en varios días. Además, el problema no está en ponerme lo que sea que contenga esa dichosa bolsa.

El problema es lo que vendrá después.

Debo reconocer una cosa: Noah Grayson tiene un gusto exquisito para elegir la lencería y muy buen ojo para las tallas.

Me observo en el espejo con ojo crítico. No tengo un cuerpo perfecto, nadie lo tiene, pero me siento muy sexi con el conjunto de La Perla que ha comprado. Se trata de un sujetador *balconette* de encaje negro que realza y eleva mis pechos de una forma muy seductora. La parte de abajo es una braguita brasileña de encaje y raso que va a juego, y que se complementa con un ligero para sujetar las medias que había en la bolsa.

En la otra, unos zapatos destalonados de la marca Jimmy Choo confeccionados en charol negro y con una tira de cristales en la parte superior como única sujeción. Pese a que tiene un tacón de diez centímetros, son sorprendentemente cómodos y estilizan mis piernas de forma asombrosa.

Está claro que Noah ha pensado en cada detalle.

Incluso hay una bata corta de seda que me pongo antes de salir del baño como si esa fina tela pudiera protegerme de algo. Creo que él la ha puesto ahí por eso, para darme cierta sensación de seguridad.

Me detengo de golpe al ver que la habitación está en penumbra. Lo único sutilmente iluminado es el espacio que hay frente a la chimenea de gas, cuyas llamas tiñen de un cálido resplandor el elegante *chaise longue* de terciopelo azul oscuro que hay delante.

—Sitúate frente a la chimenea, al lado de la *chaise longue*.

La voz de Noah me llega desde algún punto cercano a esa zona, pero no consigo discernir su figura entre las sombras.

Me dirijo hasta donde me dice con el corazón retumbando con fuerza. Estoy tan nerviosa

que tardo unos segundos en descubrir la música ambiente que me envuelve o tal vez sea porque me llega en un volumen bajo y acariciante como un ronroneo. Es un *jazz* suave compuesto por piano y saxo, tan sensual como la atmósfera que don Perfecto está recreando.

Por fin lo veo. Bueno, al menos una parte de él. Está sentado en un sillón a un par de metros de distancia, engullido por la negrura que nos envuelve. Solo logro discernir su brazo derecho sobre el reposabrazos y su pierna derecha, ya que son las únicas partes que alcanza el resplandor del fuego.

No recuerdo que la disposición de los muebles estuviera así, ha debido de moverlos para dejar a los dos enfrentados de forma que yo me quedo expuesta a la luz mientras él permanece en las sombras.

—Todo esto es muy...

—Esta noche no quiero que hables, solo que obedezcas —corta en tono autoritario.

»Quítate la bata y deja que se deslice hasta caer al suelo. —Me envaró al instante y me cruzo de brazos. Entonces, Noah lanza un suspiro.

—Si no puedo tocarte, al menos permíteme que te observe a placer —murmura.

»¿O es que acaso prefieres que me acerque a ti y lo haga yo? —agrega con voz sedosa.

Ese último comentario me activa de golpe. Si Noah se aproxima, la tentación aumenta. Prefiero que se quede en donde está.

Escuchar su voz ronca sin verle la cara me crispa los nervios y mis manos se mueven con torpeza para desatar la lazada que cierra la bata. Después, esta se desliza sobre mi piel en una caricia de seda hasta acabar a mis pies.

Solo el orgullo me impide ocultar mi cuerpo con las manos cuando queda expuesto a su atenta mirada. Eso y la seguridad que tengo de que lo he impresionado. Y esa seguridad me la da la visión de la mano de Noah aferrándose al reposabrazos con fuerza, como si tuviera que sujetarse a algo para no saltar sobre mí.

Hasta mí llega su respiración acelerada y sonrío para mis adentros. Puede que tenga que doblegarme a sus reglas, pero en ese momento decido que él también va a sufrir en el proceso.

Con ese pensamiento en mente, me propongo dejar a un lado mis remilgos y darle un espectáculo que no olvide.

—Gira sobre ti misma. —Parece un acto fácil, pero no lo es cuando sientes las piernas temblorosas e inestables sobre esos taconazos. Procuero hacerlo con elegancia y me doy por satisfecha con mi movimiento al finalizar y no estar desparramada en el suelo.

»Realmente preciosa —musita Noah con voz ronca.

»Ahora, siéntate sobre el borde del *chaise longue* y lleva las manos hacia atrás deslizándolas sobre el terciopelo.

Esa postura me obliga a arquear un poco la espalda para disimular la tripa, lo que expone más mis pechos. Podría encorvar los hombros, pero a costa de mostrar el pequeño michelín de mi cintura, cosa que no pienso hacer por nada del mundo.

«Tú imagínate que estás jugando al *Twister*», suelta mi voccecita interior para aliviar un poco la tensión de mi cuerpo.

Empiezo a sonreír ante mi propia broma, pero entonces escucho:

—Separa las rodillas. Espacio.

El humor se evapora con la llamarada de fuego que se enciende en mi interior ante esas palabras. Dudo solo un segundo antes de hacerlo.

Abrir mis muslos de esa manera con él frente a mí, pero sin poder verle el rostro, me hace sentir vulnerable. A pesar de eso, obedezco.

—Ahora quiero que poses la mano derecha en la base de tu cuello.

»Bájala despacio hasta cubrir uno de tus senos —añade en cuanto la coloco en el punto indicado.

»Roza el pezón con el dedo.

»Cierra los ojos e imagina que es mi mano la que te está tocando. Eso es. Así. —El delicado encaje es tan fino que parece que esté desnuda y suelto un jadeo cuando siento cómo las cumbres de mis pechos se endurecen ante mi propio tacto.

»Ahora, desliza la mano por tu vientre hasta posarla en tu pubis. —En cuanto lo hago, noto contra mi palma el resultado de mi excitación y siento que me sonrojo ante la respuesta de mi cuerpo. Solo espero que Noah no se dé cuenta de nada.

»Dime, preciosa, ¿sientes la humedad que empapa la tela?

Abro los ojos de golpe, muerta de vergüenza. Maldito sea. No se le escapa nada.

—Pensé que no querías que hablara —rezongo de malhumor.

—Y no quiero. Solo tienes que mover la cabeza para responder.

»¿Estás excitada? —insiste.

Afirmo con reticencia.

No tiene sentido mentir.

No cuando la verdad está ante sus ojos.

Sus dedos vuelven a clavarse en el reposabrazos.

—¿Quieres que me acerque y sea yo el que te acaricie? —pregunta en un tono tan ronco que es un nuevo ataque a mi libido.

«¡Sí, Dios! ¡Sí!», grita mi cuerpo en silencio.

Solo por pura fuerza de voluntad consigo negar con un breve gesto.

Noah exhala de golpe como si hubiese estado conteniendo la respiración ante mi respuesta. Sin verlo, puedo sentir su frustración.

—Está bien. Mira debajo del almohadón que está a tu lado. —Busco donde me dice y veo una caja blanca de unos quince centímetros.

»Ábrela. —Me muerdo el labio mientras lo hago y gracias a eso contengo el taco que sale de mi boca cuando veo lo que hay en su interior.

»¿Sabes lo que es?

Sí, es un succionador de clítoris. Y lo sé porque tengo uno parecido en la mesita de noche de mi habitación en casa de mi abuela.

Muevo la cabeza arriba y abajo mientras le dirijo una mirada hostil porque sé lo que me va a pedir a continuación.

—Bien, pues ya sabes dónde tienes que colocártelo —suelta e intuyo su sonrisa canalla en cada palabra.

»O lo haces tú o lo hago yo —promete al ver que dudo.

«Maldito sádico», espeto para mis adentros mientras meto el aparatito por debajo del raso de la braguita hasta ponerlo en el lugar indicado.

Lo bueno de esto es que yo voy a regular la intensidad de...

El dispositivo se activa de repente con un zumbido y siento una suave succión que me provoca un gemido. Un segundo después, se apaga.

Lanzo una mirada acusatoria a Noah. El muy cabrito está usando algún mando a distancia para controlarlo.

—Si lo apartas, aunque sea solo un segundo, lo tomaré como una invitación a que mi boca ocupe su lugar —advierte.

En ese momento lo odio un poquito. No porque me esté obligando a hacer esto, sino por lo mucho que me estoy excitando en el proceso. Y él lo sabe. Sabe cómo me afecta y pretende aprovecharse de ello.

El aparatito cobra vida de nuevo en mi mano, estimulando mi clítoris con una suave succión que va aumentando de forma progresiva.

Mi respiración se acelera.

Mis labios se entreabren por voluntad propia.

Mi abdomen se tensa.

Mis rodillas tiemblan.

Mi piel se perla de sudor.

El placer aumenta a cada segundo, acercándome al precipicio. Más y más cerca. Y, justo cuando estoy en el borde, el dispositivo se apaga.

Se me escapa un gemido quejicoso.

—Última oportunidad, preciosa —musita Noah y, por el tono, parece tan sofocado como yo—. Déjame acercarme, Déjame tocarte. Déjame lamerte. Déjame enterrarme bien profundo entre tus piernas y llevarte conmigo al paraíso.

Y, si no, ¿qué? ¿Me dejará así?

Mis ojos se llenan de lágrimas por pura frustración, pero niego con terquedad.

Noah suelta un taco entre dientes ante mi negativa.

Entonces, justo cuando creo que me voy a quedar a medias, vuelve a activar el dispositivo con tal intensidad que me empuja directa al precipicio al que me estaba asomando.

Mi cuerpo se arquea presa del placer y tengo que morderme el labio para contener el nombre del hombre que me ha provocado esa dulce tortura.

—Hemos terminado por esta noche. Ponte la bata y vuelve a tu habitación —masculla en tono grave.

»Yo de ti me daría prisa, antes de que cambie de opinión y decida llevarte a la cama —añade al ver que no me muevo.

No hace falta que me lo diga dos veces. Me levanto con torpeza, recupero la bata y salgo de allí pitando. No me detengo hasta que no llego a mi estancia.

Cierro la puerta una vez que entro y me quedo allí apoyada, con el corazón a mil. En ese momento, oigo unos pasos al otro lado. Contengo la respiración. Siento que es Noah, que ha venido tras de mí. Sé que está al otro lado de la puerta y que, si demostrara algún indicio de que es bien recibido, entraría sin dudar.

Pongo la mano en el pomo, tentada a hacerlo. Noto un ligero movimiento en él e intuyo que Noah ha hecho lo mismo por el otro lado. Los dos con las manos apoyadas en el pomo, uno a cada lado.

A la mínima señal, abrirá.

Creo escuchar que susurra mi nombre y cierro los ojos. Es tan tentador.

«No seas tonta. ¿Por qué no disfrutar al máximo de todo lo que ese hombre te puede ofrecer?», razono conmigo misma.

«Si le dejas claro que te acuestas con él porque te apetece, y no porque te está pagando, ¿qué hay de malo en hacerlo?», reflexiono.

Le doy vueltas en mi cabeza, recapacitando sobre el tema y, justo cuando me autoconvenzo de que no pasa nada si me acuesto con él y voy a abrir para dejarlo entrar, escucho que Noah se aleja.

Dejo escapar el aire que he estado conteniendo mientras apoyo la frente en la puerta.

Para bien o para mal, el momento ha pasado.

Capítulo 20

Sinclair

Al día siguiente, Noah se comporta como si no hubiese sucedido nada entre nosotros, cosa que agradezco porque me da la oportunidad de recomponer mis defensas.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —pregunta mientras desayunamos después de nuestra sesión de ejercicio matinal—. Hasta la tarde no tengo que trabajar, así que podemos aprovechar la mañana como queramos —añade y «como queramos» suena pecaminoso en sus labios.

Mi mente se llena de imágenes de Noah y yo enredados entre las sábanas de su cama durante horas.

—Turismo —grazno y tengo que carraspear para que mi voz salga con cierta normalidad—. Podemos dar una vuelta por la ciudad.

Noah me mira algo decepcionado, como si hubiese esperado otra respuesta. Tal vez, la que me he sentido tentada a darle: «Pasemos la mañana haciendo el amor».

Con todo, no se lo toma a mal.

—Ya puede ser muy bonita para superar al monumento que tengo delante —comenta con un guiño. Casi escupo el café con leche atragantada por la risa.

»¿Qué? —inquieta Noah confundido por mi reacción.

—¿De verdad te funcionan esos piropos con las mujeres? —pregunto al recordad el que me dijo en otra ocasión.

«Preciosa, eres como un regalo caído del cielo. Estoy deseando desenvolverte para ver lo que escondes».

—Pues parece que no, porque eres a la única a la que se los digo y de entre todas las cosas que podríamos hacer esta mañana, muchas de ellas en mi cama, has elegido hacer turismo por la ciudad —repite Noah con voz seca.

—¿Esperabas que te lo pusiera tan fácil?

—Preciosa, cualquier cosa que pudiera esperar de ti se ha ido al traste después de conocerte. Ahora solo me limito a dejarme sorprender —añade y siento que me acaricia con la mirada.

El corazón me da un pequeño vuelco.

Sin duda, este hombre va a ser mi perdición.

Pasamos la mañana visitando el conjunto monumental de la Plaza del Rey y callejeando por el barrio gótico como una pareja de turistas que disfruta de unas vacaciones. Bueno, una con escolta, pues Smith nos sigue de forma discreta allá donde vamos.

Noah Grayson no para de asombrarme. Es divertido, atento, detallista y tiene un lado romántico que me descoloca constantemente.

Se supone que yo no soy más que su último juguete, aun así, en ocasiones lo sorprendo

mirándome de una forma tan intensa que me hace estremecer, con un deseo y un anhelo que me sacuden por dentro.

Me pregunto si tal vez yo lo observo igual, pues mis ojos lo buscan a cada segundo y, cada vez que nuestras miradas se encuentran, me pierdo en él.

No dejo de pensar en lo que me ha dicho cuando le he preguntado si los piropos le funcionaban con las demás mujeres.

«Tú eres la única a la que se los digo».

¿Será cierto o solo fue el típico comentario para intentar camelarme?

Eso hace que me pregunte cómo es su relación con las *escorts* que suele contratar o si existe alguna en especial que frecuente de forma asidua y con la que tenga una relación más especial.

Aprovechando que Noah se aleja un poco en busca de intimidad para responder a una llamada que ha recibido, me meto en internet y me pongo a curiosear sobre él. La verdad es que no encuentro mucho, parece que tanto él como su familia son bastante reservados a la hora de compartir su intimidad de forma pública. Con todo, se nota que están en el punto de mira de la prensa amarilla cada vez que acuden a algún evento.

Encuentro varias fotos de Noah, siempre acompañado por mujeres despampanantes. La más reciente, una de una fiesta en San Valentín en la que lleva colgada del brazo a una actriz muy hermosa con la que parece habérsele visto en las últimas ocasiones.

El titular que acompaña a la imagen me provoca un vuelco en el estómago.

¿Habrá conseguido la señorita Larson ganarse el corazón de nuestro soltero de oro?

—¿Todo bien?

La voz de Noah me sorprende tanto que casi se me cae el teléfono de la mano. No lo he escuchado acercarse.

—Todo perfecto —farfullo mientras apago el móvil y lo meto en el bolso.

Solo espero que no haya visto la imagen suya que tenía en pantalla y no se haya dado cuenta de que estaba indagando sobre él. Si lo ha hecho, no lo menciona.

—Me ha llamado mi madre —explica—. Al parecer, esta noche se celebra en Barcelona una cena de gala para recaudar fondos para una organización humanitaria con la que ella colabora. Robert iba a ir en representación de los Grayson, pero, en vista de la situación y de que he ampliado mi estancia aquí, mi madre cree que es más adecuado que sea yo el que acuda al evento.

»Habrá empresarios y algunas personalidades españolas, tanto del deporte como de la vida pública. Sé que es precipitado y que solo vas a tener cuatro horas para acicalarte; pero...

—¿Precipitado? —farfullo y me echo a reír.

»Por Dios, en mi vida he gastado tanto tiempo para arreglarme. ¿Qué te hace suponer que es precipitado?

—Cuando mi madre y mi hermana acuden a un evento así, se preparan durante días: *spa*, esteticistas, estilistas, maquillaje, peluquería...

—Está claro que ellas y yo vivimos en mundos diferentes. Lo máximo que he tardado en emperifollarme para una fiesta ha sido una hora, y me lo he hecho yo todo.

—En este caso, vas a contar con toda la ayuda profesional que necesites —declara Noah—. El hotel tiene servicio de estilismo y belleza, y les he llamado para que puedan atenderte durante toda la tarde.

—A ver si lo he entendido bien: ¿me has concertado una sesión de belleza completa de cuatro horas para acudir a la cena de gala?

—¿Te molesta?

¿Molestarme que me mimen durante tanto tiempo para dejarme fantástica?

—¿Estás de broma?

—Por cierto, ¿tienes algún vestido adecuado que ponerte o necesitas que te compre uno?

Visualizo el vestido de terciopelo color burdeos que me prestó Desiré y sonrío para mis adentros.

—Creo que tengo el ideal.

Me miro en el espejo mientras me coloco los pendientes de Swarovski que me regaló mi abuela Catalina en mi decimoctavo cumpleaños. Son sencillos, pero elegantes. Perfectos como complemento para esta noche.

No puedo evitar sonreír al hacerlo. Me siento tan guapa...

La esteticien me ha exfoliado el cuerpo por entero y luego me lo ha masajeado con un aceite aromático que ha dejado mi piel tan suave como la seda y con una ligera fragancia a magnolia que me parece muy sensual.

Llevo el cabello recogido en un peinado desenfadado, pero elegante, de manera que varios mechones enmarcan mi rostro de forma muy favorecedora.

La maquilladora ha utilizado una paleta de colores natural, ahumando ligeramente los ojos para crear una mirada intensa y realzando lo que consideraba mi punto fuerte: mis labios, que ha pintado con un tono burdeos intenso muy similar al de mi vestido.

Y, respecto al vestido, solo hay una palabra para describirlo: ¡guau!

Pese a que el terciopelo acaricia mis curvas de una forma muy sexi, el escote barco y las mangas largas consiguen que parezca recatado por delante cuando estoy quieta. Sin embargo, en cuanto me muevo, la abertura que hay al costado de la falda deja al descubierto la pierna derecha hasta medio muslo. Además, el escote en forma de uve que tiene en la espalda llega hasta el coxis, enmarcando mi tatuaje de una manera que, cuanto menos, llamará la atención.

De repente, alguien golpea la puerta.

—¿Estás lista? —La voz de Noah se escucha amortiguada.

Como única respuesta abro la puerta... y casi me caigo redonda. Noah Grayson está impresionante en vaqueros e imponente con traje, pero vestido de *smoking* es inigualable.

Sus ojos azul cielo me escanean de arriba abajo, y su expresión apreciativa me levanta el ánimo más de lo que podrían conseguir mil piropos de otros hombres. Ese vaquero tiene el don de hacerme sentir la mujer más hermosa del mundo solo con una mirada.

—Preciosa, tu nombre te hace honor. Sin duda incitas al pecado —susurra con voz ronca.

Sonrío para mis adentros. Si eso lo dice viendo la parte frontal de mi vestido, que es la recatada, cuando vea la trasera se caerá de culo. Sin embargo, esa es una sorpresa que me voy a reservar para más adelante. Así que me envuelvo con la capa y acepto el brazo que me tiende Noah de forma caballerosa.

El señor Smith, con su habitual traje negro, aguarda en el salón. Al verme me saluda con una ligera inclinación de cabeza y me guiña un ojo de forma disimulada para expresarme su aprobación. Después, nos escolta en el trayecto hasta la limusina.

Muchos ojos se detienen en nosotros cuando cruzamos el *hall* del hotel, y yo me siento como Julia Roberts en *Pretty Woman*, cuando se pone el impresionante vestido rojo para ir a la ópera.

En ese momento, decido olvidarme del contrato que me une al hombre que tengo al lado y

disfrutar la velada como si fuésemos una pareja de verdad. Sin embargo, mi intención se va al traste al ver a Marcos frente a la limusina observándome con reserva.

Como siempre, Noah me ofrece su mano para subir, pero esta vez, cuando nuestros ojos se encuentran, deposita un beso dulce en mi muñeca mientras sus ojos me sonríen con calidez. El corazón me da un brinco. Cuando está en modo don Perfecto, y se muestra tan cariñoso, me hace sentir como si volara.

Subo a la limusina todavía temblando por el mero roce de sus labios en mi piel y, justo cuando él va a subir detrás de mí, le suena el móvil.

—Dame un minuto —murmura con una sonrisa de disculpa y cierra la puerta para que el aire frío de la noche invernal no se cuele en el interior.

Lo miro a través de la ventanilla y pienso en lo difícil que va a ser volver a la rutina después de conocerlo.

—Te estás enamorando de él. —Lo imprevisto de la voz, unida al tono seco y acusatorio, me sobresalta. Estaba tan embobada mirando a Noah que no me había percatado de que Marcos se ha puesto tras el volante y me escruta a través del espejo retrovisor.

»No hace falta que lo niegues —me interrumpe cuando voy a hacer justo eso—. Es evidente por la forma en que lo observas.

»Sonya también miraba así al capullo de John Mason —añade en tono amargo—. Me repateaba el estómago cada vez que la veía ponerle ojitos —confiesa con rabia.

—Pues te alegrará saber que el capullo en verdad se llama Robert y que está casado.

Marcos se gira tan rápido que me extraña que no se disloque el cuello.

—¿Casado? ¿Sonya lo sabe?

—Sí, y créeme si te digo que ya no le volverá a poner ojitos nunca más.

Por un segundo, la expresión de Marcos refleja alivio, pero enseguida se tiñe de preocupación.

—Lo siento por ella. Debe de estar pasándolo mal.

Parpadeo con incredulidad. En lugar de alegrarse de que se haya ido al traste su relación con el otro, se siente mal por Desiré. Eso solo puede significar una cosa.

—Estás enamorado de ella hasta las trancas.

—Como un idiota —admite casi con vergüenza—. Creo que la quise desde la primera vez que coincidimos en un trabajo. Su cliente era un rico empresario español, uno de esos *playboys* de mediana edad que acaban de divorciarse de su mujer de toda la vida y tontean con cuanta veinteañera se le ponga por delante. Ella fue contratada como acompañante e intérprete en una cena de trabajo con unos empresarios americanos. Parece que la cena fue bien para el tipo y llegó a un acuerdo con los americanos, porque después quiso celebrarlo con Sonya de una forma más «personal» —explica con una mueca.

»Llevo casi un año trabajando como chófer en esta empresa y he visto a chiquillas recién cumplidos los veinte años, la mayoría universitarias bonitas y con educación, abrirse de piernas sin pudor para que vejestorios que les triplicaban la edad las cabalgasen sin contemplaciones, y esperaba algo así de ella cuando aquel hombre le ofreció una fortuna por acabar la velada en su cama.

—Sonya no es una puta —aseguro con convicción usando el apodo de mi amiga para respetar su anonimato.

—No, no lo es —coincide él con un suspiro.

»Tendrías que haberla visto. Por poco no abre la puerta y lo tira de una patada en el culo con la limusina en marcha. En aquel mismo instante supe que era una chica especial y quise

conocerla mejor.

—Y empezasteis a salir.

—Nos esforzamos para vernos los fines de semana, aunque solo fuera trabajando. Me enamoré de ella enseguida y...

—Y por eso te liaste con otra —resoplo con disgusto.

—¿Qué? —Marcos mueve la cabeza de forma negativa mientras compone una expresión confusa—. Yo no... —De repente, se pone pálido—. ¿Ella me vio? —farfulla.

—Si estás preguntando si te pilló comiéndole la boca a una morena, sí, lo hizo. Y por eso buscó consuelo en el capullo de Robert John Mason.

—Joder, joder, joder —masculla Marcos visiblemente alterado—. Necesito hablar con Sonya. Tengo que explicarle...

Calla de repente cuando Smith abre la puerta de la limusina para que entre Noah.

Tengo que morderme el labio para no gritarle al vaquero que salga y me deje unos minutos más de intimidad con Marcos. Raymond también entra ocupando el asiento del copiloto, y Marcos y yo compartimos una última mirada a través del espejo retrovisor antes de que el cristal de separación se eleve.

Miro de reojo a Noah, pues permanece callado. No sé por qué razón está molesto. Tal vez por la llamada que ha recibido.

Permanecemos en silencio durante varios minutos y no intento entablar conversación. Más bien me dedico a darle vueltas a la relación entre Desiré y Marcos mientras decido hasta qué punto debo intervenir o dejarlos estar, porque creo que ha habido algún tipo de malentendido entre ellos que tal vez...

—¿Conocías al señor Mengod con anterioridad?

La pregunta imprevista me hace dar un respingo. Está dicha como al descuido, pero intuyo que Noah ha tardado todo ese tiempo en decidirse en si hacerla o no. Es como si algo se la hubiese arrancado de dentro.

—No.

Noah aprieta la mandíbula y su mirada se oscurece.

—No me gusta que me mientan.

—No lo hago —repongo airada porque desconfíe—. La que lo conoce es mi amiga Sonya.

—¿Y nunca habías coincidido con él en ningún trabajo?

—Al contrario de lo que piensas, mi experiencia como *escort* es muy limitada.

Noah frunce el ceño. Abre la boca para preguntar algo, y justo en ese momento la limusina llega a su destino.

El lugar elegido para el evento son las Atarazanas Reales de Barcelona, un imponente conjunto arquitectónico gótico que se empezó a construir a finales del siglo XIII, durante el reinado de Pedro III de Aragón, y que fue restaurado hace unos años.

Cuando bajo de la limusina, y veo a un montón de fotógrafos a la espera de hacer instantáneas durante el recorrido de la alfombra roja, busco la mano de Noah de forma automática. Hay muchos más que en el cóctel al que fuimos el sábado, entiendo que porque debe de haber más famosos.

En cuanto los ve, Noah palidece y me aprieta la mano con fuerza hasta hacerme daño, pero aguanto sin decir nada. No termino de comprender qué trauma tiene con la atención mediática, solo sé que se pone rígido cada vez que nos hacen una foto. Sea lo que sea, no lo voy a soltar.

Hacemos el recorrido hasta la puerta de entrada, azotados por los destellos de las cámaras, como si fuésemos auténticas celebridades. Lo curioso es que, como la vez anterior, estoy segura de que no saben ni quiénes somos. Bueno, por descontado que no saben de mí. En cuanto a Noah, puede que sea conocido en su país, pero en España no lo creo.

En el vestíbulo han dispuesto un servicio de guardarropía, donde los invitados se van despojando de sus prendas de abrigo. De forma caballerosa, Noah se pone detrás de mí y me ayuda a quitarme la capa.

—Joder —masculla de pronto.

Frunzo el ceño por un segundo, descolocada, hasta que deduzco la razón del taco: acaba de descubrir la parte trasera de mi vestido.

Sonrío para mis adentros sin girarme esperando algún comentario sobre lo sexi que le parece o lo mucho que le pone, cuando, de pronto, Noah gruñe y me vuelve a echar la capa sobre los hombros de forma casi brusca.

—¿Se puede saber qué haces? —inquiero confusa por su reacción.

—A tu vestido le falta un trozo de tela —repone Noah con voz bronca.

Volteo los ojos.

—Mi vestido es perfecto tal y como está —protesto mientras me quito la capa.

—De eso nada, llevas toda la espalda al aire y se te ve hasta... —Calla de repente y sus ojos vuelan hacia mis pechos. Observo fascinada cómo sus pupilas se dilatan.

»Con esa espalda es imposible que... —musita como reflexionando en voz alta algo que se le acababa de ocurrir—. ¡No llevas sujetador! —concluye finalmente en tono acusatorio.

Lo suelta con la voz lo suficientemente alta como para que un par de personas que están cerca de nosotros se giren a mirarme.

—Noah Grayson, si no quieres que te dé una patada en el culo, será mejor que bajes la voz —musito avergonzada—. Con esa actitud lo único que estás consiguiendo es que todos los presentes me miren las tetas —añado enfadada.

»Parece mentira, he visto fotos tuyas por internet en la que vas acompañado por mujeres que llevaban un escote hasta el ombligo, y me estás montando un escándalo porque mi vestido enseña un poco la espalda. Déjame decirte que ahora mismo te estás comportando como un neandertal.

—Esas mujeres no significan nada para mí —espeta Noah mientras se pasa la mano por el pelo con impaciencia—. Y lo correcto sería decir que me estoy portando como un *Homo erectus* —agrega con una mirada significativa. Automáticamente, mis ojos vuelan hacia la zona de la ingle para comprobar si realmente está excitado, pero, si es el caso, el *smoking* lo disimula de forma efectiva.

»Créeme, está ahí —asegura con voz ronca—. Y mucho me temo que va a estarlo durante toda la noche hasta que volvamos al hotel a no ser que le pongamos remedio.

—¿Qué remedio? —pregunto casi sin voz, hipnotizada por el crudo deseo que hace brillar sus ojos.

—Podríamos encontrar algún rincón oscuro y discreto en este lugar —sugiere murmurándome al oído.

»Nadie nos echaría en falta un par de minutos —añade y entonces su lengua acaricia el lóbulo de mi oreja provocando una descarga eléctrica por mi columna vertebral.

Suelto un jadeo y mis manos se aferran a las solapas de su chaqueta como buscando estabilidad cuando las piernas me tiemblan.

Agradezco en silencio que el vestido lleve un pequeño relleno en la zona delantera para

moldear el pecho, porque, de lo contrario, mis pezones estarían despuntando como misiles Tomahawk sobre la tela haciéndome morir de vergüenza.

Siento más que veo cómo sonrío satisfecho por mi reacción, y eso consigue que recobre la compostura y busque una manera de resarcirme de su seductor ataque. Por eso, aprieto mi cuerpo contra él en lugar de alejarlo.

—¿Un par de minutos? —musito en tono decepcionado—. Cariño, cuando te tenga entre mis piernas espero que aguantes mucho más.

Sonrío para mis adentros al ver cómo contiene el aliento de golpe y siento cómo se tensa contra mí. Justo cuando me voy a separar de él, sus manos se posan en mis caderas y me atraen más contra él para que no me quede duda de cómo le acaba de afectar mi comentario.

Noto su miembro tenso y duro contra mí, y mi mente se llena de imágenes de la noche que pasamos juntos.

De cómo sus manos recorrieron mi piel hasta hacerme jadear.

De cómo me penetró hasta hacerme rogar por más.

De cómo me dio placer hasta hacerme gritar.

¿Pagar?

Estoy deseándolo.

Capítulo 21

Sinclair

Cuando traspasamos las puertas de acceso a la sala Marqués de Comillas, donde se celebra la cena, contengo el aliento. Se trata de una sala hipóstila de unos mil setecientos metros cuadrados en la que innumerables columnas se alzan hacia el techo abovedado creando el efecto de un bosque arquitectónico.

Para esa ocasión, ha sido engalanada con flores y con una estudiada iluminación que realza la maestría de los arcos. En uno de los lados del salón, las mesas redondas se disponen entre las columnas en un cuidadoso desorden mientras que, en el otro lado, se ha montado un pequeño escenario donde un grupo de música ameniza la velada, dejando espacio suficiente entre las mesas y el escenario para que la gente que se anime pueda bailar después de la cena.

Solo de pensar en que, tal vez, Noah me saque a bailar y lo que eso implica, noto un calorillo en mi vientre.

Sentir su cuerpo contra el mío balanceándonos al son de la música...

—¿Desea una copa de cava? —inquire un camarero apareciendo a mi lado con una bandeja.

Tomo una y me la bebo de un trago.

—Despacio, preciosa —musita Noah en mi oído—. La noche no ha hecho nada más que empezar —añade y sus ojos brillan con una seductora promesa que me hace temblar.

Durante la cena, trato de relajarme y disfrutar. Nos han sentado con varios comensales de lo más variopintos: desde un cantante de éxito hasta un escritor famoso, que amenizan la conversación con divertidas anécdotas. Sin embargo, no dejo de notar como si alguien me estuviese observando. Supongo que son imaginaciones mías o la simple certeza de que yo no pinto nada entre toda esa gente rica y alguien puede haberlo percibido, pero la sensación no se me va de encima.

Al terminar de cenar, y aprovechando que Noah se pone a hablar con otro multimillonario sobre lo interesante que ha sido el MWC, voy al baño a acicalarme.

Cuando salgo, me encuentro cara a cara con Robert.

—¡Qué coincidencia! —exclama con una sonrisa falsa.

—No creo que haya sido casualidad —mascullo porque intuyo que él ha sido la persona que me ha estado observando. Trato de esquivarlo, pero Robert me coge del brazo. A juzgar por su aliento, ha estado bebiendo bastante.

»Suéltame o lo lamentarás —advierto fulminándolo con la mirada.

—He venido en son de paz, ¿vale? —farfulla liberándome al instante.

»Solo quiero hablar.

—No creo que tú y yo tengamos nada que decirnos.

—Ya lo creo que sí. Necesito que intercedas por mí ante Noah —declara sorprendiéndome—. Convéncelo para que deje de joderme y que me dé otra oportunidad. A cambio, te daré

acciones de mi empresa. Te haré muuuuy rica —añade arrastrando un poco las palabras.

—¿Qué te hace suponer que Noah me escucharía?

—Los hombres somos capaces de perder la cabeza cuando nuestra polla se encapricha de alguien.

—Esa afirmación se ajusta a ti, pero no creo que se aplique a Noah —espeto con convicción.

»De cualquier forma, aunque tuviera ese poder, no lo haría. No estoy dispuesta a manipularlo y mucho menos con el sexo.

—No lo entiendes. Amanda es mi principal inversionista. Si se hace efectiva la petición de divorcio, estaré arruinado —reniega.

—Son las consecuencias de pensar con la polla —señalo sin piedad.

—Escúchame bien, zorra —gruñe al tiempo que me vuelve a asir, esta vez del antebrazo. Aprieta con tanta fuerza que hago una mueca de dolor.

Este tío no aprende.

Justo cuando estoy planteándome romperle la nariz, aun a riesgo de mancharme el vestido, alguien lo aparta de mí.

—Suéltala, Robert.

En un primer momento creo que es Noah, porque el acento y el tono de voz son parecidos; no obstante, enseguida descubro que se trata de un desconocido. Uno que me resulta familiar.

—No te metas, Edward.

—Si crees que me voy a quedar de brazos cruzados mientras intimidas a la fuerza a una mujer, estás muy equivocado —declara mi inesperado salvador.

—Tú, más que nadie, deberías apoyar cualquier acción contra Grayson. Después de lo que le hizo a tu mujer...

—La señorita no tiene nada que ver con lo que le pasó a Rachel. —Lo observo con disimulo. ¿Él es el marido de Rachel?

»Además, lo único que vas a conseguir con este comportamiento es caer más rápido. Los problemas se resuelven de forma discreta, no a la vista de todos —añade echando una mirada significativa a un par de personas que nos observan mientras cuchichean.

Robert parece darse cuenta de que ha cometido un error al abordarme en la puerta de los baños.

Me observa por un segundo con los puños apretados.

—Te arrepentirás por no quererme ayudar —masculla con rabia.

Después, da media vuelta y desaparece tambaleándose.

—Sigue pareciendo un malo de película cutre —musito mientras me froto el brazo allí en donde me ha clavado los dedos.

Solo espero que no me salgan hematomas.

—¿Se encuentra bien? —pregunta el hombre que tengo a mi lado con preocupación.

—Sí, no es la primera vez que me enfrento a ese capullo. Creo que me tiene manía.

—No se lo tome como algo personal. Robert sabe que no puede ir contra Noah Grayson de forma directa, así que está pagando su frustración con usted. Además, está borracho.—El hombre se queda callado y me observa con mucha intensidad hasta el punto de hacerme sentir incómoda. Él parece notarlo porque lanza un suspiro.

»Siento si la estoy mirando con fijeza, pero tengo la sensación de que la conozco de algo.

»Permítame presentarme; soy Edward Miller —revela de pronto mientras me tiende la mano.

—Sin Vargas.

—¿Sin?

—Sinclair —aclaró.

Miller entrecierra los ojos.

—Curioso nombre. ¿De dónde viene?

—Era el apellido de mi padre —explico como tantas otras veces me ha tocado hacer en el pasado.

Rebusco en mi mente de qué nos podemos conocer, y de pronto logro ubicar sus ojos castaños de mirada penetrante.

»Usted también me resulta familiar y ya sé de qué. Nos vimos en el MWC. Bueno, nuestras miradas se cruzaron de lejos. Tal vez sea eso.

—Eso debe de ser —musita—. Reconozco que mi atención suele desviarse hacia el señor Grayson cada vez que estamos bajo un mismo techo, y eso incluye a sus acompañantes temporales.

—¿Qué le hace suponer que soy una acompañante temporal? —repongo un poco molesta porque me haya calificado de buenas a primeras de esa forma.

—Noah Grayson solo se relaciona con las mujeres de esa forma, aunque tal vez le esté haciendo pensar lo contrario.

—¿Qué quiere decir?

—Fuimos amigos en el instituto y lo he visto en acción con las mujeres. Es atento, detallista y muy dado a los gestos románticos y las palabras bonitas. Cuando se encapricha de una mujer, es capaz de cualquier cosa para conseguirla. Nada lo detiene... Ni siquiera que esté casada —añade con amargura—. Para él es un reto enamorar a una mujer. Un juego del que se cansa en cuanto gana la partida, aunque luego ella sufra las consecuencias. —Está hablando de su mujer, lo sé. Me encantaría preguntarle al respecto, pero me contengo, aunque, por todo lo que he escuchado sobre ello de Robert y de Edward, bien puedo hacerme una idea de lo que pasó: Noah la sedujo, tuvieron una aventura y luego la abandonó, tras lo cual ella se suicidó.

»Si me permite darle un consejo —prosigue diciendo Edward—, aléjese de él lo antes posible y siga con su vida. Estar en su compañía no le traerá más que desgracias.

Y, con esa última recomendación, Edward Miller se despide con una inclinación de cabeza y se va.

Es la segunda vez que me advierten sobre Noah y la forma en que trata a las mujeres como juguetes. Primero Robert; ahora Edward. No obstante, ninguno de ellos sabe que nuestra relación está supeditada por un contrato comercial.

Con todo, si solo fuese cosa de dinero, no estaría dando tantas vueltas a todo lo que me ha dicho Edward ni sus palabras me habrían provocado la sensación de malestar que me recorre por dentro.

«Es atento, detallista y muy dado a los gestos románticos y las palabras bonitas».

La frase define muy bien lo que yo conozco de Noah Grayson.

Sin embargo, todo eso no me cuadra con que Noah solo salga con *escorts* profesionales para no crearles expectativas románticas.

Intuyo que todavía hay muchas piezas que no tengo del rompecabezas que es Noah Grayson.

Regreso al salón reflexionando sobre la conversación con Edward Miller y me choco con Noah.

—Iba a buscarte porque estabas tardando mucho. Ven, vamos a mover el esqueleto —añade alzando las cejas de una forma tan cómica que me arranca una carcajada.

Después, me coge de la mano y me arrastra hasta la improvisada pista, en donde varias parejas se dejan llevar por el ritmo de una conocida canción de Taylor Swift.

—No pensé que te gustase tanto bailar —señalo al verlo impaciente.

—Lo que me gusta es tenerte entre mis brazos, y bailar solo es la excusa para hacerlo.

Eso me calla al instante.

Desde luego, Edward tiene razón: a Noah se le dan de lujo las palabras bonitas.

La canción acaba justo en el momento en que entramos en la pista de baile. De pronto, las luces se apagan y comienzan a escucharse los acordes de *Thinking out loud* de Ed Sheeran.

Mierda.

No podía ser otra.

Una de las canciones más románticas que he escuchado jamás.

Quiero huir en ese momento, sin embargo, los brazos de Noah me rodean y me aprietan contra sí. No tengo escapatoria.

Clavo la vista en su pecho evitando mirarlo de forma directa, pero ni eso me permite, pues alza la mano y la pone bajo mi barbilla para levantármela con suavidad y que nuestros ojos se encuentren.

En cuanto eso ocurre, me pierdo en ellos. Me pierdo en él.

Por un momento, me olvido de la decena de parejas que danzan a nuestro alrededor. Me olvido de todo menos de Noah, que parece activar de golpe todas sus artes de seducción.

Sus manos acariciándome la espalda con pereza.

Su cuerpo balanceándose junto al mío en una lenta cadencia.

Sus incisivos ojos azules que me aceleran el corazón.

Entonces, para mi total perdición, Noah empieza a cantar a coro con Ed Sheeran, solo para mis oídos:

*And I'm thinking about how
People fall in love in mysterious ways
Maybe just the touch of a hand
Well me I fall in love with you every single day
And I just want to tell you I am.*

*So honey now
Take me into your loving arms
Kiss me under the light of a thousand stars
Place your head on my beating heart
I'm thinking out loud
Maybe we found love
Right where we are.*[\[v\]](#)

Joder, joder, joder.

¿Qué narices intenta conseguir comportándose así?

Es como si pretendiese abrirse paso en mi corazón con un ariete.

«Para él es un reto enamorar a una mujer».

Y, por mucho que me cueste admitirlo, conmigo lo está logrando porque sus palabras y gestos avivan los sentimientos que están prendiendo en mi interior a cada instante que paso con

él.

Esa actitud, lejos de ablandarme, me cabrea. Mucho.

—Deja de hacer eso, ¿me oyes? —gruño con enfado.

—¿Hacer qué? —pregunta confuso.

—Toda esta puesta en escena... El romanticismo no tiene cabida en nuestro acuerdo. Me estás pagando por mi compañía y por sexo. Sé que para ti solo soy una más, así que deja de confundirme —añado con los ojos empañados por las lágrimas y las emociones a flor de piel.

Al darme cuenta de que estoy a punto de echarme a llorar de forma patética, me escabullo de su agarre y huyo de allí.

Siento los ojos curiosos de los invitados sobre mí. Parece que acabo de hacer una escena, pero no importa. Lo único que quiero es alejarme de Noah para recomponerme.

Una lágrima comienza a deslizarse por mi mejilla y la seco de inmediato con la mano mientras dejo escapar un quejido ininteligible y rabioso. Me cabrea que el vaquero me afecte tanto como para hacerme perder la compostura de esta manera.

Me dirijo hacia la salida, en donde diviso a varias personas en el vestíbulo. Como no quiero que nadie me vea llorar, busco una vía de escape. La encuentro a la izquierda: unas escaleras que dan al piso de arriba. Están acordonadas para evitar que nadie las use, pero me cuelo por debajo de la cinta y subo a toda prisa para que no me vean.

Un corredor se extiende frente a mí con una sucesión de arcos que dan paso a una sala en penumbra. Me adentro en ella sin dudar y avanzo hasta detenerme frente a una de las ventanas por las que entra la tenue luz de la luna y de los focos que iluminan el jardín.

Entonces, me concentro en normalizar mi respiración y calmar mis nervios.

Acabo de perder los papeles y todavía no sé muy bien qué me ha hecho alterarme tanto: el comportamiento despreciable de Robert, la advertencia de Edward... o darme cuenta de que no tengo ningún control sobre mis emociones y me estoy enamorando de Noah Grayson de forma irremediable.

De pronto, un ruido a mi espalda me pone en alerta, pero, antes de que pueda girarme, una mano me cubre la boca y un brazo se cierra a mi alrededor apretándome contra un cuerpo duro. Al instante, me envuelve un aroma muy familiar: Opium de Yves Saint Laurent.

Noah.

Me revuelvo entre sus brazos para tratar de soltarme, pero él me sujeta con más fuerza y no me lo permite. Siento en la mejilla su cálido aliento y noto contra los glúteos cómo su miembro empieza a endurecerse. No obstante, lejos de incomodarme, me estremezco de deseo en respuesta.

—Así que estás confusa, ¿eh? —me murmura al oído con voz grave, tras lo cual me mordisquea el lóbulo de la oreja consiguiendo que suelte un jadeo que él mismo sofoca con la palma de la mano que tiene sobre mi boca.

»Pues déjame aclararte algo, preciosa: podría conseguir compañía y sexo de cualquier mujer. Sin embargo, he descubierto que no me sirve cualquier mujer. Te deseo a ti como nunca he deseado a otra —susurra entretanto libera mi boca y me hace girar. Me quedo sin aliento al ver la intensidad con la que sus ojos se clavan en los míos.

»Lo que no terminas de entender es que no quiero follarte —prosigue diciendo mientras sus manos cubren mis mejillas—. Quiero hacerte el amor —agrega y me acaricia el labio con el pulgar—. Porque es justo eso, Sinclair, deseo amarte como te mereces —declara depositándose un suave beso en la boca.

»Eres la mujer más arrebatadora y desconcertante que conozco. —Otro beso.

»Me tienes completamente fascinado. —Otro beso.

»Irremediablemente embrujado. —Otro beso.

»Jodidamente loco. —Otro beso.

»Déjame amarte, Sin —musita con voz suplicante.

»Permíteme hacerte el amor y pon fin a nuestra tortura.

Mi garganta está tan cerrada por la emoción que no consigo decir palabra, así que decido responder de la única forma que se me ocurre: paso los brazos alrededor de su cuello y lo atraigo hacia mí para darle un beso voraz.

Noah gime contra mis labios y no pierde el tiempo en entrar en acción.

Su boca se muestra hambrienta.

Sus manos, codiciosas.

De pronto, cae de rodillas al suelo frente a mí. Adivino sus intenciones cuando se abre paso por la abertura de la falda para bajarme las bragas deslizándolas por mis piernas hasta quitármelas. Después, me alza la pierna izquierda sobre su hombro, dejándome bien abierta a sus caricias.

El primer contacto de su lengua sobre el clítoris me hace estremecer. Trato de aferrarme a algo y acabo hundiendo las manos en su pelo. Solo él me sostiene mientras me da placer. Me venera. Y, cuando pienso que no puede haber nada más placentero, me penetra con uno de sus dedos.

El orgasmo es casi instantáneo y, más que saciarme, incrementa mi necesidad de más. Mi necesidad de él.

Le tiro del pelo instándolo a que se levante y, en cuanto lo hace, vuelve a tomarme la boca. Nos movemos en una vorágine de caricias y besos sin pensar en que estamos en un lugar público y que cualquiera puede sorprendernos. No importa. Lo único que necesito en estos momentos más que respirar es sentirlo bien profundo dentro de mí.

Noah parece acuciado por la misma necesidad porque me sube la falda y pone las manos en mis glúteos para alzarme. Mis piernas se aferran a su cintura al instante como si hubiesen aprendido cuál es su lugar. Un segundo después, me penetra de un único empujón.

Ahogo un grito por la sensación de plenitud.

Noah, por su parte, suelta un gruñido y apoya su frente contra la mía.

Toda la urgencia desaparece al instante cuando nos miramos.

Entonces, él sale de mí con lentitud para después volver a embestir centímetro a centímetro. Sale y entra con un perezoso vaivén de su cadera sin dejar de mirarme. Yo tampoco le quito ojo y su expresión es todo un espectáculo que aviva las llamas que me consumen: la forma en la que sus pupilas se dilatan por la intensidad de las emociones; la manera en que se muerde el labio inferior cada vez que me invade; el modo en que tensa la mandíbula por la necesidad de volver a penetrarme.... Una y otra vez. Sin descanso.

Tiene razón, esto no es follar. Es mucho más.

Es estar en completa sintonía con la otra persona.

Es forjar un lazo.

Es afianzar un vínculo.

Es entregar tu cuerpo y tu alma a la otra persona.

Es enamorarse.

El placer se va acumulando en mi interior de forma lenta, pero inexorable. Y justo así alcanzo mi orgasmo: con una dulce intensidad que me hace sollozar el nombre de mi amante.

Unos segundos después, Noah suelta un gruñido y me penetra una última vez con un golpe

de cadera enérgico, como si quisiera quedarse clavado en mí para siempre. Es entonces cuando siento cómo se descarga en mi interior.

Abro los ojos de par en par.

—No te has puesto condón —susurro horrorizada.

Noah se tensa contra mí.

—Joder, lo siento. Ni siquiera he pensado en ello —murmura mientras sale de mi cuerpo y me suelta para que pueda ponerme de pie.

»Bueno, tampoco hay que ponerse nerviosos —agrega en tono calmo y saca dos pañuelos del bolsillo. Uno me lo tiende para que pueda limpiarme mientras él hace lo propio con el otro—. Podemos ir a una farmacia y pedir la píldora del día después.

—No me preocupa un posible embarazo. Tomo la píldora —aclaro entretanto me recoloco bien el vestido—. Lo que me da miedo es que puedas contagiarme alguna ETS.

Noah se envara como un resorte y me mira ofendido.

—Te puedo asegurar que estoy limpio, me hago analíticas de forma regular —asevera con el mentón bien alto—. Además, esta es la primera vez que no uso preservativo con una mujer. Siempre soy muy cuidadoso en ese aspecto.

»¿Qué me dices de ti? —añade alzando una ceja.

—Bueno, teniendo en cuenta que eres el primer hombre con el que me acuesto en siete años, diría que estás a salvo —rezongo.

—Querrás decir meses.

—No, lo he dicho bien.

»Siete. Años —repito incidiendo en cada palabra.

Noah boquea como un pez y me observa como si de pronto me hubiesen salido dos cabezas.

—Pero... pero... ¿por qué? —farfulla con espanto—. Eres joven y guapa. Sin duda has tenido la oportunidad de echar un polvo en todo ese tiempo.

—No soy de polvos de una noche, soy más de relaciones estables —repongo encogiéndome de hombros—. Y con el ritmo de vida que llevo, compaginando estudios con trabajo, no tengo tiempo para novios —añado de forma evasiva.

—¿Qué estudias?

—Estoy en el último curso del Grado de Traducción y Mediación Lingüística.

—Así que realmente estás formándote como intérprete.

—Bueno, no es mi meta. Prefiero la traducción literaria.

—Entonces, compaginas tu trabajo como *escort* con tus estudios —deduce de forma errónea.

Lo observo con cautela y decido sincerarme un poco con él.

—Respecto a eso, la verdad es que no soy *escort*, Noah. Bueno, nunca lo he sido hasta ahora —admito con un hilillo de voz porque desde que firmé el contrato con él me convertí en una—. Ni siquiera sabía que mi amiga lo fuera. Solo me pidió que la sustituyera como intérprete y...

—Pero has dicho que compaginabas estudios con trabajo.

—De cajera en un supermercado —aclaro a regañadientes.

Noah me observa pasmado.

—Cuando creo que ya no puede haber más sorpresas contigo, me vuelves a descolocar.

«Pues todavía guardo la más importante», repongo en mi interior pensando en Lucas.

Cuando estoy sopesando que este sería un buen momento para decírselo, de repente Noah me coge de la mano y me arrastra hacia el vestíbulo.

—¿A dónde vamos?

—Al hotel. Es mi deber compensarte por siete años de celibato autoimpuesto.

La mano de Noah se siente muy cálida mientras me conduce fuera del recinto. En la avenida, decenas de limusinas aguardan formando una lujosa hilera negra y brillante.

—Voy a ver si localizo la nuestra —murmura Smith mientras llama a alguien, entiendo que a Marcos.

En ese momento, el móvil de Noah empieza a sonar y, con una mirada de disculpa, se aleja unos metros en busca de intimidad para responder.

Entretanto, yo reviso el mío y veo un mensaje de Desiré.

Desiré

He estado cenando con Catalina y Lucas. Están bien, pero te echan de menos. Ahora entiendo que, cuando me pediste que fuera a casa de tu abuela, no fue solo por ellos. Gracias. Ya he tomado una decisión. De perdidos, al río [\[vi\]](#).

Sonrío. Ha decidido tener al niño.

Le mando un corazón para decirle que tiene todo mi apoyo y guardo el móvil en el bolsito de mano que llevo.

Después, miro a Noah, que continúa hablando a unos cinco metros de mí. Como si hubiese intuido que lo observo, sus ojos se clavan en mí y me guiña un ojo.

Le sonrío en respuesta, sin embargo, él ya no me mira. Su atención se ha desviado hacia un coche que se ha subido a la amplia acera y corre a toda velocidad... directo hacia mí.

Por un momento me quedo paralizada. Me siento como un cervatillo deslumbrado por los faros del coche que está a punto de arrollarme. Incapaz de reaccionar.

Me va a atropellar y no lo puedo impedir.

De esta no salgo.

Es cierto lo que dicen de que, cuando estás a punto de morir, piensas en las cosas trascendentes que hay en tu vida de una forma mucho más clara. Yo, en una milésima de segundo, pienso en las personas más importantes que hay ahora en mi vida.

Pienso en Lucas. Mi Lucas. En lo que le afectará perderme, igual que a mí me cambió la vida la muerte de mi padre en la adolescencia. En lo que llorará mi ausencia. En lo mucho que se esforzará por mostrarse fuerte. En que crecerá antes de tiempo. No quiero eso para él, no ahora que tengo los medios para que deje de estar siempre preocupado por todo. Por mí.

Pienso en mi abuela. Mi ancla todos estos años. Con lo mayor que es, la voy a dejar sola con la responsabilidad de cuidar a mi hijo. Y, de forma absurda, me doy cuenta de que le voy a fastidiar su viaje a Canarias.

Pienso en Desiré y en la promesa que le hice de estar a su lado en ese momento tan delicado. Es una cría en muchos aspectos y necesita una hermana mayor que le dé una buena colleja de vez en cuando. Me necesita.

Y, para mi sorpresa, pienso en Noah. Nuestra historia no ha hecho más que empezar. Quiero pasar más tiempo con él. Quiero más de sus miradas incendiarias. De sus tontos piropos. De sus sonrisas. De sus caricias. Quiero que cumpla su promesa de compensar mis siete años de celibato autoimpuesto. Quiero enamorarle de la misma forma en que él me está enamorando a mí. Pero, sobre todo, quiero ver su cara de sorpresa cuando descubra que Lucas es mi hijo.

Capítulo 22

Noah

En mi vida he sentido tanto miedo como cuando veo a ese coche yendo directo hacia Sinclair a toda velocidad. Tampoco me he movido tan rápido como al correr hacia ella para evitar que la atropelle.

Me lanzo contra ella haciéndole un placaje digno de una estrella del *rugby* y consigo apartarla de la trayectoria del vehículo justo a tiempo para impedir el desastre.

La rodeo con mis brazos y giro en el aire para que sea yo el que amortigüe el impacto contra el suelo. Siendo estrella del rodeo, tuve que morder el polvo en más de una ocasión y sé muy bien cómo caer para que mi cuerpo sufra lo menos posible. La clave está en relajar mis miembros y en hacerse una bola para rodar, protegiendo sobre todo la cabeza. Sin embargo, con Sinclair entre mis brazos, me es imposible doblarme como debería.

El golpe me deja sin respiración y un ramalazo de dolor se extiende por mi pierna derecha hasta subir por mi espalda ante la fuerza del impacto. No puedo evitar emitir un quejido mientras ruedo por el suelo tratando de que Sinclair no sufra ningún daño, toda una proeza. Finalmente, me quedo despatarrado con ella encima.

—¿Noah? —inquire Sinclair en tono preocupado.

No logro contestar. Ni siquiera moverme. Necesito concentrarme en inspirar y expirar para controlar el dolor. Solo un segundo.

Ella se revuelve contra mí tratando de separarse, pero no se lo permito. Después del susto que me ha dado, necesito sentirla viva entre mis brazos.

—Noah, ¿estás bien?

Siento sus manos sobre mi rostro en una caricia delicada, como buscando alguna herida. Sus caderas están encajadas contra las mías y, como era de esperar, mi polla empieza a reaccionar a su cercanía. Solo la muerte lo impediría.

—Sigue moviéndote así sobre mí y dentro de nada estaré en la gloria —musito con voz ronca.

El cuerpo de Sinclair, hasta entonces tenso, se derrite contra mí por el alivio mientras deja escapar un bufido enfadado.

—No tienes remedio.

Algo en su voz consigue que abra los ojos.

La observo en silencio. Está despeinada y algo pálida. Además, el recogido se le ha deshecho y el cabello cae revuelto a su alrededor. Nunca la he visto tan hermosa. Ni tan asustada.

Trata de sonreír, pero su boca tiembla y sus ojos brillan por las lágrimas que intenta no derramar.

—¿De verdad estás bien? —insiste.

Entonces lo entiendo: teme que haya podido salir herido. Está asustada por mí.

Mi corazón da un vuelco de alegría.

Eso solo puede significar una cosa: que Sinclair siente algo por mí.

Por un momento, nos quedamos mirándonos en silencio con nuestros rostros separados por escasos centímetros de distancia, ajenos al alboroto que se ha organizado a nuestro alrededor.

—¿Tú estás bien? —inquiero porque es lo único que a mí me importa.

—Sí, creo que sí. Te has llevado tú todo el golpe —responde con voz trémula.

»Gracias —añade—. Si no hubiese sido por ti, ahora me estaríais despegando con una espátula del asfalt...

No soporto la imagen que conjura mi mente con sus palabras y la acallo de la mejor manera que se me ocurre: pongo una mano sobre su nuca y atraigo su rostro hacia el mío para besarla. Hay un cariz desesperado en el gesto. Es como si de esa forma buscase la confirmación de que estamos vivos. De que está a salvo.

Un fuerte carraspeo masculino irrumpe en nuestra burbuja de pasión y pongo fin al beso con renuencia.

Levanto la mirada y me encuentro con que estamos en medio de un corrillo de personas que nos observan. Algunos muestran solo curiosidad; otros, inquietud, y en el caso de Raymond, que es el que ha carraspeado, se aprecia en su semblante una mezcla de preocupación y exasperación.

Sinclair se ruboriza al instante al darse cuenta de que estamos dando un espectáculo. Más aún cuando, al intentar quitarse de encima de mí, acaba apretándose más contra mi erección sin darse cuenta.

—Despacio, preciosa, que estoy sensible —rezongo con un gemido.

Ella resopla exasperada entretanto Raymond la ayuda a levantarme con cuidado. Una mujer morena le tiende un zapato y el bolso que ha debido de perder mientras rodaba.

Me incorporo despacio tratando de disimular el pinchazo de dolor que siento en las lumbares y hago un repaso visual de Sinclair para asegurarme de que está bien. A simple vista lo parece. Tendré que quitarle el vestido para cerciorarme.

Sinclair se pone el zapato y hace una mueca.

—¿Te duele algo? —inquiero.

—No, es solo el reloj. Se me ha roto —revela y parece que eso la entristece.

—¿Era muy caro?

—No, es un regalo de... alguien —murmura evasiva.

No soy tonto. Es un regalo del maldito Lucas. Ese hombre siempre se cierne como una sombra sobre nosotros.

—Ha estado cerca —comenta la mujer morena—. Menos mal que su novio ha sabido reaccionar a tiempo.

Me gusta cómo suena la palabra «novio» y me gusta mucho más que ella no lo niegue.

—El conductor debía de estar borracho —conjetura un hombre.

—O a lo mejor ha perdido el control del coche —repite una mujer rubia—. A mi suegro una vez le pasó porque confundió el acelerador con el freno.

—En ese caso debería haber parado para disculparse —contrapone el hombre.

—¿Alguien ha podido ver la matrícula o al conductor? —pregunto centrándome en lo importante.

Todos niegan con la cabeza, incluso Smith.

—Lo siento, señor Grayson, ha pasado todo muy deprisa —musita contrariado—. Solo he alcanzado a ver que se trataba de un Mercedes negro.

Mientras los allí presentes se dedican a parlotear, Smith me tiende la mano para ayudarme a levantarme. Aprieto la mandíbula cuando la pierna derecha me late de dolor al apoyarla en el

suelo. Menos mal que se me da bien ocultarlo porque de lo contrario...

—No estás bien. Te has hecho daño —suelta de repente Sinclair señalándome con el dedo como si me hubiera pillado haciendo alguna fechoría.

—Chivata —gruño al ver que todo el mundo me observa con preocupación.

—Señor Grayson, ¿quiere que vayamos a un hospital? —pregunta Smith.

Está más serio de lo normal. Sé que ahora mismo se tiene que estar culpando de lo ocurrido por no haber reaccionado antes que yo. Tampoco es que hubiese podido hacerlo, pues se había alejado en busca de la limusina.

—No, estoy bien. No tengo nada que no pueda solucionar un poco de mi ungüento mágico... Y unas manos amorosas —añado guiñándole un ojo a Sinclair.

Suelta un bufido, pero sus ojos destilan preocupación.

No lo sabe, pero me está dando un arma para conseguir mis propósitos.

Siempre he tratado de disimular mi cojera, pero ahora hago justo lo contrario: la enfatizo y hago una mueca de dolor a cada paso.

—Deberíamos haber ido a un hospital —insiste Sinclair inquieta cuando entramos en la *suite*—. Tal vez tengas alguna hemorragia interna o te hayas...

—No es necesario un hospital, de verdad —aseguro—. Solo es que el golpe me ha dejado la espalda y la pierna bastante doloridas. Necesito tumbarme en la cama antes de que pierda las fuerzas —añado con voz débil. Siempre he pensado que se me da de lujo la actuación—. Te agradecería en el alma que me ayudases a llegar hasta mi habitación.

En ese momento, Raymond, que nos ha escoltado hasta allí, carraspea con fuerza.

Lo fulmino con la mirada. Me conoce bien y sabe que estoy exagerando. Ese carraspeo es su sutil forma de decirme que no le parece bien lo que estoy haciendo.

—¿Estás bien, Raymond? —pregunta Sinclair ajena a nuestro intercambio de miradas.

—Sí, señorita Vargas.

—No te quiero molestar más de lo necesario, preciosa —prosigo diciendo para volver a captar la atención de Sin—. Creo que me las podré apañar para quitarme la ropa, aunque no sé si conseguiré ponerme el ungüento en la espalda para...

Raymond vuelve a toser, interrumpiéndome. Le dirijo una mirada de advertencia, pero esta vez ella se da cuenta.

—¿Me estoy perdiendo algo? —inquieta con recelo.

—Nada, preciosa. El señor Smith no tiene paciencia con los heridos —rezongo en tono quejicoso—. Es de la opinión de que un hombre no debe mostrar debilidad.

Smith me mira con reproche ante esa mentira. Mañana me disculparé con él.

—Qué tontería —murmura Sinclair frunciéndole el ceño al pobre hombre.

»Yo te pondré ese potingue si eso te hace sentir mejor —asegura solícita—. Después de haberme salvado la vida, es lo menos que puedo hacer.

Compongo una expresión de gratitud digna de un óscar.

Después, Sinclair me rodea la cintura con su brazo mientras yo dejo caer el mío sobre sus hombros para poder avanzar hacia mi habitación dejando atrás a Raymond, que nos observa en silencio.

Al llegar a la habitación, ella se pone detrás de mí y me ayuda a quitarme la chaqueta, tras lo cual me siento en el borde de la cama.

—¿Te importa echarme una mano con el resto? —murmuro—. Cada vez siento el cuerpo

más entumecido y no sé si soy capaz de desnudarme solo.

—No hay problema —asegura al instante, aunque su voz sale un poco aguda.

Sonríó para mis adentros.

Sé que estoy comportándome de forma deplorable engañándola de esta manera, pero estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que Sinclair se quede a pasar la noche en mi cama. Y, si tengo que aprovecharme de su preocupación para ello, que así sea.

La observo expectante mientras ella se acerca a mí hasta quedar de pie entre mis piernas abiertas. Al estar sentado, mi rostro queda más bajo que el suyo. De hecho, si ahora pusiera las manos sobre sus caderas y la atrajera hacia mí, tendría pleno acceso a sus pechos. Ese simple pensamiento me excita al instante.

Evitando mi mirada, Sinclair empieza a deshacerse de las prendas que me cubren. Primero desata la pajarita que tengo en el cuello. A continuación, comienza a desabrocharme la camisa. Sus manos tiemblan en el proceso. Sé que, si la miro a los ojos, veré el deseo en ellos. Como siempre, está intentando contenerse.

Y se le debe de dar de lujo si ha estado siete años sin sexo.

«Hasta que tú llegaste», señala con arrogancia una vocecita en mi interior.

No voy a negar que me complace sobremanera haber sido el primero después de tanto tiempo.

Todavía me cuesta creer que no sea una *escort*. Y, al mismo tiempo, me parece tan evidente que no lo es que me asombra haberlo creído.

Quiero pensar que no solo ha sido el dinero lo que la ha llevado a firmar el contrato para estar conmigo. Ella misma me dijo que, si se lo hubiera ofrecido Robert, no lo hubiese aceptado.

Deseo creerlo.

De hecho, lo creo.

Esta noche he descubierto que siente algo por mí.

«Sé que para ti solo soy una más, así que deja de confundirme».

Había tanto dolor en esa afirmación que algo se me ha revuelto por dentro y he decidido dejarme de juegos y enseñar mis cartas. Mostrarle que siento algo más que deseo.

Y creo que lo he conseguido.

Sin embargo, soy consciente de que las emociones que sentimos son todavía muy recientes y por eso necesito pasar más tiempo con ella para afianzarlas.

Mientras va desprendiendo los botones intenta tocar solo la tela, pero, en el último, sus nudillos me rozan sin querer el abdomen y ese simple gesto me provoca un cosquilleo de placer que me hace contener el aliento de golpe.

—¿Te he hecho daño? —pregunta al notar lo y comete el error de mirarme.

Al instante, nuestros ojos quedan conectados por un hilo invisible.

Niego con la cabeza sin decir nada.

—Quítamela. Por favor —añado al ver que mi voz ha salido demasiado autoritaria.

Sinclair duda un momento antes de coger los bordes de la camisa y abrirlos. Sus ojos se desvían al instante hacia mi torso expuesto y se relame de forma inconsciente.

Hay tanto silencio en la habitación que temo que escuche el alocado latido de mi corazón o cómo ruge la sangre en mis venas.

—Debería deshacerme también del pantalón —murmuro y hago justo eso.

Me pongo de pie, lo desabrocho y dejo que se deslice hasta mis tobillos.

Sinclair cierra los ojos de golpe. Su actitud me hace gracia.

—Yo también necesito cambiarme de ropa. Vuelvo en cinco minutos —farfulla y escapa

antes de que pueda impedirlo.

Termino de quitarme los pantalones y los calcetines y me tumbo boca abajo sobre la cama para esconder mi erección. Si Sinclair la ve cuando regrese, con lo nerviosa que está, seguro que vuelve a salir corriendo.

Al cabo de cinco minutos, entra por la puerta. La observo y contengo una sonrisa. Su atuendo es toda una declaración. No lleva un salto de cama ni nada mínimamente seductor. Se ha lavado la cara, se ha recogido el pelo con una coleta y se ha puesto uno de sus pijamas de franela, esta vez con la frase: «Soy muy buena en la cama. Puedo estar horas y horas sin parar de dormir».

—Ya estoy aquí —anuncia. Recorre mi cuerpo tendido con los ojos y parece dudar—. Entonces, ¿te pongo?

—Me pones mucho.

Voltea los ojos.

—Quiero decir si te pongo el ungüento —aclara entre divertida y exasperada.

—Por favor. Está en el primer cajón de la mesita de noche, junto a los condones.

Sinclair se tensa al escuchar eso. Supongo que recuerda el momento en que me he corrido en su interior. Ha sido una puta maravilla sentirla piel con piel hasta el final. Y, si de mí depende, así será a partir de ahora. Espero que esos condones acaben en la basura.

Como tengo el rostro vuelto hacia ella, puedo ver cómo abre el cajón que le he indicado.

—¡Joder! Aquí hay un suministro de condones para todo un año —resopla.

—¿Un año? Yo tenía la intención de gastarlos todos durante este mes —replico con sorna.

—Eso evidencia mucho optimismo —comenta mientras saca el bote de ungüento del cajón.

Lo abre con cautela, y al levantar la tapa hace una mueca de desagrado por el olor.

—Como esta peste se te impregne en la piel, nadie va a querer estar cerca de ti a menos de cinco metros —comenta entretanto introduce los dedos y compone una expresión de puro asco cuando toca la masa viscosa y maloliente de color parduzco.

»¿En serio te quieres untar esto por el cuerpo?

—Pese a su aspecto y su olor, es un ungüento muy eficiente para calmar el dolor muscular. Además, mientras te me acerques tú, no me importa —añado, y menos si es ella la que me lo unta.

Sinclair se sube a la cama y se pone de rodillas a mi lado para poder llegar a mi espalda con facilidad.

—¿Preparado?

—Contigo, siempre —musito pensando en la erección que amenaza con hacer un hoyo en el colchón.

Al primer contacto de sus manos sobre mi piel, dejo escapar un gemido ahogado.

—¿Te duele? —pregunta con cautela.

—No, estoy bien. Sigue, por favor —agrego cerrando los ojos.

—De acuerdo, pero, si te hago daño, dímelo —advierte.

Entonces, comienza a extender el ungüento por los músculos que surcan mi espalda. Apretando con cuidado. Explorando con delicadeza cada colina y cada valle.

Dejo escapar un suspiro de puro placer. Si fuese un gato, ahora mismo estaría ronroneando.

—¿Qué es lo que lleva exactamente este potingue? —curioseas, supongo que para tener su mente entretenida o tal vez para romper el íntimo silencio que nos envuelve.

—Es una mezcla de hierbas medicinales: árnica, caléndula, verbena, corteza de sauce y vinagre —explico y la voz me sale ronca y adormilada—. Es una receta familiar del capataz de

nuestro rancho, que es de origen mejicano. Siempre me la ponía después de los rodeos para tratar las contusiones y el dolor.

—Y, a pesar del peligro y el dolor, seguías participando.

—Oye, el masaje sería mucho más efectivo si te pusieras a horcajadas encima de mí —observo levantando la cabeza por un instante.

»Aunque si temes no poder controlar tu libido...

Sonríó al escuchar su bufido. Al segundo siguiente, siento cómo trepa encima de mí hasta quedar con las piernas abiertas encima de mis glúteos. Sé que eso avivará su deseo tanto como el mío. El impulso de girarme y montarla sobre mi erección es tan fuerte que temo no poder resistirlo. Aprieto los puños y busco algo que me distraiga.

—En Texas, el rodeo se considera un deporte con mucha tradición —comento para mantener la mente ocupada con un poco de conversación—. Muchos niños empiezan a practicar desde pequeños, y más viviendo en un rancho, como era mi caso. —Algo me impulsa a seguir hablando y no tiene nada que ver con un plan de distracción. Tal vez el deseo de que me conozca mejor.

»Desde que era un niño, he sentido fascinación por domar animales salvajes. Llevarlos a mi terreno, pero sin quebrar su espíritu —admito con naturalidad—. Empecé a los seis años con un perro. Era agresivo con todos, y lo iban a sacrificar. Convencí a mis padres para que me dejaran «apaciguarlo». Después de unos meses, y muchos mordiscos, se convirtió en mi mejor amigo —añado con orgullo.

»Después, cuando era un poco más mayor, me permitieron ayudar con los broncos.

—¿Broncos?

—Los caballos salvajes. Y se me daba genial domarlos.

»Así es como me introduje en los rodeos. Y cuando empecé a usar el ungüento —agrego con una mueca al recordar las innumerables veces en las que acabé mordiendo el polvo.

—¿Y cómo terminaste debajo de un toro?

Nunca hablo de mi accidente, pero me obligo a hacerlo con ella. Solo con ella. Después de todo, si quiero llegar a conocerla bien, es justo que yo también baje mis barreras.

—Por pura arrogancia juvenil —confieso.

»Acababa de cumplir dieciséis años, y unos tipos comentaron que los broncos eran cosa de niños, que los hombres de verdad montaban toros salvajes. Así que me lancé a ello pensando que no tenía que ser tan difícil. —Sonríó ante mi estupidez.

»Joder, nunca he sentido tanto miedo como a lomos de una de esas bestias —reconozco con una mueca—. Sin embargo, el golpe de adrenalina fue brutal y disfruté tanto la experiencia que quise repetir.

»Tenía talento y mi nombre empezó a ir de boca en boca. Una estrella del rodeo, en ciertos círculos, es como una celebridad, y yo me convertí en una. Había un montón de empresas que me ofrecían patrocinio, me invitaban a fiestas, los hombres querían ser mis amigos, las mujeres... —añado y noto que Sinclair se pone rígida sobre mí— me perseguían —improviso en lugar de decir que se abrían de piernas para mí a la menor oportunidad.

De pronto, Sinclair se aparta. Suelto un taco pensando en que me he pasado de sinceridad, pero entonces ella comienza a extenderme el ungüento por la pierna derecha.

—¿Y a tus padres qué les parecía todo eso?

—Lo odiaban e intentaron que lo dejara, por eso acabé distanciándome de ellos —admito. Así de estúpido fui—. Durante unos años, apenas los vi. No pensé que necesitara nada de ellos. Tenía dinero y fama. Era la rutilante estrella de todos los rodeos a los que asistía: Houston,

Cheyenne, San Antonio, Las Vegas... Incluso estuve en algunos internacionales. Me creía el dios del mundo.

—Hasta que tuviste el accidente —susurra recorriendo con los dedos la cicatriz que discurre de forma longitudinal por la parte posterior de mi muslo.

Tenso todo el cuerpo.

Pese a que la herida ya hace tiempo que cicatrizó, no he dejado que nadie salvo los médicos me la toquen. No obstante, ella lo hace con toda naturalidad, y yo me someto a sus cuidados.

—¿Sabes lo más gracioso de todo? —continúo hablando—. Que no fue cosa de ningún descuido o torpeza. Fue un infarto. Un puto infarto. El toro cayó fulminado y me arrastró con él. Pasó todo tan rápido que casi no me di cuenta de lo que había pasado hasta que me encontré aprisionado bajo él.

»Ahí comenzó lo peor. Recuerdo estar aterrado porque no me podía mover. Tampoco sentía el cuerpo de cintura para abajo. Miré alrededor y solo vi flashes. La prensa, el público, todos quisieron inmortalizar la imagen. —Siento que los ojos se me humedecen al recordar aquel momento. Solo duró un par de minutos hasta que consiguieron liberarme, sin embargo, las pesadillas me persiguieron durante años. Incluso hoy en día sigo teniéndolas de vez en cuando.

»Los humanos somos lo peor, ¿no crees? Sentimos un morbo enfermizo por las desgracias ajenas.

—Por eso te bloqueas cuando te enfrentas a los fotógrafos. Porque la luz de los flashes te trae a la memoria ese recuerdo —deduce Sinclair.

—Sí —admito con voz queda.

Entonces, noto cómo me acaricia, como si con ese roce quisiera mitigar todo lo que padecí.

—Quedé bastante maltrecho —relato—. Además de machacarme el fémur, el golpe me provocó una lesión en la columna vertebral. Los médicos dudaban que pudiera volver a caminar.

—Pero lo hiciste. Renacistes de tus cenizas —afirma Sinclair y sé que está mirando el tatuaje del ave fénix que llevo en la espalda. Lo que no sabe es que, debajo de ese tatuaje, hay otra cicatriz de unos veinte centímetros, secuela de mi operación de columna.

»Debió de ser duro para ti.

—Fue un infierno —admito sin tapujos—. No solo a nivel físico, sino también psicológico. Estuve un par de años atado a una silla de ruedas sin saber si volvería a andar. Lo que sí estaba claro es que, con el fémur tan dañado, no podría retomar mi antigua vida. ¿Y sabes lo que pasó? Que todos desaparecieron. Los patrocinadores que me hacían la pelota, mis supuestos amigos, las mujeres que me juraban amor... La gente que me rodeaba pasó de mirarme con admiración a esquivarme con miradas de compasión. Me desahuciaron por completo —concluyo en tono amargo.

»Fue mi familia, aquella a la que había dejado de lado, la que vino en mi rescate y me ayudó a salir del hoyo. La rehabilitación fue una de las cosas más duras que he hecho en mi vida, y ellos estuvieron ahí en cada etapa. En los malos momentos, cuando lloraba sin esperanzas. En los buenos, cuando, contra todo pronóstico, pude levantarme de la silla de ruedas y volver a andar.

De pronto, Sinclair se cierne sobre mí y me da un beso en la mejilla.

—¿Y eso? —farfullo levantando la cabeza.

—Ojalá hubiese estado ahí para ayudarte —dice sin más.

El corazón se me encoje.

Joder, cómo la quiero.

—Ya son más de las doce —murmura—. Es hora de que vuelva a mi habitación —añade

recordándome los términos del contrato.

No puedo obligarla a que se quede a dormir conmigo, pero...

—No te vayas —ruego—. Quédate a dormir conmigo. Solo dormir —añado al ver que duda.

»Por favor. Todavía me estremezco al recordar lo sucedido. Necesito sentirte cerca de mí, a salvo. De lo contrario, no creo que pueda pegar ojo. —Sinclair se muerde el labio, indecisa. Justo cuando creo que va a decir que no, asiente.

»Gracias —musito.

—Es lo menos que puedo hacer por salvarme la vida —repite. Estoy empezando a odiar esa frase.

Nos metemos en la cama en silencio hasta quedar uno junto al otro con los rostros encarados.

Sinclair murmura un «buenas noches» y cierra los ojos.

Yo me dedico a observarla. Su rostro me fascina. A simple vista no parece nada del otro mundo. Sus cejas son gruesas y bien perfiladas, de un tono un poco más oscuro que su cabello. Su nariz es delgada y recta. Sus mejillas son suaves, redondeadas. Tiene un pequeño hoyuelo en la barbilla que me parece encantador y unos labios dúctiles y carnosos que con solo mirarlos...

«No, mejor no los miro», pienso y aparto los ojos de ellos.

Con todo, son sus ojos los que me vuelven loco. No mentía al decir que me podría perder en ellos. Tienen la fuerza de una tormenta y la calidez de un día de sol.

—¿Te has quedado solo por eso, por gratitud por salvarte la vida? —pregunto con voz apagada.

Ella abre los ojos y me mira durante unos segundos con una expresión que no termino de descifrar.

—No, Noah. No me he quedado solo por eso —admite finalmente y vuelve a cerrar los ojos.

Yo también lo hago.

Ahora sí, puedo dormir.

Capítulo 23

Sinclair

Algo me despierta de mi profundo sueño. Abro los ojos, desorientada, hasta que recuerdo dónde estoy: en la cama de Noah.

La habitación está en semipenumbra. Los tempranos rayos de sol que se filtran a través de las rendijas de la persiana crean tímidas estelas de luz que dibujan pequeños círculos contra la pared contraria.

Siento un sutil movimiento detrás de mí y sé al instante lo que me ha despertado: Noah.

La dureza de su cuerpo contra mi espalda.

El cálido aliento masculino en mi cuello.

Un brazo musculoso que rodea mi cintura de forma posesiva.

Me giro con cuidado para no despertarlo hasta quedar cara a cara. Así puedo mirarlo a placer y absorber cada detalle de su rostro sin miedo a que me descubra observándolo embobada.

Es tan hermoso que me estremezco al mirarlo.

Sus cejas son oscuras y se curvan de forma atrevida, consiguiendo que su mirada sea más incisiva. Sus pestañas son largas y espesas. Sus mejillas están cubiertas por la barba incipiente. Y sus labios son una verdadera obra de arte.

Así, con las facciones relajadas por el sueño, parece más joven.

Si solo fuera eso, si solo me atrajera su físico, no tendría problemas para resistirme a él. El gran problema es que, debajo de ese físico de ensueño, hay un hombre que vale la pena.

Un hombre tierno y apasionado; romántico y encantador; inteligente y divertido.

Un hombre capaz de sacarme de mis casillas a la vez que provoca que me muera de las ganas de comérmelo a besos.

Un hombre del que me estoy enamorando.

Un hombre que, tal vez, no salga corriendo cuando le cuente que tengo un hijo.

Tal vez debería decírselo ya y descubrir si me estoy haciendo ilusiones vanas.

Sin hacer ruido, salgo del cálido nido de mantas en el que estamos envueltos, me pongo una de las mullidas batas que ofrece el hotel y me dirijo a la cocina a tomar mi café matutino.

Por el camino miro mi móvil.

Hay otro mensaje de Desiré.

Desiré

Eres famosa.

Frunzo el ceño.

«¿Qué demonios significa eso?», pienso desconcertada.

Con esa extraña afirmación hay adjunto un enlace. Me meto y abro los ojos de golpe al ver que dirige a un artículo de prensa *online* de una revista sensacionalista estadounidense. En él se pueden ver un par de fotos de Noah y de mí juntos, una del cóctel al que asistimos y la otra de la

noche pasada.

El titular reza lo siguiente:

¿Quién es la misteriosa mujer que acompaña últimamente a nuestro soltero de oro?

¡Qué absurdo!

Lo único que me consuela es que esa revista no tendrá eco en España.

¿Qué pensará Noah si lo ve? Supongo que él debe de estar más que acostumbrado a este tipo de noticias, y me dirá que no hay que hacerles caso.

Guardo el móvil en el bolsillo de la bata entretanto me adentro en la cocina.

Raymond está leyendo el periódico mientras una taza de café humeante reposa a su lado.

—Buenos días, señorita Vargas —saluda al verme.

»¿Quiere que le prepare algo para desayunar o va a ir antes al gimnasio? —pregunta tan solícito como es habitual.

—A decir verdad, hoy no tengo muchas ganas. Desayunaré ahora. Pero no quiero ser una molestia, puedo prepararlo yo —añado al ver que se levanta.

—No es molestia, es parte de mi trabajo —repone—. Puedo prepararle unas tostadas mientras usted se toma una taza de café.

—Si no le importa, le agradecería que preparase también el desayuno para Noah, así se lo llevo a la cama —añado un poco avergonzada—. Después del golpe que se llevó ayer, su cuerpo todavía estará dolorido.

Para mi sorpresa, Raymond compone una sonrisa insidiosa.

—Sí, claro. Seguro que tanto sufrimiento le ha dado hambre.

—Raymond, ¿detecto cierto tono de ironía en su voz?

—No, señorita Vargas —responde con rapidez.

Demasiada rapidez.

—¿Hay algo que debería saber? —insisto.

—No sé a qué se refiere, señorita Vargas.

—Déjate de «señoritas» y dime qué narices pasa —espeto perdiendo la paciencia y tuteándolo—. Anoche te daba la tosecita cada vez que Noah se quejaba y te acabas de reír cuando te he dicho que voy a llevarle el desayuno porque puede estar dolorido. Así que, o bien eres un sádico que disfruta con el dolor ajeno, o hay algo que se me escapa. —Raymond se mantiene en silencio, así que decido usar mi comodín.

»Cuando te ayudé con el bolso de tu hija, me dijiste que me debías un favor.

El hombre me lanza una mirada agobiada. Lo acabo de poner entre la espada y la pared. Por unos segundos se debate entre la lealtad hacia Noah y cumplir su palabra.

Gano yo.

—Está bien, se lo diré —transige finalmente—. Noah ha sido estrella de rodeo.

—Sí, lo sé, me lo dijo anoche. Sin embargo, no entiendo que tiene que ver eso con...

—Los participantes de un rodeo son deportistas de riesgo. Los accidentes son muy comunes y las caídas están en el orden del día. Lo primero que aprende un buen jinete es a caerse sin hacerse daño. Hay técnicas para ello, y Noah se las sabe todas —explica Raymond—. Ojo, no digo que el golpe no le doliese, pero era bien sabido entre la gente de ese mundillo que tenía una resistencia sobrehumana al dolor. Lo admiraban por ello. Incluso le pusieron de mote Ironman por esa razón.

»¿Le ha contado cómo nos conocimos?

—No.

—Fue hace diez años, después de su accidente. Yo también tuve uno, pero conduciendo. Me fastidié la rodilla. Los dos teníamos el mismo fisioterapeuta y coincidimos en rehabilitación física, aunque, claro, yo estuve menos tiempo que él porque mi lesión era menor.

»Yo me consideraba un tipo muy duro y, aun así, su entereza para afrontar el dolor me impresionó. Los ejercicios que a mí me hacían chillar de dolor y llorar a lágrima viva, él los aguantaba sin mostrar molestias, tan solo apretaba la mandíbula o se le humedecían los ojos en el peor de los casos.

»Con todo, nunca lo he visto quejarse tanto como ayer —concluye.

—Pero, entonces, ¿por qué...? —Las palabras mueren en mis labios a medida que mi cerebro asimila todo lo que ha dicho Raymond.

Y, con el entendimiento, llega la furia.

Cada quejido, cada mueca de dolor, cada mirada de sufrimiento fue orquestado para despertar mi simpatía. Para hacerme sentir culpable.

Se ha aprovechado de mí y de mi buena voluntad.

¡Me ha manipulado!

—Maldito hijo de... ¡¡¡Ahhh!!! —chillo tan enfadada que las palabras se me atragantan en la boca.

»Cuando pienso en cómo me engañó anoche, en cómo me utilizó para...

—Entiéndalo, un hombre es capaz de aprovechar cualquier excusa para ser mimado por...

—Oh, pero si lo entiendo perfectamente. Es un capullo manipulador —mascullo con rabia—. Lo peor es que me voy a tener que callar para no dejarte en evidencia por contártelo. No quiero que tengas problemas con él.

—Todo lo contrario. Hágalo, por favor. —Lo miro con sorpresa.

»Noah Grayson es mi jefe, pero también lo considero un buen amigo. Después de mi divorcio estuve un poco perdido, y él me ayudó a encarrilarme y me ofreció este trabajo. Mi lealtad es absoluta e incuestionable —asegura con seriedad—. Ahora bien, un hombre como él, que lo tiene todo y está acostumbrado a salirse con la suya, necesita de vez en cuando que alguien le dé un toque de humildad que le ponga los pies en la tierra. Hasta ahora me encargaba yo de hacerlo —explica con una mueca—. Sin embargo, desde que usted ha entrado en su vida, me ha quitado ese trabajo —añade sonriendo—. El señor Grayson nunca ha estado con nadie que le plante cara como usted, y eso es bueno para él. Usted es buena para él.

—De lo que tengo serias dudas es de que él sea bueno para mí —mascullo entretanto abro la nevera y cojo una botella de agua de su interior.

»Y, ahora que tengo tu permiso, voy a ir a darle ese toque de humildad a don Cretino.

Entro en la habitación con paso sigiloso intentando no despertarle para cogerle desprevenido. No obstante, nada más poner un pie en el interior, escucho su voz adormilada llamándome.

—Estoy aquí, he ido a la cocina a por un poco de agua —explico acercándome a la cama. Noah permanece tumbado boca abajo, con los ojos cerrados.

»He pensado que antes de que te levantes podría darte otro masaje con el potingue ese. Aún debes de estar dolorido por la caída de ayer.

—¿Qué? Oh, sí, muy dolorido —musita Noah todavía con los ojos cerrados—. Un masaje sería estupendo —añade con una sonrisa de satisfacción que me enfurece todavía más.

—Tú relájate, mantén los ojos cerrados y déjame cuidar de ti —susurro mientras hago la ropa de cama a un lado hasta dejar al descubierto su esplendoroso cuerpo vestido solo con los calzoncillos bóxer negros.

Me tomo un segundo para admirarlo. Después, abro la botella de agua con un movimiento decidido, esbozo una sonrisa maquiavélica y dejo que el líquido helado se derrame por la espalda del vaquero.

—¡Joder, joder, joder!

El musculoso cuerpo de Noah se arquea en un inútil intento de escapar del agua fría. Se levanta de un salto, tiritando, y se encara hacia mí.

—¿Estás loca? ¿Se puede saber por qué demonios has hecho eso?

—Eso ha sido una pequeña venganza por la forma en que me manipulaste anoche... Ironman —espeto con una sonrisa rencorosa.

—Así que Smith se ha puesto de tu parte —deduce con el ceño fruncido.

—Ahora no la pagues con él. No es cuestión de ponerse en el lado de nadie, se trata de que, si haces este tipo de cosas para salirte con la tuya, no puedo confiar en ti.

Vuelvo a descartar la idea de hablarle de Lucas. Si me manipulase de alguna forma a través de él, me tendría en sus manos. Mi hijo es mi fuerza, pero también mi debilidad.

—Lo siento —murmura pesaroso.

Puede que sea sincero en su disculpa, pero no es una garantía de que no pueda volverlo a hacer.

—Te doy una última oportunidad, Noah. Vuelve a hacer algo así y, sea lo que sea lo que haya entre nosotros, acabará.

El vaquero tensa la mandíbula. No parece contento con mi advertencia, pero es lo que hay.

—No volverá a pasar.

—No te vas a librar solo con una disculpa. Quiero una compensación.

Algo brilla en los ojos de Noah, algo que no me gusta.

—Pide lo que quieras —musita con cierta rigidez.

—¿Lo que quiera?

—Sí, un collar de perlas de los mares del Sur, unos pendientes de diamantes, un Ferrari... Me siento lo bastante arrepentido como para regalarte lo que más desees.

—En ese caso, quiero que pasemos el fin de semana haciendo turismo.

La cara de Noah es todo un poema.

—Turismo —repite con lentitud como si le hubiese hablado en otro idioma.

—Sí, pasear y visitar los lugares más emblemáticos, ya sabes.

—Eso ya lo hicimos ayer.

—Y nos lo pasamos muy bien —señalo con una sonrisa al recordar un montón de momentos a su lado que voy a atesorar.

»Hacía mucho que no salía de Valencia. De hecho, esta es la primera vez en años. Lo único que he hecho últimamente es trabajar y estudiar —explico porque no lo veo muy convencido—. Puede que tú estés acostumbrado a ir de aquí para allá recorriendo el mundo, pero para mí ya es todo un logro estar en otra ciudad que no sea Valencia. Quiero aprovechar mi estancia en Barcelona para conocerla mejor.

—A ver si lo he entendido bien: un multimillonario te dice «pide lo que quieras», y a ti solo se te ocurre solicitarme que te acompañe a recorrer la ciudad.

No termino de entender a dónde quiere llegar.

—Sí, ¿es eso malo? —pregunto con cautela.

—No, es perfecto —musita finalmente Noah y me mira con tanta calidez que me derrite por dentro.

Durante ese día olvidamos el contrato y nos comportamos como una pareja que sale de verdad. Me coge de la mano o pasa el brazo sobre mis hombros cuando paseamos, bromeamos, nos besamos, charlamos de cosas desenfadadas, reímos... En fin, disfrutamos cada segundo juntos sin pensar en nada más.

Después de una mañana visitando la Sagrada Familia, y paseando por el parque Güell, vamos a comer al puerto a un restaurante con unas impresionantes vistas al mar.

Al ver en la carta que tiene cazón en adobo, decido pedirlo como entrante para comer antes de la paella que quiere probar Noah.

—¿Es un plato típico de aquí?

—De Cádiz. Cuando vivía allí, recuerdo que me encantaba.

—¿Viviste en Cádiz?

—Nací allí. Mi padre era marine en la base naval de Rota y fui a un internado privado de la zona.

—¿Qué internado?

—El Sotogrande International School.

—Suená caro.

—Créeme, lo es. Además del buen nivel académico, tenía actividades como el polo y el golf —comento con una sonrisa al recordar los partidos que jugaba con mis amigos y amigas—. Mi padre tenía dinero de sobra para pagarlo —revelo encogiéndome de hombros.

Noah frunce el ceño.

—Si tenía tanto dinero, ¿cómo acabaste trabajando de cajera en un supermercado de Valencia?

—Ya te lo dije, murió cuando tenía quince años.

—Pero ¿no heredaste nada de él?

—Fui solo el producto de una aventura —admito con un suspiro—. No llegó a reconocermé como su hija.

—Aun así, debió asegurarse de que quedabas protegida si le pasaba algo —masculla y parece molesto—. Si yo tuviera un hijo o una hija...

—¿Qué?

—Nunca les faltaría de nada.

—Eso es fácil de decir para ti, que tienes de todo, y lo que no tienes lo puedes conseguir con facilidad —espeto antes de darme cuenta—. Sin embargo, hay gente que no tiene tu suerte. Hay personas que se matan a trabajar y, aun así, no pueden darles a sus hijos más que mucho amor. Hay personas que se ven obligadas a hacer cosas que están en contra de sus principios para poder ofrecerles a sus hijos una mejor vida.

Noah me observa callado y pensativo después de mi pequeño estallido.

¡Mierda! Creo que he sonado muy a la defensiva y está sospechando.

Abre la boca para hablar, pero algo detrás de mí llama su atención.

—Disculpa un segundo —murmura mientras se levanta.

Lo observo un poco perpleja y lo sigo con la mirada. Marcos es el que ha captado su interés al entrar en el restaurante con una bolsita dorada. Noah la toma, le da las gracias, vuelve a la mesa y ocupa de nuevo su sitio.

De la bolsita saca una caja envuelta en un lujoso papel de regalo.

—Es para ti —anuncia poniéndolo sobre la mesa frente a mí.

—No lo puedo aceptar.

—Pero si ni siquiera lo has abierto —bufa con una mueca divertida—. No lo puedes

rechazar si no sabes lo que es.

»Venga, sé que sientes curiosidad.

Este hombre tentaría al mismísimo demonio.

Abro la caja con manos temblorosas y mis ojos se dilatan con admiración. Es un *smartwatch* parecido al que lleva Noah, pero en versión femenina. Tiene un diseño elegante y moderno, y la correa está engarzada con pequeñas piedras de Swarovski que enmarcan la esfera digital. Sencillamente precioso.

—Tiene dos correas más, una de goma para cuando entrenes y otra de acero para el día a día. Ayer me di cuenta de que se te rompió el que llevabas, así que lo he comprado *online* esta mañana, y el señor Mengod ha ido a recogerlo.

»¿Te gusta?

—Me encanta.

—¿Y?

—Y ya sabes que no lo puedo aceptar.

—No lo tomes como una forma de comprar tu perdón por lo sucedido anoche. Acéptalo simplemente porque deseo que luzcas en tu cuerpo algo que te he regalado yo; así, cada vez que lo mires, pensarás en mí.

—Noah, sé lo que valen este tipo de relojes, y este, con ese diseño tan especial, seguro que rondará los mil euros. No puedo llevar un reloj tan caro. Estaría todo el día preocupada de no perderlo.

—Tonterías, te aseguro que no vale mil euros —afirma Noah con un brillo divertido en la mirada mientras lo saca de la caja—. A ver, dame la mano.

Me arremango y le acerco la mano con cierta reticencia. Noah me lo abrocha en la muñeca con movimientos certeros. Se adapta a la perfección, como si hubiese sido hecho a medida para mí.

—En serio, no puedo... ¿Eso que marca la pantalla son las pulsaciones? —pregunto con curiosidad fascinada a mi pesar por el regalo.

—A ver —murmura y se inclina hacia mí para comprobarlo. Sé que sí es el medidor de pulsaciones porque la cifra comienza a ascender por su cercanía.

»Vaya, vaya, señorita Vargas, ¿la pongo nerviosa? —ronronea con una sonrisa ladeada y pecaminosa.

Vuelve a bajar la mirada hacia el reloj y su sonrisa se borra de golpe.

—Joder —masculla cogiéndome la muñeca con cuidado—. ¿Eso te lo he hecho yo? —añade en tono contrito.

«Eso» es el resultado del apretón que me dio Robert anoche: unos pequeños moratones en el antebrazo que evidencian la saña con la que me agarró.

—No, fue Robert Mason.

El rostro de Noah se contrae de furia y sus ojos adquieren un brillo letal.

—¿Cuándo?

—Anoche, en la fiesta. Me abordó cuando salía del baño.

—Maldito cabrón. Hijo de... —Suelta una retahíla de tacos que ni yo me atrevo a repetir.

»¿Qué te dijo?

—Me ofreció acciones de su empresa y me aseguró que me haría muy rica si hablaba contigo a su favor y trataba de convencerte de que dejaras de joderlo.

Noah me observa con atención durante unos segundos, y yo contengo la respiración.

—Pero tú te negaste a hacerlo —afirma al fin con convicción.

Espiro con alivio al darme cuenta de que confía en mí lo suficiente como para saber que yo nunca le haría eso.

—Sí, y se puso en plan borde, como siempre. Si no hubiese aparecido Miller, se habría llevado un buen puñetazo.

Noah da un respingo como si le hubiese golpeado.

—¿Miller? ¿Edward Miller? —inquieta y su tono está carente de toda expresión.

—Sí, estuvimos hablando un poco cuando Robert se fue.

—¿Y qué te dijo?

—Me dio a entender que tú eras el responsable del suicidio de su mujer. —Noah baja la mirada.

»Pero, tranquilo, estoy segura de que tú no...

—Tiene razón —corta Noah con voz apagada—. Soy el responsable.

Eleva los ojos de nuevo hacia mí y puedo ver lo que me ha estado ocultando.

Culpa.

Capítulo 24

Noah

El rostro de Sinclair refleja sorpresa ante mi confesión y después decepción.

—Así que es cierto que tuvisteis una aventura —murmura.

—¿Qué? ¡No! —exclamo—. Entre nosotros solo hubo amistad, al menos por mi parte.

—Entonces, no entiendo muy bien por qué te sientes responsable de su muerte.

Quiero que me comprenda mejor que nadie en el mundo.

Quiero que no haya secretos entre nosotros.

Por eso, empiezo a hablar.

—Mi hermana Amanda y Rachel se conocieron en el primer curso de secundaria. Iban juntas a clase y acabaron haciéndose amigas —explico—. Entonces, Rachel empezó a pasar mucho tiempo en nuestro rancho. Su presencia no me incomodaba. Todo lo contrario: era amable y alegre, y tenía una conversación interesante y ocurrente. Y, lo más importante, cuidaba de Amanda. Además, era una de las pocas chicas que no me seguía a todas partes ni me ponía ojitos tiernos.

—Supongo que tendrías un club de fans en el instituto —masculla Sinclair con voz seca.

—Algo así —reconozco con una mueca.

»Con el tiempo, la empecé a ver como veía a mi hermana, con cariño —prosigo relatando—. Nunca hubo ningún intercambio de miradas intenso o un estremecimiento por un roce. No había química. Cero. Solo familiaridad.

»Además, Amanda me contó que Rachel estaba enamorada de Edward Miller, con el que todos esperaban que acabara casándose.

»Edward era el único hijo de Stuart Miller, la mano derecha y abogado del abuelo de Rachel, y se esperaba que sucediera a su padre en cuanto se jubilara. De hecho, muchos decían que Big Jack, mote con el que se conocía al abuelo de Rachel, lo estaba preparando como a su sucesor, ya que Rachel, que era su única heredera, carecía de dotes empresariales.

»Durante su época universitaria, Rachel y yo apenas nos vimos; solo cuando iba a visitar a mi hermana, pues compartían habitación en el campus. Fue en ese tiempo que empezó a salir con Edward y, después, se casaron.

»Coincidí con ellos en varias ocasiones, y parecían muy felices. Me alegré mucho por ella. Por ellos. Edward me caía bien. Era inteligente y tenía una mente analítica y sagaz, muy parecida a la mía. Además, trataba muy bien a Rachel. La quería.

»Como nos movíamos en los mismos círculos sociales, íbamos a los mismos eventos. En las ocasiones en las que yo no tenía pareja, y Edward estaba de viaje, empezamos a ir juntos a las fiestas.

»Rachel bromeaba diciendo que yo era «su chico de remplazo». Nos lo pasábamos bien juntos, pero nunca hubo nada más que amistad entre nosotros.

»Sin embargo, con el tiempo, noté un cambio en ella. Parecía triste. Amanda decía que

estaba agobiada por no poder tener hijos. Llevaban tiempo intentándolo sin resultado.

»La última noche que la vi fue en la fiesta de cumpleaños de un amigo común. Yo estaba... con una amiga —farfullo, y la ceja de Sinclair se eleva al instante al leer entre líneas que me estaba liando con ella—, y Rachel se acercó para decirme que no se encontraba bien y que se iba a ir a casa. Le pregunté si necesitaba que la acompañara, y me aseguró que no hacía falta.

»Esa misma noche, se suicidó —murmuro con voz bronca—. Edward había pasado la noche en la oficina resolviendo unos asuntos y al llegar a casa la encontró en la cama. Se había tomado una sobredosis de pastillas. Llamó enseguida a urgencias, pero los de la ambulancia no pudieron hacer nada por ella. Llevaba horas muerta.

—Lo que cuentas es muy triste, pero no entiendo por qué te sientes responsable de su muerte —razona Sinclair.

—Rachel dejó una nota de suicidio —revelo.

»Edward me la echó a la cara, llorando y acusándome de que yo tenía la culpa de todo. En ella Rachel escribió que yo la había enamorado y que, luego, la había desechado. Que se sentía usada y rota.

»La gente asumió al leerla que habíamos tenido una aventura, y que yo le había puesto fin. Que por eso se había suicidado. La prensa colgó fotos de la fiesta de cumpleaños en donde se me veía a mí con otra mujer, y dando por hecho que aquella había sido la gota que había colmado el vaso.

»Incluso mi familia la dio por cierta.

Todavía recuerdo la mirada de reproche de mis padres. La tengo muy clavada en el corazón. Big Jack era un buen amigo de mi padre y su relación se deterioró por esa causa. Incluso Amanda, que siempre había estado a mi lado, fue incapaz de apoyarme al cien por cien. Tuvo dudas.

De la noche a la mañana, me convertí en un paria.

—Pero no tuvisteis una aventura.

—¡No! —bramo—. Pero... ¿y si hice algo que ella pudo malinterpretar? —añado sacando a la luz eso que me atormenta.

»Durante dos años he estado repasando en mi mente cada uno de los instantes que pasé con Rachel desde que la conocí, buscando las señales de que estuviese enamorada de mí, y no las encuentro. Tampoco entiendo qué pude hacer para que ella lo tomara como que yo la había desechado por otra. Salí con varias chicas en aquella época, y ella nunca dio muestras de sentirse molesta. Incluso hizo amistad con una de ellas.

—Tal vez le dijiste alguno de tus piropos, y ella lo malinterpretó; o quizás tus gestos caballerosos o simplemente tu forma de ser la enamoraron sin que te dieras cuenta.

—¿Ves? Tú también estás buscando la causa en mi comportamiento —musito con amargura.

—No, solo estoy tratando de decirte que puede que tú no hicieras nada especial —repite Sinclair y me coge la mano con una muestra de apoyo que consigue que se me cierre la garganta. Siento que los ojos se me llenan de lágrimas y me obligo a retenerlas—. A lo mejor fue ella misma la que se creó ilusiones en su mente sin que tú tuvieras nada que ver.

»Por eso empezaste a salir con *escorts* —deduce con acierto.

Nunca deja de sorprenderme lo intuitiva que es o tal vez ya me conoce mejor de lo que creía.

—Era lo más seguro. Sin compromisos ni expectativas.

—Sin decepciones ni dramas —añade recordando lo que le dije cuando le mencioné que

solo salía con acompañantes profesionales.

»Eres un buen hombre, Noah Grayson —murmura apretándome la mano que todavía mantiene sobre la mía.

—Yo no estoy tan convencido. He hecho muchas cosas de las que me arrepiento —confieso mientras giro la mano bajo la de ella para entrelazar nuestros dedos.

—Todos tenemos páginas en nuestra historia que nos gustaría reescribir —musita ella con expresión grave y la vista fija en nuestras manos unidas.

Me gustaría que me hablase de las sombras de su pasado que la atormentan para poder darle apoyo como ella acaba de hacer conmigo. No obstante, no quiero presionarla. Prefiero que sea ella la que se abra a mí por voluntad propia cuando esté preparada para hacerlo.

Después de comer, damos un paseo por la Rambla. Hacía mucho que no disfrutaba de un día ocioso, y mucho más que no me lo pasaba tan bien en compañía de alguien.

Con Sinclair puedo ser yo mismo.

Smith nos sigue a una distancia discreta. Sabe que todavía estoy molesto con él porque le contara a Sinclair sobre mi pequeño teatro para obtener mimos.

Molesto, pero no enfadado. Sé muy bien por qué lo ha hecho. Por hacer notar que me he comportado como un capullo. Es su especialidad.

Recuerdo cuando lo conocí en la clínica de rehabilitación física a la que asistía.

Cuando empecé allí, lo hice con ánimo porque pensé que me recuperaría enseguida. Era tan arrogante que me creía algún superhombre capaz de echar por traste las expectativas de los médicos, y que saldría andando de allí en una semana.

Un mes después, apenas había cambiado mi situación. Por primera vez en mi vida, me vi incapaz de cumplir un objetivo. Entonces mi ánimo cambió y mi humor se agrió. Estaba resentido y cabreado por el accidente, y lo pagué con los que me rodeaban. Hablaba mal al personal y hacía oídos sordos a los consejos que me daban. Todos me rehuían o evitaban.

Entonces, llegó Raymond Smith a la clínica y empecé a coincidir con él en las sesiones. Él era amable y respetuoso con el personal. Siempre hacía los ejercicios con obediencia. Parecía un tipo duro, pero no le importaba demostrar lo mucho que le dolía la pierna cuando hacía algún ejercicio. Y, sobre todo, era el único que se atrevía a llamarme la atención cuando me comportaba como un imbécil.

«Cambia de actitud, chaval, o te quedarás pegado a esa silla de ruedas para siempre», advertía cuando me negaba a hacer los ejercicios porque no pensaba que tendría posibilidad de volver a andar.

«¿Te sientes mejor haciendo que los demás se sientan peor?», increpaba cuando hacía llorar a alguna enfermera.

«¿Tienes veinticinco años y piensas que tu vida se ha acabado por este pequeño tropiezo? Este es solo el primero, chaval. En la vida vas a tener muchos más, y vas a tener que aprender a levantarte de cada uno de ellos con mejor humor si quieres seguir adelante sin quedarte solo», afirmaba mordaz.

Cuando encuentras a una persona que no tiene miedo a decirte las cosas como son, y a mostrarte la verdad que tú eres incapaz de ver, es bueno conservarla a tu lado. Así que eso hice. Contraté a Smith como mi asistente personal.

«No me voy a quedar callado cuando hagas gilipolleces», advirtió. Y lo ha cumplido hasta ahora. Solo que, en lugar de llamarme «chaval», he pasado a ser «señor Grayson».

Además, sé que no le habría hablado a Sinclair sobre mi teatrillo si ella no se hubiese ganado su respeto y su lealtad. Y eso me gusta.

Cuando el sol se esconde, y el frío se vuelve incisivo, regresamos al hotel.

Mientras Sinclair se va a su habitación a darse una ducha y ponerse cómoda, yo me pongo al día con Smith.

—Al parecer, anoche Robert abordó a la señorita Vargas durante la cena de gala e intentó extorsionarla. Le apretó tan fuerte el brazo que lleva sus dedos marcados —añado con un gruñido.

»He pensado que tal vez el incidente con el Mercedes negro que casi arroya a Sinclair no fuera un mero accidente, tal vez fuera Robert el que condujera con la intención de dañarla.

El rostro de mi asistente se vuelve pétéreo.

—¿Cómo quiere proceder?

—Con discreción, no quiero que ella se preocupe. Habla con la policía a ver si alguna cámara de tráfico recogió el incidente y se puede ver la matrícula del vehículo o al conductor.

»Además, quiero acelerar el plan para hundir su empresa. Que sus acciones toquen fondo.

—Pero su hermana Amanda es la principal accionista. Eso la perjudicará.

—Solo monetariamente, luego se lo compensaré. Lo único que me importa es que a Robert le quede bien claro que no puede ganar nada intimidando a la gente a la que quiero.

—¿Con «gente a la que quiero» se refiere a la señorita Vargas?

—Sí

—Entiendo —musita y hay un brillo de aprobación en su mirada.

»Entonces, ¿debo suponer que la señorita Vargas se quedará más tiempo con usted que el estipulado en el contrato?

—Eso espero —respondo con una mueca.

—Ya veo. Me permito el atrevimiento de decirle que ha hecho una buena elección.

Y eso, viniendo de Smith, es el mayor de los elogios.

—¿Ya están listos los papeles del divorcio?

—Si no hay ningún imprevisto, los tendrá terminados mañana.

—Genial, que Robert los reciba nada más estén listos. Quiero borrarlo de nuestras vidas lo antes posible.

—Sí, señor —acepta con una inclinación de cabeza.

—Por cierto, ¿cómo va el informe que te pedí de la señorita Vargas?

—Estoy trabajando en ello. La ley de Protección de Datos es bastante estricta y la gente es más reacia a compartir información.

—Tengo un par de datos que tal vez puedan ayudarte. La señorita Vargas estudió en el Sotogrande International School, un internado exclusivo en Cádiz, y su padre era marine destinado en la base militar de Rota. Parece que ella fue fruto de una aventura extramatrimonial del hombre, así que es posible que la tuviera escondida.

—Si me permite, ¿el informe es porque no se fía de ella?

—No, pero me ha entrado curiosidad por saber más sobre su padre. La forma en que ella habla de él... Creo que se sintió abandonada tras su muerte, y tal vez indagando podamos darle alguna respuesta.

—Veré lo que puedo encontrar.

»¿Necesita alguna cosa más, señor Grayson?

—Nada. De hecho, puedes dar por finalizada tu jornada hoy. La señorita Vargas y yo no tenemos pensado volver a salir, pediremos la cena al servicio de habitaciones.

—Gracias. Buenas noches, señor Grayson —se despide mi asistente.

Después de cenar, decidimos ir al sofá y ver una película. Me gusta la familiaridad con la que se recuesta contra mí debajo de la manta con la que nos hemos cubierto.

Mi miembro reacciona al instante ante su cercanía, pero lo ignoro y disfruto la sensación de calidez que me envuelve al tenerla a mi lado de esa forma.

Si un minuto después de acabar me piden que la resuma, no sabría ni por dónde empezar. Me he pasado todo el tiempo observando a Sinclair de forma disimulada y atento a cada una de sus reacciones.

Su suave risa ante las escenas cómicas.

La ternura que inunda sus ojos en las partes de amor.

La forma en que se aferra a mí inconscientemente cuando hay algún momento de tensión.

Y sí, la confianza con la que se ha quedado dormida recostada contra mí cuando el sueño la vence.

Mi cuerpo pide a gritos que la despierte con un beso. Que la coja en brazos y la lleve directamente a mi cama. No obstante, me contengo. Esta vez, deseo que sea ella la que dé el primer paso. Que ella marque el rumbo que quiere en nuestra relación. Que decida si quiere dormir sola o conmigo.

—Despierta, preciosa —musito quitándole un mechón de pelo de la frente—. Es hora de ir a la cama.

Sinclair abre los ojos con pereza y pestañea al mirarme.

Está adorable.

—¡Oh! Me he quedado dormida justo al final —farfulla con fastidio.

Se levanta del sofá con cierta torpeza y emprende el camino hacia el pasillo.

La sigo con cautela y contengo el aliento cuando llega a la puerta de su habitación y sigue andando hacia la mía. Dejo escapar el aire con alivio y levanto el brazo en un gesto de triunfo. De repente, se detiene y se gira, pillándome con el brazo en alto.

Bostezo para disimular magnificando el gesto con exageración.

Ella me echa una mirada extrañada, pero no dice nada. Solo se mete en su habitación. ¡Mierda! No tenía intención de ir a la mía, debía de estar medio dormida cuando se ha pasado su puerta y luego ha rectificado.

Hundo los hombros, desanimado, mientras avanzo hacia mi habitación. Entonces, ella vuelve a aparecer en el umbral, casi chocando conmigo.

—Tenía que coger el cepillo de dientes —murmura mostrándomelo.

—¿Eso significa...?

—Que podemos dormir juntos a partir de ahora si tú quieres.

—Joder, pues claro que quiero —gruño mientras la cojo de la mano y la llevo conmigo hacia mi estancia.

—Un momento. —«Demasiado fácil», pienso volteando los ojos.

»Quiero dejar algo claro —manifiesta con expresión seria—. Dormiré contigo porque quiero y haré el amor contigo porque así lo deseo. No tiene nada que ver con dinero ni con el contrato. ¿De acuerdo?

—No lo podría estar más —declaro antes de besarla.

Pasamos el resto del fin de semana sin salir de la *suite* dejándonos llevar por la atracción que nos une y las ganas de estar juntos. De conocernos mejor.

Unas veces, nuestro deseo nos lleva a fundirnos de forma apasionada, ardiente, hambrienta.
Otras de una forma lenta, pausada, perezosa.
Así, por esas horas, la inmensa *suite* se convierte en nuestro pequeño paraíso.

Capítulo 25

Sinclair

La semana siguiente discurre en un abrir y cerrar de ojos. Durante esos días, Noah y yo establecemos una rutina, si es que se puede llamar así, porque, con alguien como Noah, eso es muy difícil.

Nos levantamos y vamos al gimnasio a hacer deporte. Después, pasamos la mañana con el asesor inmobiliario, viendo edificios para la nueva sucursal de G&G Corporation. Luego, comemos en algún restaurante y vamos al hotel. Por la tarde, para compensar la diferencia horaria, Noah se pone a trabajar de cara al portátil durante unas horas mientras yo me encierro en mi habitación para hacer videollamadas. Primero a mi familia, a la que cada día que pasa echo más de menos. Después, a Desiré, para saber cómo lleva su embarazo y tratar de convencerla de que hable con Marcos.

Más tarde, Noah y yo cenamos, vemos una película o un capítulo de alguna serie, y nos vamos a la cama. Y ahí es donde empieza la verdadera aventura.

Día a día, mi corazón lo tiene más claro: me estoy enamorando de Noah Grayson, eso es indiscutible.

¿Un amor profundo?

Todavía no.

En mi opinión, eso se consigue con la convivencia y el tiempo.

Nosotros nos conocemos hace apenas dos semanas, aunque es cierto que hemos pasado más tiempo juntos que otras parejas que llevan meses saliendo.

Con todo, mis sentimientos por él van creciendo a cada instante que compartimos.

Mi mente, en cambio, es un hervidero de dudas e inseguridades.

¿Realmente puede alguien como Noah Grayson enamorarse de una persona como yo o solo soy un mero pasatiempo? A veces se cuelan en mi mente las voces insidiosas de Robert y de Edward diciéndome que solo soy su último juguete; otras, cuando me mira, siento que para él soy la única mujer en la tierra.

De cualquier forma, en el caso de que sí me quiera —y yo deseo creer que sí—, ¿cómo lograremos encajar nuestras vidas siendo tan diferentes?

Finalmente, llamo a la única persona que conozco capaz de poner un poco de cordura en mi mente y encender una luz que guíe mi corazón.

—Sinclair, cariño, ¿qué tal va el trabajo?

Al escuchar la voz de mi abuela, las lágrimas acuden a mis ojos y siento el deseo irrefrenable de ir a Valencia solo para abrazarla y encontrar la fuerza que siempre hallo entre sus brazos.

—Bien —respondo como siempre que me pregunta. Sin embargo, en esta ocasión, no puedo seguir fingiendo—. No lo sé, abuela —admito con un suspiro. Cojo aire y confieso con un susurro, como si estuviese revelando algún pecado—: He conocido a un hombre.

—¡Por fin! —El gritito entusiasta de Catalina me descoloca.

—¿Te alegras?

—Claro que sí. Tienes casi treinta años; ya va siendo hora de que dejes que un hombre entre en tu vida.

¿Dejarle entrar en mi vida? ¡Ja! Noah ha irrumpido en ella con la fuerza de un huracán y no he podido hacer nada para protegerme.

—Ya, el problema es que no se trata de un hombre normal.

—Nunca lo son, querida.

Eso me hace sonreír.

—El abuelo parecía normal.

—Tú lo has dicho, lo parecía —suelta ella con su habitual humor. Solo al escuchar la risa en su voz ya me siento más animada.

»Entonces, ¿te has enamorado?

—¿Realmente puedes enamorarte de alguien en tan poco tiempo?

—Cariño, ya sabes que yo supe que quería a tu abuelo la primera vez que mis ojos se posaron en él. Y él sentía lo mismo.

»¿Qué te dice tu corazón?

—Que lo quiero.

—¿Qué te dice tu mente?

—Que quererlo es un gran riesgo porque tenemos dos vidas demasiado distintas para que puedan encajar con facilidad.

—Pues en el término medio entre tu corazón y tu mente está la respuesta.

—¿Y eso qué significa? —pregunto sin entender.

—Significa que el amor es ciego y la razón muchas veces debe de hacer de perro lazarillo —responde mi abuela con una de sus frases que parecen sacadas de uno de los típicos sobres de azúcar con una cita célebre escrita en el dorso.

—Pensé que siempre había que hacer caso del corazón.

—Hay que hacer caso del corazón, pero con conocimiento —explica—. Amando a ciegas corres el riesgo de desengañarte, de anularte como persona o de perder el orgullo. Hay que amar, pero sin perder la perspectiva de uno mismo. Eso son los amores que perduran en el tiempo.

—¿Tiempo? —resoplo—. Eso es precisamente lo que no me queda. Solo podré estar con él dos semanas más.

—Cariño, ya sabes mi opinión al respecto. Cualquier amor tiene fecha de caducidad, nada es eterno. Pero es mejor haber amado, aunque por poco tiempo, que no haber amado nunca. Si te sientes enamorada de ese hombre, no te agobies en lo poco que te queda con él, céntrate en disfrutar cada instante que pases a su lado. Y date una alegría al cuerpo, que falta te hace —añade con tono pícaro.

—¡Abuela! —exclamo con una risita. Si ella supiera las alegrías que me he estado dando...

—Pero nunca te olvides de quién eres, Sinclair —prosigue diciendo ella—. Eres una persona especial y, como tal, él te tiene que valorar. No desperdicies tu amor con alguien que no sabe apreciarlo.

—Lo tendré en cuenta —musito con la voz enronquecida por la emoción—. Te quiero mucho, abuela.

—Y yo a ti, mi niña.

Después de colgar, me quedo tumbada en la cama, sobre el suave edredón con los ojos clavados en el techo, pero sin verlo. Me esfuerzo por conciliar mi corazón y mi mente, y después

de unos minutos, llego a una conclusión: dos semanas. Me quedan dos semanas más junto a él, y voy a disfrutarlas sin pensar en nada más.

Al día siguiente, regresamos al hotel después de comer. A esa hora, el vestíbulo no está muy concurrido, tan solo hay una decena de clientes salpicados en las diferentes áreas: tres en la recepción; otras charlando en los sofás de la zona de relax; un par esperando frente a los ascensores...

Noah y yo nos dirigimos hacia los ascensores charlando de forma animada, seguidos por Smith.

El vaquero parece haberse decidido por un edificio de cuatro plantas en el Distrito 22@, muy cerca de donde Frank y Leo tenían montada su empresa. Es de reciente construcción y con espacio suficiente para todas las ideas que Noah tiene en mente.

—Será un lugar dedicado a la producción de dispositivos tecnológicos, pero con mucha presencia en investigación y desarrollo —explica y los ojos le brillan por el entusiasmo—. G&G Corporation tiene un fondo para becas de investigación tecnológica. Hasta ahora, se destinaba a estudiantes de Estados Unidos, pero, ahora que vamos a tener presencia en España, lo extenderemos aquí para captar nuevos talentos. Les ofreceremos fondos y un lugar con los medios necesarios para hacer crecer sus ideas.

»Muchos genios con ideas brillantes no pueden desarrollarlas por falta de fondos o, si tienen suerte y mucha voluntad, consiguen lograrlo en cuchitriles después de mucho esfuerzo, como en el caso de Frank y Leo.

»La gente como yo, con dinero de sobra, debería ayudar a dar salida a las ideas que pueden mejorar el mundo.

—No te tomaba por un hombre altruista.

—Altruista, no. Lo que soy es inteligente —repite con arrogancia—. Las buenas ideas producen buenos ingresos.

—Ahora solo te falta ser un poco más modesto —señalo volteando los ojos.

—No me...

—¡Grayson! ¡Hijo de puta!

Los dos nos giramos ante el rugido que corta las palabras de Noah y acalla el murmullo de voces de las personas que hay en el vestíbulo.

Robert se acerca hacia nosotros llevando un sobre de tamaño folio en la mano. Sus ojos vidriosos y su paso tambaleante evidencian que está borracho.

—¡Me has jodido la vida! —farfulla con voz ebria.

—Te la has jodido tú solo al ningunear a mi hermana —repite Noah con voz severa.

—Este acuerdo de divorcio me deja en la ruina —masculla Robert mientras alza el sobre y lo sacude.

—Te deja exactamente como estabas antes de casarte con mi hermana. ¿O acaso crees que iba a permitir que te quedases con algo de ella después de como la has tratado?

—¿Y qué hay de mi hija? ¿Ni siquiera voy a poder verla?

Hasta yo me doy cuenta de que es un intento desesperado por ablandar a Noah y que ese bebé le trae sin cuidado.

—Eso ya dependerá de Amanda cuando la niña nazca y de si sabes comportarte con corrección o sigues poniéndote en evidencia como ahora. Aunque, en mi opinión, esa niña sería más feliz siendo huérfana que con un padre que es un cabrón narcisista al que solo le importa el

dinero y nunca la va a querer como se merece —replica Noah sin compasión.

La descripción de Noah me hace pensar en mi madre: una cabrona narcisista a la que solo le importaba el dinero. Se le ajusta a la perfección.

¿Realmente hubiese estado mejor siendo huérfana de madre que con ella?

Pienso en la forma en que abusó de mí psicológicamente, en cómo me hundió en lugar de darme su cariño y su apoyo, y la respuesta es un sí rotundo.

Hay personas que nunca deberían ser padres. No merecen el regalo que supone tener un hijo.

Mi madre era una de ellas. Y, por lo que he visto, Robert también.

—El todopoderoso Noah Grayson dictando sentencia —bufa Robert en tono burlón y se tambalea.

»Estoy harto de ti y de que interfieras en mi vida, ¿me oyes?

De repente, saca una pistola del bolsillo de su abrigo. En un segundo me doy cuenta de lo que pretende hacer y me pongo delante de Noah protegiendo su cuerpo con el mío.

Siento una quemazón en el brazo mientras oigo una segunda detonación, pero en esta ocasión no viene de la pistola de Robert. Procede de la de Smith, que abate al otro antes de que vuelva a disparar.

Robert suelta un aullido de dolor cuando la bala del guardaespaldas impacta en su hombro derecho y deja caer la pistola que sostenía.

Todos en el vestíbulo empiezan a gritar y se esconden en donde pueden esperando más disparos. Sin embargo, todo termina cuando Smith y dos miembros de la seguridad del hotel caen sobre Robert y lo tiran al suelo para inmovilizarlo.

Al mismo tiempo, Noah me hace girar entre sus brazos.

—¿Estás bien? ¿Te ha dado? —farfulla con voz bronca.

Ve el agujero de bala que hay en la manga de mi abrigo y me lo quita con manos temblorosas y el rostro lívido.

Intento hablar y decirle que, en verdad, no me duele. Todo lo contrario, siento el brazo algo adormilado, pero Noah no me da la oportunidad porque no cierra la boca.

—Tranquila. Estoy aquí —pronuncia de forma atropellada.

En la tela de la blusa que llevo hay una pequeña mancha de sangre por la parte exterior del brazo derecho, justo entre el hombro y el codo, que va extendiéndose poco a poco.

Solo en ese momento, al ver la mancha roja sobre la tela blanca, me doy cuenta de que me acaban de disparar.

De repente, noto el dolor. Es como un latido incesante. Mi corazón se acelera, mi respiración se agita y percibo un sudor frío recorriendo la espalda. Supongo que es el poder visual de la sangre, que estimula las reacciones de alarma del organismo. Ahora debo de estar a tope de adrenalina.

Sin miramientos, Noah me coge en brazos y me lleva hasta el sillón más cercano, ladrando a todo el mundo para que se aparten de su camino.

Después, en cuanto tomo asiento, me abre la blusa haciendo saltar los botones para dar con la herida. Menos mal que llevo una camiseta interior de tirantes, porque, de lo contrario, me hubiese quedado en sujetador en el vestíbulo de uno de los hoteles más elegantes de Barcelona, con todos los presentes allí mirando.

Porque encima, una vez pasado el susto, todos se han acercado a ver qué ha ocurrido. Incluso un par de personas se ponen a grabar antes de que el personal del hotel les llame la atención.

Cuando mi brazo queda al aire, lo observo con cautela esperando ver algún agujero fatal, pero solo hay un corte de unos cinco centímetros. La bala me ha pasado rozando, no me ha llegado a dar de verdad.

Eso acaba de golpe con toda la autosugestión creada por la sangre.

Miro un poco decepcionada el corte. Para ser una herida de bala, es bastante cutre.

—No parece demasiado... —Iba a decir «grave», pero la voz atronadora de Noah casi me revienta los tímpanos.

—¡Una ambulancia! ¡Que alguien llame a una ambulancia! —Hago una mueca—. ¿Te duele? —inquiére preocupado.

—Lo que me duelen son los oídos —repongo con voz seca—. Me vas a dejar sorda como sigas gritando así.

Noah me fulmina con la mirada. Parece que ha perdido el sentido del humor.

Murmurando una palabrota entre dientes, coge la blusa que me acaba de quitar y la pone sobre la herida, taponándola.

—Ahora sí que duele —protesto cuando hace presión.

»¿No puedes ser más delicado? —Noah me vuelve a lanzar una mirada asesina, pero suaviza sus modos.

»No creo que sea grave —señalo.

Nunca he sido aprensiva con las heridas y realmente es solo un roce, no entiendo que esté tan nervioso.

—¿Ahora eres médico? —espeto.

Vaya, lo que está es cabreado.

Muy cabreado.

Sé que el incidente se va a convertir en todo un escándalo cuando, minutos después, la policía y la ambulancia llegan haciendo sonar sus sirenas a todo volumen.

En cuanto el personal sanitario entra, se dirige hacia Robert, que está inconsciente en el suelo. Sin embargo, Noah los detiene.

—A ese dejadlo que se pudra —masculla en tono despectivo—. La que necesita cuidados urgentes es ella —añade señalándome.

Los tres sanitarios, dos hombres y una mujer, dirigen su mirada hacia mí para evaluar mi estado.

Entiendo que por protocolo deben atender antes al más grave, pero cualquiera le dice que no al vaquero cuando se pone en plan Capullo-Arrogante-Todopoderoso.

—¿No ven que se está desangrando? —insiste.

Volteo los ojos. Noah realmente está exagerando. Me encuentro bastante bien. Es cierto que la herida todavía sangra un poco, y que duele como una quemazón, pero no es para nada grave y no hay que ser médico para saberlo.

Finalmente, la mujer viene hacia mí, y los dos hombres van a atender a Robert.

Mientras la mujer me atiende, Noah no hace más que rondar a nuestro alrededor, mascullando y maldiciendo. Me está poniendo de los nervios.

—¿Por casualidad no tiene algún tranquilizante?

—Si lo necesita, puedo pincharle...

—No, a mí no. Es para él.

La mujer me mira con sorpresa y luego sonrío.

Noah, en cambio, suelta un gruñido.
Definitivamente no está para bromas.

Después de que la policía nos tome declaración por lo sucedido, acaban llevándome al hospital por insistencia de Noah, aunque la herida solo requiere de cuatro puntos de sutura.

Más tarde, en el coche, de regreso al hotel, siento cómo el cansancio empieza a hacer mella en mí. O tal vez sea que el chute de adrenalina que me mantenía a tope ya ha desaparecido. La cuestión es que me siento adormilada.

Noah tampoco ayuda. Se ha mantenido en silencio desde que hemos subido al coche. Emana tensión. Parece a punto de explotar. Y, justo cuando empiezo a cerrar los ojos, lo hace.

—¿Estás loca? ¿Cómo has podido exponerte así?

Abro los ojos de golpe ante el bramido.

—He actuado por instinto.

—Pues tienes un instinto de mierda si te indica que te pongas delante de una pistola cuando se dispara.

—No, idiota. Mi instinto me empuja a proteger a las personas a las que quiero —murmuro en tono cansado, sin energías para discutir.

Noah parece darse cuenta en ese momento de que estoy agotada porque cierra la boca y me rodea con cuidado para que pueda recostar la cabeza contra él.

—Joder, preciosa. Vas a hacer que me salgan canas antes de tiempo —susurra con voz ronca y siento cómo deposita un beso en mi sien con mucha dulzura.

Un segundo después, me quedo dormida.

Capítulo 26

Noah

Al día siguiente, todos los medios de comunicación españoles presentan el mismo titular: «Tiroteo en pleno centro de Barcelona».

El cuerpo de la noticia es bastante acertado: «En la tarde del lunes, un hombre armado de nacionalidad estadounidense entró en uno de los hoteles más exclusivos del Paseo de Gracia y disparó contra los clientes. Por suerte, solo una mujer resultó herida. Las autoridades descartan que sea un posible atentado».

«¿Por suerte?», pienso con un bufido al leer esta parte.

Más bien por insensatez de la mujer, que, si se hubiese quedado quietecita, no le habría pasado nada. Cada vez que pienso que Sinclair podía haber muerto por evitar que fuera yo el que recibiera esa bala...

Me sentía tan cabreado por lo ocurrido que no podía ni pensar, hasta que la escuché decir: «Mi instinto me empuja a proteger a las personas a las que quiero».

Ojo, sigo estando enfadado con ella por ponerse en peligro de esa forma, pero ahora soy un hombre enfadado y feliz.

Es un hecho: Sinclair me quiere.

No hay mayor declaración de amor que dar la vida por otra persona. Y eso es justo lo que ella hizo ayer.

—La familia Blanchard debe de haber pagado una fortuna a los medios para que eviten hacer público el nombre del hotel —señala Smith.

—Tarde o temprano se sabrá. Todo acaba saliendo a la luz.

—Incluidos los nombres de los involucrados en el tiroteo.

—Espero que no o mis padres ya me estarían llamando para...

De repente, mi móvil empieza a sonar.

Veo la pantalla. Es mi padre.

Smith eleva una ceja.

¡Mierda!

—¿Cómo lo has sabido? —pregunto en cuanto cojo la llamada.

—El tiroteo ha aparecido en todos los medios y, como había implicado un estadounidense, la embajada de Estados Unidos en España se ha interesado por el tema. Ya sabes que el embajador y yo somos amigos de la universidad y estuvo invitado a la boda de tu hermana. En cuanto ha visto que el hombre detenido era Robert Mason, me ha llamado. Y más cuando, en el informe que tiene, tu nombre aparecía en calidad de testigo.

»¿Qué demonios ha hecho ahora ese malnacido?

—Intentó matarme en el mismo vestíbulo de entrada del hotel, y Smith lo detuvo.

—Pero ¿tú estás bien? —tercia la voz de mi madre.

—He puesto el altavoz para que ella también te oiga —aclaro mi padre.

—Sí, estoy bien.

—¿Cómo pudo hacer algo así? —se lamenta mi madre.

—Estaba borracho y resentido.

«Y es estúpido», añadido en mi mente.

—He leído que una mujer resultó herida en el tiroteo.

—Sí, se puso delante de mí e impidió que la bala me alcanzara.

Cada vez que rememoro ese momento, siento un nudo en el estómago.

Reconozco que no me esperaba que Robert sacase una pistola y me quedé paralizado cuando disparó un segundo después. Entonces, vi por el rabillo del ojo que una sombra se cernía sobre mí. Ni siquiera supe que era Sinclair hasta que su coleta no me azotó la cara con la rapidez de su movimiento.

Cuando sentí que su cuerpo se estremecía por el impacto... Esa sensación de angustia no se me va a ir de la cabeza con facilidad. Suerte que al final la bala solo le pasara rozando.

—¡Toda una heroína! —exclama mi madre.

—¿Sabes su nombre? —inquieta mi padre al mismo tiempo—. Me gustaría llamarla y darle las gracias personalmente.

—¿Solo las gracias? Querido, estamos en deuda con esa mujer, sea quien sea —señala mi madre.

—Sé muy bien quién es. De hecho, ella estaba conmigo en ese momento —aclaro con un pequeño carraspeo.

—¡Oh! —suelta mi madre en tono de desilusión.

—Entonces, ella es una de tus... —Sé que mi padre va a decir «acompañantes» o «amigas».

—No —lo interrumpo antes de eso—. Ella es alguien que he conocido aquí y es... —
Maravillosa. Decidida. Fuerte. Inteligente. Hermosa.

»Especial —concluyo.

—¡Oh! —vuelve a exclamar mi madre, pero en esta ocasión desborda entusiasmo.

»¿Cómo de especial?

—Lo suficiente para que esté deseando llevarla al rancho para que la conozcáis.

Silencio sepulcral y luego...

—¡Síiiiiii! —El grito de mi madre casi me deja sordo.

—Así que es así de especial —murmura mi padre.

—Solo te diré que Smith la adora.

Mi padre deja escapar un silbido impresionado. Sabe muy bien que no es fácil ganarse a Smith.

—Entonces, esperaremos impacientes a que la traigas —asegura mi madre con emoción.

—¿Cómo está Amanda?

—Apática y deprimida —responde mi madre en tono preocupado—. No tiene apetito, y el médico está preocupado porque el bebé no está ganando el peso que debería.

—No le vamos a contar nada sobre lo de Robert hasta que no se sienta más fuerte —interviene mi padre—. Ya le ha causado bastantes preocupaciones y, si se entera de que ha intentado matarte, se sentirá culpable.

—Decidle que pronto iré a verla, ¿de acuerdo?

—Te voy a pasar por WhatsApp el número de teléfono del embajador —comenta mi padre—. Cualquiera cosa que necesites, pídesela a él y lo arreglará.

—¿Incluso la cabeza de Robert en una bandeja?

—No me des ideas —rezonga mi padre antes de cortar la llamada.

Un segundo después, Sinclair entra en el salón. Se la ve un poco pálida y ojerosa.

—Deberías seguir durmiendo.

—Son casi las doce del mediodía —protesta ella—. Hacía mucho que no dormía tanto. Ya no tengo más sueño.

—Pues entonces tendrías que permanecer en la cama. Todavía estás convaleciente.

—¿De un arañazo? —bufa.

—De una herida de bala.

—Que no fue más que un arañazo.

—Te pusieron cuatro puntos, y el médico dijo que había riesgo de que la herida se infectase.

—Pero...

—¡Joder, Sinclair! Dame un poco de tregua, ¿quieres? —Ella parpadea ante mi estallido.

»Todavía me estoy recuperando del susto —prosigo con voz más calmada y razonable—. Solo necesito que te quedes un día en la cama, sana y salva, hasta que vuelvas a recuperar el color.

—Está bien —concede al fin—, pero solo si me haces compañía.

No tiene que pedírmelo dos veces.

Sin mediar palabra, la cojo en brazos con cuidado y la llevo de vuelta a la habitación.

Sé que todavía está dolorida para hacer el amor, pero, cuando se haya recuperado, pienso resarcirme de la forma más apasionada posible.

Después de ver una película y comer, Sinclair se vuelve a quedar dormida. Puede que su herida no sea muy grave, aun así, su cuerpo sufre las consecuencias del trauma vivido. No todos los días te enfrentas a la muerte, y ella lo ha hecho dos veces en tan solo una semana.

Bajo de la cama con sigilo, la arropo con cuidado y salgo de la habitación de puntillas para no despertarla. Smith me está esperando en la puerta.

—¿Noticias de Robert? —inquiero antes de que pueda decir nada.

—Sigue en el hospital. Al parecer, la bala le dio de lleno en la articulación del hombro y le han tenido que operar.

—Bien, recuérdame que te dé un plus por eso.

»¿Me querías decir algo más?

—Sí, me ha llamado mi contacto en la policía. Al parecer, han encontrado imágenes del vehículo que casi atropella a Sinclair al salir de las Atarazanas Reales. Pudieron captar el número de la matrícula y coincide con un coche alquilado a nombre de Robert.

»Me acaba de pasar el vídeo —añade mostrándome el móvil.

La imagen se ve en blanco y negro, y no es demasiado nítida, con todo, se puede ver cómo sube a la acera y va directo hacia donde estamos Sinclair y yo. No se puede distinguir al conductor, aunque hacia el final se ve claramente la matrícula.

—Hijo de puta —mascullo con rabia—. Así que fue él el que intentó matarla.

—Eso parece.

—¿Sabes en qué hospital está?

—Sí, pero está bajo custodia policial. No creo que puedas verlo.

Recuerdo el contacto que me ha pasado mi padre y sonrío.

—Por suerte, cuento con ayuda diplomática para abrirnos algunas puertas.

Tras lograr que Sinclair me prometa que no va a salir de la *suite*, Smith y yo nos dirigimos al hospital en donde Robert está ingresado.

Llevo una copia de la demanda de divorcio, y voy a conseguir su firma, aunque tenga que romperle todos los huesos del cuerpo para lograrlo. Quiero que el capítulo de Robert Mason acabe y podamos pasar página.

Mi padre tenía razón, el embajador se ha mostrado muy colaborativo ante mi petición, y un empleado de la embajada nos espera en la puerta del hospital junto con otro hombre.

—Buenas tardes, soy Richard James —se presenta tendiéndonos la mano—. Suelo ejercer de enlace con las fuerzas de seguridad del país —explica—, así que tengo un par de contactos que me debían un favor y... este es el detective Vila —añade cabeceando hacia el hombre robusto y calvo que tiene al lado, que nos hace un breve gesto con la cabeza. Lo recuerdo. El hombre nos tomó declaración después del incidente. Fue educado y bastante eficiente en sus preguntas.

»Él es el que lleva el caso —prosigue diciendo el señor James—. Los acompañaré a la habitación en donde está ingresado el señor Mason para que puedan hablar con él. Si necesitan algo, no dude en llamarme —añade tendiéndome su tarjeta. Después, se va.

Mientras seguimos al detective, este nos pone al día hablando en un inglés fluido con acento británico.

—Según el médico, la operación del señor Mason se ha desarrollado sin complicaciones y mañana le darán el alta —explica—. De momento, lo hemos detenido por tenencia de arma de fuego sin licencia y agresión con arma de fuego.

—Fue un intento de asesinato frustrado —repongo—. Y no es la primera vez. Acabo de descubrir que hace una semana intentó atropellarnos cuando salíamos de una cena en las Atarazanas Reales —añado y le muestro el vídeo.

El detective mira las imágenes con detenimiento.

—Más que usted, parece que su objetivo es la chica —observa pensativo.

—Es posible. Un poco antes, él la abordó durante la cena de gala a la que asistimos allí e intentó sobornarla, pero la señorita Vargas se negó a aceptar. Puede que se quisiera vengar.

»De cualquier forma, se trataba de un coche alquilado a nombre de Robert Mason.

—Está bien, le interrogaré sobre ello, pero permanezcan en silencio mientras lo hago —advierde.

Un policía hace guardia frente a la puerta de la habitación donde se encuentra Robert. El detective Vila intercambia unas palabras con él y nos deja entrar.

Robert se encuentra recostado en la cama, con la muñeca izquierda esposada a ella. Tiene el hombro y parte del brazo vendado e inmovilizado con un cabestrillo.

Siempre ha sido un hombre muy pulcro y presumido, pero está hecho una mierda. Despeinado, sin afeitarse desde hace días y con el rostro macilento y ojeroso.

Al vernos entrar, hace una mueca y desvía la mirada.

—No estoy de humor para visitas.

—Me iré en cuanto firmes la demanda de divorcio. —Digo tendiéndole los documentos. Al ver que me ignora, me cabreo al instante, pero inspiro hondo y controlo las ganas de convencerlo a golpes. En su lugar, trato de apelar a la poca humanidad que espero que tenga.

»Joder, Robert, mírate. Has perdido el rumbo de tu vida y vas a pasar una larga temporada en la cárcel. No por mi culpa, sino porque no has hecho las cosas bien.

»Amanda no se merece sufrir más por ti. Sabes lo buena persona que es. Ella te quería con todo su corazón. Si alguna vez has sentido el mínimo afecto por ella, firma los putos papeles y

sal de su vida.

Robert aprieta la mandíbula, aunque no dice nada. Cuando creo que voy a tener que pasar a las amenazas para convencerlo, extiende la mano y coge los papeles.

Estampa su firma con trazos bruscos en cada folio, con tanta rabia que en algunos llega a traspasar la hoja, y luego me los tiende.

—¿Contento?

—¿Crees que me hace feliz que el matrimonio de mi hermana haya acabado de esta forma? —repongo con voz cansada.

Hubiese estado más contento de ver a Amanda feliz junto a un hombre que la quisiera y la respetara como se merece.

Robert vuelve a desviar la mirada.

El detective Vila da un paso adelante.

—Señor Mason, hábleme de la noche del viernes de hace dos semanas. Según tengo entendido, acudió a una cena de gala en las Atarazanas Reales y trató de sobornar a la señorita Vargas.

—Si esto se va a convertir en un interrogatorio, exijo la presencia de un abogado —musita Robert con voz hueca y la vista clavada en la ventana.

—Que no quiera hablar con nosotros de forma amigable, no lo beneficia —repite el detective—. Tenemos imágenes de cómo intentó atropellar a la señorita Vargas en...

Robert gira la cabeza al instante con el ceño fruncido.

—Yo no hice nada de eso —farfulla.

El detective pone el vídeo que le he pasado y se lo enseña, haciendo pausa en el fotograma en el que se ve el número de matrícula.

—¿Acaso no es este el vehículo que tiene alquilado a su nombre?

—Sí, pero... aquella noche había bebido bastante, y un amigo me ofreció conducir por mí para dejarme en mi hotel. Me quedé dormido en cuanto subí a la parte trasera del coche y no recuerdo más —explica de forma atropellada.

—¿Qué amigo?

Sé el nombre que va a decir antes de que lo pronuncie.

—Edward. Edward Miller.

Smith y yo intercambiamos una mirada y los dos pensamos lo mismo.

«Hijo de puta».

¿De verdad ha tratado de matar a Sinclair por vengarse de lo ocurrido a Rachel?

Y hemos dejado a Sinclair sola, sin protección, con ese malnacido al acecho.

—¿Quién es Edward Miller? —inquire el inspector Vila.

—Es el karma —responde Robert y detecto un brillo de satisfacción en su mirada—. Tú le robaste a su mujer, y él te va a quitar a la tuya.

Capítulo 27

Sinclair

Estoy viendo la tele cuando empieza a sonar mi móvil.

Lo cojo y frunzo el ceño al ver que me está llamando una compañera de la universidad. Una bastante cotilla.

—Hola, Sin, perdona que te moleste. Desiré me dijo que te habías ido de viaje, y no sé si te has enterado de lo que le ha pasado.

El estómago se me cierra.

—¿Qué le ha pasado?

—En la última clase se ha desmayado. Tenía sangre entre las piernas. Bastante. La profesora ha llamado a una ambulancia y se la han llevado al hospital. La gente murmuraba que parecía un aborto espontáneo.

»¿Tú sabes si estaba embarazada?

—Lo siento, no sé nada —farfullo y cuelgo.

No pienso airear intimidades de mi amiga.

¿Será cierto que ha sufrido un aborto?

Me entristece que pueda ser así. Una vez tomada la decisión de seguir adelante con el embarazo, parecía ilusionada. Incluso habíamos empezado a hacer un listado de nombres.

Llamo a Desiré, pero me salta el contestador. Mierda.

Lo pienso un instante y decido llamar a su madre.

—Buenas tardes, Julia. Soy Sinclair, la amiga de Desiré. ¿Por un casual ella está en casa?

—Pues no tengo ni idea, querida. Estoy en un retiro de belleza de una semana y no sé nada de ella. ¿Ocurre algo? —lo pregunta con tanto desinterés que me cabrea.

—No, tranquila —respondo y cuelgo.

«No te estreses a ver si te salen arrugas», gruño para mis adentros.

No sé ni para qué he perdido tiempo llamándola. La madre ignora a su hija por completo, y el padre no es mucho mejor.

No obstante, Desiré no está sola, me tiene a mí.

Sin darle más vueltas, me meto en internet a buscar el primer vuelo que salga hacia Valencia y compro un billete. Después, me visto con cuidado, pues el brazo todavía me molesta cuando lo muevo. A continuación, guardo mis cosas de aseo en mi bolsa de mano y abandono a toda prisa la *suite*.

Sé que he prometido a Noah que no saldría, sin embargo, esto es una emergencia y espero que lo entienda.

Pienso en llamarlo para avisarlo, pero descarto la idea al instante. Si lo hago insistirá en acompañarme o algo por el estilo. Mejor se lo diré cuando esté a punto de subir al avión y no pueda hacer nada para impedirlo.

Salgo del hotel y veo un taxi en la calle, en el punto de estacionamiento especial para ellos.

Corro hacia él y, justo cuando estoy a punto de alcanzarlo, un hombre se me adelanta y se sube.

¡Qué mala pata!

—¿Señorita Vargas?

Me giro ante la voz familiar y me encuentro frente a Edward Miller. Tardo unos segundos en reconocerlo porque lleva un gorro de lana embutido hasta las cejas y una bufanda que le cubre la parte inferior del rostro. Tampoco es que me extrañe, hace bastante frío.

—¿Qué hace por aquí? —pregunto un poco tensa, pues no tengo tiempo para ponerme a charlar con él.

—Estaba paseando y la he visto. ¡Qué coincidencia! —comenta con una sonrisa.

—Mucha —repongo distraída mientras estiro el cuello para ver si veo otro taxi.

—¿Está buscando algo?

—Un taxi. Necesito llegar al aeropuerto lo antes posible. Mi vuelo sale en una hora. Cincuenta y cinco minutos —rectifico al mirar el reloj que me regaló Noah.

—Me alegra que se haya decidido a seguir mi consejo.

Lo miro confusa hasta que recuerdo lo que me dijo.

«Si me permite darle un consejo, aléjese de él lo antes posible y siga con su vida. Estar en su compañía no le traerá más que desgracias».

—No, la verdad es que no lo estoy siguiendo. Solo voy a hacer una visita rápida a una amiga.

—Ya veo —musita—. En ese caso, permítame ayudarla. Mi coche está ahí mismo, puedo llevarla yo.

Dudo un instante, pero el tiempo corre en mi contra y, al final, acepto.

Por suerte, el tráfico no es demasiado denso y avanzamos a buen ritmo. Mientras yo trato de localizar a Desiré, Edward conduce en silencio. Parece pensativo.

Por fin, consigo que mi amiga conteste la llamada.

—Desi, ¿estás bien? Nuria me llamó y me contó...

—Estoy perfectamente, no tienes de qué preocuparte —corta. Su voz es tan impersonal que me asusta.

»Un aborto espontáneo es lo mejor que me podía haber pasado, ¿no crees? Adiós complicaciones —añade y supongo que lo está diciendo para convencerse ella misma porque yo, al menos, no me lo trago.

»Además, esto simplifica las cosas con Marcos.

—¿Qué quieres decir?

—El aborto es una señal de que lo nuestro... no tenía futuro —afirma y su voz se quiebra a mitad, confirmando mis sospechas.

—No digas tonterías. Estás alterada y no puedes pensar bien.

»Mira, voy de camino. He cogido un billete de avión y llegaré a Valencia en unas horas. Nos veremos y hablaremos con tranquilidad, ¿vale?

—No hay nada que hablar. Ya lo he hecho.

—¿Qué has hecho?

—He llamado a Marcos y le he dicho que se olvide de mí.

—No se va a olvidar de ti tan fácilmente. Está enamorado de ti.

—Claro, por eso lo pillé besándose con otra —rezonga en tono irónico y dolido—. De cualquier forma, después de lo que le he dicho, te garantizo que ahora me odiará.

—¿Qué le has dicho?

—Que no voy a desperdiciar mi vida con un muerto de hambre como él. Que aspiro a más. Suelto un taco.

—No te hagas esto, Desi —susurro—. No echas de tu vida a la gente que te quiere.

—¿Es que alguien, aparte de ti, lo hace realmente? —musita ella en tono cansado y me cuelga.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Debajo de su apariencia sofisticada y perfecta, solo hay una niña que se siente sola y poco querida.

Voy a volver a llamarla, pero justo en ese momento me entra una llamada de Noah.

—¡Maldición, Sinclair! ¿Dónde estás? —grita tan fuerte que hago una mueca.

»Tu teléfono no para de comunicar, y en el hotel me han dicho que uno de los botones te ha visto salir.

—Tranquilízate, ¿quieres? —protesto volteando los ojos. Este hombre lleva la sobreprotección al extremo.

»Me ha surgido una urgencia y tengo que ir a Valencia. Estoy...

De repente, Robert me quita el teléfono, abre su ventanilla y lo tira.

Lo miro pasmada.

—¿Qué...?

—Ya me he cansado de tu cháchara —masculla.

Acto seguido, sin darme tiempo a reaccionar, me coge del pelo y me empuja la cabeza contra el cristal de forma brutal, cortando mis palabras de golpe.

Un agudo dolor me estalla en el cráneo y, al segundo siguiente, caigo en los brazos de la inconsciencia.

Un dolor punzante en el costado derecho de la cabeza me despierta. Entreabro los ojos, desorientada, sin saber dónde estoy. No consigo ver con claridad, todo es borroso. Parpadeo y poco a poco mi visión se aclara.

Me encuentro dentro de un vehículo. El suave ronroneo del motor es la única banda sonora en ese momento. A juzgar por los árboles, y la oscuridad que lo envuelve, va por alguna carretera de montaña.

La cabeza me duele horrores. Intento palpar lo que sin duda será un enorme chichón y me doy cuenta de que tengo las muñecas atadas con varias vueltas de cinta adhesiva.

Las miro confusa y empiezo a forcejear para poder separarlas.

—Así que ya te has despertado —comenta una voz a mi lado.

Giro la cabeza con brusquedad y un ramalazo de dolor me atraviesa el cerebro haciéndome gemir.

—Edward... ¿Por qué...? —balbuceo aturdida.

—Solo estoy defendiendo lo que me pertenece.

—No entiendo. —A pesar de que el cráneo me late, trato de pensar con claridad.

»¿Todo esto es por vengarte de Noah por lo que le hizo a Rachel?

—No te atrevas a pronunciar el nombre de mi mujer —espeta con rabia.

—Estás equivocado, ella no murió por culpa de Noah —afirmo tratando de razonar con él.

—No, por su culpa no. Por la de tu padre.

»Si no hubiese tenido a una bastarda, nada de esto hubiese pasado —añade dejándome todavía más confusa.

—¿Qué tiene que ver mi padre con Rachel?

—Eso es lo más gracioso. Que ni siquiera lo sabes. —Suelta una carcajada y luego se queda serio. El contraste me pone los pelos de punta. Creo que ha perdido el juicio.

»Rachel no tenía que haber muerto —murmura y aprieta las manos sobre el volante tan fuerte que se le ponen blancas—. La quería de verdad, ¿sabes? En cuanto nació, mi padre me aseguró que ella sería mía. La reina de mi imperio. Un imperio que me haría el hombre más rico del mundo.

»Él lo tenía todo calculado. Todo, menos que Luke Sinclair tuviera otra hija —masculla y me mira de reojo de forma significativa.

Me quedo helada.

¿Acaba de insinuar que Rachel y yo éramos hermanas?

Trato de recordar. Mi padre nunca me dijo su nombre, y yo nunca se lo pregunté. Tenía celos de ella porque, por su culpa, él se alejaba de mí, así que decidí ignorar su existencia. La borré de mi mente.

—Si Rachel no hubiese llegado tan pronto de esa fiesta..., pero lo hizo y escuchó algo que no debía.

»No me dio elección. No podía dejar que lo contara todo. Hubiera acabado conmigo y con mi padre. Tuve que hacerlo. Tuve que matarla. Y lo siento tanto —añade con voz rota.

Habla para sí mismo o tal vez se está confesando con Dios. La cuestión es que estoy a su lado y lo he oído.

—Rachel no se suicidó.

—No, yo le hice tragarse esas pastillas y la obligué a escribir la carta de suicidio. La amenacé con matar a Amanda si no lo hacía. Ellas dos se adoraban.

»Después, me aseguré una buena coartada. El dinero lo compra todo.

—Y culpaste a Noah.

—Era el chivo expiatorio perfecto. Pasaba mucho tiempo con ella y era un seductor. Incluso había algún rumor que ya insinuaba una posible aventura. —Este cabrón no tiene ni idea del daño que le causó a Noah con su mentira. O tal vez sí.

»Y, justo cuando estaba todo en orden..., apareces tú.

»Se lo advertí a mi padre cuando me habló de ti hace años. Le dije que los cabos sueltos no traían más que problemas, y ¿sabes lo que me dijo?: «¿Qué posibilidades hay de que esa chica se cruce en nuestro camino?». ¡Ja!

—¿Tu padre sabía de mi existencia? —inquiero confusa, pues se suponía que yo era un secreto.

—Mi padre era el abogado de los Sinclair. Justo antes de su muerte, Luke fue a verlo y le confesó que tenía otra hija. Quería modificar su testamento para dejarte la mitad de su fortuna. Decía que era lo justo. Sin embargo, tuvo un trágico y oportuno accidente antes de poder hacerlo, y mi padre decidió seguir guardando el secreto de tu existencia.

»No te hubiese pasado nada si te hubieses quedado en la sombra, como siempre —continúa diciendo Robert—. Imagina el impacto que supuso para mí verte en el MWC, al lado de Noah Grayson.

»Dudé de que fueras tú. Las fotos que vi de ti fueron tomadas hace años. No podía darse tanta casualidad. Pero cuando me dijiste tu nombre en la cena de gala... No había duda. La bastarda de Luke Sinclair.

»Aun así, valoré no matarte —agrega en tono magnánimo—. Esperaba que solo fueras una más de tantas, pero al ver cómo Noah te miraba y te trataba durante la fiesta... Supe que no se

iba a separar de ti con facilidad. Incluso puede que te llevase con él a Dallas. Y no podía correr ese riesgo. Porque, en cuanto él te viera, te reconocería. Lo sé. —«¿Quién es él?», pienso tratando de seguir su diatriba.

»Traté de quitarte de en medio esa misma noche con el coche de Robert, pero Grayson me lo impidió —prosigue relatando. Abro los ojos de golpe. Entonces, el coche que casi me atropella... No fue un accidente casual. Fue intencionado.

»Te he estado acechando desde entonces, ¿sabes? Observándote. Esperando mi oportunidad. Vigilando el hotel. Y de pronto sales por la puerta. Sola.

»Eso es lo que se dice un golpe de suerte, ¿no crees? —añade con una risita.

Lo miro de hito en hito. Está loco. Y va a matarme, de lo contrario no me estaría contando todo esto.

De forma disimulada, mis ojos buscan algún arma; alguna forma de escapar de ese desquiciado.

—Los cabos sueltos no traen más que problemas —insiste Edward en un murmullo bajo.

»Por eso, tu hijo y tú debéis desaparecer.

Me quedo helada. El estómago se me cierra en un puño y siento que mi corazón se salta un latido.

Clavo mis ojos en Edward esperando haber oído mal.

—¿Qué has dicho? —pregunto con un hilillo de voz.

—Que, en cuanto acabe contigo, voy a ir a por tu hijo.

—¿Cómo... sabes de él? —balbuceo turbada.

—Tu madre contactó con mi padre hace años. Nos pasó fotos tuyas y de tu hijo, y nos estuvo chantajeando con sacaros a la luz si no le dábamos dinero. Le estuvimos pagando durante años.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Carla siempre fue una madre de mierda, pero esto se lleva la palma. Ahora entiendo que dejara de pedir dinero a Catalina. Ya lo estaba consiguiendo por otro lado.

Lo peor de todo es que ha puesto en peligro a Lucas al revelar su existencia.

—No voy a consentir que dos muertos de hambre como vosotros me quitéis lo que me corresponde —sigue rumiando Edward—. Mi padre me dijo que todo sería mío. Todo —añade dando un golpe rabioso al volante.

Doy un respingo, aterrada. No por su estallido, sino porque mi cerebro acaba de asimilar lo que está diciendo: va a hacer daño a Lucas.

Al comprender eso, el temor que siento comienza a cederle el paso a la furia, como un reguero de lava que inunda mis venas poco a poco hasta que una niebla roja ciega todo pensamiento coherente.

—Tú... Maldito loco cabrón... No voy a permitir que te acerques a mi hijo —espeto llena de rabia.

Me lanzo contra él como un ángel vengador.

No me importa lo que pueda pasarme, lo primordial es acabar con ese hombre para que no pueda llegar hasta Lucas.

—Hija de puta —gruñe Edward cuando comienzo a golpearle de forma rápida y contundente. No obstante, al tener las muñecas atadas, mis golpes no resultan tan efectivos como deberían.

»¡Estúpida! Para o harás que nos estrellemos.

Edward se desabrocha el cinturón de seguridad para tener más movilidad y consigue

golpearme dos veces con el puño.

Me quedo atontada por unos segundos, pero, tan solo de pensar que si ese hombre acaba conmigo mi hijo morirá, logro fuerzas para lanzarme a un nuevo ataque.

Llevo las manos hacia sus ojos dispuesta a arrancárselos con las uñas si es necesario, y me complace escuchar su grito de dolor.

De pronto, en su intento por defenderse, da un volantazo que nos saca de la carretera.

El coche comienza a descender a toda velocidad por un terraplén de unos cuarenta y cinco grados de inclinación. Arbustos y ramas azotan la carrocería mientras el traqueteo brutal sacude nuestros cuerpos.

Si salgo viva de esto será un milagro, aun así, una cosa tengo clara, si yo muero, el malnacido que tengo al lado vendrá al infierno conmigo. Por eso, sigo atacándolo mientras los árboles son testigos mudos de nuestro descenso. Esperando el momento en que uno de ellos frene nuestra caída de forma contundente.

Ese momento llega de pronto con un impacto seco y brutal contra un árbol.

Salgo impulsada hacia delante con tanta brusquedad que, por un momento, siento cómo cada hueso de mi esqueleto se desencaja del sitio. Por suerte, el cinturón de seguridad evita que salga disparada contra el parabrisas delantero.

Por el rabillo del ojo veo cómo el cuerpo de Edward acompasa mis movimientos como en un baile bien coreografiado. Sin embargo, al no llevar cinturón de seguridad, no tiene impedimentos para acabar atravesando el parabrisas con un crujido sordo de huesos y cristales.

Y, en ese instante, pierdo el conocimiento.

Silencio.

Un silencio ensordecedor me despierta a gritos.

Abro los ojos despacio y me encuentro frente al rostro sanguinolento de un hombre. Sus ojos carentes de vida que me miran desde el capó. Al cruzar el parabrisas debe de haberse estrellado contra el árbol y caído de nuevo sobre el vehículo.

Edward.

Edward está muerto.

Bien.

El coche ha quedado empotrado con lo que parece un pino centenario. Es todo lo que alcanzo a ver porque a mi alrededor no hay más que oscuridad.

Por lo que recuerdo del paisaje que nos rodeaba justo antes del accidente, deduzco que estamos dentro de una de las zonas montañosas que hay cerca de Barcelona.

Lo que está claro es que debo salir del coche e intentar pedir ayuda.

Trato de moverme, pero el frío ha entumecido mis músculos. Tal vez por eso no siento dolor, solo sueño. Mucho sueño.

Mis ojos empiezan a cerrarse de nuevo cuando, de pronto, escucho un siseo y veo un fogonazo. Al instante, descubro el resplandor de una llama bailando en la oscuridad, justo al lado de mi puerta.

La observo durante unos segundos, hipnotizada por la danza luminosa que parece cobrar intensidad poco a poco, hasta que la vocécita que hay dentro de mí me señala lo evidente: «Guapa, lo que ves es fuego. Si el coche se incendia, cuanto más lejos estés de él, mejor».

Eso me espabila de golpe, al menos la mente.

Mi cuerpo se mueve con lentitud y torpeza. Además, con las manos atadas y temblorosas, el

solo hecho de pulsar el botón para abrir el cinturón de seguridad me supone todo un desafío. Después de tres intentos, lo consigo.

Las llamas se extienden con rapidez. Si no salgo rápido de aquí, el coche se convertirá en una bola de fuego conmigo dentro.

Trato de abrir la puerta, pero no puedo. Acciono la palanca de apertura una y otra vez, en un desesperado intento de que, en una de ellas, consiga su objetivo. Nada. Tal vez se haya bloqueado del golpe.

Un gemido de dolor brota de mis labios cuando me muevo hacia el asiento del piloto para intentar abrir esa puerta. Contengo el aliento cuando tiro de la palanca de apertura y... ¡Bingo! Se abre. Ese pequeño triunfo me arranca un sollozo nervioso.

Me dispongo a salir disparada del vehículo y, al primer paso, caigo de bruces contra el suelo. Tengo las piernas demasiado temblorosas y débiles para aguantar mi peso. Por suerte, mi instinto de supervivencia toma el control de la situación.

Me arrastro.

Gateo por la tierra.

Trastabillo con las rocas.

Todo por un intento desesperado de escapar de la amenaza del fuego. De sobrevivir.

No sé cuánto llevo recorrido, tal vez solo unos pocos metros, cuando una fuerte explosión a mi espalda me toma por sorpresa, arrojándome de forma violenta contra el suelo.

De nuevo, la inconsciencia me apresa.

Capítulo 28

Noah

Miro con ansiedad mi móvil y doy gracias de nuevo porque Sinclair no se haya quitado el reloj que le regalé.

—La señal del GPS indica que está cerca —murmuro mientras agudizo la mirada para ver alguna luz frente a nosotros.

—¿Sigue igual? —inquire Smith.

Vamos en el Bentley, y hemos intercambiado posiciones. Esta vez yo estoy en el asiento del copiloto, y él, detrás. Es una tontería, pero aquí siento que controlo más la situación. Marcos es el que conduce, eso no ha cambiado.

—Sí, no se ha movido —respondo con voz apagada.

—Esta es una zona de montaña poco transitada en esta época —comenta Marcos—. Aquí puede...

¿Matarla sin que nadie se lo impida?

¿Deshacerse del cuerpo?

—Lo sé —corto incapaz de escuchar nada de eso.

Cuando Robert nos ha chivado que Edward estaba implicado, llamé a Sinclair al instante para cerciorarme de que estaba bien. Sin embargo, su móvil comunicaba.

Por ello, he acabado llamando al Maison Blanchard para que me pasaran con la *suite*. Pero cuando la chica de recepción me ha informado de que uno de los botones había visto a Sinclair salir del hotel y hablar con un hombre que tenía el rostro convenientemente cubierto... Supe que estaba en apuros.

Llevamos siguiendo la señal del GPS desde que salimos del hospital hace media hora. La media hora más larga de mi vida.

Cada vez que llamaba al móvil de Sinclair, y saltaba el contestador, me ponía más y más nervioso. Y, cuando por fin lo cogió y la llamada se cortó de forma abrupta, mi certeza de que su vida corría peligro aumentó.

—Estamos casi sobre la señal —indico mirando la pantalla de mi móvil.

De pronto, vemos un resplandor en la pendiente de la carretera, a unos metros delante de donde estamos. Fuego. Al acercarnos más, descubrimos que se trata de un coche en llamas.

—Smith —musito con voz queda.

No hace falta que diga nada más. Al instante, se pone a marcar el número de emergencias.

Un segundo después, Marcos detiene el Bentley de forma abrupta.

—Parece que el vehículo se ha salido de la carretera en este punto —comenta señalando las marcas de neumáticos y el estado de la maleza al lado de la carretera.

—¿Tienes alguna linterna potente, un kit de primeros auxilios y un extintor? —inquiero mientras salgo del coche.

—En el maletero —responde Marcos.

Equipándonos con todo, incluidas una manta y una palanca de hierro, salimos disparados hacia el resplandor del fuego.

«Que siga viva, por favor, Dios», imploro como nunca antes lo he hecho a un Dios al que nunca le he prestado demasiada atención.

Los tres derrapamos por la pendiente en nuestra prisa por llegar hasta el vehículo en llamas, que ha quedado empotrado contra un árbol en un terraplén.

Lo primero que veo al llegar hasta él es la puerta del conductor abierta. ¿Edward habrá escapado? Entonces, al acercarme, descubro el agujero en el parabrisas y lo que queda de él sobre el capó, todavía ardiendo.

Marcos, que es el que lleva el extintor, lo usa para sofocar las llamas.

Miro en el asiento de copiloto con temor de encontrar algún cuerpo quemado. Nada.

—En la parte trasera no hay nadie —informa Smith.

Los dos miramos el maletero. ¿Y si estaba ahí encerrada? Sin pérdida de tiempo, intentamos abrirlo. El portón parece algo desencajado por el golpe, así que usamos la palanca para forzar el cierre. Después de varios intentos, lo logramos y se abre con un chirrido.

Nada.

Vuelvo a mirar la *app* de seguimiento del reloj. El GPS indica que está aquí, no hay duda.

—¡Sinclair! —grito.

Bramo su nombre una y otra vez mientras cojo la linterna de Marcos y me pongo a buscar alrededor del coche. Los segundos parecen horas, hasta que, de pronto, veo una mancha de color en el suelo.

Un abrigo rojo.

Un cuerpo inmóvil.

Una melena rubia y revuelta.

Sinclair.

Salgo corriendo y tropiezo en mi prisa por llegar a ella mientras doy el aviso a voces de que la he encontrado.

Me arrodillo junto a ella y le doy la vuelta con cuidado. Tengo tanto miedo de que esté muerta que no puedo ni respirar. Entonces, Sin emite un pequeño quejido.

—Estoy aquí, preciosa. Ya estás a salvo.

Lo primero que veo es que tiene el lado derecho de la cabeza cubierto de sangre. Aparto con cuidado el cabello que tiene sobre el rostro y se me escapa un lamento al ver en qué estado está. El muy hijo de puta la ha golpeado con saña, pues tiene un ojo hinchadísimo, la mejilla amoratada y el labio partido. Lástima que esté muerto, me ha arrebatado el placer de hacerlo sufrir por esto.

Smith me tiende la manta y me apresuro a cubrirla con ella. La siento tan fría entre mis brazos... Con el tiempo que lleva ahí tirada y el frío que hace, seguro que tiene hipotermia.

—No puedes dejarme, mi amor. No cuando por fin te he encontrado. Te quiero —confieso con voz queda en su oído.

Sus ojos aletean y se abren, al menos el que no tiene hinchado.

—¿Noah? —musita con voz apenas inaudible.

—Estoy aquí, preciosa.

—Edward... —Trata de decir algo, pero no lo consigue. Sus ojos se cierran como si le pesaran demasiado para mantenerlos abiertos.

—No tienes que volver a preocuparte por él, tranquila.

De pronto vuelve a abrirlos en un último esfuerzo. Sus manos se aferran a mí y comienza a balbucear:

—Lucas. Necesito a Lucas. —Doy un respingo al escuchar ese nombre. Es lo último que hubiese esperado.

»Tráeme a Lucas, Noah —insiste con un tono de desespero que se me clava en el corazón como un cuchillo.

»Por favor —añade y pierde el conocimiento.

Suelto un taco entre dientes mientras la abrazo para darle calor.

Todo esto le ha pasado por mi culpa y lo menos que puedo hacer es cumplir su deseo..., aunque cada partícula de mí deteste hacerlo.

Miro por la ventana con sorpresa cuando se filtran los primeros rayos de sol. Llevo toda la noche en el hospital, sin salir de la habitación en la que Sinclair está ingresada, tan nervioso que no soy capaz de quedarme quieto.

Está amaneciendo, y ella sigue inconsciente.

Después de hacerle varias pruebas, el médico determinó que presentaba una conmoción cerebral fuerte y un par de costillas fisuradas por el cinturón de seguridad, pero ningún hueso roto.

«No se preocupe, despertará de un momento a otro», comentó condescendiente.

Me entraron ganas de zarandearlo.

¿Cómo no me voy a preocupar?

Cada vez que la miro tumbada en la cama, cubierta de vendajes...

Además de las contusiones en la cabeza, el rostro y el torso, tiene las manos llenas de arañazos, señal de que se arrastró por el suelo para escapar del fuego.

«Mi chica es una luchadora», pienso mirándola con orgullo.

Lo que me lleva a una de las razones por las que estoy tan intranquilo: ¿realmente es mi chica o la del maldito Lucas?

Solo de pensar que ese hombre puede aparecer en cualquier momento y arrebátarmela...

Miro mi móvil. Tal vez todavía estoy a tiempo de decirle a Smith que he cambiado de idea y que dé la vuelta. Él mismo trató de disuadirme.

—¿De verdad quiere que coja el *jet* de la empresa y vuele hasta Valencia para localizar a ese tal Lucas y traerlo aquí? —inquirió con extrañeza.

—¡Joder, claro que no! —mascullé agobiado—. Pero se lo prometí.

»Tenemos la dirección de Sinclair. Creo que su abuela vive con ella, así que tal vez la mujer sepa quién es. Y, de paso, trae también a la anciana. Sinclair se alegrará de verla cuando despierte.

Smith se marchó a eso de las nueve de la noche y, desde entonces, solo hemos compartido una breve conversación de WhatsApp.

Smith

Misión cumplida.

En breve llegaremos.

Noah

¿Qué te parece Lucas ahora que lo has visto?

Smith

Es una persona muy notable y ama a Sinclair. No lo va a apartar de su lado con facilidad.

Mierda. Esperaba que dijese que Lucas era un mequetrefe que no me suponía una competencia real, pero... ¿una persona muy notable? Para que Smith diga eso, el hombre le debe de haber impresionado.

Miro el reloj. Han pasado casi dos horas del intercambio de mensajes, no creo que tarden en llegar.

De pronto, llaman a la puerta y doy un respingo.

«¿Será él?», pienso con el pulso acelerado.

Me yergo en toda mi estatura y saco pecho, tratando de parecer imponente para impresionar al hombre al que odio desde hace días. Sin embargo, me desinflo de golpe al ver que solo es una enfermera.

—Disculpe, vengo a cambiarle el gotero.

Gruño en respuesta y la dejo hacer. Un par de minutos después, la mujer se va, dejándome de nuevo solo con mis pensamientos.

Y mis pensamientos me llevan de nuevo a mi rival en el amor de Sinclair.

Ahora me arrepiento de no haber permitido que Sinclair me hablase de él. Así sabría a lo que enfrentarme. Me lo imagino de unos treinta años, atractivo y de carácter jovial, y lo odio todavía más.

Agobiado, me acerco a la cama y me siento al lado de Sinclair, acariciando su brazo con ternura. Solo sentirla ahí me relaja al instante.

—Te necesito, Sin —susurro con voz queda—. Ahora que te he encontrado, no puedo permitir que nadie te aleje de mí. Estás hecha para mí, lo supe desde la primera vez que te tuve entre mis brazos. Tal vez antes, en el aeropuerto, cuando me tiraste de culo al suelo por burlarme de ti. —Me río de mí mismo al recordar la escena—. Fuiste tan arrogante y mordaz... Creo que me enamoré de ti en aquel mismo instante.

»Eres mi otra mitad, mi alma gemela y...

—¿Noah? —susurra de pronto con voz rasposa.

La observo con sorpresa. Tiene los ojos cerrados y no se ha movido. ¿Acaso la he escuchado en mi imaginación?

—¿Sin? ¿Estás despierta?

—Hablas tanto que no me dejas dormir —murmura.

Suelto una mezcla de risa y sollozo por el alivio de volver a escuchar una de sus pullas.

Sinclair abre los ojos despacio, parpadea un par de veces y luego clava su mirada en mí.

—No tienes buen aspecto.

La última vez que me vi en el espejo del baño estaba ojeroso y necesitaba una ducha. Supongo que ahora estaré peor después de estar toda la noche en vela.

—Bueno, siendo sincero, tú tampoco estás en tu mejor momento —comento y le sonrío con ternura.

—¿Cuánto llevo durmiendo?

—Como unas doce horas. Estaba empezando a ponerme nervioso —reconozco con una mueca.

—Me siento como si me hubiera pasado un camión por encima.

Trata de incorporarse y emite un gemido lastimero.

—Procura no moverte, preciosa —mascullo deteniéndola—. Te han puesto un collarín para inmovilizarte el cuello y llevas las costillas vendadas —explico—. El choque contra el árbol

debió de ser brutal.

Me mira desconcertada.

—¿Qué árbol? ¿Qué me ha pasado, Noah? —musita.

Trato de sonreír para tranquilizarla.

—Nada que no se pueda arreglar, mi amor —murmuro mientras pulso el botón para llamar a la enfermera.

—La pérdida de memoria de los sucesos previos o posteriores al accidente es normal en estos casos —explica el médico tras hacerle varias pruebas a Sinclair—. En una lesión como la de la señorita Vargas, la amnesia puede durar solo unos minutos o tal vez algunos días.

»Por lo demás, todo está bien. No se...

—No me diga que no me preocupe o cambio de médico —mascullo de mal humor.

El hombre me mira indignado.

—Disculpe —murmura Sinclair—. Tiende a ser sobreprotector y no sabe gestionar bien las crisis.

El médico asiente y se marcha rumiando algo por lo bajo, supongo que sobre mi mala educación.

—¿Que no sé gestionar bien las crisis? —bufo—. Soy más que conocido por hacer justo eso. En los negocios tengo fama de tener una mente rápida y aguda, y en los rodeos no me llamaban Ironman solo por mi resistencia al dolor, también porque era imperturbable ante cualquier suceso inesperado.

»Gestiono las crisis de cojones —añado entre dientes mientras me cruzo de brazos.

—Las crisis que se resuelven con el cerebro, sí —señala Sinclair—. Pero, en las que afectan al corazón, sueles mostrarte bastante... impetuoso.

Voy a replicar a eso, pero Sinclair mira a su alrededor y lanza una exclamación de asombro.

—¿Se puede saber a qué hospital me has traído?

—Al mejor que se puede pagar en Barcelona —declaro con un encogimiento de hombros—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me acabo de fijar en el tamaño de la habitación. Parece una *suite* de lujo.

—Porque es una *suite* de lujo —aclaro—. En los hospitales también las hay. Tenemos un pequeño saloncito y una habitación ahí detrás con un baño propio —explico señalando unas puertas dobles de madera de nogal.

—¿Y dónde tienes escondido a Smith?

—Ha ido a... hacer un recado —murmuro evasivo.

—¿Recado? —inquieta Sinclair intrigada.

Me pregunto si estoy a tiempo de llamarlo y decirle que dé media vuelta. Pero no. Independientemente de que ella lo recuerde o no, yo se lo prometí. Y por mucho que me pese voy a hacer honor a mi promesa.

—Me pediste que trajera a Lucas —explico a regañadientes.

»Me dijiste que lo necesitabas —añado incapaz de disimular mi acritud.

—Y, a pesar de lo que sientes al respecto, lo vas a traer —murmura Sinclair con asombro. Me encojo de hombros. Haría cualquier cosa por hacerla feliz, incluso si eso perjudica mis intereses.

»Es verdad que me quieres —musita como si eso lo demostrase. Tal vez sí.

—Sí, y tienes razón, no sé gestionar bien esto —mascullo golpeándome el pecho.

»Cuando ese novio o «amigo» tuyo aparezca, no sé lo que va a pasar —confieso en un susurro, aunque me lo puedo imaginar: me volveré un cretino celoso y malhumorado.

»Me dijiste que lo amabas más que a tu vida, pero sé que por mí también sientes algo, así que... voy a luchar por ti —declaro con convicción.

Lo que menos esperaba después de esa apasionada confesión es que Sinclair soltara una risita.

La miro indignado.

—No lo entiendes. —Suspira—. Lucas no es mi novio. Él es...

—¡Mamá!

En ese mismo momento, un adolescente alto y desgarbado irrumpe como una tromba en la habitación y se queda petrificado por un segundo al ver a Sinclair en la cama.

Abro la boca para decirle que se ha equivocado de habitación, pero veo con asombro cómo su rostro se arruga lleno de angustia.

—¡Mamá! —exclama con un sollozo justo antes de correr hacia Sinclair.

Un segundo después, entra una mujer con paso enérgico, a pesar de su avanzada edad. Es bajita y de complexión media, con el rostro surcado de arrugas, y el pelo corto y cano con un matiz rosado. Sus ojos marrones brillan por las lágrimas al ver a Sinclair.

—¡Mi niña! —murmura acongojada entretanto se acerca a la cama para hacerse un hueco al lado del adolescente.

En ese momento, oigo un suave clic. Me giro y me encuentro a Smith haciéndome una foto.

—Disculpe, señor, pero tenía que immortalizar la expresión de su rostro —comenta con humor.

Solo entonces me doy cuenta de que sigo con la boca abierta.

Capítulo 29

Sinclair

Lucas está aquí.

Mi Lucas.

Abrazándome.

Sé que es real porque duele horrores, pero no me importa. Todo lo contrario, lo necesito. Necesito sentirlo a mi lado otra vez. Llenarme con su familiar aroma. Consolarlo.

Me parte el corazón ver su cuerpo delgado estremecido por los sollozos.

—Estoy bien, cariño —murmuro, aunque sé que debo de tener una pinta horrible para que se haya puesto así.

—Nos tenías muy preocupados —comenta mi abuela—. Cuando el señor Smith nos dijo que un hombre te había secuestrado y habías acabado en el hospital... —Su voz se quiebra y se le escapa una lágrima que se apresura a secarse con manos temblorosas.

Me apena que por mi culpa estén así.

—Me encuentro mucho mejor ahora que os tengo a mi lado —declaro mientras paso la mano vendada por la espalda de Lucas para calmarlo.

La cabeza de mi hijo se levanta como un resorte.

—¿Adivinas cómo hemos venido hasta aquí? —pregunta y el entusiasmo pone fin a las lágrimas más rápido que mi caricia. Ni siquiera me da tiempo a contestar antes de hacerlo él mismo.

»¡En un avión! Pero no en un avión cualquiera —añade levantando las cejas—. El señor Smith nos ha traído en un *jet* privado, como esos tan lujosos que salen en las pelis. ¡Solo para nosotros! Y luego una limusina nos ha recogido.

Mi mirada vuela hacia Noah que permanece a un lado de la habitación observándonos en silencio. No encuentro las palabras para agradecerle este gesto. Tampoco sé si está enfadado o no porque se mantiene impasible. De lo que estoy segura es de que ya debe de haber deducido que Lucas es en verdad mi hijo.

—Disculpad —murmura de pronto y sale de la habitación.

El corazón me da un vuelco y las dudas empiezan a agobiarme.

¿Y si se enfada porque le he ocultado que tengo un hijo?

¿Y si no me quiere lo suficiente para aceptar a Lucas?

¿Y si no regresa?

—No sufra, no la va a dejar —murmura el señor Smith como si pudiese leer mi mente—. Solo necesita asimilarlo.

De pronto, se escuchan golpes amortiguados en la pared exterior de la *suite*. Son suaves, pero insistentes.

Pum.

Pum.

Pum.

Lucas, guiado por su naturaleza curiosa, se asoma por la puerta a mirar.

—Mamá, ¿quién es el hombre que acaba de salir y por qué está golpeando su frente contra la pared?

Miro a Smith con una ceja arqueada.

—Es su forma de asimilarlo —comenta el asistente con expresión imperturbable. De pronto, se oye una carcajada ronca. La reconozco. Es de Noah. Se está riendo a mandíbula batiente.

»¿Ve? Ya lo ha asimilado —señala Smith.

Lo miro con escepticismo. Más bien parece que ha enloquecido por el descubrimiento.

—¿Es ese el hombre del que me hablaste por teléfono? —pregunta mi abuela confundida.

El hombre en cuestión aparece en el vano de la puerta, todavía con los restos de una sonrisa bailando en sus labios. Al ver que los cuatro tenemos los ojos clavados en él, deja de sonreír y tose.

—Mamá, en serio, ¿quién es ese hombre? —insiste Lucas con el ceño fruncido.

Clavo mi mirada en Noah sin saber cómo responder a esa pregunta.

De pronto, Noah dobla el cuello de un lado a otro, estirándolo como para eliminar la tensión, y se adentra en la habitación con paso resuelto, directo hacia donde está mi hijo, hasta pararse frente a él.

Los dos se miden en silencio durante un segundo, frente a frente, como dos contrincantes en un duelo del Oeste.

Lucas lo estudia con desconfianza, pero sin amedrentarse; está junto a la cama y parece que va a saltar sobre el vaquero al menor signo de amenaza. Su actitud protectora me entenece.

Noah, por su parte, observa al niño con los ojos entrecerrados. Emana tensión por cada poro. De repente, coge aire como si estuviera preparándose para hacer algún esfuerzo y lo suelta diciendo en un perfecto español:

—Soy Noah Grayson, el novio de tu madre.

A continuación, le tiende la mano de modo formal.

No sé quién está más sorprendido de los presentes: Lucas, mi abuela, Smith (al que incluso se le han dilatado los ojos) o yo misma.

Tampoco decido si debería abrazarlo por aceptar a Lucas de forma tan abierta o zarandearlo por autoproclamarse mi novio sin consultarme primero.

—Soy Lucas Vargas, su hijo —dice de pronto mi niño en uno de sus arranques de madurez y le da la mano con solemnidad.

Lo miro emocionada. Va a ser un gran hombre.

Después, Noah dirige su atención a mi abuela.

—Esta maravillosa mujer es mi abuela, Catalina Sánchez, a quien le debo todo lo que soy ahora —aclaro continuando con las presentaciones—. Abuela, este es Noah Grayson.

—Es un placer conocerla, señora —declara cogiendo la mano de mi abuela y llevándosela a los labios en un gesto galante—. Ahora entiendo de dónde ha sacado Sinclair su hermosura.

Mi abuela acepta el cumplido con una breve inclinación de cabeza, pero no dice nada. Es más, eleva una ceja, no muy convencida por ese besamanos.

La observo con curiosidad. Se mantiene rígida y estudia a Noah con los ojos entrecerrados, como decidiendo si le gusta o no.

Eso me inquieta un poco. Catalina no tiene filtro en soltar todo lo que piensa, dice que es un privilegio de la ancianidad. Y mi inquietud aumenta cuando la escucho decir:

—Señor Smith, ¿sería tan amable de acompañar a Lucas a la cafetería del hospital? Con los

nervios no ha querido desayunar y seguro que se está muriendo de hambre. Yo me reuniré en seguida con vosotros, en cuanto me asegure de que mi nieta no necesita nada.

Lucas nos mira indeciso. Sabe que pasa algo. Sin embargo, como es listo, hace caso de las indicaciones de su bisabuela y se va sin protestar.

En cuanto salen, mi abuela se aproxima hasta la cama y me da un beso tierno en la frente.

—Cierra los ojos, cariño, y procura descansar un poco —susurra—. Mientras, este chico tan guapo y yo vamos a conversar un rato para conocernos mejor.

Noah se acerca después y deposita un suave beso en mis labios.

—Hazle caso a tu abuela y duerme.

—Pero tenemos que hablar —protesto.

—Y hablaremos —asegura Noah—. Tienes mucho que explicarme, preciosa —indica con una mueca y sé que se refiere a Lucas—, pero cuando estés más fuerte. Por el momento, charlaré un rato con tu abuela.

—Te advierto que no parece muy contenta.

—Déjamela a mí —susurra bajito para que mi abuela, que se está sentando en uno de los sillones que hay al otro lado de la habitación, no lo oiga.

»Ya sabes lo bien que se me dan las mujeres —añade con un guiño.

Para mi abuela, «conversar un rato para conocernos mejor» es el equivalente a un interrogatorio de tercer grado.

Mientras yo cierro los ojos e intento dormir o, mejor dicho, hago que duermo para no perderme nada, ella empieza con sus preguntas.

Primero son inofensivas.

«¿Cuántos años tienes?».

«¿Dónde vives?».

«¿En qué trabajas?».

Noah contesta a todas con la naturalidad y el encanto que le caracterizan. Como siempre, muestra una humildad al hablar con la mujer que para alguien de su posición social es extraña, y esa es una de las cosas que más me gustan de él.

El murmullo de voces empieza a adormilarme.

Cuando me encuentro justo en el punto en que la consciencia va dando paso al mundo de los sueños y estoy convencida de que Noah ya tiene conquistada a mi abuela, de repente la escucho decir en tono mordaz:

—Mira, hijo, no te engañes conmigo. Mi nieta no ha heredado de mí la hermosura, lo que ha sacado de mí es el carácter, así que te lo voy a explicar clarito.

»Me da igual tu cara bonita, el dinero que puedas tener o lo importante que pueda ser tu familia allá en tu tierra, pero ten clara una cosa: como le hagas daño a Sinclair, te corto los huevos y te los pongo de corbata. —Abro los ojos de golpe al escucharla, pero ella todavía no ha terminado de decir lo que quiere.

»Si le rompes el corazón, te juro que cojo la escopeta de caza de mi difunto marido y te coso a tiros, y no creas que me quitaría el sueño. Es más, a mi edad, dudo que ni siquiera fuera a la cárcel, o sea, que no pierdo nada por hacerlo. ¿Lo has entendido?

Mi abuela Catalina no se anda con chiquitas, y menos si se trata de protegernos a Lucas y a mí. Si no tuviera las manos vendadas y doloridas, la aplaudiría.

Por el rabillo del ojo veo cómo Noah traga saliva de forma visible y asiente en silencio.

Tiene los ojos desorbitados y una expresión en el rostro mezcla de asombro, horror y admiración.

—Y, aun sabiendo eso, ¿todavía quieres ser el novio de mi nieta? —inquire la anciana.

—No ha dicho nada que me haga cambiar de idea —asegura Noah con convicción.

Mi abuela lo observa fijamente durante unos segundos, con los ojos entrecerrados, y de repente sonríe. Si no la quisiera tanto, me daría repelús.

—¡Estupendo! —exclama entretanto le palmea la rodilla con cariño—. Entonces, solo me queda darte la bienvenida a la familia.

»Y ahora, si me disculpas, voy con Lucas y el señor Smith a comer algo, que estoy que me rugen las tripas del hambre. Vigila a mi niña mientras tanto.

Catalina se levanta y sale de la habitación con paso enérgico mientras tararea una canción. De verdad que da miedo.

Noah tiene una expresión tan cómica al observarla que se me escapa una risa. Al segundo, suelto un gemido por el ramalazo de dolor que recorre mis costillas.

El vaquero corre hasta mí al instante.

—Preciosa, ¿estás bien? —inquire preocupado.

—Sí, pero cuando me río me duele horrores —confieso con un mohín.

—Has escuchado la conversación que he tenido con tu abuela —adivina.

—Sí —admito y tengo que hacer un esfuerzo por no volver a reír.

—¿Pensarías que soy poco hombre si te confieso que ella me ha acojonado? —pregunta medio en broma medio en serio.

—Todo lo contrario, me ha impresionado que no hayas salido despavorido —aseguro.

»Sobre Lucas... —empiezo a decir poniéndome serio—. Siento no haberte contado antes que tengo un hijo.

Noah baja la vista. Está molesto, lo sé. Sin embargo, lanza un suspiro y cuando me vuelve a mirar no hay reproche en sus ojos.

—Tampoco quise escucharte las veces que trataste de decírmelo, así que sería hipócrita por mi parte si me enfadase por eso.

»¿Sabes lo gracioso? Cuando me dijiste que amabas a Lucas más que a tu vida, me imaginé que teníais algún tipo de relación amorosa y me moría de celos. No soportaba ni escuchar su nombre de tus labios.

»Cuando lo vi y comprendí que era tu hijo... Primero me sentí como un tonto y eso hirió mi orgullo, pero luego fue tal el alivio de descubrir la verdad...

—Se escuchó tu carcajada desde aquí.

—Es que es de chiste. He pasado un infierno pensando que realmente podías querer a otro hombre y todo este tiempo he estado celoso de un niño.

—Solo quiero a un hombre. Tú —admito en voz baja.

Los ojos de Noah se llenan de calidez.

—Bien, porque yo solo amo a una mujer —musita y me besa con suavidad.

—Respecto al contrato...

—Lo he anulado y he ingresado en tu cuenta el importe total que acordamos: un millón de euros.

—No puedo aceptarlo —protesto con un jadeo.

—Pero lo harás.

»A partir de ahora sentaremos las bases de nuestra relación de mutuo acuerdo, sin que el dinero medie entre nosotros —asegura.

Yo no lo tengo tan claro.

Seguimos siendo de dos mundos tan diferentes que no veo cómo vamos a lograr encajar.

Un murmullo de voces me despierta.

Abro los ojos y me encuentro sola en la habitación. El tono de las voces se eleva y aguzo el oído: parece una discusión. Frunzo el ceño al identificar la voz de Noah. Parece furioso.

¿Qué lo habrá puesto así?

Las voces se silencian de repente y, un par de segundos después, se abre la puerta y aparecen mi abuela y Lucas.

—¿Qué era ese alboroto de ahí fuera?

Lucas abre la boca para hablar, pero mi abuela se le adelanta.

—Nada que deba inquietarte, cariño. Tú solo preocúpate por descansar.

Miro a Lucas, que se muerde el labio y desvía la mirada. Lo conozco, está deseoso por contarme algo, pero se ha reprimido.

Justo cuando voy a preguntarle entra Noah. Parece tenso.

—¿Todo bien?

—Claro —responde al instante.

—¿Y con quién discutías? Te he oído —añado antes de que pueda negarlo.

—Ha venido la policía a tomarte declaración —explica con cierta rigidez.

—¿La policía?

—Por tu secuestro —responde.

Siento un inexplicable malestar que me provoca náuseas. Trato de recordar, y lo último que me viene a la memoria es que estaba en la *suite* viendo la tele.

Noah me ha explicado que Edward me secuestró con la intención de hacerme daño en venganza por la muerte de Rachel. Sin embargo, todos los acontecimientos alrededor de ese suceso están en blanco.

Con todo, tengo una sensación dentro de mí que me provoca ansiedad, como si hubiese algo importante escondido entre las sombras de mi memoria. Algo que tiene que salir a la luz.

—Tranquila, no te vas a tener que enfrentar a ellos ahora —declara Noah al ver mi inquietud—. Los he convencido para que vengan mañana cuando estés más descansada —añade con cierta rigidez.

Lo observo con curiosidad, y él desvía la mirada, lo que me indica que hay algo que no me ha contado. Además, noto un cambio en el ambiente. Mi abuela le sonríe con orgullo, y mi hijo, con una reticente admiración.

—¿Me he perdido algo?

Lucas se muerde el labio, como intentando contenerse, y al segundo siguiente explota en una entusiasta parrafada:

—Tenías que haberlo visto, mamá. Los dos polis que han venido querían despertarte para hablar contigo, pero Noah no les ha dejado ni entrar en la habitación. Se ha plantado ante la puerta y les ha dicho que antes de molestarte tendrían que pasar por encima de su cadáver, tal cual, y que, en todo caso, se tendrían que enfrentar a una demanda de cojon... muy grande —se corrige al instante al ver mi mirada de advertencia.

Las mejillas bronceadas de Noah se tiñen de un ligero rubor.

—¿Por encima de tu cadáver? Un poco dramático, ¿no? —rezongo divertida.

—Te lo advertí, no soy un dechado de virtudes —me recuerda con una mirada intensa—. Soy extremadamente protector con las personas a las que quiero. Y a ti te quiero con locura.

Con esa pequeña declaración se termina de ganar a mi abuela y a Lucas.

—De cualquier forma, no sé muy bien en qué les puedo ayudar si no recuerdo nada —mascullo con un suspiro frustrado.

—Te harán preguntas para tratar de confirmar los hechos —comenta Noah encogiéndose de hombros—. Para cerrar bien el caso, están obligados a no dejar cabos sueltos.

Cabos. Suelos.

Esas dos palabras hacen eco en mi mente.

De pronto, escucho la voz de Edward en mi cabeza:

«Los cabos sueltos no traen más que problemas».

Y, de golpe, empiezo a recordar. Las escenas se van sucediendo en mi mente, aunque de un modo desordenado e incompleto.

Miro a Noah con los ojos abiertos de par en par. Él capta el mensaje al instante.

—Señor Smith, ¿por qué no lleva a la señora Sánchez y a Lucas al hotel? Así podrán descansar cómodamente. Deben de estar agotados después de pasar la noche en vela.

Mi abuela va a protestar, aunque, al ver mi expresión, se abstiene. Seguro que intuye que ocurre algo y que es mejor dejarnos a solas.

—Vamos, Lucas. Tu madre necesita dormir y nosotros también. Así mañana tendremos más energía para cuidarla —añade al ver que el niño es reticente a separarse de mí.

En cuanto nos quedamos a solas, Noah se sienta a mi lado.

—¿Qué has recordado?

—Rachel no se suicidó por tu culpa, Noah. Edward la asesinó —revelo, pues es lo único que tengo claro del batiburrillo de frases y de imágenes.

—¿Estás segura de eso? —musita Noah con voz apenas audible y el rostro demudado.

—Sí, Edward me lo confesó. Ella oyó algo, no sé qué, y la tuvo que silenciar —añado.

»Dijo que los cabos sueltos no traían más que problemas.

»Yo era un cabo suelto..., y Lucas creo que también —farfullo, aunque ni yo misma encuentro sentido a eso.

—¿Lucas? ¿Qué tiene que ver tu hijo con Edward? —inquiére Noah con extrañeza.

—No lo sé, yo... —Un aguda punzada de dolor atraviesa mi cerebro.

Suelto un quejido y me llevo las manos a la cabeza.

—No fuerces los recuerdos, mi amor, ya llegarán —susurra Noah preocupado mientras me ayuda a tumbarme.

»Duerme un poco, lo necesitas —me arrulla mientras me acaricia el brazo—. Yo me quedaré junto a ti, preciosa. Siempre estaré a tu lado.

Poco a poco, me dejo llevar por su voz y su tacto hasta caer en un profundo sueño.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Noah y Smith están hablando en voz baja en un rincón de la habitación, mientras Noah lee unos documentos con el ceño fruncido.

—Siempre he sentido un «algo» familiar en ella y esta puede ser la razón —musita el vaquero a su asistente agitando las hojas.

—¿Qué hora es? —inquiero un poco desorientada. Los dos hombres me miran al mismo tiempo y noto algo en sus ojos. Es... como si me viesen por primera vez.

»¿Ocurre algo?

—Sin, cariño, ¿cómo se llamaba tu padre?

—Luke —respondo—. Por eso le puse a mi hijo Lucas. Noah y Smith intercambian una

mirada que no logro descifrar.

»Me estoy empezando a poner nerviosa —murmuro con una sonrisa tensa.

—¿Era este? ¿El coronel Luke Sinclair? —pregunta mientras se acerca para enseñarme una foto que hay en los documentos que sostiene.

En la imagen muestra lo que supongo que es una foto oficial de mi padre vestido de uniforme y con mirada al frente.

—Sí, es él —musito casi sin voz—. ¿Por qué tienes una foto de mi padre? ¿Qué son esos papeles?

—Verás, cuando te conocí le pedí a Smith que indagara sobre ti —admite Noah con una mueca.

—¿Buscabas trapos sucios o qué? —bufo indignada.

—Quería reunir toda la información posible sobre ti, ya que tú apenas me decías nada.

—Pero acabé contándote... —Iba a decir «todo» y entonces me muerdo la lengua porque no le hablé de Lucas, así que solo añado—: Mucho.

—Sí, y lo que me contaste me planteó ciertas dudas. ¿Por qué tu padre no figuraba en ningún documento oficial como tal? ¿Cómo un hombre capaz de pagar un internado tan caro y que parecía que te quería no se aseguró de tu bienestar en caso de que le pasase algo?

»La verdad es que, cuando me hablaste de él, me diste la sensación de que te sentías en cierta forma abandonada.

—No me abandonó, murió —espeto enfadada porque haya estado sonsacando información de mi vida. Y también porque ha dado bastante en el clavo.

»Y ya te conté la razón por la que no consta en ningún documento oficial. Yo era... —Iba a decir ilegítima, pero la voz de Edward irrumpe de pronto en mi mente.

«La bastarda de Luke Sinclair».

«Por eso tu hijo y tú debéis desaparecer».

«Los cabos sueltos no traen más que problemas».

De pronto, mi mente se aclara y todos los recuerdos vienen a mí: la confesión de Edward, cómo peleamos y el coche acabó saliéndose de la carretera, el golpe contra el árbol, mi desespero por escapar de él, la explosión...

Y recuerdo la voz de Noah gritando mi nombre; su calor envolviéndome y alejando el frío justo cuando había perdido toda la esperanza de sobrevivir.

—Lo recuerdo —murmuro con lágrimas en los ojos.

»Mi padre no se despreocupó de mí. Quería cambiar su testamento y dejarme la mitad de su fortuna, y habló con el padre de Edward para hacerlo.

Y, no sé por qué, empiezo a llorar.

Tal vez Noah tenga razón, puede que sí me sintiera abandonada cuando él murió. Quizá una parte de mí pensaba que nunca me quiso lo suficiente. Sin embargo, ahora sé que él siempre me tuvo en mente.

—Tenías razón, Stuart Miller está implicado —comenta Smith a Noah.

Este asiente, aunque no dice nada. Solo me abraza mientras lloro.

La policía vino a tomarme declaración poco después y se lo conté todo. Para ellos, el tema de mi secuestro quedaba cerrado con la muerte de Edward Miller. Sin embargo, mi declaración abría una puerta de investigación para el FBI en Estados Unidos.

Noah les alertó para que indagaran sobre la posible complicidad de Stuart Miller en la

muerte de Rachel y, siguiendo una corazonada, también su implicación en la de mi padre.

—Me parece demasiada coincidencia que Luke Sinclair falleciera en un accidente de coche justo después de hablar con él.

A mí todo me parece tan surrealista que ya no sé lo que creer. Sin comerlo ni beberlo me he convertido en la protagonista de un *thriller* con secuestro, asesinatos, traición y confabulaciones.

—¿Estás acostumbrado a lidiar con este tipo de escenarios? —pregunto a Noah, un poco sobrepasada por la situación.

—La ambición y el poder pueden convertirse en un veneno que intoxica el alma de las personas. Y, por desgracia, en mi mundo hay mucho de eso —responde Noah con pesar.

«Mi mundo».

Un mundo tan diferente al mío que no sé si quiero formar parte de él. Y, a pesar de eso, deseo intentarlo.

Me gustaría que Noah y yo tuviésemos una oportunidad de crear nuestro propio mundo. Juntos.

Capítulo 30

Sinclair

Al día siguiente el médico considera que ya estoy lo suficientemente bien para que me den el alta, pero, ya en el hotel, Noah sigue tratándome como si fuese de cristal.

«Descansa».

«No hagas esfuerzos».

«Tranquila».

«Duerme».

«No te preocupes».

Pasa un día. Dos. Y al tercero ya estoy que me subo por las paredes por su actitud sobreprotectora.

Entro en la cocina, y saludo a Smith y al vaquero que ya están desayunando.

—¿Qué haces levantada? —inquire este último poniéndose de pie. Me coge del brazo para sujetarme como si fuese una anciana desvalida, y tengo que contenerme para no quitármelo de encima de un empujón.

»Todavía es temprano.

—No tengo sueño, llevo varios días que no hago más que descansar.

»Voy a prepararme un café —explico en tono paciente.

—Te lo podía haber llevado yo a la cama.

—No es necesario, puedo hacerlo sola —afirmo esquivándolo.

Cojo una de las tazas que están al lado de la cafetera y, al instante, Noah me la quita de las manos.

—El médico dijo que no podías coger peso.

Parpadeo.

—Es una taza de café, no un elefante —espeto entre dientes y la recupero con un movimiento brusco.

Al instante, siento un pinchazo en las costillas y hago una mueca involuntaria.

—¿Ves? Te duele. Vuelve a la cama.

Empiezo a contar en chino en mi interior.

Yī bǎi

Jiǔ shí jiǔ.

Jiǔ shí bā.

Jiǔ shí qī.

Jiǔ shí liù.

—Noah, querido, si no quieres acabar tragándote esa taza, será mejor que te sientes y dejes un poco de espacio a mi nieta —interviene Catalina.

Menos mal que ha aparecido en el momento justo o ni todos los números chinos del mundo hubiesen evitado que le hiciera tragar la taza.

Miro a mi abuela con gratitud.

Lucas y ella se han instalado en la *suite* con nosotros y, para mí, es una alegría volverlos a tener cerca. Están ocupando mi antigua habitación, y Noah y yo dormimos en la principal. Noah les ofreció una *suite* para ellos solos, para que estuvieran más cómodos, pero mi abuela no quiso ni plantárselo.

—Sería un gasto innecesario —repuso.

Todavía no le he contado que hay un millón de euros en mi cuenta bancaria y no sé si lo haré. Sé que no me juzgaría por lo que he hecho, pero tampoco creo que lo entendiese cuando ni yo misma termino de comprender qué se me pasó por la cabeza para aceptar semejante trato.

Bueno, sí. Noah. Eso pasó.

Me preparo un café y me lo tomo con tranquilidad ignorando el ceño fruncido del vaquero. Después, me acerco a mi antigua habitación para ver si Lucas está bien tapado. Es una manía que tengo.

Me asomo en silencio y lo encuentro despierto, observando el techo de forma pensativa.

—Buenos días, cariño —saludo.

—Buenos días, mamá —responde y se hace un lado dejándome sitio junto a él.

Es una invitación para tumbarme y hablar, y la acepto encantada. Los domingos por la mañana solemos amanecer de esa forma. Él viene a mi cama o yo voy a la suya y charlamos.

Con cuidado, me tiendo a su lado.

—No estoy acostumbrado a verte con un hombre en plan novios —murmura sin dejar de mirar hacia arriba.

Tomo aire de golpe. No me esperaba una entrada tan directa.

—No quiero que te sientas incómodo por la presencia de Noah, pero entre nosotros ha surgido algo muy bonito y...

—No me siento incómodo —repite sorprendiéndome—. Me gusta que ya no estés sola —añade mientras se gira y me sonríe.

Mi corazón da un vuelco.

—No estoy sola, os tengo a la abuela y a ti —protesto.

—Ya sabes lo que quiero decir —murmura él con una mueca.

»Además, Noah me cae bien —continúa diciendo volviendo sus ojos al techo—. Se preocupa por ti *casi* tanto como yo.

Sonrío ante la forma en la que incide en el «casi».

Durante unos segundos, nos sumimos en un silencio cómodo hasta que las dudas vuelven a despertar preguntas.

—¿Qué va a pasar ahora, mamá? —inquire de pronto Lucas con voz queda.

—No lo sé —contesto con sinceridad porque esa misma pregunta me la he hecho yo varias veces. Noah y yo tenemos esa conversación pendiente. Esa y muchas otras más. Sin embargo, ninguno ha dado el primer paso todavía, tal vez por miedo a las respuestas.

»¿Qué te gustaría que pasara? —pregunto a Lucas porque su opinión es determinante para mí.

—Desearía que, por una vez, dejaras de pensar en lo que a mí me haría feliz e hicieses lo que a ti te hace feliz —replica con un suspiro. Los ojos se me llenan de lágrimas. Parece decidido a hacerme llorar.

»¿Qué te gustaría que pasara, mamá? —El muy listillo me acaba de devolver la pregunta que le he hecho.

—Desearía que Noah formase parte de nuestra familia —admito. Siempre hemos sido la

abuela, Lucas y yo, y con eso me bastaba. Ahora, también lo necesito a él. Lo quiero en mi vida.

»Aunque eso puede traer muchos cambios en nuestra vida —añado dando voz a mi mayor miedo.

—Me parece bien, mamá —acepta Lucas con una sonrisa incondicional.

Pues sí, al final me ha hecho llorar.

La primera prueba a la que nos enfrentamos Noah y yo como recientes «novios» viene anunciada ese mismo día por exactamente cinco palabras que me suelta mientras nos preparamos para ir a dormir:

—Debo regresar a Estados Unidos.

La sensación de miedo y pérdida son inmediatas.

—Lo entiendo —respondo en tono inexpresivo entretanto me aplico la crema que me ha recetado el médico para los hematomas que todavía tengo en el rostro.

—Necesito asegurarme de que Stuart Miller no hace ninguna tontería y de que el FBI está investigando el tema como corresponde —explica Noah.

—Claro.

—Además, debo solucionar ciertas cosas —añade un poco tenso.

—Tómame el tiempo que necesites.

Noah aprieta la mandíbula.

—Bien, me alegra comprobar que eres muy comprensiva y que no te preocupa lo más mínimo que vaya a haber un jodido océano de distancia entre nosotros —espeta molesto.

Se quita la chaqueta y la lanza contra el suelo con rabia.

Doy un respingo de sorpresa por su arrebato y, en cuanto asimilo lo que acaba de decir, siento que el pulso se me acelera al instante.

—¿Que no me preocupa lo más mínimo? —mascullo poniéndome de pie para encararlo.

»¿Sabes lo que pasó la última vez que alguien a quien quería me dijo «Debo regresar a Estados Unidos»? ¿Que no regresó! —exclamo con lágrimas en los ojos.

»Me da miedo que desaparezcas de mi vida cuando apenas he empezado a conocerte.

»No puedo dejar de pensar que nuestros respectivos mundos son tan diferentes que es imposible que encajen y, que cuando te vayas, te des cuenta de ello.

»Pero sí, entiendo que tengas que regresar a Estados Unidos porque tu vida está allí, aun así, no pienses ni por un segundo que no me preocupa que te alejes de mí.

Los dos nos quedamos observando el uno al otro con la respiración agitada y, entonces, me doy cuenta de que la expresión de su rostro refleja el mismo miedo que siento yo.

De pronto, Noah se acerca y me besa. Es un beso demandante y apasionado. Desde antes del secuestro no me había vuelto a besar así y lo recibo con gusto.

Como si, de repente, hubiese recordado mis lesiones, se detiene de golpe.

—Cariño, en tu estado, no podemos...

—Ni se te ocurra parar —gruño mientras lo cojo del cuello de la camisa y lo atraigo hacia mí para besarlo de nuevo.

Noah capitula con un gemido quedo.

No decimos nada más.

Las palabras sobran.

Las promesas pueden no cumplirse.

En cambio, hacemos el amor con delicadeza. Con cada uno de nuestros sentidos puestos en

el otro, demostrando con cada beso y cada caricia las emociones que bullen en nuestro interior.
Al día siguiente, Noah se va a Estados Unidos, y mi familia y yo, a casa.

Tal y como me imaginaba, seguir con mi vida en Valencia después de conocer a Noah Grayson se me hace cuesta arriba, aunque sí es cierto que, gracias a nuestro «acuerdo» y al millón de euros que tengo en mi cuenta, todo es más fácil.

Echo mucho de menos al vaquero, pero, por suerte, estoy tan entretenida por el día que el tiempo se me pasa volando en su ausencia. Para empezar, presento mi carta de dimisión en el supermercado. Ahora puedo centrarme solo en ponerme al día con las clases perdidas y en estudiar para los próximos exámenes. También disfruto de Lucas: lo recojo del colegio, y los dos pasamos la tarde estudiando juntos. Y mi abuela ya no va tan apurada y puede descansar más, aunque con el tiempo libre que tiene ahora por las tardes quiere apuntarse a clases de bailes de salón.

Los mensajes de WhatsApp que intercambiamos durante el día siempre me saben a poco y me dejan con ganas de más.

Es por las noches, en la soledad de mi habitación, cuando realmente podemos pasar tiempo juntos o todo lo juntos que podemos estar a más de cinco mil kilómetros de distancia. Hablamos por teléfono o hacemos una videollamada. Nos contamos lo que hemos hecho durante el día y nos lamentamos juntos de lo mucho que nos echamos en falta. Hay veces en las que él está ocupado y solo puede hablar por unos minutos. Otras, podemos alargar la conversación durante horas hasta que me quedo dormida arrullada por su voz.

—Parecía que te ibas a dormir en mitad de la explicación. ¿Otra vez te quedaste hasta las tantas hablando con tu vaquero? —inquire Desiré mientras salimos de clase.

Un par de chicas la miran y cuchichean, pero ella las ignora. Todavía están especulando sobre lo que le pasó. A la gente le encanta el chismorreo.

Mi amiga me preocupa. Algo ha cambiado en ella durante mi ausencia. No sé si ha sido por el aborto, el desengaño con Robert Mason o la ruptura definitiva con Marcos, pero ya no tiene la vivacidad y el resplandor de antes.

Desde luego, logró su objetivo de desinflar el interés amoroso de Marcos. Es más, la última vez que lo vi, cuando nos llevó al aeropuerto en su limusina, parecía otro hombre. Duro. Frío. Hermético.

Solo me dijo una cosa y lo hizo con una sonrisa tan oscura y llena de odio que me produjo un escalofrío: «Dile a tu amiga la cazafortunas que se arrepentirá».

No se lo he dicho a Desi, por supuesto, ni lo voy a hacer. Solo espero que sus caminos no se vuelvan a cruzar nunca más.

—Es el único momento en el que podemos charlar con tranquilidad —respondo y mis labios se curvan en una sonrisa al recordar que no solo hablamos.

—¿Sexo a distancia? —intuye Desiré.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por tu expresión lasciva.

»Además, en mis últimas relaciones hubo mucho —añade y detecto un brillo de nostalgia porque creo que está recordando a Marcos. Sin embargo, se recompone enseguida.

»¿Cuánto hace ya que regresó a Estados Unidos? —inquire.

—Quince días —respondo pesarosa.

—¿Y le has preguntado cuándo va a volver?

—Me ha dicho que lo antes que pueda, aunque después de eso no sé lo que haremos. Con su trabajo allí y mis estudios aquí... Es complicado.

Un chico atractivo de unos veinticinco años saluda a Desiré con interés, y ella le responde con frialdad y sigue andando.

—Tienes razón, el amor lo complica todo. Por eso he decidido que no quiero saber nada de hombres por el momento —afirma en tono pragmático.

»En cuanto me saque el título, voy a dejar de trabajar como *escort* y voy a buscar un empleo más convencional. Tal vez en el extranjero. Creo que necesito un cambio de aires.

—Me parece una gran idea.

—¿Te apetece tomar algo luego?

—Hoy no puedo, tengo que llevar al dentista a Lucas. Le van a poner la ortodoncia. Mañana podemos comer juntas después de clase y, si quieres, me acompañas a visitar un piso que me quiere enseñar la asesora inmobiliaria.

Quiero regalarle una casa nueva a mi abuela en agradecimiento por todo lo que ha hecho por mí. Una que tenga calefacción y aire acondicionado, que sea muy luminosa y que posea un gran balcón soleado o incluso una terraza para que pueda tener plantas.

Es lo menos que puedo hacer por ella.

—A comer, sí, pero luego tengo cita en la peluquería —explica Desiré.

La miro sorprendida. Lleva el pelo impecable, como siempre. Yo solo voy cuando lo tengo hecho un asco.

—¿Qué te vas a hacer?

—Necesito un cambio —murmura.

Cuando nos despedimos, observo pensativa cómo se va. Desiré trata de aparentar que está bien, pero su necesidad de cambios me parece muy significativa.

Esa noche, cuando llamo a Noah, por primera vez en los quince días que llevamos separados, no me lo coge.

Solo con ver el edificio, sospecho que el piso que la asesora inmobiliaria me va a enseñar se sale de mi presupuesto. Y, al entrar en él, tengo la certeza absoluta de que es así.

Se trata, nada más y nada menos, que del ático de una torre de apartamentos en la avenida Francia, una de las más caras de Valencia, con unas impresionantes vistas de la ciudad.

—Tiene doscientos veinte metros cuadrados útiles más doscientos metros de terraza que rodea por completo el apartamento, proporcionando unas vistas de trescientos sesenta grados en torno a él —explica la asesora—. Calidades de primera; aire acondicionado por conductos; calefacción central; planta abierta en cocina, salón y comedor; cuatro habitaciones; tres baños completos y un aseo; un amplio despacho; instalación domótica integral —enumera casi sin respirar.

«Sin contar con que está totalmente amueblado por algún diseñador de interiores con muy buen gusto y sin límite de presupuesto», añadido para mis adentros al ver el mobiliario y la decoración.

—Creo que hay un error —declaro con una sonrisa apurada—. A no ser que me diga que aquí ha habido un triple asesinato o que la casa está embrujada, y que por eso ha bajado diez veces su valor, estoy convencida de que se sale de mi presupuesto.

Y me da rabia porque sería perfecta. Además, está equipada para entrar a vivir al instante.

—No creo que haya problema con el precio —comenta la mujer distraída y mira su móvil

—. Perdona, tengo que atender una llamada. ¿Por qué no echa mientras un vistazo?

Recorro el interior, pero enseguida me siento atraída por las vistas de fuera y salgo a la terraza. De un lado se puede ver el mar; del otro, la ciudad con el sol poniéndose en el horizonte. Son impresionantes.

No puedo evitar evocar mi primer beso con Noah en la terraza de la *suite* al atardecer y cierro los ojos para disfrutar mejor del recuerdo.

—Hermosas vistas, ¿verdad?

Abro los ojos de golpe al escuchar la voz de Noah. Me giro con miedo a no encontrarlo. Que solo haya sido fruto de mi mente.

Pero no.

Aquí está.

A solo dos metros de distancia.

Sonriéndome con ternura.

Más guapo que nunca.

—Dijiste que era uno de tus sueños —comenta Noah con voz queda.

—¿Mis sueños? —murmuro sin entender muy bien a qué se refiere.

—Vivir en un ático con vistas y una terraza lo suficientemente grande para tener una mesa con sillas y muchas plantas —me recuerda.

—Bueno, ya sabes que los sueños cambian.

—¿Y ese sueño ha cambiado? —inquieta acercándose a mí.

—Me temo que sí —admito casi sin aliento cuando se detiene a solo un paso—. Ahora, mi sueño es vivir en cualquier lugar en donde estemos juntos.

—Pues hagamos ese sueño realidad.

Entonces, frente a la puesta de sol, Noah me rodea entre sus brazos y me besa.

Un fuerte carraspeo masculino nos sobresalta rompiendo la burbuja romántica en la que estamos inmersos.

Al principio pienso que es Smith, pero al girarme me encuentro con un hombre de pelo cano que parece estar cerca de los ochenta años. Es alto y corpulento, pero no gordo. Solo... grande. Sus ojos son de un azul tan vivo que, pese a la edad, por un momento me recuerda a mi hijo. Lucas tiene el mismo tono de ojos.

—Big Jack, te dije que esperaras —murmura Noah molesto por la interrupción y, para mi asombro, se pone delante de mí como protegiéndome del otro.

—Pero yo no te dije que lo haría —repite el anciano con arrogancia.

—Todavía no me ha dado tiempo a prepararla —protesta Noah.

—Porque estabas demasiado ocupado comiéndotela —masculla el otro—. Hazte a un lado, pequeño Grayson, y déjame verla.

Se me escapa una risa involuntaria ante lo de «pequeño Grayson» que me apresuro a disimular con una tos cuando Noah me lanza una mirada de reproche.

A regañadientes, se hace a un lado, y me encuentro cara a cara con Big Jack.

—Así que eres tú —musita entretanto estudia mi rostro con detenimiento.

»Te pareces tanto a ella —concluye al fin y se le llenan los ojos de lágrimas.

Miro a Noah un poco confusa.

—Preciosa, permíteme que te presente a Jacob Sinclair, aunque todos le llaman Big Jack.

»Tu abuelo —esclarece.

El corazón me da un vuelco.

Observo al anciano que se yergue orgulloso frente a mí y al instante me percató de las similitudes con mi padre, muchas de las cuales ha heredado también Lucas. El color de ojos, la corpulencia, la estructura ósea, el hoyuelo en la barbilla que yo también tengo...

«Te pareces tanto a ella».

—¿A quién me parezco? —inquiero llena de curiosidad.

Es algo que me he preguntado toda la vida. Mi abuela Catalina siempre me ha dicho que no soy como nadie de su familia y que debía de parecerme a algún miembro de mi lado paterno.

—A Martha, mi difunta esposa —aclara—. Me recuerdas mucho a ella cuando tenía tu edad. Incluso tenéis el mismo tono de ojos.

«Así que tengo los ojos de mi abuela», pienso con emoción.

En este momento me siento como si mi vida fuera un rompecabezas al que siempre le han faltado algunas piezas que nunca he podido encontrar y, de pronto, alguien me las da.

—¿Cómo era? —pregunto deseosa por saber más.

—Era preciosa o, al menos, yo la veía así. No era una beldad escandalosa, ella poseía una belleza sutil, de esa que, cuanto más la miras, más hermosa la encuentras —explica con la voz llena de nostalgia.

»Además, tenía un espíritu fuerte y un temperamento temible, no se dejaba amilanar por nadie. ¡Menudo carácter!

—Entonces, sí, es clavadita a ella —murmura Noah. Le suelto un codazo al instante, y él hace una mueca.

»¿Ves cómo se las gasta? —comenta al anciano en tono quejicoso.

—Soy un dechado de dulzura cuando no te comportas como don Cretino —espeto.

—¿Don Cretino? ¿Qué clase de apodo es ese?

—¿Prefieres que te llame pequeño Grayson?

—Ya sabía yo que no ibas a dejar pasar la oportunidad —rezonga.

—Ni pensarlo. Lo de «pequeño Grayson» me va a dar mucho juego a partir de ahora.

—¿Te tengo que recordar que no hay nada de «pequeño» en mí? —me susurra al oído en un tono sugerente y bronco que me excita al instante.

Le pego otro codazo por soltar eso delante de mi recién descubierto abuelo, pero el anciano no parece escandalizado por el comportamiento de Noah, más bien satisfecho.

—Así que es cierto lo que me ha dicho el muchacho, estáis enamorados —observa el anciano mirándonos.

»Nunca te había visto comportarte así con ninguna mujer, y Dios sabe que te he visto con demasiadas —comenta con voz seca.

—Todo eso se acabó —afirma Noah con seriedad—. Desde que la conocí, solo existe y existirá ella —declara mientras me pasa un brazo por la cintura para dejar claro que yo soy «ella».

—Eso está muy bien, pero ahora me gustaría que nos dejases un rato a solas. Mi nieta y yo tenemos mucho de lo que hablar.

Noah me mira y no se va hasta que yo asiento conforme con la petición de Big Jack.

Entonces, observo expectante a mi abuelo.

—Noah me ha hablado un poco de ti y de cómo ha sido tu vida —empieza a decir.

—¿Y qué te ha dicho exactamente? —pregunto con recelo.

—Que eres una persona voluntariosa, inteligente y fuerte, y que harías cualquier cosa por tu familia. Bueno, la verdad es que dijo un montón de cursilerías más que me sorprendieron

viniendo de él, y eso solo me demuestra lo mucho que lo has impresionado —agrega con aprobación.

»También me contó que Luke te protegió y cuidó mientras estaba vivo, pero que, tras su muerte, tuviste que pasar por momentos difíciles. Que eres una luchadora y saliste adelante con el apoyo de tu abuela.

»Y que tienes un hijo que es tan admirable como su madre —añade y siento un pellizquito en el corazón al saber que Noah habla así de Lucas.

Se queda un segundo callado.

—Lo siento tanto.

—No ha sido tu culpa.

—En cierta forma, creo que sí —admite Big Jack con un suspiro.

»Tu padre y yo nunca nos entendimos, ¿sabes? —empieza a relatar con la mirada perdida en el horizonte—. Era mi único hijo y esperaba que fuera mi sucesor en la dirección de la empresa familiar, sin embargo, él nunca sintió el mínimo deseo de hacerlo. En su lugar, se alistó en el ejército pese a mi oposición. Amaba la vida militar.

»Como sabía que nunca lo podría convencer, le di una alternativa: que se casara y que me diera un heredero que siguiera mis pasos. Incluso fui yo el que le propuso la candidata para ello: Judith Thomas, la hija de un socio con el que me interesaba estrechar lazos. Fue un matrimonio de conveniencia. Él apenas la conocía, pero aceptó casarse con ella por mí.

»Sin embargo, el tiro me salió por la culata. Luke y Judith solo tuvieron una hija, Rachel, antes de morir, y la niña no dio muestras de poseer una mente empresarial ni un mínimo interés por ello —dice y no con acritud, sino solo exponiendo un hecho.

—¿Cómo era Rachel?

—Era encantadora, divertida, amable, leal y tenía mucha imaginación —describe y se nota lo mucho que la quería—. De pequeña, siempre estaba haciendo garabatos. Le gustaba dibujar y tenía buena mano, por eso acabó estudiando Bellas Artes. Tenía mucho talento.

»En vista de que nadie en la familia cumplía con los requisitos para sucederme, se me ocurrió hablar con Stuart Miller. Es... era —se corrige— mi abogado y mano derecha, además de un amigo muy querido —añade en tono amargo—. Stuart tenía un hijo unos años mayor que Rachel y era un estudiante ejemplar con cabeza para los negocios. Si se casaba con mi nieta, sería la solución a mi problema.

»Siempre he pensado que la idea de comprometerlos fue mía, pero ahora ya no estoy tan seguro. A lo mejor Stuart la puso ahí desde el principio. Ya de niños no paraba de comentar que harían muy buena pareja. Ya no sé qué creer —admite con pesar.

—¿Qué ha pasado con Stuart Miller?

El rostro del anciano se tensa con disgusto.

—Reconoce que Luke fue a verlo para hablarle de ti y que existía un nuevo testamento que destruyó, pero niega que hubiese tenido algo que ver con el accidente que lo mató.

»También ha admitido que Edward le propuso quitarme de en medio para tener el control total de la empresa, y que él lo disuadió. Supuestamente, esa es la conversación que Rachel escuchó y por la que acabó muerta. Aunque dice que él tampoco tuvo nada que ver con ello.

»Por ahora, lo único que se ha podido demostrar es que lleva años desviando dinero a una cuenta en un paraíso fiscal. Y eso por el momento le mantendrá una temporada en prisión.

»Depositó mi total confianza y el bienestar de mi familia en dos serpientes traicioneras y venenosas —concluye y en su rostro hay una mezcla de rabia y tristeza.

—¿Mamá?

Me giro con sorpresa al escuchar la voz cautelosa de Lucas.

—¿Qué haces aquí, mi amor?

—El señor Smith ha venido a casa y nos ha dicho que nos esperabas aquí —responde, aunque no me mira.

Su atención está puesta en Big Jack.

El anciano se ha llevado una mano al pecho y lo observa conmovido.

—Es... igual a Luke —farfulla y los ojos se le llenan de lágrimas.

Lucas me observa de forma inquisitiva, sin saber qué hacer o qué decir.

—Cariño, este señor es el padre de mi padre. Él no había oído hablar de nosotros hasta ahora y ha venido a conocernos —explico de una forma que el niño lo pueda entender.

El rostro de Lucas se ilumina.

—¿Eres mi bisabuelo?

El anciano asiente con brusquedad. Parece incapaz de articular palabra.

Entonces, Lucas se adelanta y lo abraza de forma impulsiva, y el anciano le devuelve el abrazo en silencio mientras las lágrimas empiezan a deslizarse por sus mejillas.

—Eso sí es amor a primera vista —murmuro viendo a Big Jack y a Lucas charlando en el sofá bajo la atenta mirada de Catalina. Mientras, Noah y yo estamos sentados en los taburetes de la barra de la cocina poniéndonos al día.

—¿Te refieres a Big Jack y a Lucas o a Big Jack y Catalina? —inquire Noah en tono confidente.

—¿Big Jack y Catalina? —farfullo con una risita.

Sin embargo, al ver la expresión sabedora de Noah, me paro a observarlos con atención. Los dos ancianos se estudian a hurtadillas con la misma curiosidad y... ¿atracción?

—¿Tú crees?

—Nunca se sabe dónde ni cuándo puede surgir la chispa, ¿verdad? —afirma Noah con un guiño. Después, mira a Big Jack con cariño.

»Puede que haya cometido errores, pero es un buen hombre. La muerte de Rachel lo dejó hundido —explica—. Tenías que haberle visto la cara cuando le hablé de Lucas y de ti. Fue como verlo revivir de golpe. Y ahora, además, parece que por fin ha encontrado el heredero con mente empresarial que lleva tanto tiempo deseando —añade cabeceando hacia Lucas.

—¿Heredero?

—Preciosa, creo que no eres del todo consciente de hasta qué punto acaba de cambiar tu vida. Si hay alguna fortuna en Texas que rivalice con la de los Grayson, es la de Jacob Sinclair. Y Lucas y tú sois sus únicos herederos. —Lo miro con los ojos dilatados al entender lo que me está diciendo.

»Esto acaba con tu objeción de que nuestros mundos son muy diferentes. Acabas de entrar en mi mundo por la puerta grande —afirma derribando la principal barrera que se erguía entre nosotros.

—Bueno, esa no es mi única objeción a nuestra relación.

—Ah, ¿no?

—No estoy segura de si podré lidiar con un hombre... A ver si recuerdo cómo te describiste —musito rememorando sus palabras—. «Tengo muy mal despertar; puedo llegar a ser un ogro por las mañanas. Soy dominante, sobreprotector, posesivo y celoso. Y bastante testarudo. No me gusta que me lleven la contraria porque pienso que siempre tengo la razón, cosa que es cierta la

mayoría de las veces». —Noah suelta un taco y se pasa la mano por el pelo.

»La verdad es que estás lejos de ser don Perfecto —añado fingiendo decepción.

—¿Don Perfecto?

—Eso es lo que me pareciste la primera vez que te vi. Después, cuando te conocí algo más, me di cuenta de que «don Cretino» te pegaba más.

—¿Y qué piensas de mí ahora? —inquire con voz suave.

Le cojo de la mano y entrelazo los dedos con los de él. Después, le miro a los ojos y no me guardo ninguna de las emociones que despierta en mí.

—Que eres el único hombre con el que estoy dispuesta a empezar un nuevo capítulo en mi vida.

Epílogo

Noah

Tres meses después...

Si alguien diera forma a una mujer guiándose por los deseos que ansían mi cuerpo, mi corazón y mi alma, el resultado sería ella.

Sinclair.

Siento cómo tiembla de placer debajo de mí y me muevo despacio, pero profundo, dentro de ella, para disfrutar más de la sensación.

Sin me recompensa con un gemido quedo que aumenta mi excitación. Está muy cerca. Entierro la cara en su cuello y me lleno de su aroma. A continuación, lamo la delicada piel que encuentro allí para después morderla con suavidad.

Deliciosa.

Esta se ha convertido en mi forma preferida de empezar el día, con nuestros cuerpos sincronizados a la perfección en un baile sensual, mientras el placer se extiende por cada partícula de nuestro ser.

Cojo sus manos y las llevo hasta el cabecero de la cama, indicándole sin palabras que se agarre de los barrotes que lo conforman. Sinclair lo entiende al instante y se aferra expectante. Tiene el rostro sonrosado y se relame los labios.

Hermosa.

Después, planto las manos a cada lado de ella y elevo el torso para tener una mejor perspectiva de su rostro y así no perderme lo que yo considero el mejor espectáculo del mundo. Entonces, empiezo a ejecutar los últimos pasos de nuestra danza: una serie de acometidas profundas, implacables, que la llevan a la culminación.

El espectáculo comienza: el rostro femenino se crispa y esos fascinantes ojos con el color del océano tempestuoso se nublan de placer.

«Te amo», susurra, y solo faltaba eso para arrastrarme con ella.

Me despierto poco tiempo después, todavía envuelto en su calor. Sinclair ha tomado la costumbre de dormir acurrucada a mi lado, recostando su dulce cuerpo contra mi costado y utilizando mi pecho como almohada. Aunque a veces la posición me resulta incómoda porque me gusta dormir boca abajo, me encanta sentirla así.

Disfruto unos segundos más de su proximidad y luego me levanto con cuidado para no despertarla. El deber me llama y, muy a mi pesar, tengo que separarme de ella y prepararme para empezar mi jornada laboral.

Después de una ducha rápida, me pongo una camiseta y unos vaqueros, y me dirijo al otro lado de la casa, a la luminosa habitación con vistas al Mediterráneo donde he instalado mi despacho. Enciendo el ordenador y comienzo a trabajar.

Que el director de G&G Corporation haya instalado su centro de operaciones a miles de

kilómetros de distancia de la central de Dallas ha supuesto reestructurar la operativa de la compañía, aunque solo se trate de una situación temporal. Con todo, el esfuerzo vale la pena con tal de estar con mi chica.

Vamos a permanecer en Valencia hasta que Sinclair termine su grado, y Lucas, su año escolar. Después, empezaremos una nueva vida en Texas.

Hemos comprado una bonita casa a las afueras de Dallas, en un área residencial tranquila y con muchas zonas verdes. Bueno, yo la llamo casa. Sinclair insiste en que es «una pasada de mansión». Lo que la enamoró de ella fue que tiene un montón de ventanales que dan al jardín que alberga una piscina con cascada. Además, cuenta con un enorme despacho con dos mesas de trabajo individuales que quedan separadas por una pared corredera de madera para cuando sea necesario. Así, tanto Sinclair y yo podremos trabajar ahí.

Su ubicación también es perfecta: está a pocos minutos del instituto en donde hemos matriculado a Lucas para el nuevo curso; a media hora de la sede de G&G Corporation y a una de los ranchos de los Grayson y los Sinclair, que son colindantes.

Mi familia nos espera con los brazos abiertos. Les hicimos una visita aprovechando las vacaciones de Pascua para hacer las oportunas presentaciones, y quedaron encantados con Sinclair, Lucas y Catalina. Para ellos, que Sinclair arriesgara su vida para protegerme del disparo de Robert es motivo suficiente para ser merecedora de todo su cariño y gratitud.

Incluso a Amanda le sentó muy bien la visita. Sinclair se la supo ganar con varias anécdotas divertidas sobre su experiencia como madre primeriza. Creo que mi hermana se sintió en cierta forma identificada con ella porque va a tener que criar a su hija sin padre. Aunque, claro, ella contará con mucha más ayuda que la que tuvo Sinclair.

Cada vez que pienso en que tuvo que pasar por eso con solo dieciséis años... Todavía recuerdo el día en que me confesó que no sabía quién era el padre de Lucas. Me lo contó con miedo, como si yo pudiera avergonzarme de ella o rechazarla por ello.

Como si yo con quince años no hubiese cometido mil locuras. Y con treinta.

Lo que me duele es que estuviese tan perdida a esa edad como para acabar teniendo sexo con desconocidos. Podría haberle pasado cualquier cosa. Incluso la podían haber violado.

Entendí entonces un comentario que me hizo:

«Todos tenemos páginas en nuestra historia que nos gustaría reescribir».

Ahora sé que se refiere a la forma en que fue concebido Lucas. Es un pesar que Sinclair arrastra porque todavía afecta al niño, que debe de echar en falta una figura paterna en su vida.

Después de confesarme lo que ella consideraba su más vergonzoso secreto, la abracé con fuerza. No hizo falta más.

—¿Sesenta y cinco mil euros?!

El grito de Sinclair irrumpe en mis pensamientos sobresaltándome.

La mujer de mi vida entra en el despacho hecha una furia, con el pelo revuelto y vestida solo con un top de tirantes y un pantalón corto. Muy corto. Mis ojos se clavan de forma automática en sus piernas. Largas. Esbeltas. Tonificadas. Perfectas. Son mi debilidad. Eso y su boca.

Sinclair avanza hacia mí con el brazo izquierdo extendido de forma teatral, como si en lugar de un reloj llevara atado a la muñeca un cartucho de dinamita.

—Noah Grayson, ¿te gastaste sesenta y cinco mil euros en este reloj?

—No te mentí, te dije que no valía mil euros —repongo divertido.

—No puedo llevar un reloj que cuesta sesenta y cinco mil euros —declara escandalizada—. Desiré me acaba de llamar, lo ha visto en una de esas revistas de moda y artículos de lujo que

lee. Dice que es una edición limitada de platino y diamantes —añade en un susurro bajo, como si temiese que alguien nos oyera y lo pudiese robar.

—Preciosa, lo has estado llevando durante cuatro meses sin ningún problema —alego en tono razonable.

—Pero es que antes no sabía lo que costaba. —«Y sigues sin saberlo», pienso recordando la noche que todavía me persigue en pesadillas.

»El reloj lleva un GPS que puedo rastrear desde mi móvil en caso de necesidad —confieso.

»Fue así como te pudimos localizar cuando Edward te secuestró. Ese reloj te salvó la vida.

—¿Y tu reloj también lo lleva? —pregunta al instante con una ceja arqueada.

Suelto una carcajada. Mi chica tiene un ingenio rápido que me vuelve loco y me seduce a partes iguales.

—Ven, te enseñaré a utilizarlo.

Se sienta en mis rodillas con una sonrisa feliz y aprovecho la ocasión para devorarle la boca en un beso lento y sensual.

—Noah... No tenemos tiempo para esto —protesta con voz débil mientras mi boca le mordisquea el cuello—. Lucas se despertará en cualquier momento.

Lucas.

Eso me paraliza durante un segundo.

Mi relación con el niño es cada vez más sólida. Al principio me sentía un poco abrumado por la responsabilidad de tener que ayudar a Sinclair a educarlo. Después de todo, me estoy convirtiendo en su figura paterna y eso acojona. Sin embargo, es un chico estupendo y lo he llegado a querer con locura.

Inspiro y el delicioso aroma de Sin inunda mis fosas nasales.

—Con diez minutos tengo suficiente —gruño con voz ronca.

Entonces, me pongo de pie y la siento sobre el escritorio.

—Nunca son diez minutos y lo sabes —replica ella con un mohín seductor. A continuación, me empuja para que vuelva a sentarme en mi sillón y, con un movimiento sensual, se acomoda de nuevo en mi regazo.

»Además, quiero que me enseñes lo del GPS —prosigue diciendo—. Así tú tampoco podrás escapar de mí.

—Sabes que estoy atado a ti de por vida, preciosa. Solo nos falta hacerlo legal.

El fin de semana pasado la sorprendí con una escapada a París. Allí, en lo alto de la escalinata del Sacré Coeur, mientras el sol se despedía de nosotros sumergiéndose en el horizonte parisino, me arrodillé ante ella y le propuse matrimonio. Sinclair aceptó mi propuesta entre lágrimas, tan conmovida que le temblaba la mano cuando le puse el anillo en el dedo.

«Si el reloj le parece caro, le dará un pasmo saber lo que cuesta el anillo que lleva tan despreocupadamente en el dedo», pienso con una sonrisa maliciosa.

Estoy deseando convertirla en mi esposa, pero debo aguantarme unos meses más.

Hemos acordado celebrar la boda a finales de septiembre, cuando estemos ya acomodados en nuestro nuevo hogar. Y sé que para mi madre va a ser un placer organizarla. De hecho, ya se ha puesto a ello encantada.

—¿Molesto?

La voz de Lucas nos interrumpe justo cuando tengo las manos enterradas en la cabellera de Sin y devoro su boca con otro beso abrasador.

Sin se levanta de mi regazo como un resorte y se apoya en el reposabrazos.

—No, cariño, pasa —farfulla—. Solo estábamos... hablando —añade sonrojada mientras se

arregla el pelo con los dedos.

Lucas y yo intercambiamos una mirada y ponemos los ojos en blanco.

Él, porque sin duda ha sido testigo de ese último beso y sabe que su madre solo intenta disimular. Yo, porque Sinclair sienta la necesidad de disimular, como si su hijo pueda pensar mal de ella por vernos besándonos.

Nada más lejos de la verdad.

Lucas y yo hemos mantenido una de nuestras conversaciones «de hombre a hombre», que cada vez se dan con más frecuencia, y me ha contado que se siente encantado de ver tan feliz a su madre conmigo.

—Bueno, hay algo que quería hablar con vosotros. Algo importante —señala Lucas muy serio.

Entra en la habitación y se queda de pie delante del escritorio, con una expresión en el rostro mezcla de nerviosismo, determinación y vulnerabilidad.

Sinclair y yo intercambiamos una mirada y nos cogemos de la mano con fuerza, intuyendo que esa conversación va a ser importante.

—La cosa es que ahora que os vais a casar y vamos a formar una familia... Y en vista de que siempre estáis besuqueándoos —añade con una mueca un tanto cómica—, he pensado que no tardaréis en tener un bebé.

»Ese bebé será mi hermano o hermana y, bueno, vosotros seréis sus padres. Tú serás su padre —aclara mirándome—. Te llamará papá. La garganta se me cierra al intuir lo que Lucas trata de decir y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ponerme a llorar. No obstante, empiezo a temblar.

»Así que creo que, tal vez, yo también te podría llamar papá —prosigue diciendo—. Ya sabes, para no confundir al bebé —concluye el chico con voz insegura

»Estaría bien, ¿no? —pregunta mirándonos a uno y a otro con el corazón en los ojos.

Mis temblores se hacen más intensos. Soy incapaz de hablar o de moverme. Noto que Sinclair me aprieta la mano, un gesto que trata de reconfortarme. Seguro que se ha percatado de lo conmovido que estoy.

Clavo mis ojos en ella, suplicando en silencio su ayuda.

—Ven aquí, Lucas, que tu padre te quiere abrazar —afirma ella con esa entereza que la caracteriza, aunque puedo ver que sus ojos brillan por las lágrimas contenidas.

El chico se me acerca esperanzado.

Entonces, me pongo de pie con cierta torpeza y lo abrazo con fuerza.

—Para mí sería un orgullo ser tu padre —declaro con voz bronca y sincera.

Lucas entierra la cabeza en mi camiseta. Su arranque de valentía ha dado paso a unos suaves sollozos de alivio por saberse aceptado.

Sinclair nos observa emocionada entretanto las lágrimas se deslizan por sus mejillas. Cruzamos nuestras miradas por encima de la cabeza del niño y puedo leer un silencioso «gracias» en sus labios.

Con un gruñido quedo abro el brazo y la incluyo en el abrazo. Solo así mi felicidad es completa.

Sinclair bromea llamándome Huracán Grayson porque dice que he entrado en su vida y en su corazón con la fuerza imparable de un huracán, sin posibilidad alguna de resistirse a mí. Lo que ella no entiende es que todo huracán tiene su centro, el ojo del huracán, un remanso de paz en torno al cual el huracán gira y se mueve. En eso se ha convertido ella para mí, en el eje de mi vida.

Puede que se llame Pecado, pero con ella he encontrado el paraíso y mi salvación.

Nota de la autora

Este libro está basado en la novela corta *Mi nombre es Pecado* que publiqué en 2016 con la editorial Harlequín.

Cuando me devolvieron los derechos, al principio mi idea fue darle un pequeño lavado de cara, añadirle un par de capítulos y volverlo a publicar. Sin embargo, a medida que me encontraba con los protagonistas, me di cuenta de que no podía hacer solo eso. Ellos merecían más.

Que contara su historia de otra forma.

Que profundizara más.

La esencia de Noah y Sinclair la he mantenido. Lo demás, ha variado bastante. Mucho. Espero que esto os ayude a comprenderlos mejor y quererlos más.

Ahora, de ser mi novela más corta, ha pasado a ser la más larga. Incluso he tomado la decisión de escribir una nueva novela para Marcos y Desiré porque os aseguro que tienen mucho que contar. Ya he empezado a darle forma y la publicaré lo antes posible.

Sé que la decisión de Sin de venderse por un millón de euros es un acto que muchos de mis lectores tal vez no acepten, pero quería crear un dilema moral que no fuese justificado por una necesidad de vida o muerte, simplemente por las ganas de vivir sin preocupaciones monetarias. Es algo que creo que casi todos nos hemos planteado alguna vez. Yo misma lo he hecho: «¿Qué estaría dispuesta a hacer por una suma de dinero tal que diera un buen empuje a mi economía?».

Con todo, habéis podido comprobar que ella no se vende con facilidad. Je, je.

De cualquier forma, espero que no la juzguéis con dureza por su decisión y que eso no os haya impedido disfrutar de la lectura.

Como siempre, he intentado documentarme en todo lo mejor posible y pido perdón si he metido la pata en algún punto.

Para terminar, como siempre os digo, el mejor apoyo que podéis darme es hablar de la novela en redes y dejar vuestros comentarios en Amazon y Goodreads.

Gracias por leerme.

Agradecimientos

A mis tres chicos, mi vida.

Gracias a mi familia y amigos porque siempre están ahí, para lo bueno y para lo malo.

A mis dos lectoras cero, Carmen y M^a José, por estar siempre dispuestas a leer rápido y bien, y dar su sincera opinión.

Gracias a Raquel Antúnez, mi correctora, por su profesionalidad y por su cariño. Es la mejor, de verdad.

A Erika Gael, siempre.

Y mil gracias a cada una de las lectoras y lectores que leen mis novelas. Sin su apoyo, sin VUESTRO apoyo, Adriana Rubens no existiría.

Biografía

Adriana Rubens nació en Valencia en 1977 y se licenció en Bellas Artes por la Universidad Politécnica de Valencia, dónde le concedieron diferentes becas de estudios en el extranjero, que le permitieron vivir unos años entre Italia e Irlanda.

Apasionada de la novela romántica desde muy joven, intenta compaginar su trabajo como escritora a tiempo completo con la crianza de dos niños pequeños, llamados Adrián y Rubén, de cuyos nombres sacó la inspiración para su seudónimo.

Su primera novela, *Detrás de la máscara*, fue galardonada con el VI Premio Vergara-RNR. A esta le siguen varias novelas más que han conseguido excelentes críticas entre sus lectores, entre las que se encuentran *Detrás de tu mirada*, ganadora del Premio Rincón Romántico al mejor romance histórico nacional del 2018 y *La sombra de Erin*, que consiguió el Premio Rincón Romántico al mejor romance de fantasía nacional del 2018.

En la actualidad, se dedica a autoeditar sus propias novelas en Amazon, siendo best sellers en España en su categoría.

Si quieres conocer más de sus libros, visita su página en Amazon: [Adriana Rubens](#).

[i] Diminutivo de *nickname* que en español significa «alias».

[ii] Nombre del protagonista masculino de la novela erótica *Cincuenta sombras de Grey*.

[iii] Siglas de Documento Nacional de Identidad.

[iv] Marca de productos de diagnósticos de embarazo y ovulación.

[v] Traducción en español:

Y estoy pensando en cómo
la gente se enamora de formas misteriosas,
quizás solo el roce de una mano,
bueno, en mi caso, yo me enamoro de ti cada día,
y solo quería decirte que lo estoy (enamorado).
Así que cariño, ahora,
tómame en tus amorosos brazos,
bésame bajo la luz de un millar de estrellas,
coloca tu cabeza sobre mi corazón que late,
estoy pensando en voz alta,
quizás encontremos el amor
justo donde estamos.

[vi] Refrán que dice que cuando se ha iniciado ya una acción y hay que procurar terminarla pese a su peligrosidad y aceptando todas las consecuencias. Se emplea para indicar que, ante una situación muy difícil, se opta por la solución más descabellada, en este caso representada por la

decisión de tirarse al río, por ejemplo, ante el avance del enemigo o un fuego.